MAGIC
The Gathering

A PLANESWALKER NOVEL™

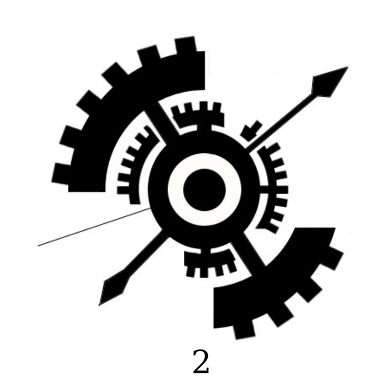
# TEST OF METAL

THE NEW YORK TIMES BEST-SELLING AUTHOR

MATTHEW STOVER

# Análisis del Metal

Novelas de los Caminantes de Planos



# Matthew Stover

# Indice

*Esta es la historia de un hombre mecanizado. A través de todos los mundos y a lo largo de todos los sabores de la realidad se han contado cuentos de niñas artificiales y niños mecánicos cuyo sueño era algún día convertirse en seres vivos. Esta no es ese tipo de historia. Este hombre mecanizado estaba vivo y soñaba con volverse una máquina. Le dio la espalda a la carne y el hedor, al nacimiento y la sangre y el desorden; incluso buscó reemplazar sus extremidades, su tronco y su cabeza con el brillante metal. Hizo de su mente una refulgente construcción de engranajes y trinquetes, de resortes y pesos y contrapesos de imposible precisión, y moldeó su corazón en un conjunto de palancas y poleas, de puntos de apoyo, rampas y relucientes tornillos. La carne es corrupción. El metal es incapaz de pecar. Esta es la tragedia de cómo el sueño más preciado del hombre mecanizado empezó a hacerse realidad.*

*El autor quiere dedicar respetuosamente esta historia a todos aquellos que son casi tan inteligentes como creen serlo.*

# La Isla de Metal
# Verdad o consecuencia

En los más alejados confines de un mundo que es un océano, existe una pequeña isla, y esta isla es de metal. Este metal tiene la apariencia de la plata desgastada por la edad, o tal vez de peltre bruñido, aunque puede volverse más resistente que el acero de una herramienta y más duro que el diamante. No se empleaba en armaduras, ni se utilizaba para pavimentar, ni estaba integrado en estructuras para refugio. De este metal, en cambio, era la hierba y los árboles, sus hojas y sus frutos. El musgo aferrándose a los peñascos y las algas agitadas por las olas, como si el capricho de algún dios excéntrico le hubiera hecho decretar que todas las cosas materiales de esa isla se volvieran instantáneamente de metal. Este metal brillaba en el sol, cantaba en los vientos, y refulgía en las noches sin luna como si recogiera la luz de las estrellas contra el amanecer.

El único ser vivo de la Isla de Metal era un hombre solitario, desnudo en la playa de metal, descansando sobre rodillas dobladas, su cabeza gacha como en estado de meditación u oración.

El metal de la isla no se producía naturalmente, de ninguna forma en ningún mundo, desde los más altos cielos hasta los infiernos más profundos. Este metal se llamaba eterium, y podría decirse que era la sustancia más valiosa del Multiverso. El eterium era magia.

No era mágico. Muchas cosas son mágicas. En el complejo mundo de Alara un caballo no puede mear sin salpicar algo mágico. El poder de la mayoría de las cosas mágicas proviene del maná; casi cualquier tipo de operación mágica es simplemente un uso dirigido del maná. El eterium no es mágico. No es un dispositivo alimentado por, o utilizado para, dirigir maná.

El eterium es magia.

Las energías unidas al eterium trascienden al maná como un rayo trasciende a una luciérnaga. El eterium es una expresión de la realidad misma. Su poder es el poder de la existencia. Puede ser trabajado, transformado, moldeado en estructuras útiles, pero su poder nunca se agota y su sustancia nunca se deshace.

Todo el eterium existente, en cualquier plano o sabor de la realidad, fue creado por un ser enloquecido (incluso conocido por sus admiradores como Crucius el Loco) en un intento demencial de sanar las heridas de mundos rotos. Un día Crucius tuvo un momento de claridad y en ese momento de claridad entendió lo que había hecho...

Y desapareció. Para siempre.

La isla era, todo en un solo lugar, más eterium de lo que se podía encontrar en todo el conjunto de otros lugares. Era suficientemente valiosa como para comprar un universo de tamaño mediano. Lo que hizo que fuera aún más notable que el hombre que estaba arrodillado desnudo en la orilla de la Isla de Metal no pareciera tener ningún interés en nada que estuviera fuera de su cabeza.

Este sólo permaneció arrodillado, pensando.

No estaba pensando en la riqueza inimaginable que se extendía ante él. Ni siquiera estaba pensando en el poder de la existencia que podría ser manejado por el dueño de la isla. El hombre estaba contemplando un acertijo.

Este no era un acertijo acerca de la isla, por qué una mota solitaria de tierra seca debería aparecer en un mundo que era un océano. No era un acertijo acerca del eterium de la isla, de donde había venido y por qué lo habían moldeado en todas las formas de vida. No: este era un acertijo de verdad. Un acertijo clásico, planteado de manera clásica por una figura clásicamente enigmática.

El acertijo se encontraba entre las garras de eterium de la Esfinge de Metal.

La Esfinge de Metal estaba reclinada sobre la playa de arena de eterium, su rostro mirando hacia el sol naciente, su sombra extendiéndose por kilómetros sobre el mar. Su forma calada era una estructura de curvas agraciadas y arcos elegantes que de alguna

forma sugerían huesos y sangre y carne en los diferentes colores de la luz reunidos y reflejados en la infinita variedad de sus superficies pulidas. Estaba incluso más allá de la considerable magnitud de las esfinges reales, esos leviatanes alados de las montañas de Esper. La Esfinge de Metal era más grande que una casa, más grande que un buque de guerra, más grande que un castillo; todo un grupo de jóvenes esfinges del acertijo podría jugar a la mancha aérea a través de sus curvas y ángulos sin ningún riesgo de ensuciarse ni la más minima extensión de la punta de un ala.

La Esfinge de Metal descansaba sobre un pedestal, también de eterium, que era tan alto como un árbol y tan amplio como una granja de buen tamaño. La cara oriental de este basamento llevaba una leyenda, tallada profundamente en el metal con letras que se formaban a sí mismas en el alfabeto que fuera más familiar a su lector, y en palabras que podían ser entendidas como si hubieran sido compuestas en cualquier lenguaje nativo del lector. Esta leyenda decía:

*Yo soy la piedra que del mar no acudió.*
*Soy la sangre pero la sangre no es yo.*
*Soy la llave de la puerta sin cerrojos.*
*Soy la cuerda de relojes rotos.*
*Soy tus lágrimas en las cadenas del potro.*
*Soy tu regalo sin reembolso.*

El hombre desnudo había estado arrodillado en la orilla por un tiempo muy, muy largo… tan largo que si hubiera sido un hombre ordinario habría muerto de hambre, su carne se hubiera podrido y sus huesos se hubieran blanqueado por el sol mucho tiempo atrás. Este hombre no era normal. Estaba dispuesto a permanecer allí en silenciosa contemplación hasta que las mismas estrellas se apagaran.

Pasó este tiempo en un estado de extraordinaria concentración, aplicando todos sus considerables recursos mentales en este acertijo. Las esfinges son criaturas particularmente peligrosas (incluso las de metal) y tomarse el trabajo de resolver sus acertijos es notoriamente delicado.

Suponer la respuesta no ayudaría, incluso si la suposición era correcta. El tenía que saber la respuesta, que es una propuesta completamente más complicada. Su suposición tenía que ser algo más que palabras; las palabras sin comprensión son tan vacías como el silbido del viento entre árboles muertos. El tenía que *entender* la respuesta. Tenía que inspirarla y expirarla; tenía que comerla y beberla y hacerla tan suya como su mano, o sus ojos, o su corazón.

Y cuando él estuvo arrodillado allí en la orilla de arena de la Isla de Metal el tiempo suficiente como para hacer todas estas cosas la respuesta fue obvia. Levantó la cabeza, entrecerrando los ojos hacia los ojos en blanco de eterium de la Esfinge de Metal y preguntó: "¿Eso es todo? ¿Así de simple? ¿En serio?"

La estatua no pareció dispuesta a responder.

El hombre suspiró. Había una sola manera de saberlo con toda seguridad.

Colocó su mano derecha delante de su rostro, la giró de un lado a otro, meneó sus dedos, examinando cada curva, pliegue, y folículo, hasta que tuvo todos estos detalles fijos firmemente en su mente. Había aprendido, por experiencia, que las personas que decían: "Yo sé ‘algo’ como la palma de mi mano," estaban a menudo en lo correcto sólo porque no sabían en realidad la palma de sus manos (o sus frentes, si vamos al caso) de una manera significativa.

"Volviendo al tema," dijo al fin, hablando en voz alta con la “no-autoconciencia” de un hombre que se había vuelto cómodo con la soledad. Aunque estaba acostumbrado a expresarse (incluso para sus adentros) de una manera que hacía hincapié en su impresionante vocabulario, en este caso lo que expresó fue tan simple como la complejidad de lo que iba a tener que hacer. "Será una mierda si me equivoco."

Rebuscó con su mano izquierda a través de su enredado pelo canoso hasta que encontró un diminuto fragmento de cristal afilado con forma de aguja de la longitud de la última falange de su dedo pulgar. Esta aguja de cristal estaba más caliente de lo que podría haberse explicado por el calor del cuerpo del hombre, o por los rayos del sol, e incluso en el brillante mediodía esta mostró un tenue brillo rosado.

Hizo un puño con su mano derecha hasta que se destacaron las venas en su parte posterior y luego hundió la aguja de cristal a lo largo de una de esas venas hasta que quedó totalmente bajo su piel. Ya había anticipado el ardor de un dolor repentino mucho más intenso que un simple pinchazo así que eso no le consternó aún cuando su mano estalló en llamas.

Mientras su carne se ennegreció y chamuscó, reunió su concentración de una manera particular, y luego extendió el brazo como si quisiera agarrar con su mano ardiente algo invisible en el aire delante de él. Sus dedos, como si se estuvieran hundiendo a través del límite de la superficie de un agua cristalina, comenzaron a desaparecer, dejando de existir, seguidos de su mano ardiendo, ya que de hecho si había allí una superficie a través de la cual él se introdujo, a pesar de que no era de agua.

Era la superficie del universo.

El extremo de su muñeca, de la que su mano ahora había desaparecido, no mostró huesos ni venas ni músculos; presentando en cambio una superficie similar a un espejo de metal pulido que parecía tener más o menos el lustre del peltre bruñido.

El hombre dijo: "Hasta ahora todo va bien," luego cerró los ojos para concentrar cada fragmento de su atención en lo que estaba haciendo su mano en el lado lejano de la realidad. El todavía podía sentirla como si estuviera en la playa con él porque no estaba en realidad en otro universo sino entre los universos, en la sopa de éter de las posibilidades latentes que él, y otros como él, llamaban las Eternidades Ciegas.

Lo que su mano hizo allí tomó un tiempo considerable, ya que esas cosas se medían  en el mundo que era un océano. Cuando al fin decidió que su experimento se había completado volvió a centrar su mente como lo había hecho en la inserción y luego regresó su mano al universo que compartía con la Isla de Metal.

Esta estaba gravemente quemada, su carne ennegrecida y pelada, y la piel en la palma de su mano, donde había insertado la aguja de cristal, había desaparecido por completo, dejando al descubierto una masa carbonizada de huesos y tendones. El hombre asintió para sus adentros; ese era uno de los resultados posibles que había previsto. Para ese resultado él había planeado un experimento adicional.

Tomó otra aguja de su cabello y la clavó en su carne quemada donde había estado la primera. Concentró su atención en gran medida como lo había hecho cuando su mano había estado fuera del universo... y los músculos carbonizados comenzaron a sanar y una nueva piel color de rosa volvió a crecer sobre ella. El último lugar en cerrarse fue el dorso de su mano, donde la piel había desaparecido por completo. Allí, justo antes de que la piel rosa la cubriera por completo, se pudo ver (sólo a lo largo de un metacarpiano y una longitud fraccional de una vena) un diminuto destello de metal, como peltre bruñido... o, por supuesto, eterium, porque eso era lo que era.

El levantó la mirada una vez más para encontrarse con los ojos de eterium en blanco de la Esfinge de Metal. "Gracias."

La Esfinge de Metal no respondió.

El hombre respiró hondo y se sentó en una posición cómoda. "Y para el resto," se dijo a sí mismo, "paciencia. Cuando uno usa un cebo desconocido lo único que puede hacer al echarlo en el océano es esperar a ver qué muerde."

En realidad no se necesitó una gran cantidad de paciencia; su anticipación se vio recompensada con el sonido del universo gritando de dolor.

Un sonido que no hubieran podido oír orejas ordinarias, parecido al de un harapiento y rasgado silencio más profundo que el de un espacio sin aire, pero que el hombre conocía bien así que él ni siquiera levantó la cabeza cuando gigantescas garras se introdujeron en el mundo-océano desde el exterior, rasgando un agujero en la realidad, separando las hebras, cortando el universo en una macabra parodia de un nacimiento. En breve, la escisión en la realidad se ensanchó lo suficiente como para que apareciera un hombro con escamas trayendo consigo una enorme ala correosa y, finalmente, un dragón del tamaño de una casa apareció en el mundo.

El dragón sostenía un humano en sus mandíbulas, encajado en la esquina de su boca como un hombre rico hubiera podido sostener un buen puro. Todo lo que podía verse de este desafortunado individuo era la mitad inferior de su cuerpo desnudo, lo que provocó que el hombre arrodillado en la orilla pudiera decir, con la ayuda de una excelente visión, que ese hombre era en realidad un hombre.

Los ojos del dragón brillaron con una llama amarilla que arrojó un pálido resplandor de diente de león en la arena blanca.

Verdaderas llamas lamían de sus globos oculares, haciendo subir un aceitoso humo pálido retorciéndose entre sus cuernos. Un humo de un tipo diferente se filtraba de la nariz del dragón. Alguien familiarizado con los dragones habría señalado que éste parecía enojado; decir que ardía de furia sería literalmente exacto.

Este dragón se abalanzó como un enorme gato. Una de sus extremidades anteriores dio una bofetada y el hombre cayó de espaldas en la orilla. Esta misma garra lo sujetó contra el suelo y luego comenzó, muy lentamente, a aplastarlo.

"Bolas." Dijo el hombre sin mostrar la más mínima molestia. "¿Te tomaste tu tiempo no?"

"Oh, muy divertido. Me tomé mi tiempo." La voz del dragón estaba compuesta de truenos y terremotos. Cada palabra, aunque salió de un costado de su boca, podría haber aplastado a una montaña de granito. "Tienes un refinado sentido del humor para ser un hombre muerto."

"Me sorprende que siquiera te dieras cuenta de que era una broma."

"Esto es lo que yo pienso de la comedia." Con su mano libre el dragón tomó las piernas del hombre, las que patalearon débilmente en la esquina de su mandíbula, y las cortó por el medio de un mordisco. Su grito de agonía, al estar dentro de las fauces del dragón, fue breve y sobre todo apagado. El dragón desprendió la mitad inferior del cuerpo como si se tratara de un tallo de apio mientras masticó el resto. Una lengua negra se movió hacia arriba, alrededor, y a través de la boca del dragón, saboreando los chorros de sangre que habían salpicado sus escamas.

El dragón, cuyo nombre era Nicol Bolas, no era conocido por su sentido del humor.

El hombre atrapado debajo de la otra garra del dragón no pareció impresionado. "¿Supongo que ese no fue Jace Beleren, verdad?"

"¿B'l'rn?" El dragón hizo una mueca y escupió los restos destrozados del torso en el mar. "Puaj. Duro humano de corral. Saben como a testículos de cabra." El dragón hizo otra cara de asco y volvió a escupir. "No, siento decepcionarte, Tezzeret... ese no era Jace. Imagino que él sabría como, oh, cordero primaveral. Esa... mierda no comestible... era tu relojero."

"¿Renn?" El hombre, que se llamaba Tezzeret, amplió su sonrisa. "La última vez que lo vi no era más que una cabeza y eterium. Incluso su corazón. No tenía pulmones en absoluto, ni ninguna de las otras partes. Haberse conseguido un cuerpo nuevo debe haber sido una tarea importante, incluso para él."

"No fue él quien lo hizo," dijo el dragón. "Fui yo. La reconstrucción fue su cuota por decirme dónde habías ido tu."

"Ah." Tezzeret asintió. "El contrato no especificó cómo lo reconstruirías."

"¿Y por qué iba a malgastar todo ese eterium en alguien que no sea yo?"

"Una pregunta que él debería haber considerado antes de hacer el trato."

"En ese momento estaba un poco agitado. Emocional. No sería una exageración decir que estaba echando espuma por la boca con una rabia incontrolable." El dragón ladeó la cabeza un par de centímetros. "Tú tienes ese efecto en la gente."

"¿En serio? Bueno, bueno. De todos, muchas gracias."

"¿Qué?"

Tezzeret hizo un encogimiento de hombros tanto como se lo permitieron las uñas del dragón. "Dije gracias. Es una expresión que a veces usan las personas civilizadas. Significa que estoy agradecido por tu ayuda."

"Yo sé lo que..." La mandíbula del dragón se cerró y el peso sobre el pecho de Tezzeret de repente se duplicó. "¿Acaso crees que es un buen momento para burlarte de mí?"

"Yo no había decidido si le mataría o no; me has quitado cuidadosamente una espina de mi potencial dilema moral. Por no hablar de que debe haber sido un buen reto el solo hecho de haberlo encontrado. Aprecio el favor. Yo diría que te debo una, pero bajo las circunsagggjj..." su voz se afinó cuando el peso sobre su pecho de repente se doblegó "...podría ser... agj... redundante." Su voz se desvaneció en un gorgoteo cuando el dragón se apoyó en su pecho con una fuerza suficiente como para hacerle saltar un par de costillas.

"Las burlas," dijo Nicol Bolas, "me sacan de las casillas."

La baba que chorreó de sus mandíbulas hacia la cabeza de Tezzeret estaba teñida de fresa con sangre, olía como a despojos, y tenía la consistencia de gelatina medio derretida. "¿Has estado aquí todo este tiempo? ¿Este es tu escondite?"

Tezzeret negó con la cabeza. "Yo no me estaba... escondiendo," dijo sin aliento. "Te estaba... esperando a ti."

"Adulador." El dragón aumentó el peso en el pecho del hombre. "Se te dio una tarea."

Tezzeret sólo rodó la cabeza, asintiendo con la cabeza hacia la Esfinge de Metal.

"Por favor," retumbó Bolas. "¿Crees que me puedes comprar con un tesoro tan simple?"

Tezzeret sólo parpadeó en silencio hacia el dragón, quien se dio cuenta de que el rostro del hombre se estaba poniendo negro. "Oh, está bien." Respondió Bolas y relajó la presión hasta que Tezzeret pudo respirar.

"Eso no es un... tesoro..." Tezzeret tosió y continuó. "Sólo es cómo es este lugar. Y como siempre lo será. Más o menos. ¿Has oído hablar de la expresión 'No te lo puedes llevar contigo?'"

"¿En serio?" Bolas levantó la cabeza, frunciendo el ceño ante la gigantesca fortuna de eterium a su alrededor. Si Tezzeret hubiera podido llevarse siquiera un gramo  o dos de eterium a Esper en el otro lado de las Eternidades Ciegas Bolas difícilmente lo habría encontrado desnudo en esa playa.

Probablemente no habría encontrado a Tezzeret en absoluto.

"Así que..." Bolas volvió a doblar el cuello para traer sus mandíbulas a una distancia de mordedura del rostro de Tezzeret. "Tú ya sabes donde está él."

"Sé en que lugar de todo el mundo no está."

"Suficientemente cerca. Dime."

"Esa es una historia muy larga, incluso para ti."

"Qué, ¿acaso él está muerto?"

Tezzeret ladeó la cabeza como si recién ahora se le hubiera ocurrido esa pregunta. "Sería más exacto decir que todavía no está vivo."

"Oh, me encanta cuando haces eso. De verdad que si. En serio. Cuéntame otra." La baba del dragón empezó a formar un charco cerca de los oídos de Tezzeret y su voz se puso profunda como el pozo de una mina y dos veces más oscura. "Puedo sacarte el secreto de tu mente."

"No hay ningún secreto."

"Puedo pelar tu cerebro como una cebolla."

"¿Y tú qué sabes acerca de cebollas, carnívoro?"

"Un punto justo," le concedió Bolas. "¿Entonces que tal si pelo tu cerebro como el cráneo de un odioso artífice que tiene alrededor de un minuto de vida?"

"¿Esto es un examen de varias opciones? Ninguna de las anteriores."

"Aún no has oído todas las opciones."

Tezzeret sonrió. "Contigo siempre es ninguna de las anteriores."

"¿Crees que puedes jugar a la esfinge conmigo, pequeño estúpido roñoso?" Sus ojos amarillos se oscurecieron hacia el rojo. "Tú no tienes el poder. No tienes ni una millonésima parte del poder."

"El poder es irrelevante," dijo Tezzeret en tono de disculpa. "Y yo no estoy jugando a la esfinge, ni a ningún otro juego; ¿por qué habría de hacerlo? Lo que pasa aquí es que tú eres demasiado estúpido como para entender las reglas."

"¿*Estúpido*?" Bolas arrebató a Tezzeret en el aire, sacudiéndolo como un muñeco. "¿Seré estúpido cuando te despelleje y te destripe y te ase vivo? ¿Seguiré siendo estúpido después de que el último de tus huesos se digiera en mi tercer estómago?"

"Sí. Lo serás. Tú," dijo Tezzeret sollozando un poco por la sacudida,"no eres lo que comes."

El dragón hizo un sonido como si rocas se hubieran estado moliendo juntas en su buche. "Yo fui amo de las Eternidades Ciegas cuando tu patética especie aún no sabían cómo hacer fuego. No he sobrevivido veinticinco mil años por ser estúpido."

"Eso es verdad," le permitió Tezzeret. "Has sobrevivido a pesar de ser estúpido."

"¿Qué ganas con insultarme?" El dragón pareció sinceramente perplejo. "¿Estás tan cansado de vivir?"

"Eso es exactamente de lo que estoy hablando," dijo Tezzeret. "Haberte dicho que eres un estúpido no fue un insulto. Fue una explicación."

El habló muy lentamente, y muy claramente, como si hablara con un niño de pocas luces. "No es tu culpa Bolas. No puedes evitarlo. Probablemente eres el ser más poderoso del Multiverso…"

"¿Probablemente?" dijo el dragón ofendido. "Otro insulto."

"Y es por eso. Que justo ahí. El poder te hace estúpido, Bolas. El poder hace que todo el mundo sea estúpido. Uno no tiene por que ser inteligente cuando puede ser fuerte. ¿Cuándo fue la última vez que tuviste que, digamos, ser más listo que alguien? ¿Por qué molestarse cuando puedes destruirlos, destruir a cualquiera, con un simple encogimiento de hombros?"

"Algo que tú deberías tener en cuenta."

"Esa es la diferencia entre nosotros. Yo *tengo* que ser inteligente; mi intelecto es mi única arma útil. Ese hombre que acabas de matar... ¿Silas Renn? Él tenía el poder de aplastarme como a un insecto. Solía hacer exactamente eso, regularmente, cuando ambos estudiábamos con los Buscadores de Carmot. Él era un mago diez veces mejor de lo que yo nunca jamás seré... pero aún así lo que queda de su cadáver ahora está flotando con las mareas en un universo que él nunca podría haber imaginado. ¿Y yo...?" Tezzeret sonrió. "Yo estoy a punto de enseñarle al ser más poderoso del Multiverso una lección acerca de la debilidad."

"Ya veremos quién enseña a quién." El abrió sus garras para sujetar a Tezzeret en su palma ahuecada. Una uña perversamente curva, tan larga como la altura de Tezzeret y tan filosa como un estilete, trazó un complejo diseño en el aire alrededor de la forma humana. Allí por donde la garra pasó se encendieron actínicas líneas de fuego blanco, convirtiéndose en una retícula esférica alrededor de Tezzeret, anclando sus muñecas y tobillos y estirándolos en toda su extensión, y luego un poco más.

Nicol Bolas tarareó para sí mismo mientras tejió las restricciones. "¿Cómodo? ¿No? Bien."

Chispas de energía azul crepitaron en el hueco entre los cuernos del dragón como rayos saltando de montaña a montaña. "Esto, por cierto, te va a doler. Y mucho."

"Todo... duele..." Con su cuerpo extendido encerrado dentro de la esfera de blanco Tezzeret apenas pudo hacer que las palabras pasaran por sus dientes apretados. "Cuando estés… listo..."

"Puedes ahorrarte este dolor."

"No... no puedo..."

"Comparte tus secretos de buena gana y yo voy a dejar tu mente intacta."

"El único secreto... es que no hay secreto..."

"Como quieras. Yo ya te lo advertí."

El hueco de chispas entre los cuernos de Bolas se intensificó, acumulándose hasta que se convirtió en un sol de tintes azulados, demasiado brillante como para mirarlo. A este sol azul le crecieron cuernos propios, dos chorros retorciéndose de energía, uno desde

arriba y otra desde abajo. Estos chorros salieron propulsados como telas de araña, se detuvieron por un instante o dos en el aire entre el dragón y el hombre, y luego atravesaron la Red de Restricción y apuñalaron la cabeza de Tezzeret.

Bolas hizo una mueca, abanicando el aire con un ala mientras despellejó la mente de Tezzeret. El cabello en llamas era uno de lo olores que él nunca había disfrutado y el de huesos incendiados no era mucho mejor. Suspiró por un momento, pensando en Jace Beleren. Si él hubiera tenido una correa de sujeción en ese mugriento destripador de mentes el podría haberse encargado de esa tarea. Decidió que cuando todo eso terminara se marcharía a, oh, digamos, las Dunas de Vidrio de Esper para darse un buen baño de arena, algo agradable y abrasivo, que le limpiara ese hedor de sus escamas.

La succión de memoria del dragón era muy fiable y muy completa. Mientras el hechizo estuviera activo Bolas podría reproducir los recuerdos de Tezzeret tan reales como una pesadilla. Aquello era muy parecido a ser Tezzeret cuando este había soportado las experiencias originales.

"Mira en las cosas por las que tengo que pasar..." dijo Nicol Bolas con un suspiro melancólico. Por otro lado aquello le daría una razón más para castigar a Tezzeret. Aunque no era que él necesitara otra razón.

O alguna razón en absoluto.

"Veamos que es lo que hay dentro de esta cabeza tuya, ¿de acuerdo?" murmuró para sus adentros. "Justo desde el momento en que te desperté..."

Los recuerdos comenzaron a fluir, al principio lentamente, luego aumentando de velocidad y fuerza: la sensación de ser despertado bruscamente, desnudo y solo, en la caverna de cristal... luego los difusos pensamientos de Tezzeret, casi incoherentes, incluso antes de que el artífice siquiera hubiera abierto sus ojos...

# Tezzeret
# Un hombre de partes

Estar vivo significó que estaba en problemas.

Yo recordé haber muerto. Tu propio asesinato no es algo que se deslice en tu mente.

Ese cruel e insignificante macaco Jace Beleren se había metido dentro de mi cráneo con los dedos invisibles de su mente y había revuelto mi cerebro hasta convertirlo en... ¿qué? Una tortilla no sería una buena descripción, demasiado ordenada. Demasiado intencional. ¿Una ensalada picada? Sin suficiente carne. Mi cerebro se sintió como algo en rodajas, o revuelto, frito en grasa de tocino... sí.

Queso de cerdo.

Pero tener un cráneo lleno de queso de cerdo me hubiera dejado incapaz de repetir conceptos tales como cráneo y queso de cerdo y, probablemente, careciendo de los recursos mentales para recordar mi muerte y formular una metáfora para describirla. Esta recursiva auto-comprensión se desarrolló lentamente, porque el tener un cerebro funcionando, como yo tenía, no quiso decir que estaba funcionando muy bien, lo que no hizo.

Pasé algún intervalo indeterminado especulando que tal vez yo no estaba de hecho vivo sino que mi cadáver había sido reanimado por algún mago ambicioso, tal vez esa sabrosa pequeña nigromante

con la que Jace Beleren se había encariñado... Vess. Algo Vess. ¿Lolita? ¿Lilith? Algo por el estilo.

Yo también, por causa de la minuciosidad, consideré la posibilidad de que mi esencia no-muerta hubiera sido conjurada por un hechicero asediado en un plano cercano, ya sea para ganar un duelo o para prepararse para su siguiente. Pero a pesar de mi capacidad intelectual disminuida supe que era poco probable que cualquiera de estas posibilidades terminaran en un lapso interminable sin nada que hacer más que masticar mi bolo alimenticio mental.

Además: sobre todo confié en que estar muerto no dolería tanto.

Al parecer estaba acostado en una pila de rocas aserradas. Había estado yaciendo sobre estas rocas aserradas por alguna cantidad significativa de tiempo... lo suficiente como para que cada filo y punta se hubieran hundido tan profundamente en mi carne que posiblemente me estaba quedando sin sangre. Yo igual seguí allí, experimentando la incomodidad sin intentar mitigarla; aún no estaba listo para moverme.

Al ser un artífice tanto por inclinación como por vocación siempre he sabido que cualquier cosa que valga la pena hacer es mejor lograrla de una manera deliberada, estructurada y meticulosa. Sentimientos y sueños son inútiles y la imaginación es peor. A la realidad no le importa cómo piensas que debería ser o que fantasees con que podría ser. Una acción eficaz sólo se logra mediante la aplicación inteligente de lo que es.

Una perspectiva no sentimental sobre 'lo que era' mi situación actual no ofreció una buena noticia. Haber sanado y reconstruido mi cerebro, después de que Beleren lo hubiera hecho puré, había sido en sí una proeza de impresionante poder; haberlo hecho después de (o en el proceso de) haberme levantado de los muertos amplió el poder requerido de impresionante a asombroso. Esta premisa me llevó a una sombría conclusión bifurcada. Que había sido devuelto a la vida y colocado allí por un ser de capacidad asombrosa quien era o indiferente a mi bienestar personal o activamente mi enemigo.

No había ninguna tercera posibilidad. Yo no tengo amigos.

Lo que era peor: mi brazo derecho dolía.

Dolía como si hubiera sido de nada más que simple carne sobre simples huesos. Esto fue abrumadoramente malo. Tan poderosamente malo que cuando abrí los ojos yo sólo miré a mi izquierda.

No porque me estuviera engañando a mí mismo; no gasté energía mental en fantasear que mi buen brazo derecho (mi precioso brazo, la única característica de mi existencia de la que estaba realmente orgulloso) hubiera podido estar intacto. En cambio, mi negativa a mirarlo surgió de una comprensión similarmente no-sentimental de mi propia psicología. Hay una diferencia entre conocer el resumen y ver lo específico.

Hubo una diferencia entre saber que mi madre había muerto y encontrar su maltrecho cadáver pisoteado y aplastado en el lodo de una carretera de Bajo Vectis.

Al mirar sólo a mi izquierda dejé que la comprensión de mi mutilación fuera seguramente abstracta.

Mi prisión parecía ser una caverna natural envuelta en una opaca y sangrienta oscuridad, como si la luz proviniera de un hierro caliente. Las rocas aserradas sobre las que yacía, el piso, las paredes y el techo eran de un especie de mineral cristalino que no reconocí, más oscuro que el rubí de cuarzo, acercándose a la cornalina; y la luz en la caverna era al parecer el producto de una resplandor carmesí de los yacimientos más profundos de este cristal. Desde algún lugar cercano llegaba el golpeteo líquido de lo que esperé que pudiera ser agua.

No se veía ni se olía nada de comida, ni de ropa de cama, vestimenta, o tela de algún tipo con la que yo hubiera podido cubrirme. El olor más fuerte de la caverna era a axila humana sin lavar, probablemente la mía. No encontré ninguna indicación de cualquier cosa que hubiera podido ser moldeada por una herramienta, sólo depósitos cada vez más profundos de brillante cristal rojo.

Esto no significó que yo no podía hacer nada. Fijé mi mente sobre las olas grises que se estrellaban contra los acantilados debajo de Vectis y empecé a extraer maná. Por lo menos yo podría modelar una cobertura temporal para mi cuerpo y protección para mis pies, lo cual sería útil cuando explorara otras extensiones de la caverna.

Descubrí, sin embargo, que mi esfuerzo por reunir maná sólo resultó en un brillo apenas perceptible de un gran cristal en mi línea inmediata de visión. Esto no fue en sí desalentador ya que yo no había esperado tener éxito. Una serie de artefactos y magias le pueden negar el maná incluso hasta al mago más poderoso (yo mismo he diseñado varios) pero se tenía que hacer el intento.

Todo en lo que alguna vez yo he tenido éxito lo he logrado poniendo atención a los detalles; un pleno compromiso con la investigación exhaustiva. Si hubiera dejado una posibilidad inexplorada hubiera sido como, bueno...

Como cortarme mi propia mano.

Así que entonces, por fin, tuve que mirar.

Mi reacción fue en gran parte lo que había anticipado que hubiera podido ser: una oleada de rabia y negación tan intensa que yo sólo pude quedarme allí y gritar, seguida de una inundación de nauseabundo terror tan abrumador que vomité saliva mezclada con sangre y bilis verdosa y, a continuación, me desmayé de frío.

* * * * *

Comencé a construir mi brazo derecho cuando tenía unos nueve años de edad. Aunque la finalización de mi brazo requeriría más de una década, y yo seguiría refinándolo durante algunos años después, el proceso de adquisición, diseño y construcción comenzó

realmente cuando finalmente me encontré bastante inteligente como para robarle a mi padre, lo que fue, aproximadamente, a los nueve años.

Mi edad ha sido siempre aproximada.

Mi nacimiento no resultó ser una ocasión para celebrar, por lo que tampoco lo fueron mis cumpleaños; mis padres nunca se preocuparon por compartir conmigo la fecha, si es que siquiera la recordaban. Yo calculé mi edad aproximada por mi tamaño y desarrollo en relación a los otros mocosos cavernícolas de Marea Hueca.

Mis padres eran carroñeros. Los carroñeros buscan entre la basura, la escorrentía y las aguas residuales de la ciudad de Vectis con la esperanza de que un trabajo cuidadoso y paciente les haga reunir trozos de cobre, plata, oro, o incluso la astilla ocasional de eterium extraviado. En Vectis ser carroñero es una profesión menos honorable que ser limosnero y se ubica debajo, muy por debajo, de la prostitución. Esto yo lo entendí a pesar de mi edad; mi madre había sido una vez una prostituta, como ella se lo solía recordar amargamente a mi padre cada vez que el dinero escaseaba, o cuando el fuego del hogar crepitaba, o el sol se alzaba, o la luna se ponía. Cuando los vientos soplaban, o cuando ellos quedaban en silencio.

Antes de que decayera su salud y su aspecto ella se vio obligada a caer tan bajo como para compartir una choza con mi padre, ni siquiera le habría escupido a un carroñero en la calle; hacerlo habría significado reconocer la miserable existencia del carroñero.

Yo tenía siete años cuando fue asesinada.

Aproximadamente.

La noticia de su muerte llegó en compañía de las burlas y abucheos del grupo harapiento de mocosos cavernícolas con los que solía asociarme, los niños de Marea Hueca  no sólo carecen de sentimientos sino que en gran medida son incapaces de comprender el concepto de empatía y mucho menos exponer alguna. Uno de sus padres, que había estado pidiendo limosna en la misma calle de Bajo Vectis como lo había hecho mi madre, había visto el incidente. Por su informe ella se había puesto demasiado cerca del carruaje pasando de un lord mientras suplicaba por limosna. El golpe del látigo del cochero la había derribado y ella había caído bajo las ruedas. El comerciante había seguido adelante sin siquiera detenerse a determinar que era lo que había aplastado.

Al principio el rostro de mi padre se enrojeció, un enojado color subió hacia sus ojos, pero después de sólo un instante todo color desapareció. Nunca lo vi regresar. Se volvió tan inexpresivo como una estatua y cuando me habló su voz ya no tuvo más vida o más emoción que el sonido de la grava rodando por un tejado de pizarra.

"Chico. Ven compa. Tenemos que recoger a tu madre."

Él siempre me llamaba chico. No estoy seguro de si él y mi madre me habían dado un nombre. Tezzeret es cómo me llamaban entre los mocosos cavernícolas; un tezzeret es, en la jerga de Marea Hueca, la palabra que se usa para describir cualquier arma pequeña,

improvisada o hecha en casa mantenida oculta en el cuerpo de uno; cuchillos hechos de vidrio de la playa envueltos en cuerdas de embalaje; eslingas y garrotes tejidos del cabello de uno, el resorte de un carruaje doblado para proteger los nudillos del puño de uno. Los mocosos cavernícolas me habían apodado Tezzeret después de que yo había utilizado uno para aporrear a un chico mayor que me había empujado a un charco de barro.

Mi padre reunió tres o cuatro sacos de papas, me dijo que llevara las sábanas de su cama, y nosotros fuimos a recoger a mi madre.

Ninguno dijo una sola palabra mientras caminamos por la larga cuesta arriba desde Marea Hueca hasta Bajo Vectis. No hablamos mientras nos movimos a través de las oscuras calles y callejones. La suma total de nuestra conversación tuvo lugar junto al cadáver destrozado de mi madre, justo antes de que extrajéramos su cuerpo de la suciedad grasienta en el centro de la vía.

"Incluso esto," había dicho mi padre en voz baja, en un murmullo amargamente hosco como si recordándose lo enojado que debía estar. "Incluso esto me quitaron ellos de mí."

Cuando le pregunté a quién se refería él asintió sombríamente con la cabeza colina arriba. "Banqueros y comerciantes. Gente de los gremios. Los que viven arriba en la ciudad."

Yo no pude imaginar por qué alguien lo suficientemente rico como para vivir colina arriba querría algo de nosotros así que se lo dije.

"Quieren todo. No esperan a querer algo que lo toman. Tomar es lo que hacen. Tomar es toda su vida. Nosotros los ‘bajocolina’ bien podríamos ser trapos. Una patada en el culo y nos envían bajando por el inodoro."

Cuando le dije que sentía que eso no era correcto él me abofeteó en el costado de la cabeza lo suficiente como para hacerme tambalear. "Correcto, nada," dijo. "No es correcto que te abofetee la oreja pero lo hice. Porque puedo. Porque no eres lo suficientemente grande como para detenerme."

A mi no me preocupó el golpe; él no había puesto su corazón en el por lo que apenas lo noté. Sólo me importó descubrir quien podría ser lo suficientemente grande como para detenerlos a ellos. Cuando se lo pregunté a mi padre él se limitó a sacudir la cabeza.

"Nadie," dijo. "Chico, ellos son dueños de todo el mundo."

Aunque yo tenía siete mis instintos políticos ya se estaban desarrollando; le señalé que alguien tenía que estar a cargo o no se conseguiría hacer nada.

"Yo no sé nada de estar a cargo. Las únicas gentes que han asustado a los gremialistas fueron magos. Cuando los magos hablan es mejor que ellos se muerdan la lengua excepto para decir ‘sí señor’"

"¿Magos?" Yo estoy bastante seguro de que esa fue la primera vez en mi vida que yo había oído esa palabra. Es sin duda la primera que recuerdo. "¿Qué son magos?"

"Algo que tu no necesitas saber, chico. Nunca verás uno."

Esa fue la conversación más larga que mi padre y yo tuvimos.

Así que esa fue mi lección: Los fuertes (los ricos, los poderosos, los influyentes) toman. A los débiles se les quita. Los fuertes les hacen a los débiles lo que sea que los débiles no pueden hacer para detenerlos. Los fuertes podían atropellar a mi madre en la calle sin siquiera pensar en ello.

Esto no me pareció una injusticia. Yo soy de Marea Hueca; no supe lo que significaba la injusticia hasta unos años más tarde, cuando me crucé con la palabra en el curso de mi auto-educación. En ese momento los conceptos de justicia e injusticia me llamaron la atención como intrínsecamente sospechosos y nada en mi vida me ha movido a cambiar esa opinión. Quejarse de la injusticia parece ser tan útil como quejarse de que brille el sol o de que soplen los vientos.

No: la casual destrucción de la vida de mi madre en su lugar me golpeó como una razón para hacerme fuerte. Ella había sido tomada de mí porque yo no podía evitar que ellos se apoderaran de ella. Comprendí que si seguía siendo lo que era, un niño carroñero de Marea Hueca, me podrían seguir quitando cualquier cosa durante toda mi vida... y todo lo que podría ser quitado sería quitado.

La solución más razonable, para mi mente joven, fue hacer de mí un hombre más fuerte. Pero incluso si lo hiciera podría ser robado por gente aún más fuerte. ¿Cómo podría detenerlos?

La respuesta parecía obvia. La experiencia que me había ganado mi apodo me dejó con una apreciación duradera por el poder de la violencia aplicada con precisión. Para la segunda o tercera vez que se encontraron muertas en la calle a las madres de otras personas (las madres de, vamos a decir, los individuos que habían intentado quitarme algo a mí) yo estuve seguro de que en general se entendería la advertencia.

El poder de vengarse dañando miles de veces fue el sueño más anhelado de mi juventud. Nadie se atrevería a tomar lo que era mío. Jamás.

Y la palabra que mi padre me había enseñado esa noche, la palabra que significaba "el más fuerte," fue mago.

Emprendí mi propia investigación sobre la naturaleza de los magos y cómo alguien podía lograr ese título. Habría sido inútil preguntárselo a cualquier persona de Marea Hueca; habría recibido respuestas más útiles de mi reflejo en un charco de barro.

En el transcurso de algunas semanas mi investigación me llevó a hacer subrepticias expediciones de exploración a Alto Vectis. Allí descubrí por primera vez para que se usaban verdaderamente los fragmentos y restos del pálido metal que recogía mi padre. Llegué a entender por qué se podía comprar la comida de una semana con una cantidad de eterium que apenas podría igualar al peso de los recortes de mis uñas.

Aprendí que la riqueza de un individuo podía calcularse con la mayor precisión observando cuánto eterium ese individuo exhibía en joyas, prendas de vestir, esclavos y vehículos. Los más ricos tenían eterium fundido mágicamente en su carne y los magos (así hubieran sido humanos o vedalken o incluso las grandes esfinges de las islas lejanas) compartían una característica distintiva: una extremidad, o una parte del cuerpo o varias, totalmente sustituidas por una estructura de eterium, encantada para duplicar (y muchas veces superar) la función de la parte que sustituía.

Además aprendí que podría trabajar como carroñero durante toda mi vida y nunca ahorrar lo suficiente como para comprar siquiera un anillo de eterium para mi nariz.

También quedé muy obnubilado con la estética de las mejoras de eterium. El metal indestructible para la estructura y la magia para los músculos y los nervios, sus finas líneas y curvas, y la elegante pureza de su operación les hacían irresistibles. Después de haber pasado algunas horas en esa calle de Bajo Vectis, recogiendo los inmundos jirones de carne y hueso que habían sido mi madre, yo estuve (yo estoy) completamente familiarizado con el barro retenido por la piel humana.

Conozco el color del hígado humano. Conozco la textura del pulmón humano abierto de par en par. Vi trocitos de cerebro de mi madre y los restos no digeridos de un desayuno que habíamos compartido en un guiso de sangre y bilis dentro de su estómago desgarrado. Y supe incluso entonces que los órganos a los que ayudé a mi padre a poner de nuevo en la cavidad abdominal de mi madre no eran muy diferentes a aquellos que se escondían en mis entrañas, y que el asqueroso hedor a corrupción también vivía dentro de mí. A día de hoy lo vuelvo a ver y oler con tanta claridad como lo fue para mi mismo a los siete años de edad, en las pesadillas que me alcanzan cuando tengo que dormir.

Alguien más interesado que yo en la psicología humana podría encontrar algo irónico en esto; Yo no creo en tales términos literarios. Yo soy lo que soy. La clave para ser un artífice exitoso no tiene nada que ver con el *por qué*; el *qué* es el tema relevante. Si uno logra combinar ese *qué* con un *cómo* apropiadamente estructurado uno podría desbloquear el universo.

Los hechos relevantes cambian a medida que se desarrollan las circunstancias, pero aún así...

Yo he sabido lo que soy desde la noche en que murió mi madre. Supe lo que quería hacer de mí mismo y la forma de lograrlo.

Al día siguiente entré en el negocio de la familia al lado de mi padre. Me comprometí a aprender todos los detalles de cómo encontrar y recoger jirones desechados de eterium. La actividad era sorprendentemente técnica, requiriendo considerable experiencia, ya que el valor del metal lo hacía ser muy buscado. Uno debía aprender a buscar en donde otros no lo hicieran y a recoger en donde otros no pudieran.

Muy pronto descubrí que superé a mi padre en este trabajo a pesar de que había sido un carroñero desde que tenía mi edad.

Durante un tiempo asumí arrogantemente que eso se había debido a alguna superioridad innata de la inteligencia o el carácter; había despojos sin explotar de un gramo o menos de eterium en cualquier número de lugares y yo asumí que mi éxito en encontrarlos, en donde mi padre no pudo, se debía a que era más inteligente que él. Descubrí que estaba equivocado cuando mi padre decidió que él ya no necesitaba trabajar en absoluto más allá de evaluar lo que yo fuera a encontrar, calcular un precio, y caminar cuesta arriba para venderlo en Vectis.

El sabía tan bien como yo que yo era un mejor carroñero de lo que era él y, a diferencia de mi auto ignorancia, él supo el por qué. Resulta que yo tenía un talento que los vedalken llaman rabdomancia. En términos sencillos, cuando tengo una muestra de un material determinado, tengo una especie de intuición que me lleva a donde quiera que se encuentre más. Por mas rabdomante que fuera yo no estaba (ni estoy ahora) especialmente dotado. Mi talento me permitió encontrar eterium porque esta es una sustancia intensa, una que proyecta una sombra vívida sobre la realidad.

Uno podría decir que el eterium es ruidoso.

Si el oro, por ejemplo, pudiera ser contado como el equivalente al sonido de un hombre chasqueando los dedos a través de la calle, el eterium sería el sonido de una esfinge enojada martillando sobre un gong más grande que la casa de un hombre rico.

Mi habilidad no tenía nada que ver con la superioridad. Era simplemente un artefacto de la herencia, como mi altura o el color de mis ojos o, si vamos al caso, mi intelecto.

En donde yo sí me encontré superior fue en la diligencia que estaba dispuesto a ejercer en la búsqueda de mi objetivo. Mi padre me observaba cada segundo; había aprendido demasiado bien a leer mi rostro; sobre el que yo, aún sin tener nueve años, tenía poco control. Apenas el sospechaba que había ubicado una pieza y no se lo había dicho yo debía soportar una paliza memorable y pasaba la noche siguiente, o varias, encadenado al poste central del techo en la habitación que nos servía tanto de dormitorio como de cocina. Yo nunca dejé de intentarlo y, finalmente, di con una táctica viable.

Trabajar como un carroñero mantuvo la piel de mis manos y pies en un estado de deterioro continuo. Mi trabajo consistía en vadear a través de cloacas y montones de basura podrida, sacando cualquier elemento que pudiera haber estado en contacto con algo de eterium; hasta una mancha del metal era valiosa por derecho propio. Yo no tenía zapatos o botas y mis manos siempre estaban arañadas y cortadas y por lo general infectadas. De vez en cuando descubría fragmentos de eterium, casi como astillas de vidrio. Las más pequeñas, raras veces de más de una décima de gramo, las lograba ocultar pegándolas bajo la piel de mis manos o pies. Más tarde, después de que mi padre roncaba con seguridad en su drogadicto estupor, yo cortaba esas astillas de mi piel y las escondía.

A esa edad yo ya era un experimentado planificador de contingencias. Tenía cuatro escondites secretos en nuestra choza, a cada cual más difícil de descubrir que el anterior. En realidad los

utilicé para que mi padre los encontrara; lo cual yo me esforcé en que lo hiciera, cada pocos meses; esto le hizo sentirse confiado en su vigilancia lo que me permitió robarle aún más. En estas ocasiones, después de la paliza de costumbre, él me obligaba a "revelarle" la ubicación de mi tesoro. Después de absorber suficiente abuso físico como para que fuera creíble yo le dirigía entre lágrimas al siguiente escondrijo.

De lo que mi padre nunca se percató fue de que mi verdadero escondrijo estaba dentro de mi propio cuerpo. Las malolientes trenzas de mis cabellos ayudaron a ocultar los cuarenta y cinco gramos de astillas de eterium que yo había hundido bajo mi cuero cabelludo; otros treinta gramos estaban en la parte superior de mi ingle, en la parte superior y entre mis muslos. Para el momento en que yo estuve listo para irme de Marea Hueca para siempre mi carne permanentemente sucia había ocultado doscientos gramos de eterium; una suma principesca que, con una juiciosa negociación subiendo por las empinadas calles de Bajo Vectis, fue suficiente como para comprarme ropa, bañarme y alimentarme adecuadamente, así como para pagarme lo que yo había deseado más que nada en el mundo: un aprendizaje en el taller de un artífice. Allí empecé a aprender las formas en que se podía trabajar, manipular y doblar el metal, el vidrio y la piedra con el fin que mi voluntad podría requerirles.

A día de hoy hay astillas y minúsculos fragmentos de eterium alojados en una serie de diversos lugares privados sobre mi cuerpo. Remover estos fragmentos sería laborioso y requeriría mucho tiempo y, después de todo, son mi último eslabón que me queda a mi padre, a mi infancia, y a las duras realidades de la vida en Marea Hueca.

Mantenerlos es un síntoma de un desafortunado sentimentalismo. Admito ser sentimental aunque tal vez no tanto como la mayoría. Como lo reconozco soy capaz de compensar la influencia que este defecto podría tener en mi juicio. No oculto este rasgo en particular, al contrario, me es más útil que esté a la vista ya que a menudo conduce a que otros malinterpreten mis intenciones y subestimen mis capacidades.

Dejé Marea Hueca sin decir adiós. Si miré atrás sólo fue para asegurarme de que mi padre no me estuviera siguiendo. Tenía, aproximadamente, once años.

Mi aprendizaje con el artífice iba a durar el término estándar de siete años; después de tres, cuando decidí para mi satisfacción que había aprendido todo lo que mi maestro me podía enseñar, partí de su servicio en las últimas horas de una noche sin luna. El temor a la venganza de mi padre me había llevado a entrar en mi aprendizaje bajo un nombre falso lo que significó que decidir sobre un nuevo nombre no era ninguna carga y no llevaba ningún riesgo de exposición, incluso para augures vedalken o esfinges sospechosas. Como no me habían dado ningún nombre cualquier palabra que pueda elegir para llamarme a mí mismo en un momento dado es mi verdadero nombre.

He sabido desde muy temprana edad que yo no soy como otras personas, a si sean humanos, vedalken, viashino o elfos. A veces me he preguntado si la raíz de esa diferencia podría estar en mi concepto de mi mismo, algo que parece claramente en desacuerdo con el concepto que otros tienen de sí mismos. Pregúntale a un hombre quien es y él te dirá su nombre. Pregúntame a mi quién soy... y si deseo darte una respuesta honesta esta vendrá sólo después de una cierta cantidad de detalles auto-reflexivos. Yo no soy un nombre y ninguna palabra real me nombra. Quién soy yo es un concepto fluido.

Esto puede hacer que los encuentros sociales sean incómodos.

Así que marché inmediatamente en busca de una nueva situación; una posición particular para la cual se necesitaría una gran cantidad de riqueza. La posición que buscaba estaba muy lejos del humilde taller del que había huido; estaba más allá de los medios de todos salvo los vástagos de las familias más ricas de Vectis. Siendo en gran parte insolvente, salvo por mis pocos gramos restantes de eterium, me comprometí a complementar mis recursos financieros personales con algunos de juiciosa prospección.

Hay un tipo particular de individuo (y vuelvo a decir, la especie es irrelevante) que es constitucionalmente incapaz de confiar en los demás. (Algunos dicen que yo soy uno de ellos, pero se equivocan. Por desgracia. La creciente lista de catastróficas traiciones que me inflingieron habla muy claramente de mi naturaleza confiada.)

En Vectis, la incapacidad de confiar puede llevar a un comportamiento lamentable; por ejemplo, desconfiar de la fiabilidad de las contadurías termina por ocultar la riqueza de uno en la persona de uno, o en la propiedad de uno. Cuando uno trata de ocultar su riqueza a menudo lo hace convirtiendo dicha riqueza en el material más valioso disponible, reduciendo así su volumen y robustez requerida para el escondite. En Vectis, en todo Esper, el material más valioso es el eterium, por lo que un rabdomante podría encontrarlo en lugares poco probables.

Enterrado en el jardín de alguien, por ejemplo.

Era posible encontrar tesoros tan viejos que la gente que los había escondido los había olvidado o habían muerto sin dejar un registro de sus ubicaciones. Estos eran ideales, ya que era mucho menos probable que uno se fuera a encontrar con indignados avaros que podrían estar armados con una variedad determinada de armas letales. Bandidos, y peor aún, desgarradores, eran un problema, especialmente más allá de los límites de la ciudad, pero mi tiempo en la tienda del artífice me había proporcionado los materiales para, y los medios para, construir varios tipos de armas letales propias. Más de un desgarrador demasiado optimista terminó en descomposición en las canaletas de Marea Hueca.

Me divirtió pensar en mi padre invirtiendo horas o días en la minuciosa disección de estos cadáveres en descomposición, sobre todo porque en el momento en que yo había terminado con ellos ninguno de estos cadáveres tenía ni un microgramo de eterium entre ellos.

Mi desafortunado sentimentalismo está equilibrado, creo, contra una capacidad elegantemente precisa para mantener un rencor.

Cuando hube acumulado dos kilos y medio de eterium estuve listo para comenzar mi nueva vida. Un kilogramo de eterium era la tasa requerida para el estudio de un año en la Antigua y Recta Orden de Místicos Maestros Construccionistas; el Gremio de los Mecanicistas.

Un mecanicista se halla mucho más allá de un artífice como un dragón está más allá de un ganso. En el taller del artífice yo había aprendido cómo darle forma al metal, al vidrio y a la piedra ordinaria para fines útiles. En el Gremio de Mecanicistas a un estudiante se le enseña como trabajar los materiales mágicos (y cómo se puede utilizar la magia para trabajar los materiales de uno) así como la forma de imbuir maná en dispositivos, máquinas y autómatas para darles capacidades totalmente extraordinarias. Uno empieza a aprender el funcionamiento del eterium después de que alcanza el rango de oficial en el Gremio. Luego, con el tiempo, como un maestro, emprende la construcción de dispositivos de eterium; dispositivos con, literalmente, vida propia.

El maná es, funcionalmente, solo poder. Es decir, energía: la capacidad para llevar a cabo el trabajo. Un dispositivo de eterium no necesita maná para funcionar. El eterium es, en sí, una fuente de maná y como aprendí en mi permanencia en el Gremio, es un conducto que canaliza el poder desde fuera del universo.

Estando al servicio del artífice se me había enseñado que la energía y la materia son esencialmente uno y lo mismo, independientemente de la forma de cualquiera, y que la energía no se podía ni crear ni destruir. El único cambio al que podemos forzarla es el de alterar su forma. Hasta el maná es un recurso finito. El eterium, por otro lado...

Bueno, el eterium en sí es un recurso finito pero el poder que canaliza no lo es.

El Gremio de Mecanicistas enseña que el eterium es la materia de la realidad misma y que trabajándolo se puede tocar directamente la mente de dios. Sin embargo es extremadamente de mala educación preguntar "¿Qué dios?" Ellos prefieren mantener la naturaleza de su supuesta deidad cuidadosamente abstracta. A veces se dice que este reside en el eterium, a veces en nosotros mismos; a veces se dice que en realidad es el eterium mismo... y a veces se dice que el eterium es un canal para su gracia.

El ser que supuestamente introdujo el eterium en Esper (aquel quien cobró fama por haber creado personalmente, de hecho, todo el eterium que existe) es conocido allí como Crucius la Esfinge Loca. Crucius es una figura de cierto renombre y de gran controversia. Los mecanicistas, por ejemplo, no la consideran una esfinge en absoluto sino una encarnación de la voluntad de su dios abstracto. Esta peculiar convicción fue sin duda provocada por la gran lista de enunciados gnómicos de la Esfinge Loca sobre la "reconciliación con el éter" y su dramática desaparición algunas décadas atrás.

Cuestiones ciertamente no ayudadas por el hecho de que en realidad nadie vio a Crucius, con la posible excepción de la Hegemón de Esper; una figura de la que uno aprende sólo de oído y de cuentos convertidos en narraciones. Este bizarro culto de la Desaparecida Esfinge Loca sigue existiendo hoy día gracias a una vasta y cada vez más influyente chusma de fanáticos insufribles que se autodenominan los Etereados.

Estos dementes cabeza hueca decidieron, sin basarse en ninguna evidencia real de que así fuera, que la clave de la "redención" de todo el plano de Esper es infundir a todo ser viviente con eterium. Nunca han sido capaces de definir explícitamente que es lo que necesita Esper para ser redimido y, una vez más, señalarles esto a ellos es una terrible mala educación. Teniendo en cuenta que los yacimientos de eterium son finitos y ya plenamente explotados (su supuesto creador puede haber estado loco pero parece ser que no estaba tan loco como para haber dispersado los depósitos de eterium bajo tierra o lanzarlos al fondo del Mar del Desconocimiento) las actividades de estos simplones de hecho no han logrado nada más que elevar el precio del eterium a alturas absurdas.

El progreso normal de alumno a maestro a través del Gremio de Mecanicistas se logra luego de diecisiete años, siete años como estudiante (esencialmente un aprendiz, salvo que uno debe pagar por el privilegio) y diez como un oficial.

Yo me convertí en maestro en cinco.

Mi rápido ascenso se debió, en parte, a la misma diligencia obsesiva que me permitió escapar de mi padre y de los barrios pobres de mi nacimiento, pero también fue debido a mi experiencia como carroñero y artífice. Los hijos e hijas de los ricos no pueden comprender el valor real de un objeto. Nada real es inútil para un carroñero y los límites de las finanzas y el material disponible son, para un artífice, absolutos. Si uno no puede permitirse el lujo de comprar engranajes de acero, los hace uno mismo, de cualquier cosa que esté disponible en tu tienda o, si posees una mente como la mía, diseñas tu dispositivo para que funcione sin ningún tipo de engranaje.

Los privilegiados niños mimados que fueron mis compañeros de clase no tenían el concepto de la tensión entre los desechos y la elegancia. Cuando se les asignó diseñar y construir un estilo particular de cronómetro, por ejemplo, mis supuestos compañeros acumularon un despliegue verdaderamente desconcertante de resortes y cadenas, cables, engranajes, péndulos, trinquetes, maderas preciosas, y elementos decorativos de filigranas barrocas. Muchos de sus diseños abarcaron varios cientos de partes; los más eficientemente elegantes tenían no menos de setenta y tres.

El mío tuvo nueve.

En casi todas las tareas yo completé mi trabajo mucho antes que mis compañeros. Para entretenerme mientras esperaba a que terminaran me gustaba recoger sus fragmentos y materiales desechados del tacho de basura de la tienda y utilizarlos para crear

bagatelas: juguetes, pequeños autómatas, el tipo de dispositivos caprichosos que no tienen ningún propósito real más que el de deleitar por su diseño y acción. Luego los vendía en el Gran Bazar de Bajo Vectis por lo que finalmente se convirtió en una buena suma para ayudar a financiar mi educación.

No pasó mucho tiempo para que mis compañeros perdieran el hábito de tirarlo todo; en su lugar vendiéndome sus materiales sobrantes y piezas desechadas por unas pocas monedas por lo que durante un tiempo me dediqué a un próspero pequeño comercio. Esto duró hasta que nuestro maestro supervisor notó que todos los tachos de basura estaban tan limpios después de nuestras horas de clase como lo habían estado antes de empezarlas. La explicación, que ellos me estaban vendiendo sus restos y yo haciendo lo mismo con los dispositivos que construía, me valió una visita a los tres Maestros Regentes.

Los maestros examinaron mi espacio de trabajo impecablemente organizado (yo había construido una variedad de dispositivos de almacenamiento para mantener mis materiales limpios, separados, y fáciles de localizar en caso de necesidad) y uno de ellos me preguntó por qué mi banco estaba lleno de basura.

"¿Qué basura?" dije yo. El señaló mis multitudinarios gabinetes y despliegue de cajones, que estaban llenos de todo desde restos arrugados de láminas de oro hasta despojos de piel mal curtida de serpiente de las esclusas.

"Maestros, les pido disculpas por atreverme a no estar de acuerdo con mis superiores pero," les dije, "ninguno de estos contiene basura; sus contenidos son simplemente materiales a los que todavía no les he encontrado un uso."

Ellos me elevaron al rango de oficial en el acto.

La posición de oficial era la única razón por la que había llegado desde un principio al Gremio. Yo no había planeado pasar toda mi vida halagando la vanidad de los ricos y poderosos proporcionándoles baratijas con alimentación propia y partes mejoradas del cuerpo. Yo estaba allí para aprender a trabajar el eterium y nada más.

Estaba listo para construir mi brazo derecho.

Yo ya tenía en mente lo que iba a construir; lo había soñado una década antes y pasado todos los días de mi vida refinando su diseño hasta que supe que este iba a hacer de mí el hombre que yo había decidido ser. Mi brazo derecho era la razón por la qué me había enseñado a mi mismo el arte de buscar el eterium entre la chatarra, la razón por la qué me había entrenado para robar a mi padre, la razón por la qué me había hecho aprendiz de un artífice, y la razón por la qué me había convertido en un ladrón furtivo y un asesino de bandidos y desgarradores. Mi brazo derecho era la razón por la que había dedicado mi vida a estudiar todos los elementos posibles de diseño y construcción.

Cuando mi padre había estado en uno de sus ocasionales estados de ánimo expansivos (apenas intoxicado por las drogas que ansiaba en lugar de inconsciente y postrado) le gustaba decir que

sólo había dos cosas en toda la creación que sabía que nunca le fallarían: la muerte y su brazo derecho. Si que era tonto.

Su brazo derecho no era nada. Carne y hueso. Tan corrupto y podrido como su sucio corazón.

Mi brazo derecho no es ninguna de estas cosas.

Hay algunos que han hablado de mi brazo y afirmado que es una compensación psicológica por mis orígenes humildes. Otros lo han llamado la insignia de mi auto-creación. Aún otros lo han llamado un símbolo de poder, un fetiche, un talismán contra mis dudas. Todas estas personas tienen un rasgo definitorio en común.

Son idiotas.

Las circunstancias de mi nacimiento son irrelevantes. Yo no tengo ninguna necesidad de una "insignia" de ningún tipo; yo mismo soy la prueba de mi propia creación. Y mi brazo no es, ni nunca lo ha sido, un símbolo de poder, ni de ninguna otra cosa. No es un símbolo.

Es el poder.

La mayoría de las "mejoras de eterium" apenas merecen el nombre. El eterium en su estado en bruto es un metal blando y casi infinitamente dúctil. Incluso los magos más ricos utilizan metales inferiores que son más fuertes y mucho más fáciles de conseguir, como el titanio o el cobalto. Construyen sus mejoras de estos, simplemente enroscando la estructura con filamentos infinitesimales de eterium, una cantidad apenas suficiente como para darle poder a los hechizos que permiten que la prótesis imite la función de la parte que sustituye.

Yo me sumergí profundamente en los misterios del temple y el revenido del maná proveniente del éter e inventé algunas variaciones de mi autoría. Lo que yo puedo hacer con el eterium nadie lo ha podido igualar. En mis manos la estructura blanda y dúctil del metal puede ser cristalizada hasta que se vuelve más dura que el diamante pero tan resistente como el acero para herramientas. En mis manos el eterium no necesita encantamientos succionadores de maná para hacer funcionar sus músculos mágicos. En su lugar es una fuente de poder y una que nunca se podrá agotar. Se puede agotar temporalmente, eso sí, por gastos extraordinarios, pero no por mucho tiempo.

Yo pasé días seguidos sin dormir, aprendiendo a usar maná para mantenerme alerta y concentrado, ya que mis noches las pasaba arriesgando mi vida contra bandidos y mi libertad contra ladrones tomadores en busca de nuevos y cada vez más grandes escondrijos de eterium.

Aprendí a hacer que mi nuevo brazo no sólo hiciera todo el trabajo que había hecho el viejo sino todo lo demás que mi imaginación pudiera concebir. Aunque yo no soy un mago más talentoso de lo que soy de rabdomante volví a encontrar la manera de explotar mis mínimos talentos para lograr los máximos resultados. Cuando completé mi brazo este quedó compuesto de algo más que cuatro kilos y medio de eterium sólido desde el hombro hasta la punta de los dedos. El simple hecho de tener esa cantidad de este metal bajo mi voluntad me permitió canalizar la misma cantidad de

maná que un mago dotado… y más, ya que mi brazo renueva constantemente su poder, extrayéndolo de lo que ahora sé que es la sustancia de las mismas Eternidades Ciegas.

Una oscura medianoche yo solo, sin testigos, asistente o ayuda, realicé el ritual que cortó mi brazo de carne inútil y lo unió permanentemente al brazo que convertiría al niño desaliñado y desnutrido de un carroñero en un hombre a tener en cuenta. Un hombre con el poder para vengar mil veces una injuria.

Un mago.

Cuando llegó la mañana y los Maestros vieron lo que había logrado eligieron elevarme al rango de Maestro y comenzaron inmediatos preparativos para la ceremonia que duraría una semana. Yo les di las gracias y me marché del Gremio esa misma mañana para no volver jamás. Esta vez no miré atrás.

Tenía lo que yo quería de ellos. Maestro es sólo un nombre. Los nombres no son nada.

El poder lo es todo.

Apenas una semana después de que dejé el Gremio de Mecanicistas fui abordado por los Buscadores de Carmot.

Parecía que los Buscadores habían estado al tanto de mí por un tiempo considerable, desde mi primer año de mi aprendizaje con el artífice. Después me enteré que varios de los desgarradores que había matado habían sido aspirantes a Buscadores. Los Camaradas Ungidos de los Buscadores de Carmot habían quedado muy impresionados ya que estos aspirantes habían sido poseedores de un talento para la magia en proporción a su avaricia... sin embargo habían caído ante un niño de Marea Hueca cuyo talento se limitaba a un don con los artilugios.

Cuando ese talento había producido un brazo de eterium templado los Buscadores decidieron que podría ser útil por lo que me permitieron estudiar en su Academia.

Los Buscadores de Carmot se definían a si mismos como una orden noble comprometida al servicio de todo Esper. El *carmo*t del que habían tomado su nombre era una sustancia arcana necesaria para la producción del eterium, una especie de catalizador que les permitía a los Camaradas Ungidos crear eterium infundiendo éter en sangrita.

Ellos creaban eterium.

Supuestamente.

Y me enseñarían el secreto. Supuestamente.

Y estaban comprometidos a regalar el eterium hasta que este se hiciera tan común como la tierra.

Supuestamente.

Los Buscadores de Carmot habían sido la última cosa en la que yo hubiera creído jamás.

Cuando descubrí la verdad les demostré que mi talento no era tanto un don con los artilugios sino más bien un don para el uso de artilugios para matar gente.

Al final yo había llegado a apreciar la lección de mi padre. Sólo dos cosas nunca me fallarán: la muerte y mi brazo derecho.

Mi brazo era todo lo que tenía. Era todo lo que alguna vez iba a tener.

Así que cuando yo desperté en esa cueva de cristales rojos para encontrar adjunto a mi hombro derecho un brazo de simple carne, ya corrupto y podrido, eso fue exactamente lo que me habían quitado de mí.

Todo.

* * * * *

Cuando recobré el conocimiento me comprometí a examinar mi nuevo apéndice. Al parecer era, en todo el sentido funcional, idéntico al que yo había cortado algunos años antes. Sólo le faltaba un conjunto de cicatrices menores a lo largo de mis nudillos y en la palma de mi mano (recuerdos de una medianoche particularmente difícil de recuperación de eterium) y una cicatriz mucho más grande a lo largo de mis bíceps, una herida de cuchillo. Esta cicatriz, mientras yo todavía había usado mi brazo de carne, había sido un útil recordatorio sobre nunca asumir que había matado al último bandido.

Así que era muy probable que la extremidad hubiera sido regenerada. Otra extravagancia de poder y una afrenta personal asombrosamente potente. No hay nada más que me pudieran haber hecho a mi que me hubiera, literalmente, herido tanto, tan profundamente, y en tantos niveles.

Sin mi brazo real, el que yo había creado, yo no era más que un carroñero de Marea Hueca. Me habían convertido en mi padre.

Excepto con un mejor vocabulario.

Contabilicé los hechos de mi situación para dilucidar de quien me había vuelto prisionero: vida, cordura, desnudez, mutilación y la herida psíquica más amarga que hubiera podido imaginar.

Enmarcada en esos términos la conclusión fue obvia.

"Bolas." Dije en voz alta pero no tanto. Sabía que no tenía que hacerlo. "Sé que estás aquí."

Así como se dice que a un demonio se lo debe conjurar por el sonido de su nombre, después de un solo latido del corazón el dragón se materializó en la penumbra de tintes rosas con todos sus veinte y pico metros de altura y sus veinticinco mil años de antigüedad.

"Siempre fuiste inteligente," dijo y me dio un despreocupado revés con un puño del tamaño de una pared con tanta fuerza que volé a través de la caverna, me estrellé contra una pared aserrada, y me hundí en el suelo, preso de inmovilidad.

"Hola, Tezzeret," dijo Nicol Bolas. "Bienvenido al resto de tu vida."

# Tezzeret
# La broma del dragón

La mano que llevé a mi boca volvió ensangrentada. Aceite caliente se escurrió por la parte de atrás de mi cabeza: herida del cuero cabelludo. No me preocupé: mi gran masa de pelo espeso absorbería la sangre y provocaría la coagulación. Si tenía los huesos rotos en ese momento no me dolió aunque yo esperé que una vez que se disipara la conmoción tendría un dolor considerable.

Bolas caminó hacia mí a través de la caverna, sonriendo, lo que en un dragón no indicaba ni diversión ni amabilidad. Era una demostración de cuan grandes y bonitos dientes tenía, y cuan filosos eran. "Tezzeret, Tezzeret," murmuró, insufriblemente satisfecho de sí mismo. "Tezzi… ¿puedo llamarte Tezzi?"

"¿Acaso puedo impedirlo?"

Su pata delantera arremetió, casi demasiado rápida como para ser vista, y él me tomó en sus garras. "La lista de lo que tú no puedes impedirme hacer es, estoy bastante seguro, infinita."

Y para demostrar la verdad de esto él me arrojó bruscamente hacia arriba, como un niño con una pelota. Yo reboté en el techo, obtuve una boca llena de sangre fresca cuando mis dientes chocaron y desgarraron mi mejilla, y luego caí indefenso de nuevo en su agarre.

Se me ocurrió que Bolas posiblemente podría haber hecho todo esto simplemente por el placer de matarme personalmente.

"Reconozco y confieso que eres más grande que yo," le dije un poco atragantado debido a los restos de sangre y carne desgarrada en la parte interior de mi mejilla. "Eres más fuerte que yo. Puedes apagar mi vida con un pensamiento. ¿Podemos obviar el resto de tu juego Intimidar al Prisionero Desnudo y saltar directamente a lo que quieres de mí?"

Sus garras se cerraron a mi alrededor con tanta fuerza que manchas negras florecieron en mi visión. "Pero a mi me gusta este juego," dijo. "Y lo que más me gusta de el es que no termina hasta que me aburro. Para entonces serás libre..." Él volvió a sonreír. "O mi almuerzo."

Entonces aflojó la presión, como había sabido que haría; si aspiraba a mutilar un cuerpo inconsciente no tenía necesidad de usar el mío. "¿Cuánto tiempo has estado aquí?"

"¿Antes de este momento?"

Esa respuesta hubiera podido significar dos cosas: que él pensaba que yo era un estúpido o que estaba jugando a ser estúpido.

Más estúpido.

Decidí explicarme. "No llegaste por teletransportación, ningún desplazamiento de aire. Tampoco saliste de las Eternidades Ciegas, ni siquiera tú puedes caminar por los planos con una rapidez o precisión suficiente como para hacer esa entrada dramática de segunda. Finalmente, yo pude olerte."

"¿Olerme?" Un escamoso arco superciliar se curvó más profundamente. "¿En serio?"

"Al principio pensé que eran mis axilas. Yo tengo dos palabras para ti, viejo gusano." Dije yo y levanté un dedo. "Hilo." Doblé ese dedo y levanté el siguiente. "Dental."

Yo esperaba que me aplastara por completo hasta que me desmayara; o, alternativamente, que me empezara a hacer rebotar por las paredes de nuevo. En cambio él hizo lo que yo menos esperaba: se echó a reír y me bajó. Luego se sentó en lo que podría haber sido, para un dragón, una posición cómoda, buscando por todo el Multiverso como si acabara de detenerse para una charla amistosa.

Rebotar por las paredes había parecido ser una opción más atractiva.

Esperé a que él hablara pero el pareció contentarse con simplemente recostarse en el suelo de cristal, envolver su cola alrededor de su cuello, y dar una risita. La risita de un dragón es muy parecida a frotar dos ladrillos juntos. Contra tus dientes. No esperé mucho tiempo; si quería jugar a ver quien era más paciente

yo habría elegido a un oponente más joven que, por ejemplo, la civilización humana. "Me necesitas para algo."

"¿Necesitarte? No me insultes. Me divierte emplearte en una tarea en particular. ¿Si fallas?" Bolas comenzó a limpiarse distraídamente la nariz con la punta de su cola. "Eso también me divertirá. Si tienes éxito quizás seas recompensado... con otras tareas."

"¿Y yo qué gano con eso?"

"La oportunidad," dijo Bolas, "de obedecerme por elección."

"He tenido mejores ofertas."

"No es una oferta," dijo el dragón. "Es una descripción de la realidad. ¿Entiendes la diferencia?"

"No empecemos a hablar de lo que entendemos o no," le dije. "¿qué es lo que quieres específicamente de mí?"

"Todavía no. Hay una característica de nuestra nueva relación de trabajo que realmente he estado esperando mostrarte."

"¿Ya estamos de nuevo con el Intimidar al Prisionero Desnudo?"

"Oh, sí. Sí, lo estamos, pero con una nueva regla. Por mucho que me guste aplastarte contra las rocas el olor de tu sangre me está haciendo tener un poco de hambre. Y yo no puedo estar perdiendo toda mi vida apareciendo para darte bofetadas por ahí cada vez que lo necesites. Apenas tendría tiempo para otra cosa. Así que me he traído un amigo tuyo."

"Yo no tengo amigos."

"Ahora sí," me aseguró él con un alegre tono malvado, como un demoníaco vendedor de carruajes usados. "Pero no te preocupes no le hará daño a tu reputación. Y él no tiene una reputación de la que preocuparse. Yo lo llamo Sr. Risitas."

"Ya me estoy aburriendo."

"Yo puedo arreglar eso," dijo el dragón. "Aunque supongo que tienes razón; el Sr. Risitas es un nombre indigno. Vamos a llamarlo Broma, ¿de acuerdo? Y lo haremos ser un doctor. Doctor Broma. ¿Te gusta? No importa." Esto pareció hacerle cosquillas al dragón de alguna manera privada, como si hiciera referencia a una broma que sólo él conocía. "Doctor Broma, sea cortés. Preséntese a Tezzeret."

Esta introducción tomó la forma de una aplastante ráfaga de agonía tan abrumadora que yo me derrumbé al instante. Se sintió como ser golpeado por un rayo mientras se es asado vivo en veneno de avispa. Una y otra y otra vez. Yo comencé a temblar con convulsiones, lo que me hizo el favor de golpearme la cabeza contra el suelo lo suficiente como para dejarme inconsciente.

Brevemente.

"Tezzi, ya sé que estás despierto. Siéntate."

Mi mano encontró otra herida en mi cráneo. "¿Tengo que hacerlo?"

"A menos que prefieras recibir la invitación del Doctor Broma."

"Está bien. Está bien, no lo hagas," le dije con mi voz ronca. Probablemente había estado gritando. No lo recuerdo. "¿Doctor Broma?"

"¿No crees que es gracioso? Yo casi me arranqué la cola de tanto reírme."

"¿Qué es eso?"

"El," me corrigió Bolas.

"El. Lo que Sea. ¿Qué es él?"

"No necesitas saberlo," dijo Bolas. "Todo lo que necesitas saber acerca de tu nuevo mejor amigo es que tiene sólo dos propósitos en la vida. El primero, como acabas de descubrir, es causarte dolor. A decir verdad una agonía insoportable."

"Cada vez que haga algo que a ti no te agrade."

"Casi. Yo no le pido al Doctor Broma que lea mi mente. Así que tiene un margen de maniobra; te lastimará cada vez que él piense que podrías estar haciendo algo que no me vaya a gustar… o que podrías estar a punto de hacerlo. ¿Lo entiendes?"

"Así que eso de 'obedecerme por elección' fue una broma."

"Tú nunca supiste apreciar mi sentido del humor."

"Lo entendí," le dije. "No tienes que mostrármelo de nuevo."

"La otra cosa por la que se desvive el Doctor Broma es asegurarse de que no hagas algo tonto, como tratar de huir de mí. Ante tu primera idea de intentar caminar por los planos sin mi expreso permiso él te pondrá de vuelta aquí. Y creo que tú entiendes que aquí es un lugar del que no puedes salir por tu propia cuenta. ¿Aún me sigues?"

"Te lo dije: lo entiendo." Levanté mi brazo derecho de carne. "Sea lo que sea que quieres que haga lo haré mejor si no estoy lisiado. Si esta tarea es algo en lo que tú prefieres que tenga éxito entonces devuélveme mi brazo."

"Bueno…" El dragón se encogió de hombros. "En realidad no te puedo ayudar. Lo siento. Lo mejor que puedo hacer es cortarte el nuevo."

"Dame el brazo real y lo haré yo mismo. Lo hice antes. ¿Acaso tu mezquina venganza de verme sufrir es más importante que esta tarea para que me alzaras de entre los muertos?"

"¿Alzarte de entre los muertos? Ni lo sueñes. Yo solo deshice un poco del daño de Beleren a tu cerebro, eso es todo."

"Ah." En ese instante eso fue lo único que pude pensar en decir.

"Es un poco complicado. Para mi gusto estabas bastante muerto; yo no soy un filósofo. Sólo que él no se molestó en terminar el trabajo en tu cuerpo. Probablemente pensó que no valías la pena."

No valía la pena. "Voy a tener que darle las gracias. Personalmente."

"Si lo encuentras a mi no me importaría darle las gracias un poco por mí mismo. Sería un agente mejor de lo que tú nunca serás."

"¿Y mi brazo?"

"Cuando te encontré ya no estaba," dijo. "Probablemente un amoroso regalo de despedida de Jace. Supongo que estará tirado en algún pantano de Kamigawa, si él hubiera tratado de llevárselo yo lo hubiera sabido. Pero si me encargué del nuevo. ¿No te gusta?"

"No me siento tan apegado a el."

El dragón me dio el valor de una tos de risa como cortesía. "Así que... espera, Tezzi. ¿En serio? ¿Pensaste que yo te levanté de los muertos? ¿Pensaste que yo te quité el brazo? ¿En serio?"

"Estaba razonando a partir de la evidencia disponible." Y, me di cuenta, mi conclusión había sido exacta a pesar de que mis dos premisas habían sido defectuosas; un fenómeno curioso y uno que podría llevar a una mayor investigación.

Bolas sacudió la cabeza con lástima. "Sé que tienes una opinión irracionalmente alta de ti mismo pero en serio, Tezzeret, a ver si te enteras. Tú no eres ni remotamente así de importante."

"Lo suficientemente importante como para que tú hayas organizado todo esto."

"Tezzi, no se trata de ti. En serio. Tú solo estás aquí porque yo he pasado mucho tiempo creando una broma excesivamente elaborada y tú eres la única persona que conozco que la va a apreciar de verdad. Eres un público. Nada más. Bueno... digamos que eres un público educado."

"Apenas me aguanto."

"Vas a quedar impresionado."

"Siempre hay una primera vez."

"Satisfacción garantizada o le devolvemos el doble de su dinero. ¿Te acuerdas cuando nos conocimos por primera vez?" preguntó Bolas con una simulada timidez.

"Claro que me acuerdo. Tú vestías de rojo. Los demonios vestían de negro." Incluso la amenaza de agonía no fue suficiente para hacer interesar a Bolas. "Ah, el romance de Grixis cuando florecen los hongos de los cadáveres..."

Bolas comenzó a raspar los ladrillos otra vez. "Tezzi, la pregunta es relevante. Nosotros nos conocimos no mucho después de que asesinaras al Jerarca de los Buscadores de Carmot."

Mi mandíbula cayó; el recreo había terminado. "Yo no maté a nadie."

"Le arrancaste la cabeza a un anciano enfermo de sus hombros y la dejaste sobre la mesa de su estudio," dijo Bolas. "¿Como debo llamar eso? ¿En defensa propia?"

"Llámalo una mejor muerte de la que se merecía," le dije a través de mis dientes. "Amalex Pannet sólo era otro bandido."

"¿Un bandido? ¿Ese sibilante viejo pedorro? ¿Acaso el te robó algo?"

"Tres años de servicio." Incluso ahora, mucho más allá de una década después, la herida era en carne viva. "Tres años de devoción. Tres años que pasé haciendo su trabajo sucio. Soportando sus humillaciones. Tres años estudiando su inútil sabiduría fingida para mostrarles que era digno de aprender el fraude de un misterio inventado. Tres años de creer en su mierda."

"Suenas como si volvieras a estar otra vez enojado."

"Otra vez no," le dije. "Aún."

"¿Después de todos estos años? ¿Qué pasó con perdonar y olvidar?"

"Yo no olvido y no intercambio perdones; no doy ningún perdón y no espero conseguir ninguno. Hay consecuencias," dije tan uniformemente como pude, "por abusar de mi buen carácter."

Bolas resopló. "¿Qué buen carácter?"

Yo busqué replicar a su sonrisa de demasiados dientes. "Lo bueno puede ser retórico. Las consecuencias no lo son."

"Oh, Tezzi, me siento halagado," dijo Bolas extendiendo un pie con garras contra su pecho como un debutante ruborizado. "¿Una amenaza? ¿Sólo para mí? No deberías haberte molestado."

"No es una amenaza Bolas. Es un recordatorio." Yo también podía jugar su juego de redefinición... y mucho mejor que él.

El fingió encontrar algo interesante en el techo. "¿Y cuál fue tu desacuerdo original con los Buscadores de Carmot? ¿Mataste a cuántos, cuatro de ellos? Un respetable recuento de cuerpos, especialmente contra una orden de magos. ¿Por qué tan enojado?"

"No finjas que no lo sabes." Mi mandíbula dolió por el esfuerzo. "¡Los Buscadores fueron tus condenadas marionetas desde un principio! ¡Fuiste tu quien inventó toda la enconada Orden!"

"Me haces gracia." El dragón volvió sus ojos a mí y la falsa despreocupación se evaporó sólo dejando una sombría malicia. "Tezzi, estoy a punto de soltar el remate del chiste. Esta pequeña broma que he estado planeando durante años. Décadas. Te seguiré la corriente."

Esto no sonó como un pedido afectivo.

"Muy bien," le dije. Respiré hondo una vez, y otra, y conseguí frenar un poco mi temperamento. "Bien. Me uní a los Buscadores de Carmot por una sola razón: aprender el secreto de la creación del eterium. Tenía grandes esperanzas invertidas en ellos y su secreto. Había pasado más de diez años, con gran esfuerzo y un considerable riesgo personal, reuniendo el eterium para mi brazo derecho."

Levanté mi brazo de carne y retorcí sus dedos. ‘Mi antiguo brazo derecho’ me corregí para mis adentros. "Los Buscadores me dijeron que podían crear eterium. Supuestamente habían descubierto el secreto durante el estudio intensivo del legado de esta imaginaria Esfinge Loca suya, algo que ver con un mineral mitológico llamado sangrita que podía ser infundido con éter utilizando otra sustancia mitológica llamada *carmot*. Y entonces voilà: nuevo eterium. Si hubieran estado diciendo la verdad eso habría revolucionado la vida en Esper."

"Si," dijo Bolas volviendo a hacer raspar esos ladrillos. "Continúa."

"Sólo a la Compañía (los Camaradas del Consejo Arcano, los adeptos más avanzados y santos de toda la Orden) se le permitía leer y cuidar el libro que ellos llamaban el Codex Eterium donde habían registrado todo lo que habían aprendido sobre Crucius, sobre su vida y sabiduría, su desaparición, sus técnicas de trabajo del eterium... y

los secretos del carmot y la sangrita. Con la antigua sabiduría de la esfinge en el Codex, la Compañía (la única entre todos los magos de Esper) podía crear eterium. Así que me uní a ellos. Estudié con ellos, entrené con ellos, seguí sus órdenes, incluso limpié sus condenados baños… por tres años. Porque les creí. Yo lo hice. Pensé que íbamos a transformar Esper en el paraíso. Incluso me dijeron…"

Entonces me mordí con fuerza suficiente como para extraer sangre fresca de mi mejilla herida. No había ninguna razón para contarle a Bolas sobre mi última visita a la casucha de mi padre en Marea Hueca; acerca de cómo había estado prácticamente balbuceando con entusiasmo y lo que había dicho mi padre…

Bolas no necesitaba saberlo.

"¿Y?" dijo el dragón, echando su labio superior hacia atrás. "Cuéntame de este paraíso, Tezzi."

Yo me encogí de hombros con mucha más indiferencia de la que sentía. "No hay nada que contar. Era todo mentira. Como tú sabes. Cada chatarra y cada fragmento. Mentiras."

La curva de su labio superior se torció hacia una definitiva mueca. "¿Estás seguro?"

"Yo estuve allí Bolas. Entré en el Santuario. Leí el Codex… no. Abrí el Codex. No había nada que leer. Nada. Todo el aplastante libro estaba en blanco."

Bolas desenvolvió su cola de su cuello y se paró, doblando sus alas y luciendo muy feliz que yo supe que lo que vendría después sería malo.

"Así que, Tezzi, bonita historia," dijo. "¡Entretenida y esclarecedora! Te mereces una sorpresa especial, y aquí está: la tarea que vas a realizar para mí será encontrar a Crucius."

"¿Oh, eso es todo?" No pude reprimir un bufido. "Brillante. ¿Es ese tu remate genial? ¿Dónde debería empezar a buscar? ¿Arriba de tu culo?"

El rió. "Eso es lo que más me gusta de ti, Tezzi. Réplicas agudas, un vocabulario bañado en oro, cultura y educación y refinamiento... Raspa a ese culto mago de Esper con una uña y todo lo que encontrarás debajo será otro sucio carroñero... ¿Cómo los llamaban? ¿Mocosos cavernícolas? Puedes sacar al chico de Marea Hueca pero..."

"Quién soy yo, lo que fui, nunca ha sido un secreto. No tengo nada de lo que avergonzarme. Nada."

"Pero aún así lo eres." Bolas volvió a poner en marcha su sonrisa de demasiados dientes. "Ahora, siguiendo con el tema Crucius..."

"¿No has estado prestando atención? El no es real; todo ese asunto de la Esfinge Loca son más de las mentiras de los Buscadores."

"¿Qué tan seguro estás?"

"Tan seguro como yo..." la sonrisa horriblemente petulante del dragón me detuvo en mitad de la respuesta. "Yo no... quiero decir, ¿de qué estás hablando?"

"¿Ves? Ahí está. Ese es el remate de la broma."

Yo sólo atiné a mirar en muda incomprensión.

"¿No lo entiendes? La broma eres tú, mocoso cavernícola. Crucius es real. Es una esfinge y de verdad creó eterium. Es un Caminante de Planos, igual que nosotros. Vamos Tezzi ¿de verdad creíste que todo lo que enseñan los Buscadores era una mentira?"

"Yo..." Yo no pude pensar en algo inteligente que decir. "Supongo que lo hice."

"Ahora eso si que es cómico... pero espera, ¡aún hay más!" El dragón se encogió de hombros para abrir sus alas y las extendió como si dijera: *Mira a tu alrededor, idiota*. "¿Dónde crees que estamos?"

"¿Qué quieres decir?"

"Esto." El se estiró y con un tirón despreocupado desprendió un trozo de cristal brillando de rosa más grande que mis dos puños por duplicado. Luego me lo arrojó.

El trozo de cristal era pesado, mucho más denso de lo que parecía... y en sus profundidades yo pude ver pequeños defectos, como pequeñas grietas formando una red a través de la roca... y era de estos defectos de donde llegaba el resplandor....

Un especie de horror existencial me empezó a apretar la garganta. "No entiendo...." Miré a Bolas. "Yo no... ¿Qué es este material?"

"Sangre."

Yo parpadeé. "¿Sangre?"

"Sangre petrificada de dragón," dijo Bolas con una especie de salvaje satisfacción, como si de verdad hubiera pasado quince años elaborando una broma sólo para mí y ahora estuviera disfrutando de la recompensa más de lo que se había atrevido a esperar. "Esta sangre en particular le pertenecía a... Bueno, tú no necesitas saberlo, ¿verdad? Hubo una seria especie de guerra de dragones sucediendo aquí unos pocos años atrás, como te será fácil adivinar."

"Jund," le dije. "Estamos en Jund...."

"En estos días nosotros decimos que estamos dentro de Jund."

"¿Qué?"

"Ya te darás cuenta. Lo importante aquí es que la sangre de dragón derramada en la batalla es diferente a la que uno obtendría si, oh, es de alguna manera lo suficientemente tonto como para, por ejemplo, cortarme de verdad. Es una cosa de la hormona del estrés, así como todo tipo de esotéricos metabolitos abandonados por darle

poder a nuestras diversas habilidades mágicas. Y aquí en Jund, en las altas montañas, de hecho, probablemente algo relacionado con alguna cualidad única del maná de aquí, la sangre de dragón deja este interesante residuo. Eso que ahora tienes en tu mano. Ahora mismo."

Yo pude sentir algo de lo que hacía interesante a ese cristal; el maná se escapaba de el, dando calor y luz, pero también estaba absorbiendo maná de una fuente desconocida... Estaba ganando poder, no perdiéndolo...

Yo no pude levantar mi voz ni siquiera en un susurro. "¿Qué infiernos es esto?"

"Tú eres el Cerebrote, ¿no es así? Tan orgulloso de tu auto-educación. Así que dime: ¿cuál es la etimología de la palabra sangrita?"

"Es la palabra vedalken para *piedra de sangre*," le dije en un acto reflejo... Entonces, cuando escuché las palabras que habían salido de mis labios, me di cuenta de que ya no podía respirar.

"Tienes que estar bromeando..." me las arreglé a decir.

"Oh, desde luego que estoy bromeando. Pero yo no estoy mintiendo. Todo es cierto. ¿Esas mentiras por las que asesinaste a todas esas personas de más? Todas ciertas. Todas y cada una. Eso es lo que hace que sea divertido."

Yo tuve que sentarme. "¿Todo... cierto...?"

"A excepción de la parte en la que ellos son poseedores del material. ¿Aparte de eso...? Sí. Todo es cierto. Cada aplastante palabra. ¿Qué tal esa broma?"

Yo sólo pude mirar.

Nicol Bolas, dragón de veinticinco mil años de edad, Caminante de Planos, alguna vez un dios, destructor de mundos, me guiñó un ojo como un charlatán de feria demente. "¿Cómo te caigo ahora?"

Antes de que yo pudiera responder él sacó una esfera de cristal lechoso y la arrojó a mis pies. Esta explotó con un enceguecedor destello... y cuando pude volver a ver me encontré en Marea Hueca.

# Tezzeret
## Intercambios desagradables

Yo supe que era Marea Hueca. Nunca hubiera confundido mi lugar de nacimiento con cualquier otro lugar del Multiverso; los

barrios bajos de cavernas debajo de Vectis tienen un olor único, compuesto de moho, pescado podrido, heces, pobreza y desesperación. El aire se siente como si acabara de ser respirado, como si su característico olor fuera en realidad el producto de la respiración de alguien.

El aliento de todo el mundo.

Aparecí exactamente como había estado en la cueva de cristal: dos brazos de carne, un gran trozo de sangrita, y ninguna ropa en absoluto.

Y estaba lloviendo.

No había viento, casi nunca lo había, y la permanente llovizna condensada que es la lluvia de Marea Hueca se sintió helada y con gusto a moho. Gracias a los pequeños favores de Bolas este me había puesto en la profunda sombra de uno de los sinuosos caminos de bestias que servían como calles allí abajo. El dragón bien podría haberme soltado en el Gran Bazar al mediodía. O en el dormitorio de la Hegemón. Yo tomé mi llegada razonablemente subrepticia como una señal de que Bolas, hasta el momento, quería que yo persiguiera su absurda misión.

Probablemente.

Los dragones como especie tienden a ser de carácter incierto y Bolas en particular es singularmente opaco. Adivinar su intención en cualquier esfera dada es una empresa arriesgada. Hasta sus bromas pueden florecer en serios planes mortales y los que parecen ser proyectos importantes pueden llegar a ser, como yo acababa de aprender, bromas elaboradas.

Aunque, me recordé a mí mismo, el hecho de que Bolas hubiera clamado que los Buscadores de Carmot habían sido una broma no significaba nada. Con Bolas nada era totalmente una cosa u otra.

El estaba jugando un juego más profundo. Él siempre juega un juego más profundo.

Supongo que yo no soy del todo diferente. Se me ocurrió entonces, por ejemplo, que debería hacerles una visita a los Buscadores, ya que de todos modos ya estaba en la ciudad, lo que podría haber sido leído como un defecto del sentimiento, y tal vez lo fue. Pero eso no era todo lo que era.

Primero: vestimenta.

Debería haber sido un asunto menor invocar el maná suficiente para una ilusión de ropa. En días anteriores, cuando yo tenía mi brazo, era rutinario que yo llevara ropa ilusoria tan sofisticada que era, para todos los efectos, real. Era sólida al tacto e interactuaba con normalidad al sol, al viento y al clima. Podía llevar artículos pequeños en mis bolsillos, colgar bolsas de mi cinturón, y podía afinarla para que me proporcionara calor en climas fríos, me mantuviera fresco en climas cálidos, o incluso funcionara como una armadura contra un ataque físico.

Pero eso había sido cuando yo había tenido mi brazo.

En ese momento recoger el maná sin este fue lento y difícil, a pesar de mi cercanía a los profundos pozos de maná del Mar del Desconocimiento. Unirme a ellos para reponer mis reservas me

fatigó en vez de revivirme. Quedó claro que tomaría algún tiempo acostumbrarse a mi nueva capacidad reducida. La fría llovizna se intensificó, como sucedía a menudo a través de la noche, y yo ya estaba temblando.

No muy lejos, sin embargo, una línea de piedras cubiertas de filosa pizarra le servía a alguien como una cerca... y parecía que este alguien había sido demasiado optimista acerca del tiempo de allí ya que en la cerca había colgado varias túnicas amplias y un par de pantalones para que se secaran.

Las cavernas reales de Marea Hueca, abarcando cerca de tres cuartas partes de la extensión total de la barriada, tenían una considerable protección del tiempo en el Mar del Desconocimiento, pero a cambio uno debía vivir en un estado de perpetua oscuridad y permanente humedad. Las exhalaciones de los habitantes de cada caverna se condensaban inevitablemente en la piedra formando gran parte de la llovizna que caía todas las noches. El propietario de esos artículos los había olvidado o simplemente no le importaban lo suficiente como para sacarlos de la lluvia. En cualquier caso yo tenía más necesidad de ellos que su dueño.

Pero no pude acercar mi mano a ellos.

Me paré en la cerca durante un intervalo indeterminado; pareció un tiempo muy largo. Yo necesitaba ropa y ahí estaba, expuesta ante mí como una ofrenda en honor a mi regreso a casa. No había ni una sola razón en el Multiverso para que yo siguiera desnudo bajo la lluvia mientras frente a mí hubiera ropa perfectamente apropiada que había sido olvidada o tirada allí. O abandonada. Se podría argumentar que yo le estaba haciendo un favor a estas personas, ayudándoles a descartar lo que claramente ellos consideraban como basura.

No era como si yo no hubiera hecho cosas peores. Había hecho cosas mucho, mucho peores. Sin dudarlo. Muchas veces. En mi lista de actividades criminales, este hurto oh-tan-pequeño no merecería siquiera ser llamado “criminal”.

Pero aún así no pude obligarme a hacerlo.

Allí, en la valla improvisada en la oscura llovizna de Marea Hueca, no dejé de oír la voz de mi padre. "Ellos no tienen que querer para quitar. Quitar es lo que hacen. Quitar es toda su vida."

Tomar esos pedazos de ropa, lastimosamente harapientos y casi sin valor, de alguna manera hubiera roto una promesa que yo no recordaba haber jurado; un voto que había hecho con todo mi corazón. Un juramento hecho a mi persona de siete años de edad.

Sí: soy sentimental y el sentimiento es un defecto, y a pesar de saber muy bien lo irracional que es yo me encontré contra un muro de inesperados principios. Nunca he dudado en robarle a los ricos, a los poderosos, a los seres que me podrían aplastar con un pensamiento. Hasta los robos a mi propio padre solamente sucedieron mientras él tenía el poder absoluto sobre mi vida y mi muerte. Enfrentar mi habilidad e ingenio contra los grandes de los mundos, con mi vida en juego, es lo que da sentido a mi existencia.

Quitarles a las personas que ya no tienen nada es demasiado vil, incluso para mí.

Yo no soy conocido por mi honestidad, ni fidelidad. No creo que haya hecho una promesa que no haya roto. Excepto, al parecer, esta.

Al parecer ese sucio pequeño mocoso carroñero es la única persona que he conocido a la que yo no estoy dispuesto a traicionar.

Podría haberme quedado allí toda la noche de no haber sido por la voz de una mujer, un áspero susurro en la oscuridad, viniendo de la ventana débilmente iluminada de la cabaña de piedra en el otro lado de la valla. "¡Chst! ¡Chammie! ¡Hay alguien cerca de la valla! ¡Chammie, mira!"

Un bebé comenzó a chillar y una gran sombra llenó la pequeña ventana. "¡Ey!" El grito fue el de un hombre, ronco y repentino y tan pantanoso como Marea Hueca. "¡Vete de ahí, tonto de las esclusas! ¡Vamos! ¡Antes de que yo mismo salga a espantarte!"

Yo me quedé ahí por un instante, atrapado por los recuerdos. Había habido un niño llamado Chammie entre mi pandilla de mocosos cavernícolas... Pequeño, pelirrojo, un yeso en un ojo, él lucharía con cualquier persona, en cualquier momento, bajo cualquier pronóstico. ...

La sombra desapareció de la ventana y reapareció rodeando la cara oculta de la casucha levantando un pico en alto con las dos manos. "¡Vete o te la doy! ¡A menos que quieras probar esto!"

Yo volví a desvanecerme en las sombras, lejos de la valla. "Su ropa," dije en voz baja asombrándome de mí mismo. "Sus ropas se están mojando."

La sombra se detuvo, de repente incierto. "Si me haces cruzar el muro volveré con tu sangre en mi pico," dijo  tratando de dar una brusca advertencia pero sonando como si hablara más para reforzar sus propios nervios que para hacer temblar los míos.

Y si hubiera cruzado esa pared...

Se hubiera encontrado frente a una criatura más allá de su más oscura imaginación. Toda su fuerza, su coraje que lo había llevado a salir a la oscuridad y ponerse él mismo y su arma entre su familia y los peligros insondables de la noche en Marea Hueca, toda su fiereza, todo su amor, toda su habilidad .. Al final, todo eso sólo sería el por qué de su muerte.

Y el *por qué* no es nada en absoluto.

"Nunca me volverás a ver," le dije. "Llévate tus ropas."

"Demonios," dijo reuniendo las túnicas y los pantalones con una mano mientras con la otra siguió sosteniendo el pico en alto y su ojo nunca se desvió de mi silueta oscura. "Vete ya."

Como tenía maná suficiente para una apariencia menor me envolví en sombras sobre mí mismo y observé. Me encontré, inexplicablemente, queriendo desesperadamente hablar con él; preguntarle si él había sido el Chammie que había conocido, preguntarle si recordaba al chico que él y sus amigos habían apodado Tezzeret... pero Chammie es un nombre bastante común en Marea Hueca. ¿Podría ser este el hombre que había crecido del chico

que yo había conocido? Las probabilidades eran ridículamente pocas. Yo ni siquiera pude ver si tenía el pelo rojo.

Y si fuera él y si de verdad me recordaba... ¿entonces qué?

¿Le contaría de mi vida, de lo que se siente el ser un artífice y un mago? ¿Un confiado estafador, un embustero y un asesino de bandidos? ¿Le diría sobre Nicol Bolas y cómo le había robado el Consorcio Infinito al ser más poderoso de la creación? ¿Presumiría de haber caminado sobre mundos que él no hubiera podido imaginar? ¿Y si lo hiciera, acaso él comprendería, y mucho menos me creería?

¿Acaso yo quería que lo hiciera?

Al final yo sólo fui una forma en la oscuridad. El lanzó una última mirada hacia donde me había visto desaparecer, luego sacudió la cabeza y entró en su casucha con su ropa, para estar con su mujer y su hijo.

Reuní mi manto de sombras a mi alrededor y me fui solo por mi camino.

Como siempre lo he hecho.

* * * * *

Considerando la cantidad de esfuerzo que me requirió el simple hecho de cubrirme de sombras decidí que no podía depender de la magia para vestirme y protegerme. Afortunadamente el maná sólo es una variedad del poder; hay otras, en una de las cuales yo podía poner mis manos con sólo un poco de esfuerzo.

Yo mantengo escondrijos de moneda local o artículos de valor en todos los planos por los que he caminado; cada ciudad en la que el Consorcio Infinito hace negocios tiene fondos depositados que sólo yo puedo recuperar. Estos fueron colocados contra la eventualidad de que alguien; digamos, por ejemplo, Jace Beleren; lograra realizar el mismo truco que había hecho yo y me quitara el Consorcio Infinito como yo lo había hecho de Bolas. Tengo que admitir que yo no le había dado crédito a Beleren tanto con el poder como con la crueldad para matarme por completo. A falta de eso siempre había una posibilidad de poder quedarme varado en alguna parte, del tipo de problemas que sólo se pueden curar con dinero en efectivo.

El dinero es un recurso fungible. Prácticamente lo único de valor que no se puede comprar es el maná mismo... aunque con fondos suficientes para interesar a clases particulares de magos y hechiceros incluso el maná se pueden comprar. Ya que yo nunca había esperado volver a Marea Hueca mi escondite más cercano estaba a una distancia considerable subiendo por la pendiente, construido en la pared trasera de una pequeña fábrica de cerveza en los laberínticos callejones de Baja Vectis, y era mucho más valioso que simple dinero.

Me moví a través de los barrios pobres como una aparición de los piélagos, deslizándome de sombra en sombra, abriéndome paso con esfuerzo para salir de las cavernas, evitando multitudes, carriles muy iluminados y calles muy transitadas. En un momento estuve a

menos de quince minutos a pie de mi antiguo barrio donde, por lo que yo sabía, todavía podría seguir viviendo mi padre. No sucumbí a la urgencia pasajera de visitarlo.

No soy tan sentimental.

La fábrica de cerveza era dos pisos más alta que los edificios de los alrededores, que eran principalmente almacenes y talleres de artesanos. A esas horas sólo ventanas dispersas mostraban luz de lámparas pero allí, por encima de las cavernas, la noche era clara y la luna proveía luz suficiente como para que yo encontrara mi camino. Una pared de piedra que me doblaba en altura y estaba rematada con pasto navaja cerraba el muladar de la cervecería y teóricamente impedía que las ratas y otras alimañas locales se deleitaran con los restos en descomposición de los granos de malta y la levadura muerta vertidos allí para ser drenados.

El olor solo era un poderoso elemento disuasivo para potenciales intrusos. También, siendo quien soy, el alijo estaba oculto no sólo a los ojos mortales sino a todo tipo de sentido mágico al que yo había podido replicar. El más poderoso rabdomante de Esper hubiera podido apoyarse en esa pared durante todo el tiempo que hubiera querido y nunca hubiera conseguido el menor atisbo de lo que había dentro.

Yo me detuve el tiempo suficiente para buscar en el interior de la pared con los dedos de mi mente; para disparar una trampa escondida donde nadie más que un mago hubiera podida utilizarla. Una sección de la pared sobre el pedestal giró de lado el tiempo suficiente como para que yo me deslizara a través. Vadeando a través del turbio llegando a la altura del pecho, el viscoso residuo alto en proteínas del mosto, había un escalón poco atractivo pero necesario; allí en el vertedero, se deja drenar gran parte del agua del turbio a través de las rejillas en las alcantarillas tras lo cual es extraído y prensado en las tortas de levadura que son la única fuente de proteína que todo Marea Hueca se puede permitir.

En el contrafuerte gasté un poco más de mi maná disponible para alejar el turbio de la piedra; para darme espacio para trabajar y también para limpiar un lugar donde dejar el trozo de sangrita que Bolas me había dado. No sabía que pasaría si dejaba caer la sangrita en el turbio y no tenía ganas de averiguarlo.

No había ningún tipo de señal que un tesoro podría estar dentro de la pared. Este tesoro en particular, de hecho, había sido construido dentro de la pared en su primera construcción, cuando la fábrica de cerveza se había ampliado unos siete u ocho años atrás, siendo la cervecería una empresa local financiada y en parte propiedad del Consorcio Infinito. Después de haber construido mi carrera de eterium rescatado de tesoros inadecuadamente ocultos yo me había asegurado bastante de que ese no pudiera ser encontrado por cualquiera que no supiera que ya estaba allí.

Presioné con la palma de mi mano izquierda contra el bloque que sabía que era hueco y lancé mi mente dentro de el, permitiendo que el dispositivo dentro se definiera poco a poco a sí mismo dentro de mi conciencia. Una vez que lo hizo yo intervine el propio

dispositivo en busca de la energía necesaria para recuperarlo; al haber sido de eterium puro fue una generosa fuente. Aunque como mecánico ni siquiera soy competente, mucho menos hábil, si sé un truco o dos; crear un campo hipertemporal localizado en un objeto inanimado no es una gran hazaña. Segundos después la piedra se transformó en polvo.

Pero cuando me estiré hacia el dispositivo mi mano estalló en llamas, de algún tipo. Vi una llamarada de fuego escarlata y sentí mi piel carbonizándose y despellejándose hacia atrás de mis huesos... pero mi instintiva visión hizo retirar mi mano sin resultar herida. Ni siquiera humeó. Y yo había visto el destello y las llamas sólo desde mi ojo izquierdo.

La fuente del dolor fue evidente. "Doctor Broma," murmuré sombríamente. "Interesante. Parece que estás enganchado a mis nervios ópticos además de mi red de tacto/dolor"

"GUAU. ¿Y TU ERES UN CEREBRITO?"

En ese momento yo me llevé la mano a mi oreja izquierda. El estruendo fue tan abrumador que había sido un sonido real, seguramente debía estar sangrando de un tímpano roto. El no estarlo y el haber escuchado el titánico rugido sólo con mi oído izquierdo hizo que su fuente fuera obvia.

"Puedes hablar."

"IGUAL QUE TU."

Yo me estremecí y no pude dejar de presionar la mano con más fuerza sobre mi oído... aunque obviamente eso no hubiera podido hacer nada bien. Bolas le debía haber dado a este "Doctor Broma" acceso a todo mi sistema sensorial; el increíble rugido tenía que ser el resultado de una estimulación neural directa, casi de la misma manera que el dolor. "Em, ¿puedes hablar un poco más suavemente?"

"¿Algo así?" Esta vez la voz fue sólo la de un hombre corpulento parado demasiado cerca y gritando.

Me tomé un momento para recuperar el aliento y ajustar el veloz martilleo de mi corazón. "Eso es... tolerable. Incluso más suave sería mejor. Eh, hola."

"Ya nos hemos presentado."

"Lo recuerdo," le dije con seriedad. "¿Cómo debería llamarte?"

"De cualquier forma menos tarde para el desayuno."

Mi mano fue de mi oído a mi frente. "Tú no acabas de decir eso. Por Favor. No lo hiciste."

"Mis amigos me llaman Doc. Tú puedes llamarme Doctor Broma."

Tuve que sentarme. "Repasemos esto en algo así como una forma organizada, ¿quieres? Así que. Eres consciente; ¿eres un ser vivo en lugar de un dispositivo?"

"Sí. Diecinueve. Y soy más pequeño que una caja de pan. Sea lo que sea una condenada caja de pan. Esa fue gratis."

"¿Eres una criatura de origen natural? ¿Es decir, no un homúnculo, un golem, ni otra forma de vida construida?"

"Sí. Dieciocho. Espera... no, no lo soy. Aún dieciocho. Pero... ah, mierda. La verdad es que no lo sé. Todavía soy un poco nuevo en esta tarea de conciencia."

"¿En serio?"

"Claro. ¿Por qué iba a mentir?"

Yo diría más bien ¿por qué decir la verdad? "¿Por qué te escucho solamente con mi oído izquierdo?"

"Encogimiento de hombros. Quizás haya jodido algo."

"¿Acabas de decir encogimiento de hombros?"

"¿Cómo se supone que debo gesticular? ¿Señales de humo?"

"Muy bien," dije yo. Mi cabeza estaba latiendo y no era por el Doctor Broma. Bueno, lo era, pero no de la manera habitual, así que... "Muy bien, espera. Déjame pensar."

"No voy a aguantar la respiración."

"¿Qué?"

"Porque no puedo, idiota."

"Mira, ¿puedes...? ¿Puedes por favor simplemente quedarte en silencio por un momento? No mucho, lo prometo. Por Favor."

"Buaa, ya no te agrado más..."

"Por favor," le dije. ¿Qué otra cosa podía hacer? Rogar era mi única opción restante antes de golpear mi cabeza contra la piedra hasta quedar inconciente y ahogarme en el turbio.

Aunque esa opción se hizo más atractiva con cada segundo que pasó.

Después de unos momentos de cuidadoso interrogatorio, durante el cual tuve la tentación de matarme a mí mismo sólo tres veces, mi (nuestra) situación comenzó a aclararse.

El Doctor Broma era un individuo totalmente consciente que habitaba, o tenía algún tipo de vínculo mágico, con mis nervios sensoriales. Tenía un excepcional control sobre ellos aunque parecía que su actividad era en gran medida electroquímica, como lo es por naturaleza; sólo había hablado a través de mis nervios auditivos izquierdos porque el mal uso podía causar daño a los nervios y provocar sordera y él todavía estaba, como había dicho, explorando los parámetros de su poder.

Más allá de eso él supo (o creyó saber, lo que, dadas las circunstancias, ascendía a la misma cosa) que la asociación que nos unía a ambos sólo podía ser desatada por el propio Bolas. Su destino estaba ligado al mío ya que el dragón no tendría ninguna razón para hacernos a cualquiera de nosotros ningún favor hasta que termináramos su trabajo. Y cualquier otro que el dragón pudiera pensar en el ínterin. Nuestros destinos estaban inextricablemente vinculados; lo que me pasara a mí también le pasaría a él.

También descubrí, para mi considerable alivio, que no podía leer mis pensamientos. Así que yo fui capaz de mantener en privado mi sospecha de que el Doctor Broma no tenía una existencia separada en absoluto siendo nada más que un fenómeno de la alteración de mi sistema nervioso realizado por Bolas en el proceso de reparar lo que Jace le había hecho a mi cerebro. No me extrañaría

que el dragón, por ejemplo, hubiera construido al Doctor Broma en este brazo de carne que me había infligido.

También determinamos la razón de porque parecía tan difícil reunir suficiente poder para cualquier efecto principal. Sí: haberme arrancado mi brazo derecho me había dejado paralizado mágicamente... pero eso no era todo. Parecía que, si bien el Doctor Broma tenía algunos poderes no despreciables a sus órdenes, no extraía el maná directamente sino que existía como un parásito de maná similar a un vampiro, viviendo de mi propia reserva reducida.

"Otro regalo de Bolas," murmuré.

"Sí, odio a ese remojado mono escamoso," dijo el Doctor Broma. "¿Sabes lo que él necesita? Una bota bien dura en sus gónadas. Le hará un bien al universo."

"Yo no creo que él tenga gónadas," le contesté con tristeza."

"¿Podemos intentarlo de todos modos?"

"Veo que no estás encantado de estar trabajando para él."

"¿Alguien lo hace? ¿Acaso existe un jefe peor en el Multiverso?"

"Si alguna vez encuentras uno no se lo digas a Bolas," murmuré. "Nunca se resistiría en demostrarnos que estamos equivocados."

"Así que, ¿Cómo vamos a encargarnos de él?"

"¿Discúlpame?"

"Vamos," dijo el Doctor Broma. "Tú no eres de los del tipo que se toman este asunto acostado."

"¿Has estado consciente menos de tres horas y ya eres una autoridad en los de mi tipo?"

"Tú estás planeando algo," insistió él. "Tienes que estar planeando algo."

"Y si lo hago," le dije, "¿por qué iba a decírtelo?"

"¡Ah, vamos, Tezzi! ¡Yo estoy de tu lado! Estamos juntos en esto, hombro con hombro... eh, tú ya sabes lo que quiero decir. De hombre a... bueno, a lo que yo sea."

"No me llames Tezzi."

"No me extraña que no tengas ningún amigo."

"No estoy interesado en tu amistad."

"Oh, vamos... Te dejaré que me llames Doc," ofreció él.

Dolorosamente consciente, y yo de verdad quiero decir dolorosamente consciente, de que mientras no hubiera ningún poder a mis órdenes que pudiera causarle al Doctor Broma la más mínima molestia él podría hacer de mi existencia un carnaval interminable de sufrimiento, me decidí a consentir. "Tezz," le dije a regañadientes. "Puedes llamarme Tezz."

"¡Que bien! Y somos compas, ¿verdad? De verdad. ¿Soy tu mejor amigo?"

Suspiré. "Tú eres mi único amigo, Doc."

"Eso si que es triste. En serio. Hombre, ¿acaso llevas una vida despreciable o qué?"

"Si lo hiciera," dije entre dientes, "tú no la estás mejorando."

"Ooh. Eso dolió, Tezz. En serio."

Decidí cambiar de tema. Cualquier discusión sobre dolores con Doc sería potencialmente y cataclísmicamente unilateral. Así que me levanté… eh, supongo que nos levantamos, y di un paso más cerca de la piedra hueca que contenía mi dispositivo. "Doc?"

"¿Sí, compa? Eh, ¿amigo, te parece? ¿Mejor amigo?"

"Doc, ¿por qué me detienes?"

"¿Eh?"

"Cuando yo me estiré para agarrar el dispositivo me hiciste sentir como si mi mano estuviera en llamas. ¿Por qué?"

"¿Por qué? ¿Qué soy yo, idiota?"

Con un considerable ejercicio de autodisciplina me resistí a ofrecer una respuesta. "¿Por qué no quieres que lo recoja?"

"Porque todo lo que te sucede a ti me sucede a mí," dijo él lentamente, como si la explicara lo obvio a un niño pequeño y no especialmente brillante. "¿No puedes ver que toda esa maldita cosa es sólo una gran trampa?"

"Por supuesto que puedo," le dije. "Yo la construí."

Al ser un mecanicista, cuando fui a esconder una cantidad sustancial de eterium, no había visto ninguna razón para guardarla como lingotes o barras... y siempre he tenido un don para los autómatas pequeños e intrincados. Así que había convertido todo el alijo en una trampa... y una bastante ingeniosa, si se me permite decirlo.

Esta trampa sería un anzuelo que atraparía la mano de cualquiera que no fuera yo ante el primer toque e introduciría bajo la piel del ladrón una red de cables de eterium tan delgados como un cabello para secuestrar su sistema nervioso y anular mágicamente la voluntad de sus nervios motores, causando una parálisis permanente. Esto dejaría al ladrón vivo, despierto y consciente  pero incapaz de hacer nada excepto, oh, por ejemplo, morir de sed. O ahogarse en un derrame particularmente grande de turbio. O encontrar alguna otra muerte persistentemente desagradable.

No: el hecho pertinente de allí no era que se tratara de una trampa sino que Doc podía ver que era una trampa. Mi pequeño e ingenioso dispositivo no se parecía a una trampa más que un terrón de estiércol. Hasta un mecanicista excesivamente experto habría necesitado horas, si no días, para detectar el peligro que yo había construido en su interior; y probablemente habría caído en el proceso.

Esto significó que Doc había tenido acceso a alguna parte de mi memoria o que podía percibir las cosas en un nivel que yo no podía. O las dos cosas. Cualquiera de estas eventualidades fue interesante y todas fueron potencialmente significativas. "¿Cómo lo supiste?"

"Bueno, es obvio. ¿No es así?"

"Al menos no salvo para ti."

"Eh. ¿En serio?"

"Doc," le dije con inusual sinceridad, "tienes profundidades insondables de talento."

"De nada. ¿Eso fue un cumplido, verdad? ¿Verdad?"

No le respondí. Mi atención había sido capturada por una posible característica de la trampa en la que nunca me había dado cuenta antes. Después de todo, si el dispositivo era capaz de secuestrar los nervios motores de su víctima, esto podría hacer todo tipo de cosas interesantes. De pronto se hizo evidente en cómo podría ajustarlo para que secuestrara la forma y función de alguien y convirtiera su víctima en un obediente telemin actuando completamente bajo mi control o, como lo indicaba el dispositivo (porque en ese momento yo también me di cuenta en cómo podría dotarlo de una conciencia propia) para que la convirtiera en, por ejemplo, un Doctor Broma mecánico. Todo fue muy obvio. Ni siquiera sería difícil.

Lo curioso es que yo nunca lo había visto antes.

Quizás de entre todos los cambios infligidos a mi forma y función por Jace y Bolas unos pocos podrían tener que ser considerados como positivos. Fue un pensamiento aleccionador. ¿Acaso yo tenía algo que agradecer a Bolas?

O peor aún, ¿agradecerle a Jace Beleren?

Distraído por esta desagradable posibilidad yo, de algún modo, desactivé algo ausente mi dispositivo sólo para descubrir que había algo que se debía haberme pasado; sentí un pequeño susurro de fuga de maná que no habían sido parte de mi diseño.

"¿Qué fue eso?" dijo Doc. "¿Viste eso? ¿Se suponía que debía suceder?"

"No."

"¿Es un problema?"

"Sí."

Las piedras situadas encima de nosotros en la pared comenzaron a arder.

"¿Un mal tipo de problema?"

"Potencialmente fatal."

Yo había vuelto a subestimar a Jace. Sólo que en ese momento se me ocurrió que cualquier cosa que yo hubiera sabido, cualquier cosa, él podría haberla sacado de mi mente cuando me había atacado. Incluyendo el lugar de mi escondite local de eterium.

La piedra ardiente chispeó y ardió, ahora al rojo vivo, tan intensamente que yo tuve que proteger mi rostro con mi inútil brazo derecho. La piedra comenzó a derretirse, chorreando como la cera caliente y lo que estas gotas golpearon lo encendieron con una intensidad antinatural.

"Deberíamos estar huyendo, ¿no?" dijo Doc. "¿Por qué no estamos corriendo?"

"El fuego no es el fuerte de Jace," le dije. "El es un extractor de mentes."

"Es una buena noticia, ¿verdad?"

"No."

Cuando la piedra se apagó el agujero en la pared no se abrió a la fábrica de cerveza. A través del hueco pude ver nubes negras en llamas, ardiendo por encima de un cono volcánico que derramó lava al rojo vivo.

Estaba a punto de descubrir cuan preocupado había estado Jace sobre mi posible regreso.

Lo primero que pasó a través de la puerta de fuego fue una lustrosa pinza negra azabache similar a la de una langosta pero más grande que yo que se aferró a la piedra sin quemar, seguida de otra que hizo lo mismo... Cuando se tocaron la piedra se puso roja y suave y de las articulaciones de las pinzas brilló una carne que ardió blanca como el sol. Debido a que estas garras no pertenecían a ninguna variedad de langosta y yo ya no necesité ver las filas de ojos compuestos que les seguirían, tuve la intención de evitar ver activamente el metasoma articulado curvándose hacia arriba con un aguijón al rojo vivo del tamaño de un espadón.

Yo no soy, por regla general, dado a lo profano o vulgar, pero cuando me vi enfrentado a quemarropa por escorpiones del tamaño de un hipopótamo cuya carne era roca al rojo vivo podría ser perdonado por caer en ello.

"O mierda..."

Aparentemente Jace se había de verdad preocupado mucho. Lo suficiente como para haber contratado al menos a un piromante muy, muy serio.

"Eso es malo, ¿no? Yo puedo decir que es malo. ¿Qué hacemos?"

"¿Nosotros? Nada. Tú te vas a callar," le dije, "y yo voy a correr como los mil demonios."

# Tezzeret
## El fuego del hogar, ardiendo

Estar a punto de morir no me pareció un motivo suficiente como para abandonar cualquiera de mis tesoros. Así fue que me comprometí a huir con mi trampa de eterium en una mano y mi trozo de sangrita en la otra. Aún sin haber reabastecido mi reserva de

maná yo puedo hacer cosas sorprendentes con eterium utilizando su energía innata para potenciar su acción. Razonando que lo menos inflamable en todo el barrio era el turbio llegándome hasta el cuello en el vertedero donde yo estaba me decidí a poner tanto de este como me fuera posible entre mi persona y el escorpión de magma.

Respiré hondo y me zambullí de cabeza. Mientras arañé mi camino ciegamente hacia abajo mis dedos encontraron la rejilla de la alcantarilla de drenaje; una reja de acero cromado fijada en el cemento. Alentado no sólo por Doc gimoteando en mi oreja ("¿Qué estás haciendo? ¿Estás loco? ¡Está ahí arriba! ¿Por qué no estás corriendo?") sino también por el impacto repentino de algo grande y pesado aterrizando en la superficie del turbio por encima de mí, me introduje en el dispositivo de eterium con mi mente.

El acero cromado es duro pero hasta el metal más duro puede ser superado por la correcta aplicación de la fuerza. Trabajando por el tacto saqué del eterium un conjunto de engranajes, trinquetes y palancas. Introduje palancas a través de los orificios de la rejilla y puse todo el maná innato del dispositivo a trabajar en esos engranajes y trinquetes y palancas para apartar los barrotes de la reja lo antes posible... porque el turbio se estaba volviendo desagradablemente caliente y yo podía oír, a través de la masa viscosa en sí, una serie de detonaciones menores, lo que me llevó a pensar que era las explosiones de vapor generadas cuando el escorpión golpeó ciegamente hacia abajo con su cola, un aguijón hecho de roca al rojo vivo. Una y otra y otra vez.

Me las arreglé para evitar imaginar lo que ese aguijón le haría a mi carne.

Los barrotes cedieron con un chirrido que sólo llegó débilmente a mis oídos. Yo, bien lubricado por la podrida masa de levadura a mi alrededor, me las arreglé para deslizar mi cabeza a través y caí tres o cuatro metros hasta que llegué a la corriente de aguas residuales que estaba a sólo unos pocos centímetros de profundidad. Esto no hizo nada para mejorar el hedor.

Todo lo contrario, de hecho.

Me levanté de la suciedad y eché un rápido vistazo alrededor. Globos de luz mágica se encadenaban cada pocas docenas de metros permitiéndome ver una gran cantidad de túneles rectos a uno y otro lado y muy poco más.

"Ey, no estuvo mal," dijo alegremente Doc. "Ahora corremos."

"Todavía no."

"Todavía si," dijo él y acentuó su respuesta con una sensación que imagino que se sentiría como si alguien fuera a arrancarme mis testículos. Poco a poco.

El dolor me hizo caer de rodillas. "Si me desmayo, los dos morimos."

El aguijón ardiente del escorpión se clavó hacia abajo a través del drenaje, desatando una explosión de vapor y humo grasiento.

"¿Y morir cómo es exactamente diferente a lo que está a punto de pasar?"

"Tienes que confiar en mí."

"¿Confiar en ti? A mi no me engañas, amigo."

Y de alguna manera cuando dijo “amigo” esto sonó menos como la palabra para compañero que lo que lo hace la palabra para tripas de pescado en descomposición que uno utiliza para atraer a los tiburones. "Esta es mi ciudad natal. Yo conozco cada centímetro de ella. Ese conocimiento es la única oportunidad que tenemos."

El dolor desapareció. "¿Entonces, qué estamos esperando?"

El aguijón golpeó una y otra vez y la alcantarilla comenzó a llenarse de humo. Yo extendí mi mano derecha por reflejo, a pesar de que no pude dejar de estremecerme cuando esta entró en mi campo de visión, y mi dispositivo apareció bajando a través del drenaje y saliendo del humo, corriendo a lo largo de patas de araña. Lo hice saltar y envolverse alrededor de mi brazo y luego pasé el trozo de sangrita hacia él. A partir de allí fue una simple cuestión de encerrar la sangrita en eterium y organizar todo la cosa para hacer un tipo de yugo, o un arnés, sosteniendo la sangrita a mi espalda y dejando mis manos libres.

Esto me llevó apenas un segundo pero en ese momento el cemento alrededor de la alcantarilla se licuó y la curva superior de la red de alcantarillado colapsó. Un gran artrópodo muy caliente cayó en las aguas residuales lo que no hizo nada en absoluto para mejorar su temperamento; ni tampoco la instantánea ráfaga de vapor sobrecalentado que casi le hizo salir volando hasta el nivel de la calle. Se aferró al borde y se dirigió hacia mí a lo largo del techo dejando un rastro de huellas ardientes.

Fue entonces cuando dos más de las criaturas bajaron trepando a través del agujero y traquetearon detrás de la primera.

"¿Tres?" dije yo. "¿En serio?"

Apenas me pude imaginar a Jace azuzando a su piromante para que hiciera este pequeño truco, silbando alegremente mientras trabajaban, pensando: *¿Sabes?, un solo monstruo indestructible no es suficiente. Mejor duplica la orden.*

*Y uno más por si acaso.*

"Eh, ¿qué hay, Hijo Nativo?" chilló Doc en mi oído. "¿Aún no vamos a correr?"

"Sí," le dije. "Ahora si."

Y nosotros lo hicimos.

* * * * *

Corriendo a lo largo del túnel del alcantarillado tan rápido como mis piernas me pudieron llevar muy pronto descubrí una pieza de convincente evidencia a favor de la historia de Bolas sobre que yo no había, de hecho, resucitado de entre los muertos: Me encontré jadeando y tropezando con fatiga en menos de un minuto, muy parecido a cómo lo hubiera hecho si hubiera pasado un lapso de tiempo sin hacer un ejercicio más duro que respirar. Me vi obligado a canalizar maná en mis piernas, lo que gastó aún más rápido mi limitada reserva.

Y detrás de mí resonaron los escorpiones de magma. Ganando terreno.

"¿Cuánto sabes acerca de estas cosas?" susurró Doc en mi oído.

"No... mucho." Giré bruscamente en un túnel lateral que se inclinaba más empinadamente hacia abajo. Correr cuesta abajo fue mucho más fácil y gané velocidad. "No son... locales."

"¿En serio? ¿Hay algo sobre lo que no sepas todo? Detente un segundo... tengo que marcar mi calendario." Doc, no teniendo la necesidad de respirar, siguió ofreciendo comentarios que hicieron que pensar fuera aún más difícil que ser perseguido por monstruos indestructibles.

"Escorpiones de magma," dije entre exclamaciones de aliento. "Caparazones... irrompibles. Y calientes... incendian... todo lo que tocan. El aguijón... veneno... magma... temperatura de un núcleo planetario..."

"Oh, impresionante. ¿Así que si ellos no nos agarran y nos matan quemándonos recibiremos aguijones con porquería del núcleo planetario en la espalda? Eso dejará una marca."

"No," dije jadeando. "Explosión de vapor... me hará pedazos. No quedará nada... que marcar."

"Eso si que es reconfortante. Eh, bueno, suena como que se están acercando. ¿Me equivoco?"

El creciente calor en mi espalda me dijo todo lo que necesitaba saber. "¿Quieres que me... detenga y mire?"

"No te preocupes."

Sin embargo parecía que nuestra mutua e inminente desaparición no era suficiente para hacerle callar. "Aún siguen viniendo. Aún siguen acercándose. ¿Acaso no se cansan? Quiero decir, son bichos realmente gigantes, ¿verdad?"

Yo no tenía el aliento para explicarle a Doc que mientras los bichos ordinarios, artrópodos en general, son de sangre fría y por lo tanto se cansan rápidamente cuando se sobrecalientan, los escorpiones de magma son exactamente lo contrario; el calor generado por el esfuerzo los hace más fuertes. Sólo se cansan cuando se detienen, algo que ellos no iban a hacer hasta que yo estuviera bien en el lado de los muertos. Por no hablar de que están en la cima de los depredadores de su ecosistema, que son intrépidos, que sus cerebros son más grandes que el mío y que son, en general, tan inteligentes como un dragón de tamaño medio. Y casi tan resistentes que sólo hay seis maneras de matarlos, de las cuales cinco estarían fuera del alcance demasiado tiempo para ser útiles.

"Eh, bueno," dijo Doc. "Ellos suenan diferente."

"¿Qué?" Yo estaba demasiado ocupado corriendo como para perder el tiempo escuchando.

"Aún se acercan, pero bajaron un tercio." Al parecer doc podía usar mi sistema nervioso con mayor precisión que yo. Presentar los datos.

Yo ahogué una maldición para la que, de todos modos, no tenía aliento. "Eso significa que... hay sólo dos... allí."

"Esas son buenas noticias, ¿verdad?"

"Ellos no son… bichos," dije carraspeando. "El otro… fue por delante para… cortarnos el camino..."

"Oh. Eso es malo."

Yo no quise hacer comentarios sobre su afición por decir lo obvio porque hacerlo me habría hecho culpable de exactamente eso.

"Entonces, ¿qué hacemos?"

"Estoy abierto a sugerencias...."

"Ohhh, claro, ahora quieres mi consejo. Sí, vamos a preguntarle a la persona que ha estado vivo durante, digamos, tres horas para que se le ocurra un plan. ¡Gran idea!"

Doscientos metros más adelante, el techo de la alcantarilla estalló en llamas, ardiendo tan caliente y rápido que trocitos derretidos de cemento en llamas cayeron en cascada dentro del alcantarillado, arrojando una pared de vapor sobrecalentado hacia nosotros.

"¿No puedes luchar contra ellos?"

"Si puedo," jadeé yo con gravedad. "Solo que hoy no."

"Entonces ¿cuál es el plan?"

"El mismo... que antes. Tú... cállate y yo... corro."

Si hay espíritus guardianes de la fortuna en algún lugar de la creación entonces ellos debían haber estado sonriendo sobre mí ya que justo por delante apareció una válvula de descarga.

Cuando los huracanes soplan a través del Mar del Desconocimiento el enorme aumento de las precipitaciones puede llenar demasiado las compuertas estándar de vaciado situadas alrededor de Marea Hueca en menos de una hora. Las alcantarillas están diseñadas con válvulas de descarga que pueden ser activadas desde el centro de servicios de la ciudad situado por encima para desviar algunos de los miles de millones de litros de agua común y residual que de otro modo podrían inundar por completo los barrios bajos. Esto no era debido a ninguna preocupación por los residentes sino sólo para evitar el envenenamiento de las pesquerías que son la principal fuente de proteína de Vectis.

"¿Qué? ¿Te estás deteniendo? ¿Por qué te detienes?"

"Cállate."

Yo me estiré hasta el engranaje de la válvula de control y envié un hilo brillante de eterium a lo largo de mi brazo y le di medio segundo para que se difundiera a través del mecanismo. Yo no me rindo ante nada en mi habilidad con los dispositivos; lo que otro ser puede diseñar yo lo puedo subvertir, lo que demostré al causar un chillido ensordecedor de metal medio-oxidado cuando la válvula en el eje del conducto de volcado se abrió. El eterium estaba caliente al tacto cuando volvió subiendo por mi brazo, casi como si hubiera estado satisfecho con el trabajo bien hecho.

"¡Buen trabajo!" Pero cuando yo miré hacia abajo Doc descubrió por qué aquello se llama un conducto de volcado a diferencia de, digamos, un túnel de volcado. La caída de este era vertical. "Eh... ¿en serio? ¿Eso no es un poco empinado?"

"Sí," le dije y me zambullí de cabeza en la oscuridad.

"¡Ayyyeeeee!" Gritó Doc en mi oído mientras ambos caímos en picada durante unos segundos. Fue el tiempo suficiente como para que yo recuperara un poco de aliento, lo que, según mi mejor estimación, se convertiría en algo fundamental en más o menos un minuto. O diez segundos.

"Ey..." dijo él con incertidumbre cuando finalmente renunció a gritar. "No hay globos de luz mágica por aquí, ¿verdad?"

"Sí."

"Entonces, ¿de dónde está viniendo esa luz?" Se había referido al resplandor rosado que en ese momento había comenzado a destacarse en las paredes del pozo.

"¿De dónde crees?" le dije.

"¡Oh, vamos! ¿En serio?"

"Sí."

"Estoy empezando a ver por qué nadie te quiere."

"Ahora no," le dije metiendo mis rodillas mientras extendí la mano y rocé la pared del hueco con mis dedos, lo suficiente como para darme la vuelta y poner mis pies hacia abajo. "Esto va a doler."

"Ves, eso es exactamente a lo que yo..."

Esto fue todo lo que él logró decir antes de que chocáramos con la inclinación en la parte inferior del tubo vertical. Me equivoqué acerca del dolor; el impacto fue un ráfaga demoledora que puso en blanco mi visión durante un segundo o dos. Me dolería más tarde. Después de que saliera del shock.

Si es que vivía para contarlo.

La inclinación estaba mojada y cubierta de un grueso moho aceitoso, lo que significó que nosotros nos deslizamos a lo largo de su longitud no mucho más lentamente de lo que habíamos caído. Así que yo tuve un montón de tiempo para mirar hacia atrás y ver al escorpión de magma que nos perseguía golpear contra la inclinación e incendiar instantáneamente el musgo aceitoso en llamas.

Las llamas comenzaron a acercarse hacia nosotros incluso más rápido de lo que nos estábamos deslizándonos. "¿Qué, fuego?" dijo Doc. "¿No sabías que iba a prenderse fuego?"

"No." Yo atribuí esto a las exigencias de haber planificado un escape inteligente mientras corría por salvar mi vida. "Tómalo como una lección de que te calles cuando yo necesito pensar."

"¡No será una gran lección si al aprenderla me mata!"

"Todavía no estamos muertos," le dije. "Compa."

Momento en el cual salimos despedidos del conducto a través del techo de una caverna al final de la rampa del aliviadero, cuyo ángulo semi-radical fue lo suficientemente profundo como para enviarnos saltando a través de la superficie de la viscosa sustancia semi-coagulada del charco formado en vez de enterrarnos en él.

"Ey, no está mal," dijo Doc cuando nuestros giros desaceleraron "Tal vez si eres un Cerebrote después de todo."

"Creo que la frase adecuada es, dadas las circunstancias," dije, "tú aún no has visto nada."

Yo giré para poder empezar a nadar hacia la orilla justo cuando varias toneladas de ardiente escorpión de magma salieron

precipitadamente fuera de la rampa final. Directamente hacia nosotros.

"¿Este era tu plan?"

"Sí."

"Eres un completo…"

El resto de su evaluación se perdió cuando el escorpión de magma amerizó en el charco acumulado y en lugar de saltar sobre la superficie, como lo habíamos hecho nosotros, detonó con el titánico BUUM de un catastrófico evento volcánico. Piedras al rojo vivo volaron por todas partes y segmentos enteros de la armadura del escorpión pasaron chillando como una langosta en una olla en la penumbra húmeda de Marea Hueca. Una enorme ola hinchándose nos recogió y nos arrojó a la orilla. Yo me escabullí lejos de la suciedad, que en ese momento se había incendiado con un olor muy parecido al que uno hubiera esperado de un alcantarillado bien fermentado envuelto en llamas.

"¿Tú hiciste eso?" preguntó Doc sonando asombrado. "¡Dulce madre de dingleberries petrificados...! ¿Cómo hiciste eso?"

"Ese efecto de vapor explosivo," dije yo con lo que sentí fue, dadas las circunstancias, una satisfacción totalmente justificada, "funciona en ambos sentidos."

"Guau. Quiero decir, guau. ¡Buen plan!"

"Gracias." Yo me alejé corriendo del estanque aún cuando la gente de las chabolas que lo rodeaban comenzaron a salir de estas para ver que había sido el ruido.

"¿Adónde vamos ahora?"

"A las cuevas de las mareas."

"¿Cuevas de la marea?"

"Llevan a mar abierto."

"Estas diciendo..."

"No estoy diciendo. Allí, mira." Yo me detuve y miré hacia atrás. En la iluminación del estanque ardiente pude ver claramente un escorpión de magma escabulléndose por el costado de la pared de la caverna debajo del conducto de descarga. Incluso mientras miraba el otro salió y fue en la otra dirección.

"Creo que lo que están haciendo, y espero que me disculpes la expresión," dije, "es una maniobra de pinzas."

"Ah, yo, ah..." tartamudeó Doc. "Eh, está bien. Ahora podemos correr."

"Gracias." Pero cuando yo empecé a hacerlo la paliza que había soportado en esos últimos minutos finalmente anunció su presencia. Vigorosamente. Aunque no me dolió tanto como una descarga del Doctor Broma fue suficiente como para reducir la velocidad de mis pies a una cojera tropezando. "¿No puedes hacer algo para aliviar el dolor?"

"¿Sin hacer daño permanente? Sólo esto," dijo él y toda mi espalda desde el cuello hasta mis talones estalló en llamas. Metafóricamente pero no obstante vívidamente.

Esto aclaró mi problema de marcha admirablemente. No es que yo me hubiera sentido de alguna manera agradecido por la ayuda de Doc.

"El sistema del dolor humano," dijo él coloquialmente, "es un lugar interesante. ¿Has notado que cuando te rompes un dedo del pie te olvidas por completo de tu dolor de cabeza?"

Yo no respondí ya que necesitaba todo mi aliento para gritar.

"¿Eh, espera...? ¿Qué tal esto?" En lugar de estar prendido fuego yo me sentí como si una colonia de hormigas soldado hubieran fijado su residencia en el interior de mi columna vertebral y estuviera explorando su nuevo territorio. Miles de hormigas marchando debajo de mi piel, a lo largo de mis venas, enterrándose en mis músculos, subiendo por el interior de mis oídos....

"Tolerable," le dije con los dientes apretados. Por lo menos no me dolió.

"La comezón utiliza los mismos nervios que el tacto/dolor... es por eso que sirve rascarse, ¿Sabías eso?"

"Sí, lo sabía," le dije. "Y muchas gracias por mencionar la acción de rascarse."

Pero al menos nosotros estábamos móviles, lo que fue afortunado, dado que los escorpiones de magma ya habían rodeado el estanque y se estaban acercando a la tierra plana quedando detrás de nosotros. Yo corrí no sólo con cada gramo de mi propia energía sino con todo el maná que me quedaba. No había necesidad de guardarlo para más adelante hasta que encontrara alguna indicación de que tendría algo parecido a un "más adelante."

Los curiosos vecinos del barrio retrocedieron mientras yo corrí hacia ellos. Al parecer nadie se interesó en detenerme o incluso ponerse significativamente en el camino de un gran hombre corriendo desnudo cubierto de mierda fermentada.

"¿No le vas a advertir a la gente?"

"¿De qué?"

"Eh, ¿Gigantescos monstruos de roca asesinos que prenden todo fuego?"

"Yo creo que la situación ya está de por sí bastante bien explicada."

Esto quedó ampliamente demostrado cuando las personas que nos rodeaban comenzaron no tanto a alejarse de nosotros sino a correr por detrás, presumiblemente asumiendo que al haber yo sobrevivido a una de las bestias podría saber de verdad dónde iba. Este fue un desarrollo que aprobé por completo ya que una gran multitud de personas a mis espaldas podría retardar a los escorpiones de magma lo suficiente como para hacerme llegar a un esquife con remos antes de que estos pudieran alcanzarme. Fue esto lo que me hizo sorprender y sentir no poca consternación cuando me encontré deteniéndome y dándome vuelta hacia la multitud cada vez más grande que me seguía.

"¡Están detrás de mí!" Grité con todo mis considerable poder pulmonar. La amplificación habría gastado maná que yo no podía

perder. "¡Manténgase fuera de su camino y no les harán daño! ¡Están detrás de mí!"

Ellos deben haber recibido el mensaje ya que se dispersaron en todas direcciones y me dejaron con una visión muy clara (vívidamente iluminada por las grandes extensiones de fuego rugiendo frente a todo lo que tocaban) de los dos monstruos restantes veniendo tras de mí más rápido que nunca.

Yo me volví y, disculpen la expresión, corrí “a los pedos.”

"Oh, claro, cuando yo quiero advertir a la gente, la situación es auto-explicativa…"

"Cállate."

Había muy poco que podía hacer para evadirlos allí en Marea Hueca, además de que era casi seguro de que ellos estuvieran siguiendo el eterium que había desencadenado su invocación, eterium que yo no tenía intención de abandonar. Nunca. La mejor idea que me quedó fue sacar diminutos cables tan delgados como un cabello del eterium colgado en mi espalda y apuñalarme con ellos mis isquiotibiales y glúteos, utilizando la energía innata del material para añadir fuerza a mis músculos debilitados y enviarnos en un ritmo muy rápido.

"Esto es bueno. Esto es rápido," dijo Doc. "¿Cómo es que no hicimos esto antes?"

"Debido a que nunca te quedas callado el tiempo suficiente como para que yo piense."

"Aaah..."

"Si te callas ahora yo podría ser capaz de inventar un truco que nos haga volar."

"¿En serio? Porque eso sería realmente…"

"Cállate."

Él lo hizo de verdad, por un breve intervalo, durante el cual yo no procuré pensar en una manera de volar; estaba demasiado ocupado tratando de pensar en una manera de matarlo.

El suelo se me acabó demasiado pronto. Un veloz desvío durante un segundo o dos en el que quedé fuera de su línea de visión me envió patinando por un sendero empinado y resbaladizo que terminó en un banco de sal endurecida de una charca completamente inmóvil. A sólo unos metros más allá de la orilla, la charca y la caverna en lo alto se desvanecieron en la noche húmeda e impenetrable. El banco que me rodeaba era monótono salvo por la cornamusa de un barquero de labradorita desgastada brillando con una suave luz nacarada que no hizo nada para detener la penumbra.

"¡Asombroso!" exclamó Doc. "Ahora todo lo que tenemos que hacer es nadar…"

"No." Yo toqué con mi palma la parte posterior de mi cabeza y, como esperaba, noté que los esfuerzos de la persecución habían reabierto la herida del cráneo que Bolas me había suministrado tan consideradamente. Tomé un puñado de mi sangre y unté el plato de invocación ligeramente cóncavo en la parte superior de la cornamusa del barquero con la esperanza de que la mezcla de las aguas residuales no interfiriera con la magia de la cornamusa.

Entonces no quedó nada más que hacer salvo esperar.

"¿No vamos a nadar? Yo puedo hacerte…"

"¿Sabes lo que son las serpientes de las esclusas?"

"¿Son tan malas como los escorpiones de magma?"

"Ni remotamente. Pero son bastante malas como para matarme."

"Matarnos, querrás decir."

"También hay tres especies distintas de kraken que utilizan estas cuevas de las mareas como su zona de desove. Los kraken son vivíparos y las crías nacen con hambre."

"Uh. Sí. Lo entiendo. Podemos esperar."

El ruido de pies blindados anunció el acercamiento de los escorpiones de magma incluso antes de que el túnel mostrara la luz de los incendios que dejaban a su paso. Yo me metí en la charca tan profundo como me atreví, el agua salada haciendo cosas poco amables a mi variada gama de cortes y raspaduras que, por un momento, el ardor abrumó la picazón.

Los escorpiones de magma se movieron hacia mí desde la boca del túnel con una gratificante precaución. Uno se quedó en la orilla, escabulléndose de un lado a otro para cortar el escape en esa dirección, mientras que el otro fue a la pared de la caverna y comenzó a trepar.

"¿A dónde va ese?"

"Esa."

"No me digas. ¿Y tú cómo lo sabes?"

Yo eché un vistazo a la piedra caliza erosionada del techo de la caverna. "Ahí es donde va."

"¿Y qué cree que va a hacer desde ahí arriba?"

"Caer sobre nosotros."

"Eh..."

"Las criaturas invocadas por lo general cumplen la tarea a la que están unidas o mueren en el intento. O, como esta, ambas."

"Eh… ¿Acaso tú no puedes 'desunirlas'? ¿Enviarlas a casa?"

"Hoy no." Y para evitar más lloriqueos le ofrecí un trozo de esperanza. "Pero este tipo de invocación 'desencadenada' tiene una cantidad fija de maná anexada a ella. Sin un mago para mantener su presencia regresarán a su propio plano cuando el maná fijado se haya agotado."

"¿Lo qué será cuando?"

"Sin importar lo que todos digan de mí," le dije, "yo en realidad no lo sé todo."

"Oh, ja, ja. Ja. Entonces, ¿cuál es el plan?"

"¿Necesitas que te lo vuelva a decir?" Un repentino calambre punzante en mi cuello me obligó a mirar hacia atrás y hacia el techo, donde el escorpión de magma se estaba abriendo camino en nuestra dirección. "Deja de hacer eso."

El calambre sólo se intensificó. "Yo también quiero ver."

"Pues yo necesito mis ojos para otra cosa en este momento."

"¿Para algo más importante que morir?"

"¿Qué tal si decimos *que no sea* morir?"

"Bien." El dolor desapareció. "Te dejo en ello."

"Muchas gracias." Me di la vuelta del banco y, como yo esperaba, avisté una silueta silenciosa y espectral acercándose por la penumbra, ganando solidez mientras lo hizo. Yo le temía a los barqueros mucho menos que la mayoría ya que había aprovechado sus servicios en el pasado. La familiaridad, sin embargo, no hizo nada para evitar ponerme los pelos de punta cuando la criatura acercó su bote hacia nosotros desde la oscuridad.

El bote tenía globos de luz mágica colgando tanto de la proa curvada hacia arriba como de la popa similar pero mientras estas luces se veían fácilmente no llegaban a iluminar el sudario de sombras dentro de la nave. El barquero sólo era visible como una delgada cortina de capa con capucha en la oscuridad. Sus mangas envueltas a lo largo de finos brazos esqueléticos cubiertos de una piel tan pálida como la de un cadáver, mientras este se apoyó en su pértiga para conducir el bote hacia adelante.

"Eh, ¿me he perdido algo?" dijo Doc dubitativamente. "¿Acaso ya nos han matado y acabamos de despertarnos en Grixis?"

Yo extendí un brazo y el barquero inclinó su curso hacia mí. Al carecer de ocio para el regateo no perdí tiempo en trepar a bordo.

El manto de sombras giró el negro infinito de su capucha hacia mí y una mano como una garra sostuvo la pértiga del bote en posición vertical, inmóvil en el agua. Yo extendí mi mano derecha para que la criatura la inspeccionara pero el barquero no reaccionó.



"¿Qué está pasando? ¿Por qué no se mueve?"

"No empiezan hasta que no se les paga." Yo me toqué mi ojo izquierdo. "Estamos negociando el precio."

"¿Esto es negociar?"

Yo me toqué la sien con un solo dedo. "Ellos no hablan. Nadie sabe si entienden el idioma o si siquiera oyen. No hacen ruido de ningún tipo. Un hábito que tú deberías cultivar."

El barquero no se movió.

Dos dedos e igual no hubo respuesta.

Una mirada hacia atrás para comprobar el progreso del escorpión de magma no dio noticias tranquilizadoras; a pesar de que

el monstruo estaba caminando con gran precaución. Tal vez tendríamos un minuto.

Yo puse cuatro dedos contra mi sien.

"¿Cuánto cobran estos cabrones?"

"Algo que sea de valor."

"Eh."

"Algo que sea de valor para mí. O yo ya te habría ofrecido a ti." Yo puse toda mi mano contra mi sien.

"¿Qué significan los dedos?"

"Estoy ofreciendo recuerdos."

"¿Recuerdos?"

"Cinco de ellos. Hay algunas experiencias que atesoro," le dije. Bastante pocas, pero aún así algunas. "No parece estar interesado. Ni en mi ojo y no quiere mi brazo derecho."

"Ni tú tampoco."

"Lo que es el problema." Otra mirada hacia atrás y el escorpión de magma torció su metasoma hacia mí, apretando un puñado de su ardiente veneno de su aguijón. Azotó su cola y arrojó una esfera al rojo vivo de magma en mi dirección.

El veneno se quedó pocos metros corto creando una ráfaga de vapor que sacudió el esquife.

"¿Qué tal un poco de ese eterium?" Doc estaba empezando a sonar desesperado.

"Antes muerto," le dije.

"Yo puedo hacer que tú..."

"Tú puedes hacer que me desmaye. Entonces moriremos los dos. Buen plan."

El escorpión de magma lanzó otro pegote de veneno que voló en pedazos al chocar con la superficie del agua y se las arregló para salpicar suficiente sobre el barco como para iniciar un pequeño fuego en el lado lejano. El otro escorpión de magma, al parecer comprendiendo que no íbamos a regresar de nuevo a Marea Hueca, también había trepado a la pared de la caverna y estaba abriéndose paso hacia nosotros un poco más rápido de lo que lo había hecho su compañero.

"Espera... ¿qué tal la sangrita? Has estado acarreando ese pedazo de sangre petrificada desde los infiernos hasta la casa de la Abuelita y viceversa ¡tiene que ser importante para ti!"

Yo me estiré detrás de mi cuello e hice que el eterium me entregara la sangrita a mi mano, lo que fue lo más cercano a admitir que él había tenido una buena idea de las que yo jamás había pensado que vendrían.

Cuando su opaco resplandor rosa calentó mi mano el barquero, por primera vez en mi experiencia, demostró interés en un artículo antes de que se le fuera ofrecido. Soltó su pértiga y dio un paso hacia mí, inclinándose hacia adelante para echarle un mejor vistazo. La criatura extendió una mano de dedos largos y esqueléticos como si deseara sentir el calor de la sangrita en su propia carne marchita.

Esto me dio una gran confianza en mi capacidad de negociación.

El eterium de mi trampa nunca había sido templado o su dureza tratada; sería inútil tratar de darle forma de cuchilla para cortar el cristal. Sin embargo la ductilidad casi infinita del metal ofrecía una opción. Uno de los cables tan delgados como un cabello que habían estado introduciendo fuerza a mis piernas se separó de allí y se deslizó sobre la superficie del cristal hasta que encontró una de las brillantes hendiduras. Allí, yo hice que se introdujera en el cristal, forzando cada vez más y más metal en la hendidura hasta que la sangrita se quebró, creando un fragmento puntiagudo aproximadamente del tamaño y la forma de mi dedo índice.

La mano del barquero golpeó como una serpiente, arrebatando el fragmento desde el aire. Sacó su otra mano libre de su manto y cubrió el cristal con ambas, colocándolo delante del hueco en sombras de su capucha como si suplicara la bendición de una reliquia sagrada.

En ese momento una bomba de magma vino del otro monstruo y esta logró golpear de lleno en la popa, encendiendo toda la parte trasera del bote en llamas. El barquero no pareció darse cuenta; permaneciendo embelesado por la sangrita. Yo me puse de pie, agarré la pértiga olvidada del remero, y nos empujé lejos de la orilla.

"¿Qué pasa con el barquero?"

"No lo sé."

"¿Cómo dices?"

"No lo sé," gruñí apoyándome en la pértiga para ganar velocidad. "Tenemos problemas más grandes."

Los escorpiones de magma parecían no estar dispuestos a dejarnos escapar aún  a pesar de que el cuarto trasero de popa del bote ahora estaba ardiendo alegremente. Dejaron la cautela a un lado y empezaron a correr tras nosotros a una velocidad profundamente desalentadora.

Yo me apoyé en la pértiga con todas mis fuerzas y me las arreglé para sacarnos de la boca de la caverna e introducirnos en las Cavidades antes de que los escorpiones pudieran alcanzarnos, pero las Cavidades no es un lugar para navegar a ciegas. Las innumerables cuevas y cavernas se extienden por decenas o incluso cientos de kilómetros; algunas son navegables, algunas son callejones sin salida, y algunas presentan diversos peligros, desde el afilado coralcortante hasta periódicos sumideros y chorros de marea.

"¿Tienes alguna idea de a dónde vamos?"

"Lejos de los monstruos."

"Bueno, eso es reconfortante. Lo que quise decir es si sabes ubicarte por aquí."

"No." Mi respiración ya se estaba volviendo a acortar pero por lo menos yo ya no tenía que correr más. "Nadie lo hace."

"Oh, genial. ¿Qué pasa con un mapa?"

"Si hubieran mapas," dije yo jadeando, "nadie necesitaría barqueros."

El barquero parado detrás de mí, como si hubiera escuchado este intercambio, de repente gritó.

El chillido ensordecedor que desató no fue como nada que hubiera oído en mi vida: un horripilante ulular entrecortado que subió y bajó sin ningún patrón que hubiera podido discernir. Yo descubrí que incluso a pesar de las fantasmales hormigas soldado del Doctor Broma pude sentir claramente cada pelo de mi cuerpo intentando pararse a la vez. Posiblemente haya sido el primer ser vivo en la historia de Esper en escuchar la voz de un barquero... y esa voz fue extraña como el lamento de un alma en pena y horrible como el último aliento de un dragón enloquecido.

"Uh, puaj," dijo Doc. "Y, probablemente, uf. ¿Plan B?"

A través de las crecientes llamas de la popa pude ver a los escorpiones de magma corriendo por el techo envuelto en la oscuridad. Sin el barquero para llevarnos hacia el mar abierto nosotros sólo podíamos aspirar a mantenernos por delante de los monstruos hasta que expirara su invocación. Esto, dado mi agotamiento físico y mi condición empobrecida de maná, sería más difícil de lo que sonaba... y sonaba imposible. Por no hablar de la complicación adicional del barco estando en llamas.

Además de todo esto la pértiga del navío perdió el contacto con el fondo de la charca tan rápidamente que yo casi fui lanzado por la borda; sin conocer la topografía submarina de las cavernas me había metido en aguas demasiado profundas para la pértiga. Y no había remos por ningún lado.

Estábamos a la deriva.

Di un largo y lento suspiro y me senté, soltando la pértiga y poniéndola sobre mis rodillas.

"¿Qué estás haciendo?"

Yo estaba demasiado cansado como para jugar más juegos de bromas. "Preparándome para morir."

Antes de que cualquiera de los hubiera podido seguir con esta línea de conversación el barquero de pronto extendió sus manos, elevándolas ampliamente hacia el techo como si implorara la bendición de un dios oscuro. El borde harapiento dejó su grito, haciendo que sonara menos como un grito y más como una especie de llamada...

El barquero juntó sus manos con un fuerte aplauso hundiendo el cristal de sangrita a través de sus palmas, clavando sus manos juntas en actitud de oración. Una especie de icor lechoso corrió desde las heridas y mientras yo todavía estaba procesando la idea de ser no sólo el primer humano en haber escuchado la voz de un barquero sino también el primero en ver su sangre, las manos de la criatura estallaron en llamas.

Al principio ardieron como una antorcha pero pronto lo hicieron aún más, el color de la llama se volvió amarillo y muy poco después la luz que estas despedían fue blanca como el interior de un horno alto, junto con un calor palpable. Para ese momento los brazos de la criatura estaban en llamas hasta los codos y su llamamiento había comenzado a modular, tomando un tono definido y una especie de ritmo, y parecía estar cobrando armonía en los ecos de las paredes de la caverna....

El barquero no estaba gritando. Cantaba.

Y los ecos y resonancias armónicas no eran un efecto de las cuevas de las mareas; eran las voces de contestación de decenas de barqueros, cientos, quienes emergieron de las cuevas envueltas de oscuridad que nos rodeaban remando en sus silenciosos navíos, formando un coro de extrañas voces nunca antes escuchadas.

En ese momento las llamas se habían extendido a través del pecho del barquero y arriba y abajo de su manto... y luego, como un trozo de papel en llamas, la criatura se elevó en el aire.

Se alzó como el sol y ahuyentó la penumbra permanente de la caverna.

Aún enfrentando el rostro de la muerte inminente yo no pude contener mi asombro. Me encontré bastante abrumado con una inexplicable sensación de santidad, una clara intuición de que lo que estábamos presenciando allí era algo sagrado, algo que no estaba destinado a ser visto por ojos mortales, una sensación que me fue, para sorpresa de cualquiera que alguna vez me haya conocido, en gran parte desconocida.

Pero en ese instante yo me encontré inundado de asombro... y gratitud.

Tal vez esta sea una razón más por la que yo no soy como los demás hombres: alguien al que se le concede una visión de alguna verdad más profunda, un toque de misterios más allá de los rompecabezas mundanos del día y la noche y la salud y el trabajo, que para mí significó más que mi propia vida . Aunque quizás otras personas no sean tan diferentes después de todo. Tal vez una visión así significaría plenamente lo mismo para alguien a quien alguna vez le hubiera sido concedido el don de ver... aunque nunca habría levantado sus ojos.

Sé que no hay dioses verdaderos; que los dioses adorados aquí y allá a lo largo del Multiverso son imaginarios o peor, criaturas como Bolas. Ese conocimiento fue amargo para mí entonces como nunca antes. Cuando a uno le es concedido una bendición tan asombrosa, cuando uno siente una gratitud tan profunda que las palabras tropiezan, cuando uno se siente demasiado débil como para evocar lo...

No había nadie a quien yo hubiera podido agradecer.

Los mismos escorpiones de magma se habían detenido en su búsqueda, como si hubieran quedado inciertos por el portento de este brote inesperado. Así que se aferraron al techo de la caverna, observando. El barquero, ahora envuelto en llamas, siguió elevándose, más y más, mientras sus compañeros se reunieron alrededor de nuestra barca ardiendo donde yo me senté paralizado.

Los tonos armónicos de la canción se elevaron hacia un clímax y, de repente, sorprendentemente, se detuvieron. Incluso los ecos. Me quedé sin aliento.

El único sonido fue el crepitar de las llamas en la popa de mi esquife.

Y justo cuando estaba a punto de observar que los procedimientos parecían a  punto de terminar el barquero ardiente explotó en el aire.

Esta detonación, mucho más espectacular que la del escorpión de magma, tuvo el aspecto de un explosivo militar, o el estallido de una bola de fuego lanzada por un mago con el poder del mismo Nicol Bolas. La explosión llenó todo el techo de la caverna con una ráfaga de fuego que barrió a ambos escorpiones de magma de la roca y los dejó caer boca arriba en las charcas de la marea, añadiendo sus propias explosiones en un rugido que casi me dejó sordo.

Esto también puede explicar el permanente silencio de Doc.

Fue una suerte que yo hubiera estado sentado en la barca, ya que la enorme oleada de la onda de choque sin duda me habría echado al agua.

Al parecer los barqueros habían decidido buscarme.

Uno de los que estaba cerca se estiró hacia mi bote con una mano vacía, la que luego se apretó como si arrancara una fruta invisible. El incendio en la popa se apagó al instante, apenas quedando como una brasa. Otros dos barqueros maniobraron sus naves en tándem, justo al lado de la proa delantera a cada lado, y se apoyaron en sus pértigas  con su habitual ritmo lento y silencioso. O bien el lugar profundo que yo había encontrado era mucho más pequeño de lo que había pensado o ellos tenían fuerzas motrices más allá de la influencia de las pértigas, pues no tuvieron dificultades para hacerse avanzar, y como ninguna cuerda o energía visible unía mi barca a la de ellos yo encontré a mi transporte siguiéndolos como si ellos fueran gansos de montaña y el mío una obediente cría.

Tuve la tentación de hacerle una observación a Doc de que estábamos momentáneamente fuera de peligro pero decidí no hacerlo ante la remota posibilidad de que el inusual silencio de Doc no fuera, de hecho, debido a una sordera temporal. Había mucho en lo que pensar y muy poco tiempo para reflexionar.

Sabía muy bien que ese momento de seguridad no duraría. Jace sabría que habían accionado su trampa. Y conocía mi falla sentimental, lo que hizo más evidente donde estaría fijada su próxima trampa.

Y si no llegaba allí rápido mi padre estaría muerto antes de que yo pudiera activarla.

# La Isla de Metal
# Esta vez el fuego

En la orilla de la Isla de Metal, bajo la mirada en blanco de eterium de la Esfinge de Metal, el pequeño sol azul entre los cuernos de Nicol Bolas parpadeó una vez, luego se apagó. Las cadenas de energía que habían unido el sol azul a la cabeza de Tezzeret también desaparecieron.

"No te detengas ahora..." El humano, todavía colgando dentro del chisporroteante blanco de la Red de Restricción, parecía respirar con cierta dificultad. "Justo estabas llegando... a la parte buena..."

"Calla." Bolas reforzó su orden con un gesto que cosió los labios de Tezzeret con fuego blanco.

El dragón levantó la cabeza y sacó su inmensa lengua bífida, revolviendo el aire en su aún más inmensa cavidad nasal, aunque lo que había capturado su atención no era un olor. Era una peculiar inminencia, una reunión de potencial que estaba escalando hacia lo real, y la sensación que produjo no era una para la que existían palabras en alguno de los idiomas ordinarios, porque para sentir esa sensación se hubieran requerido sentidos lejos de lo normal.

"Estamos a punto de tener compañía," dijo el dragón en un tono que sugirió que no necesariamente le molestaría recibir invitados inesperados, siempre y cuando trajeran comida o, alternativamente, fueran la comida. "¿Algún amigo tuyo? Ah, cierto,

se me olvidaba lo del asunto de los amigos. Un lacayo, entonces. ¿Refuerzos? ¿Quién es nuestro Misterioso Invitado Especial?"

Tezzeret, inmovilizado dentro de la red de energía blanca, no pudo hacer nada más que respirar y parpadear. Así que hizo ambos por varios segundos hasta que Bolas silbó con exasperación y volvió a gesticular.

El fuego blanco se desvaneció. Tezzeret, jadeando con un alivio repentino, se desplomó en el zócalo de eterium entre las patas delanteras de la Esfinge de Metal. "Tú sigue haciendo eso... durante mucho… tiempo," dijo jadeando. "Actuar antes de pensar... entonces tendrás que deshacer lo que has hecho. Vergonzoso, ¿no es así? Debe hacerte sentir... eh, mmm. ¿Cuál es la palabra que estoy buscando? Empieza con es y rima con tupido."

Humo salió del fuego en los ojos del dragón. "¿Quién es este Caminante de Planos tuyo que se acerca?"

"¿Cómo puedes darte cuenta que el que se acerca es un Caminante de Planos?"

"Porque comienza a respirar con fuerza," dijo Bolas distraídamente. "Ah, ¿no era una adivinanza? No importa. Dejaré que hagas cualquier presentación de rigor."

El dragón se envolvió en sus alas y con un encogimiento de hombros desapareció de la existencia. Hasta sus huellas desaparecieron de la arena de eterium.

Tezzeret, con sus maltratadas articulaciones y músculos protestando considerablemente, se organizó lentamente a sí mismo en una postura sentada en el borde oriental del pedestal, dejando que sus pies colgaran por encima del primer escalón de la adivinanza.

El aire que se hallaba no muy lejos de la playa de metal onduló con un brillo por el calor. Este efecto se intensificó hasta que una refracción termoclina de las imágenes del eterium y el océano se hilaron en un resplandeciente remolino de metal y mar. Una mujer dio un paso fuera de este remolino.

Su apariencia era humana pero era lo suficientemente grande como para que uno pudiera ser perdonado si especulaba que un gigante o dos habían contribuido en su linaje. Le llevaba casi una cabeza a Tezzeret, quien bien podría ser considerado como un hombre alto, y aunque este era tan musculosa como un boxeador los hombros de la mujer eran la mitad contra la anchura de los suyos.

Su cabello era gris y recortado cerca de su cráneo en un estilo "Estoy condenadamente ocupada como para perder el tiempo encargándome de mi pelo." Iba vestida similarmente cómoda, pesadas botas de piel de draco, túnica, pantalones y una chaqueta tejida de apretadas fibras de charales, una hierba montañosa Bantiana ampliamente reconocida por sus propiedades de resistencia al fuego. La razón de su peculiar vestimenta fue prominente anunciada por las llamas que salían de sus dos manos y el remolino de fuego danzando a través de su cabeza y hombros.

Debido a una serie de magias pirománticas cuidadosamente mantenidas ella misma era virtualmente a prueba de fuego; sólo

llevando charales y piel de draco porque simplemente se había cansado de tener que reemplazar su traje cada vez que se enfrascaba en una pelea lo que era, según lo anunciado por diversas cicatrices en su cara, cuello y cabeza que ella no se molestaba en ocultar, una circunstancia demasiado común.

Una de las características más curiosas de su equipamiento era lo que parecía ser un especie de arnés, construido de finos cables de metal fuertemente parecidos al eterium. A medida que la mujer se acercó desde el remolino espejado de la realidad trajo al mundo a un joven que parecía estar inconsciente, atado a ella por el mismo cable que componía su arnés. Tan pronto como este estuvo totalmente en la playa ella se despojó de su arnés y desató el que estaba alrededor del pecho del joven. Intercambió su llamarada personal por un escudo de fuego más general de unos tres metros de diámetro y lanzó al joven por encima del hombro como si no fuera más que un maniquí roto.

Entonces se movió a lo largo de la playa de metal con la precaución de un guerrero en territorio enemigo. Su expresión adquirió la mirada fija que significaba una concentración completa sobre el entorno y sus movimientos, y nada en absoluto de dudas, temores, o cualquier cosa que pudiera estar ocurriendo en su interior en lugar del exterior; se movió como si hubiera decidido no preocuparse de qué haría después hasta que no descubriera a quien tendría que hacérselo.

Así que fue cuando Tezzeret habló que ella se sacudió y su chisporroteante esfera escudo de fuego crepitó hacia afuera alrededor de ella, lo suficientemente brillante como para lastimar los ojos a pesar de que todo lo que él dijo fue: "Baltrice. Por aquí."

El ardiente caparazón a su alrededor disminuyó su intensidad pero no se desvaneció. "¿Tezzeret?"

Él le gesticuló con la mano y ella se movió con cautela por la playa hasta que pudo verlo. Cuando lo hizo, se detuvo y se enderezó, frunciendo el ceño. "Estás desnudo."

Tezzeret asintió. "Y tú no."

El ceño fruncido de Baltrice se disolvió y ella se encogió de hombros. "Supongo que es mejor así que de la otra forma."

Tezzeret estuvo de acuerdo en privado con ella a pesar de que fue demasiado cuidadoso con su temperamento como para decirlo. "Gracias por venir y por traer a Beleren."

"Es un momento tan bueno como cualquier otro para averiguar si cumplirás con tu palabra." Baltrice puso al joven inconsciente en la arena de eterium y exclamó, "¡Ey, ey! ¡No estás llevando el maldito anillo!"

Ella sacudió su puño hacia él; en su dedo más pequeño había una banda lisa de eterium y sus ojos estallaron llamas. "¿Dónde está, bastardo… donde?"

El extendió las manos, invitándola a inspeccionar su desnudez. "Como puedes notar un número de mis pertenencias personales no me acompañaron en este viaje. ¿Y para qué necesitas el anillo cuando ya me tienes a mi, no?"

"Bueno..." Ella lo miró de arriba a abajo, con un suspiro, y luego le dio un gesto de disculpa. "Supongo."

"Esa armazón de eterium," dijo él, "es una solución interesante. ¿Es tuya?"

Ella se encogió de hombros. "Me permite activar su Chispa, un poco como de segunda mano. El está desmayado porque, bueno, tú ya deberías saberlo. ¿Despierto a través de un caminar por los planos? Tu dispositivo probablemente lo hubiera matado."

"Fue diseñado para hacerlo. Así que te doy mis felicitaciones por tu solución."

"Ahh, ya sabes. No fue mi idea. Él, sin embargo, es bueno en averiguar cosas."

"Lo recuerdo. ¿Cómo está mi padre?"

Baltrice hizo una mueca. "La próxima vez que lo vea le mandaré tu cariño," dijo. "¿Qué demonios es este lugar?"

El realizó una mirada larga y pensativa alrededor. "Un mausoleo," dijo al fin, "para los sueños más preciados de Esper."

"Oh, por el amor de…" Baltrice negó con la cabeza y el fuego que la rodeaba se intensificó. "Mira, ¿podemos no empezar con esa mierda esta vez? ¿Por favor?"

"¿Mierda?" dijo él suavemente.

"Cuando tú hablas en metáforas y referencias literarias y esa clase de basura para mostrarme lo listo que eres. Simplemente corta esa mierda, ¿quieres?"

El consideró esto con el ceño ligeramente fruncido. "No estoy seguro de que pueda."

"Así está bien, ¿hacemos la cosa ahora? Quiero decir, este era el trato, ¿no? Yo puse mi granito de arena. Ahora te toca a ti. Ya has hecho pasar a Jace por mucho."

"Oh, ¿ahora es Jace?"

Ella se sonrojó. "Han habido algunos tipos duros husmeando… podrían estar trabajando para el mismo dragón…"

"Nicol Bolas no tiene intención de matar a Jace."

"Sí, está bien, pero incluso si la tiene…"

"Yo me siento más curioso por tu interés en Jace," dijo él. "Te agrada."

"Claro que me gusta." Su rubor se intensificó. "Él me paga."

"¿En serio? ¿Aún lo hace?"

"Y mucho más de lo que alguna vez hiciste tú."

"Yo había pensado que las finanzas personales de Jace podrían estar actualmente... digamos, ¿un poco estresadas...?"

Ella hizo un gesto de cortar con la mano que derramó fuego en la playa a sus pies. "Él cuida de su gente."

"¿O es que él te paga con una moneda cuyo peso no puede ser medido en oro?" Él la miró fijamente con una intención enfocada no muy diferente a la que ella había tenido a su llegada. "¿Acaso él te da razones que te hacen creer que, eh, también te quiere?"

Su piel rosada se convirtió en ese momento en un rubor hecho y derecho, uno que estuvo acompañado por el encendido de

peligrosos fuegos en sus ojos. "Nos llevamos bien," dijo de manera uniforme. "Somos amigos. Eso es todo."

"Ah. Amigos. ¿Por esas casualidades el no te contó lo que le pasó a su amigo, su mejor amigo, Kallist Rhoka?"

"¿Ese aporreador de cráneos con el que solía trabajar en su día? ¿Qué pasa con él?"

"Pregúntale a Jace. Es una historia entretenida. Jace Beleren comercia con la amistad como yo comercio con el dinero. La diferencia entre hacer negocios con él y hacer negocios conmigo es que el dinero compra cosas que tú quieres."

"Eso está muy lejos de ser la única diferencia." Las llamas en sus ojos lamieron hacia el exterior, amenazando con prender el aire entre ellos.

Él levantó una mano. "No estoy tratando de antagonizar contigo Baltrice. Si lo que realmente deseas que yo haga es que quite mi dispositivo de su cerebro yo estoy dispuesto a hacerlo por tu bien no por el suyo."

"¿Y a mi qué me puede importa el por qué?"

"Un punto justo, " admitió él. "Pero espero que tengas en cuenta que la última vez que Jace Beleren me tuvo en una situación de desventaja él me *mató*. De hecho me asesinó con premeditación y alevosía."

Los fuegos a su alrededor  se apagaron un poco. "Le tienes miedo."

"Y tengo razones para hacerlo."

"No voy a dejar que te haga daño, ¿de acuerdo?"

"Y a mi me halaga que pienses que podría confiar en ti."

"Quiero decir, claro, tú y yo, hemos tenido nuestras diferencias..."

"Una frase leve para la traición, tortura y varios intentos de homicidio."

"Aún así, tú ya sabes que ambos hemos trabajado juntos bastante bien durante un tiempo, en aquellos días de..." Ella volvió a sacudir la cabeza. "Y luego en esta caza tuya de la esfinge. Yo incluso ahuyenté a esa insignificante morocha zorra chupadora de zombis por ti."

"Y estoy agradecido por ello," dijo Tezzeret. "¿Y cómo está la... eh, zorra chupadora de zombis?"

"Mejor escondida que tú." Ella dejó que los fuegos que había estado conteniendo se apagaran del todo. "Tezzeret, yo no estoy aquí para pelear, ¿de acuerdo? Solo saca tu artilugio del cerebro de Jace y nosotros nos pondremos de vuelta en camino."

Tezzeret suspiró. "Hay dos grandes fallas en tu plan y eso es si pasamos por alto tu presunción de que yo te he dicho la verdad acerca de mí mismo y mis intenciones; específicamente, que no sólo estoy dispuesto a retirar el artículo en cuestión sino que el artículo en realidad puede ser removido sin matar a Beleren."

Las llamas alrededor de sus manos se iluminaron. "Si Jace muere tú también."

"Te creo," dijo él. "Y aquí están las fallas en tu plan. En primer lugar, como puedes ver, aquí no tengo ni instalaciones ni equipos ni herramientas, todos los cuales podrían ser necesarios para hacer que tal operación se exitosa."

"Entonces nosotros te llevamos a tu condenada..."

"Tu segundo fallo," dijo Tezzeret levantando una mano para interrumpir, "es presumir que cualquiera de nosotros irá a alguna parte."

El escudo de fuego ardió alrededor de Baltrice y Beleren hasta que la arena de eterium comenzó a fundirse a sus pies. "Me gustaría ver quien intenta detenerme."

"Tu deseo está a punto de ser concedido."

"Veo que tu ya estás listo, ¿no es así?" dijo ella. No fue una pregunta. "Ya estás listo para cualquier movimiento que pueda hacer. Luchar, desaparecer, cooperar, lo que sea. Estás listo."

"No es imposible sorprenderme," dijo él. "Sólo que es difícil."

"Tú planeaste todo esto," dijo ella en tono acusador. "Lo tenías todo planeado de antemano."

"Solo me permití un abanico de posibilidades. Algo parecido a esta situación fue una de ellas. Desde luego no tuve la intención de que iba a ser aquí; aquí es un lugar que en ese momento yo creía que no existía. Y tampoco tenía intención de estar desnudo. Afortunadamente hay una cosa acerca de ti con la que siempre puedo contar, Baltrice."

"¿Y cuál es esa?"

"Con que seas Baltrice."

"¿Qué se supone que significa eso?"

"¿Te acuerdas de cómo yo traté de enseñarte planes de contingencia? ¿Cómo analizar una situación en todas sus posibilidades y permutaciones y cómo asegurarte de que estés preparada contra las que no te gustaría que pasaran?"

"A mi nunca me interesaron mucho las lecciones." La piromante se encogió de hombros. "Si no puedo hacerlo explotar o arder prácticamente me importa un bledo."

"Lo sé." Él sonrió un poco, una especie de sonrisa un poco triste, como la de un padre viendo como su hijo más difícil se marcha de casa. "¿Te acuerdas de mi lema, mi consigna, de ser exhaustivo, cuidadoso, y desconfiar de cualquier cosa que pudiera empañar tu percepción? ‘Nunca es una cuestión de si eres paranoico o no...'"

""Es una cuestión de si eres lo suficiente paranoico'" terminó ella por él. "Sí, claro, ¿y qué?"

El suspiró. "Lo único que aprendiste fueron las palabras."

El escudo de fuego a su alrededor volvió a rugir instantáneamente a plena potencia y sus dos manos se encendieron con la intensidad del sol. Ella apenas podía ser vista dentro de la esfera de fuego ardiente. "No me gusta como suena eso."

El tuvo que levantar un brazo para darse sombra a su rostro. "Eres una gran piromante, Baltrice. De verdad lo eres. No sólo eres increíblemente poderosa también eres casi increíblemente rápida. La mejor en una lucha abierta que nadie que yo haya visto. Excepto..."

"¿Sí?" El fuego barrió hacia fuera de ella como un ave fénix desplegando sus alas. "¿Excepto qué?"

"Excepto que la magia de fuego no te ayudará mucho contra un dragón anciano."

"¿Qué?"

Una enorme mano con garras del tamaño de un caballo apareció de repente y apretó alrededor de Baltrice con tanta fuerza que apagó al instante su escudo de fuego. Mientras el resto de él regresó a la visibilidad Nicol Bolas levantó el cuerpo de Baltrice en el aire.

"Déjame que yo te lo explique," dijo el dragón.

Ella gruñó una sarta de obscenidades mientras invocó una llamarada de poder alrededor de su mano derecha que habría hecho honor a una estrella de tamaño mediano. Los tendones se abultaron en su cuello y ella liberó su brazo del agarre casual de él y lo apuntó al rostro de Bolas.

"¿En serio?" dijo el dragón. "Bueno, ya que te has tomado la molestia..."

El se inclinó hacia abajo hasta que la comisura de su boca quedó a pocos metros de su mano extendida y le guiñó un ojo. "Bien. ¿Cómo seguimos con esto?"

"Dímelo tú," dijo ella y una ráfaga de llamas incandescentes rugió de sus dedos y golpeó al dragón de lleno en su ojo derecho. El voraz incendio arrasó la córnea del dragón y casi lo hizo parpadear.

Casi.

"Oh, eres adorable," dijo él con una sonrisa indulgente. "Calla ahora. Cálmate antes de que te fume como a un cigarro."

Antes de que ella pudiera empezar a juntar de nuevo su poder Bolas la encerró en una Red de Restricción, sellando sus labios así como sus extremidades y hechizos. Esta red fue más del doble del tamaño que la que había utilizado en Tezzeret, lo que podría haber sido un gesto de respeto por su poder, pero que probablemente no lo era.

A Nicol Bolas se le pueden atribuir muchos rasgos verdaderos pero el respeto no es uno de ellos.

El dragón la equilibró sobre una garra extendida, mirándola con el interés desapasionado que le podría haber dado a un insecto exótico. "Debería darte las gracias," dijo. "Hasta que tú llegaste yo sólo tenía los recuerdos de Tezzeret para divertirme. Puede que los tuyos sean más entretenidos. De hecho, tendrían que serlo."

El inclinó el rostro de vuelta hacia el artífice. "Un par de horas de tu vida y yo estoy dispuesto a ahogarme a mí mismo en mi propio vómito. ¿Cómo lo soportas?"

El artífice, todavía sentado con los pies colgando sobre el borde del escalón, pareció pensar seriamente en la pregunta. Después de uno o dos segundos se encogió de hombros. "No estoy seguro," dijo. "Probablemente porque, a diferencia de ti, no tengo otra opción."

"No es que sea gran cosa," dijo Bolas. "Debes estar acostumbrándote a ello."

La única respuesta del artífice fue una mirada en blanco. Nicol Bolas resopló y sin ni siquiera un gesto enterró a Tezzeret en una nueva Red de Restricción. "En un minuto o dos estaré contigo. No tendrás ni tiempo para sentirte descuidado. Lo prometo."

El dragón volvió su atención a la piromante en su mano y la abrasadora estrella azul se reavivó entre sus cuernos. "Probablemente debería decirte que esto no te hará daño. Pero ¿por qué mentir?"

La centelleante energía azul acuchilló desde la estrella y se vertió en la frente de Baltrice… y no ardió en absoluto, probablemente debido a que era a prueba de fuego encantado, así que ni siquiera hubo ningún hedor; otra manera en la que ella era más agradable que Tezzeret. "Creo que tú y yo vamos a ser amigos," dijo Bolas. "Muy buenos amigos. Los buenos amigos no guardan secretos, ¿eh? Así que... veamos que es lo que estabas haciendo la noche en que yo solté a Tezzeret."

Los recuerdos de Baltrice comenzaron a desenredarse en la mente del dragón.



# Baltrice
# Este viejo

Todo el lugar apestaba.

No es de extrañar que Tezzeret nunca nos haya contado de dónde era. Esta Marea Hueca suya olía a culo y pescado muerto. Y no en el buen sentido.

La casa de su papá, lo que él estaba usando como vivienda, era más que nada un montón de ladrillos de barro y piedra partida con algunas lámparas de aceite de pescado, una pequeña estufa de aceite, y un camastro de algo que olía a algas secas que hacía de cama. Uno de los talentos locales, ¿Idiota? ¿Descerebrado? ¿A quién le importa una mierda de todos modos?, uno de ellos, tenía al viejo encadenado a un pilar y le estaba masajeando los riñones del vejestorio con la punta de su bota. El otro talento local vino hacia mí como si estuviera a punto de tomar mi brazo y hacerme a un lado, lo que yo puse fin encendiendo ese brazo hasta el codo.

A mi no me importa que me aprieten un poco pero ningún aporreador de cráneos me pondrá las manos encima. Hasta que yo se lo diga.

El leyó su futuro en mis llamas y retrocedió. Probablemente no se dio cuenta de que estaba sudando como una puta de vestido escotado ante un oficial de la ley. "No lo sé, Baltrice. Él jura que no le ha visto. Lo jura. Que no ve al niño desde hace diez, doce años."

"Tezzeret no es ningún niño."

"Estoy empezando a creerle al viejo bastardo. De verdad."

"A ti no te pagan para creer. Trabaja con él hasta que me oigas decir detente."

"No lo sé, de verdad, quiero decir, él ya nos dijo todo, Baltrice…"

Yo ya había tenido más cháchara del talento local de lo que estaba dispuesta a tragar. Me acerqué a su lado. El asqueroso patán apenas me llegaba a mi axila. "Te estás librando horriblemente de mi nombre, Grano."

"Mi nombre es Posner…"

"¿Quieres que discutamos tu nombre antes de que consigas saber el mío?

"¿Eh, tu…?"

"Mi nombre, Grano," dije inclinándome sobre él lo suficiente como para darle un buen vistazo a la parte inferior de mi barbilla, "es señora. ¿Entendiste? Dilo, puta."

"Eh... señora."

"Recuerden eso tú y el resto de tus putas y nadie se vuelve a casa con una quemadura grave. ¿Está bien?"

"Eh... sí, está bien, seguro." Yo me le quedé mirando, esperando.

"Señora," dijo él con su lengua encontrando un poco de ese sudor en su labio superior. "Está bien, seguro señora. Acerca del viejo…"

"Sigue con él."

"¿Y qué si realmente no sabe nada?"

"Yo no te pago para obtener respuestas. Te pago para que inflijas un daño ocasional."

"No lo entiendo."

"Bueno, ahí tienes un giro que yo no me esperaba."

Mientras tanto Narices había terminado con el masaje de los riñones con su bota de cuero. Había encontrado un par de pinzas en alguna parte y ahora estaba aplicando una torpe manicura Wojek. Yo me acerqué y me encargué de darle mi propio masaje de bota de cuero a la nalga izquierda de Narices mientras al vejete todavía le quedaran algunas uñas restantes.

La opinión de Narices sobre el asunto, opinión que él pronunció tendido en el suelo, comenzó con "Que mierda," incluyó un "tú" o tres, y nombró sin delicadeza algunas de mis partes delicadas antes de pasar a sugerencias que podrían haberme hecho sonrojar si yo no hubiera hecho todo lo que estuvo en su lista al menos dos veces, por no hablar de un par de veces ya esa mañana.

Yo miré a Grano. "¿Por qué estoy a punto de freír a tu compañero?"

Grano palideció. "Yo... yo no sé...."

Incliné la cabeza hacia él y todo su rostro se iluminó como si alguien en la inmensa oscuridad de su cabeza vacía finalmente hubiera logrado encender un fósforo. "¡Señora!" Casi gritó. "¡No lo sé señora!"

Yo miré a Narices. "Así que. ¿Qué fue eso que dijiste de que tendrías improbables variedades de sexo con piezas inverosímiles de mi anatomía?"

"Eh, yo... eh, no me acuerdo. Eh, señora."

Señalé a un banco contra la pared del fondo. "Siéntate."

Narices decidió que lo más valioso sería pegar su culo a la banca.

Me tomé un minuto para investigar lo que quedaba de los dedos de la mano izquierda del viejo. No había mucho. Tendría que conseguir más dinero local de Jace y comprarle al pobre viejo bastardo alguna cura ya que mis propios talentos particulares corrían sobre todo en la dirección opuesta. "¿Quién te dijo que era una buena idea empezar con los alicates?"

Narices se puso más pálido. "Yo solo pensé..."

"Tú pensaste. En serio. ¿Cómo en el verbo pensar? Guau." Negué con la cabeza. "Escucha, cerebro de nudillos, ¿tú sabes quién es Tezzeret, verdad?"

"Eh, bueno, seguro que sí. Eh, señora."

"¿Así que entiendes como se verá tu futuro si él sabe que metimos nuestras narices aquí?"

"Eh... ¿qué?"

Yo traté de decirlo lo suficientemente despacio como para que incluso esos dos lo pudieran entender. "Ustedes dos payasos del culo son, en este momento, los chicos que mutilaron al padre de Tezzeret... a menos que, tal vez, el viejo entre en shock. Y muera. Entonces serán los chicos que torturaron al padre de Tezzeret hasta la muerte. ¿Me siguen ahora?"

Los ojos de ambos aporreadores de cráneos se pusieron redondos como platos de sopa.

"Una de tus putas de ahí afuera debe tener algún tipo de vendas y mierda de primeros auxilios en caso de que uno de ustedes afeminados se golpee un dedo del pie o algo así. Ve por eso, luego vuelve aquí y arregla su maldita mano."

Narices se levantó de un salto como si hubiera recibido un disparo de un arco y corrió hacia la puerta.

Le hice señas a Grano. "Olvídate de las respuestas, ¿de acuerdo? Cuando yo diga que lo trabajes tú lo trabajas. Si quiero que lo mutiles, diré mutílalo. Si lo quiero muerto, ¿qué crees que voy a hacer?"

"¿Eh... tú dirás mátalo?"

"No, idiota. Mataré a ustedes tres y fingiré que nunca estuve aquí."

Idiotas. Pero uno no puede hacer todo por si solo. Si uno pudiera hacerlo ya hacía mucho tiempo que todos estos bastardos descerebrados habrían muerto de hambre.

Narices regresó con el material de primeros auxilios. El vejete estaba sangrando de ocho o diez lugares, no sólo de sus manos y su boca sino de una oreja y la entrepierna, por lo que tomó un poco de tiempo allí sacarle los grilletes, y hacerle limpiar, vendar, y enderezarle en la mesa. Hice que Narices le trajera un vaso de agua pero él no pareció demasiado interesado en beber hasta que yo saqué mi petaca, momento en el que se iluminó y su boca comenzó a retorcerse como la hamaca de una prostituta. Yo lo dejé tomar un trago que hizo cruzar sus ojos. Que se cruzaran más. Tezzeret me había dicho una vez que el alcohol era un artículo de lujo en Esper, no había suficiente superávit de almidones fermentables. Yo lo ví como una apertura.

"¿Te gusta eso?" dije sopesando el frasco en mi mano. "¿Quieres un poco más?"

"Garn," dijo él malhumorado lo que yo tomé como el término local para "Deja de tomarme el pelo" o "¡Fuera de mi condenada ciudad!" o algo así. "Garnen git. Yo sezafore whuddize godda dicen," volvió a decir el anciano.

Debería haber comprado un condenado libro de frases; yo hubiera dejado que mi culo desnudo se congelara como un glaciar antes de pedirle ayuda a Grano y Narices que me tradujeran así que fui con mi mejor conjetura. "Caray, ni siquiera te estoy preguntando. ¿Quieres otro trago?, siéntete como en tu casa, jej."

El miró la petaca de reojo. "Etz pizen."

"Bueno, seguro." Yo tomé un trago sólo para mostrarme amable. "Si no fuera veneno no sería nada divertido."

Dado el tiempo suficiente incluso este alcohólico vejestorio podría calcular que si lo quería herido o muerto  no necesitaría embriagarlo para hacerlo. "Muy bien," dijo tomando el frasco de mi mano. "Te doy lash grashias."

"De nada. Sigue adelante y acaba con él si quieres. Porque creo que te creo."

Grano resopló y abrió la boca para protestar. Yo lo callé con una mirada.

"Sin embargo es una pena," le dije. "Si hubieras sido capaz de darnos a Tezzeret ya nos habríamos ido mucho tiempo atrás. Puesto que no puedes supongo que nos vamos a quedar."

Me levanté y me dirigí a la puerta. "Grano, no dejes que se aburra."

"Sí, señora."

"Y tú," le dije a Narices, "si veo esas pinzas en tus manos las empezaré a usarlas en las tuyas. ¿Entendiste?"

Él asintió vigorosamente. "Señora."

Es hora de contactar con el jefe. Yo los dejé a su trabajo y fui afuera.

¿Afuera? Sí, cuéntame otra broma. Afuera es donde uno puede ver el cielo. No allí. Allí no había nada más que ver excepto roca, agua de mar, y unos pobres estúpidos sin suficiente cerebro como para saber que sus vidas apestan.

Ser pobre es una mierda. Sé que es una mierda. No hace falta que me lo recuerden.

Sobre todo porque ser pobre aún podría pasarme a mí si no nos fumamos a Tezzeret de una condenada vez. ¿Quién hubiera imaginado que ese presumido y pretencioso hijoputa iba a resultar ser tan condenadamente difícil de matar?

Jace debería haber dejado que me encargara de ese bastardo desde un principio. Lograr que se hiciera correctamente.

Aún así, sin embargo, yo podría haber tenido problemas contra tres malditos escorpiones por si sola. Al menos con algunos. Hubiera deseado estar aquí para ver la expresión de su rostro cuando ellos lo estuvieran persiguiendo con su culo al desnudo por el centro de su ciudad natal.

Hice un trabajo tan-tan invisible mientras caminé por el perímetro. Un trabajo demasiado bueno que ni siquiera Tezzeret debe haber sabido que estuve allí; si lo hubiera hecho mal él se habría dado cuenta de que había aparecido a propósito. Pero yo caminé por el sendero lentamente y disfrutándolo, en todos los sentidos, y nadie me disparó. Y eso que soy un blanco de talla grande.

Tampoco fue que hubiera esperado que alguien lo hubiera tratado de verdad. Aparecerme por allí en su mayoría fue sólo por diversión. Me dio algo que hacer mientras esperaba.

Hay un montón de cosas para las que soy buena. Esperar no es una de ellas.

Uno puede decir lo que quiera sobre el Conflujo y esta Guerra de Planos sucediendo en toda Alara pero si hay una cosa para la que es buena es para entregar toneladas de magos entrenados para el combate. Yo tenía ocho de ellos camuflados tras persianas en una configuración de doble diamante, donde al menos dos tenían sus globos oculares enfocados en cada acercamiento, y cada uno de los ocho estaba a la vista de al menos dos de sus compañeros. Y tenía otros seis de los aporreadores de cráneos locales preparados y listos para meterse con cualquier cosa que tuviera dos piernas, porque nunca se sabe cuándo se puede necesitar a alguien para hacer algo

estúpido. Como introducirle una espada a Tezzeret. Mi reserva de aporrea cráneos estaba tendida en el punto más alto en el barrio, que pasó a ser la parte superior de la casucha del vejestorio.

En ese inodoro que probablemente hacia de él un especie de noble.

También tenía cuatro piedras de invocación de Jace por ahí, cargadas con todo tipo de Enormes Cosas Desagradables que Tezzeret nunca sabría que estaban allí hasta que fuera demasiado tarde. Cualquiera que me diera cinco segundos y yo podría poner bichos en el suelo que harían parecer a los escorpiones como tiernos gatitos. Tenía el lugar envasado y etiquetado de ocho maneras desde el Día de los Gruul, firmado y sellado y timbrado y enviado, pero yo estaba empezando a tener la sensación de que de alguna manera no iba a entregar mi carga. Algo había salido mal.

No fue sólo una corazonada. Yo había tenido tiempo suficiente para tener todo preparado y suficiente tiempo de sobra para aburrirme. Simplemente que la cosa no había sido explorada.

Tezzeret es un metódico hijoputa pero no hay ni un solo hueso lento en su cuerpo. El Tezzeret que supe conocer me hubiera golpeado como un rayo mientras yo todavía hubiera estado tratando de separar conjuradores de rebanadores. Ni siquiera regresando de esa clase de muertos sin su brazo unido a él le habría hecho cambiar mucho.

Así que, o algo fatal le había salido mal, lo que significaba que nosotros estaríamos esperando para siempre en el lado equivocado, o llegaría aquí, agarraría al desnutrido con las dos manos y luego lo rescataría como bastardo Cerebrote que era. De cualquier manera no eran buenas noticias.

De alguna manera nosotros lo habíamos perdido.

Yo saqué mi Jacequin fuera del bolsillo de mi camisa y lo puse parado en un pliegue de la roca. Después de enderezarle su ropa tuve que ajustarle las patas para mantener a la maldita cosa en posición vertical ya que en su mayoría se negó a hacerlo.

Le *dije* a Jace que eso era una mala idea. Yo nunca pude jugar con muñecas cuando era una niña y ahora estoy condenadamente demasiado vieja como para empezar en este momento. Si Tezzeret me hubiera estado mirando yo supe que se estaría partiendo de la risa. Pude sentir que mis orejas ardían, lo que para mí puede ser literal, y tuve que apretar la mandíbula para evitar mirar alrededor y ver si alguno de los talentos locales estaba sonriendo, porque si lo estaba mis orejas no serían las únicas cosas que arderían.

Muy pronto, sin embargo, encontré el canal de maná para activarlo y la brillante aura azul del Jacequin encendió la cosa vívidamente en la penumbra de la caverna. El muñeco se sacudió, tomó un par de pasos para encontrar su equilibrio y luego giró su cara pintada hacia la mía. "*¿Lo tienes?*"

Esa vocecita chillona generalmente me hacía morirme de risa pero en ese momento mi risita se vio congelada por un entumecido temor. "Creo que él no vendrá. ¿Algo de suerte allá arriba?"

El muñeco sacudió su cabeza. "*Tengo ojos fiables sobre todos los Buscadores, los Etereados y el Gremio de Mecanicistas. Se nos debe estar escapando algo.*"

"Tal vez nunca fue él."

"*Tiene que serlo,*" insistió el muñeco. "*Nadie más podría haber encontrado su trampa y mucho menos disparado los escorpiones al desarmarla.*"

"A lo mejor tiene un lacayo, ¿verdad? Alguien al que simplemente poder enviar en vez de venir en persona. Le dijo al hombre donde estaba y cómo desarmarla."

"*No lo creo.*"

"Todos los informes dicen que el tipo que huía de los escorpiones tenía dos brazos. Ambos de carne. En este plano ellos se dan cuenta de esa clase de mierda."

"*Trata de imaginar a Tezzeret confiando en alguien lo suficiente como para decirle donde guarda su eterium de repuesto.*"

Yo no puede discutirle eso. "A menos que haya gratificado al anzuelo," le dije. "Podría haber enviado a alguien prescindible sólo para activar la trampa, ¿no? Alguien que no le agradara de todos modos. Para hacernos pensar que era él. Y así hacernos perder el tiempo poniendo la emboscada aquí en vez de reforzar las defensas en Ravnica. Es probable que esté allí ahora mismo, matando a todo el mundo que hayamos conocido."

El muñeco se llevó una mano de madera a sus ojos pintados, como si Jace estuviera teniendo un dolor de cabeza. Tezzeret podía hacer algo así. "¿*Ideas*?"

"Lo que pasa con Tezzeret es que no lo puedes predecir. Es inútil tratar de adivinar lo que podría hacer porque él puede descubrir lo que tú estás pensando que va a hacer basándote en lo que ya sabes sobre él... y entonces él hará otra cosa."

"¿*Entonces cual es nuestra jugada*?"

"A mi no me gusta mucho la idea de mirar por encima de mi hombro por el resto de mi vida pero si este tipo de truco logra funcionar ya lo habría hecho. Podríamos tener suerte. Probablemente no la tengamos."

"¿*Qué hay de su padre*?"

"Ese vejestorio es un viejo trozo duro de cartílago. Hice que un par de mis aporrea cráneos lo trabajaran por un par de horas y el viejo bastardo ni siquiera les dijo su nombre." Me encogí de hombros. "Si derribar a su papá no lo va a atraer no puedo adivinar que lo haría. He estado circulando cuatro veces por todo el perímetro. Si él iba a disparar... "

"*Sólo hay una cosa más por la que estaría esperando.*"

"Jace, no lo digas. Ni siquiera pienses en ello. No querrás meterte con Tezzeret cuando esté listo para ti."

"*Si nosotros dos juntos no podemos encargarnos de él, puede ser que también sólo...*"

"Puede ser y probablemente pasará," le dije aunque me di cuenta de que no estaba escuchando.

"*Y si el anciano sabe algo de verdad yo puedo sacárselo. Estaré contigo en un segundo.*"

El resplandor azul se desvaneció y el Jacequin volvió a ser un simple muñeco.

Yo me acerqué a la puerta de la casucha. "Cuchillas arriba. Ustedes dos. Si Tezzeret va a hacer algún movimiento lo hará básicamente ahora."

Ellos sacaron las gruesas espadas cuadradas que favorecían los talentos locales y fingieron ser lo suficientemente inteligentes como para ponerse en guardia. El viejo solo permaneció sentado allí mirando el techo, con sus ojos redondos como un pastel, la petaca yaciendo olvidada a su lado frente a él.

Llegó un suave ‘whumpf’ como una artillería distante y el fantasma de una brisa agitó mis pelos en la parte de atrás de mi cuello. Me di la vuelta. "Ey, jefe."

"No me llames jefe," dijo él pero sólo por reflejos. Jace calculaba que si nadie en la organización sabía quien estaba a cargo de verdad nadie aparecería para acabarlo como él había hecho con Tezzeret. Parecía estar funcionando. Hasta ese momento.

"Te estás volviendo más rápido con esa teletransportación."

"La práctica hace al maestro," dijo. "Nunca se sabe cuándo se puede necesitar para hacer una salida apresurada." El se inclinó de costado para mirar a mi alrededor, lo que para un hombre de su tamaño fue una considerable inclinación. "¿Ese es el viejo de Tezzeret? Se ve borracho. Está borracho."

"Ey, no se te escapa nada, ¿eh?"

Él me dedicó esa sonrisa fácil y rápida de las suyas. "Bueno, si eso pasa, ya se que te tengo como barrera, ¿verdad?"

Yo le di una mirada de soslayo. "¿Esa fue una broma pesada?"

"No, yo soy una broma pesada," dijo él sin expresión. "Eso fue una broma de altura."

"La próxima vez usa una escalera. Y el sentido del humor de alguien más. Y tú no estás gordo. Justo lo suficientemente suave como para ser tierno."

Así que nosotros tuvimos nuestra pequeña risita allí antes de que Jace se pusiera a trabajar. Él es así. Es una de las cosas que hacen de él un buen jefe, quiere que su gente se sienta feliz. Tezzeret sólo quería que fuéramos obedientes. Aunque supongo que tal vez los poderes mentales de Jace podrían ser parte de la oferta; tendría que ser difícil para un telépata pasar todo su tiempo con personas que piensen que él es un pendejo. Pero incluso si eso es cierto, no es toda la historia.

El panorama general es que Jace Beleren es de verdad un ser humano condenadamente bueno. El Multiverso sería un lugar mejor si hubiera más gente como él en el mismo y yo nunca lo olvidaré.

Esa última pelea, contra esa pequeña escoria chupadora de podredumbre llamada Liliana Vess, me había dejado en mal estado. No hubo mucho que yo pudiera hacer excepto gemir y arrastrarme. Cuando por fin logré llegar a las Eternidades Ciegas me dirigí a Ravnica. No por cualquier razón. Yo no recuerdo haber sido siquiera

capaz de pensar en ello. Sólo un instinto ciego, como cualquier otro animal herido. Todo lo que quería era morir en casa.

Pero Jace me encontró.

Tenía razón suficiente para odiarme. Por los infiernos, si nuestras situaciones hubieran estado invertidas yo lo habría sanado sólo para poderlo torturar hasta la muerte. Aunque el hubiera decidido no odiarme no tenía ninguna razón para ayudarme. Podía haberme dejado allí para que muriera en las alcantarillas. En su lugar me recogió y me volvió a recomponer. Cuidó de mí mientras yo trataba de conseguir dejar atrás las pesadillas de todas esas sombras y espíritus con las que Vess me había cubierto. Y tan pronto como yo me sentí lo suficientemente fuerte como para trabajar me ofreció un trabajo.

Aunque pase el resto de mi vida pagándole yo nunca voy a igualar lo que el hizo. Cada vez que respiro se lo debo a él. Si hay tal cosa como un buen hombre en este inodoro de existencia ese es Jace Beleren.

Él frunció un poco el ceño cuando giró alrededor y se estiró con su mente, chequeando a cada uno de mis talentos locales a su vez. "Diamante doble, ¿eh?"

Yo me encogí de hombros. "Los clásicos nunca pasan de moda."

Jace levantó la vista hacia la azotea de la choza. "Ese también es un buen lugar para los mercenarios extra. Ellos nunca lo detendrán pero al menos vamos a escuchar como los mata."

"Esta no es la primera vez que he preparado una emboscada."

"Así que: su padre, ocho mercenarios (dos en el interior, seis laterales superiores) ocho magos, y tú. Y yo." Su ceño se profundizó. "No hay nadie más aquí."

"Hemos echado a los lugareños. Una manera práctica de hacer sonar las campanas de la vecindad, ¿sabes? Hace horas que debe haber corrido esa noticia por todo el gueto."

Él asintió. "Buena idea, pero no está funcionando. El no está por ningún lado cerca de aquí. Si siquiera está observando tiene que ser a través de algún tipo de dispositivos remotos, charco de adivinación, espejo mágico, algo. Yo no creo que pueda esconderse de mí pero si puede no está aprovechando su oportunidad. Incluso conmigo aquí a la vista."

Me encogí de hombros. "Tal vez te perdonó."

Él resopló. "¿Y yo soy el que tiene que pedir prestado un sentido del humor?" Él negó con la cabeza. "Ya sabes, cuando yo lo maté..."

"No lo mataste lo suficiente."

Él hizo un gesto con la mano. "Lo que sea. Mira, me metí en su cerebro. Encontré cada pedazo de recuerdo y personalidad y poder y todo lo que lo convertía en el hombre que era y lo arranqué de él y lo tiré a la basura. Traté de tirarlo a la basura. Pensé que podría purgar todo eso. Simplemente lo até apretadamente y lo dejé gotear fuera de mis orejas o lo que sea. Pero no es así de simple. Hay una razón por la que en ese entonces no lo maté mentalmente."

El se detuvo allí, la mirada perdida en las cavernas, y yo pensé que estaba esperando que yo respondiera de alguna manera pero a mi no se me ocurrió nada que decir excepto, "Debe ser duro."

"No tienes ni idea," murmuró. "Eso todavía está allí. *Él* todavía está allí. En mi cabeza. Yo puedo rodearlo con un muro y meterlo en lo más profundo de los sótanos de mi mente. Pero no puedo deshacerme de él. No sé si alguna vez lo haré. Quiero decir, fue así como supe los códigos y las cosas para hacerme cargo de la célula de Ravnica, ¿verdad? Es así como yo supe que, si de alguna manera él no estaba muerto, regresaría aquí para reemplazar ese brazo suyo. No estoy adivinando. Lo sé."

El se volvió hacia mí y por sólo medio segundo, (algo en sus ojos, cierta distancia clínica, como si yo fuera un tipo de insecto exótico que estaba decidiendo si aplastar o no) Jace se pareció a él. A Tezzeret. "El odia a su padre. Lo odia."

"Ey, hasta yo puedo decir eso," le dije. "Si mi viejo estuviera en llamas yo no hubiera orinado sobre él para apagarlo."

"No es como eso. Es peor que eso. Es como... Es como que su padre es un clavo hundido a través de su pie. Está infectando y raspándole el hueso, y cada paso duele tanto que él siempre está tratando de no gritar."

Yo me encontré frunciendo el ceño. "Entonces, ¿para qué poner un gran emboscada aquí? ¿Por qué la persuasión? Si él odia tanto al viejo cabrón ¿qué te hace pensar...?"

"Porque él nunca sacó el clavo," dijo Jace oscuramente. "Por que es de él."

Yo pensé en las pocas veces que vi a Tezzeret realmente perdido. No sólo enojado, porque enojado era cómo se levantaba cada mañana, sino fuera de control. Salvaje. Rompiendo cosas. Matando personas. "Sí," dije lentamente. "Sí. Todo lo que es de él es mejor que simplemente lo sueltes y te alejes lo suficientemente rápido como para que él nunca vea que has puesto tu mano sobre ello."

"Así es como sé que yo no estoy equivocado. Sé que Tezzeret está aquí. En algún lugar. Porque sé que él esperaría que yo, que ambos, fuéramos tras su padre. Y sé que nunca me dejará salirme con la mía."

"Como he dicho, Jace," le dije. "Esta claro que lo conoces. Él está en tu cabeza, o lo que sea. ¿Sabes por qué él no se está comportando de la manera que tú esperas? Es porque él sabe que tú lo sabes."

Jace pareció acongojado. "Lo entiendo."

"¿En serio? También tienes que preguntarte si el que lo volvió a 'rearmar' ha hecho algunos, ya sabes, ajustes."

"¿Quién, ese chamán Nezumi en Kamigawa?"

"Yo apuesto a que no fue el Nezumi, después de lo que él y yo hicimos allí me sorprende que ellos no asaran a fuego lento y se comieran a ese hijoputa, pero tampoco se puede decir que mejoró con sus propios medios. Así que alguien lo quería de vuelta y tenía el poder para hacerlo por él, ¿no? Sólo estoy conjeturando. Quizás no

siga siendo el mismo tipo. Nosotros no sabemos quién lo hizo, ni por qué, o que es lo quería que él hiciera. Hasta que lo hagamos sólo estamos atacando el humo con una cerbatana con la esperanza de extraer sangre."

Jace pareció como si realmente me estuviera viendo por primera vez. "Tezzeret nunca mencionó lo inteligente que eras."

Yo tuve que reírme. "Cuando trabajas para Tezzeret el pensar sólo te mete en problemas."

"Lo recuerdo." Respondió Jace y me volvió a dar esa sonrisa. "Tienes suerte de haber encontrado un mejor trabajo."

"Algo así, Jefe," le dije devolviéndole la sonrisa.

El ya estaba entrecerrando los ojos a través de la puerta de la casucha. "Hay algo extraño acerca de ese viejo."

"¿Sí?" Un pequeño escalofrío se instaló en mis entrañas. Cualquier cosa extraña era algo malo.

"Su mente está... emm. No lo sé. Es como que si no hubiera *suficiente* de él allí."

"Pues ha estado así de casi catatónico desde siempre. No había mucho que quedara de él, ¿sabes?"

"Sí, pero..." dijo Jace inclinando la cabeza como si estuviera tratando de escuchar algo que el oído humano no pudiera escuchar de verdad. "No lo sé. Yo no puedo ponerlo en foco... tampoco ayuda que se haya bebido hasta su apellido... "

"Ey, lo siento. La próxima vez me escribes una nota, ¿eh?"

"Olvídate de eso," dijo. "Es sólo que... quiero decir, Tezzeret no es la clase de tipo que hace magia sólo por el placer de hacerlo."

"¿Magia?" Un escalofrío me recorrió la espalda. No me gusta sentir frío. "Yo no siento ningún tipo de magia."

"Tú no eres telépata," dijo él distraídamente, ahora entrecerrando los ojos a través de un ceño suficientemente profundo como para que se hubiera mostrado el hueso. "Es como si... hay algo ahí, en su mente, que yo no puedo ver del todo."

Eso fue todo lo que yo necesité saber. Encendí mi escudo de fuego y sentí en mis bolsillos las piedras de invocación de Jace. "¿Sabes que? Esto ya no me divierte."

"Prepárate," dijo él en voz baja, mientras atravesó la puerta con cautela, colocando capa tras capa de un escudo a su alrededor hasta que no pareció más que un parche con forma de hombre de niebla azul.

"Al diablo con estar preparada, ¿qué no lo entiendes? Él llegó aquí primero. Es hora de quemar este inodoro hasta el lecho de roca y correr como el infierno." Yo me puse tan cerca detrás de Jace como pude sin entrechocar los escudos. "Grano. Narices. Cambio de planes. Maten a ese viejo cabrón. Ahora."

"No, espera..." comenzó a decir Jace.

"Al diablo también con esperar." Él ya tenía suficientes escudos en su lugar como para caminar a través de fuera lo que fuera que haría falta para matar a todos los demás allí dentro. Yo creé una Bolasolar más grande que mi trasero, lo que significó que haría una creíble llamarada solar, pero tuve que empujar a Jace fuera del

camino para conseguir pasar la maldita cosa por la puerta. Antes de que pudiera hacer a Jace a un lado el viejo se zambulló debajo de la mesa, salió rodando por el otro lado y los estúpidos aporrea-cráneos ni siquiera tuvieron tiempo de darse cuenta dónde había ido.

El anciano se colocó sobre una rodilla, abrió los brazos como si estuviera lanzando platos en direcciones opuestas y en sus manos aparecieron dos ballestas de metal siendo tan cómicamente pequeñas que parecieron juguetes. Ninguna era tan grande como la mano que la sujetaba, demasiado pequeñas como para hacer cualquier daño real, lo que hizo que todo fuera hijoputa asombroso cuando él las disparó con un par de ruidos agudos como la tos de una ardilla. Dos pequeñas flechas rojas de ni siquiera la mitad del tamaño de un lápiz salieron disparadas, una introduciéndose en el pecho de Grano a través de su armadura y la otra en el brazo de la espada de Narices, y con un ruido similar a "fwaptch" el brazo de Narices se desprendió por encima del codo y resbaló por el suelo junto con su espada y Grano simplemente explotó.

La cabeza de este último rebotó en el techo y su brazo derecho fue por un lado y su izquierdo por el otro, sus piernas rociaron sangre mientras cayeron al suelo y su armadura pectoral golpeó a Jace con tanta fuerza que lo lanzó hacia mí como si hubiera sido abofeteado por un ogro muy, muy enojado.

Mientras yo estaba tratando de volver a equilibrarme y al mismo tiempo sacar a Jace fuera de mi camino para poder mostrarle a este cabrón como era una verdadera explosión el viejo dejó caer una de las ballestas, arrancó una de las patas del caballete de la mesa con sus propias manos y la arrojó como una lanza hacia el pecho de Jace.

Habiendo visto saltar algo imposible de las ballestas de este hijo de puta yo no me sentí dispuesta a confiar en los escudos de Jace para repeler cualquier cosa así que a pesar de que la pata de la mesa no era más que un trozo de madera que ni siquiera estaba afilado hice desaparecer mi bolasolar porque no era algo que yo quería cerca de Jace si sus escudos se desvanecían. Mientras tanto extendí la otra mano y freí a toda velocidad ese trozo de madera tan rápido que ni siquiera hubo cenizas, sólo una nube de humo blanco.

Sin embargo, lo que no freí, fue un pequeño dispositivo de metal que había estado dentro de la pata de la mesa y que voló a través de mi mejor fuego como si no estuviera ahí. Golpeó a Jace en el pecho y de este brotaron pequeñas patas articuladas y cuchillos y taladros que se aferraron a él y empezaron a cavar a través de sus escudos como si estuvieran hechos de mermelada de uva. Jace comenzó a gritar y fue justo en ese momento que me di cuenta de que estaban hechos del mismo material del brazo de metal de Tezzeret y que yo no tenía ni una maldita idea de cómo detenerlos sin matar a Jace.

Jace gritó como un hombre viendo morir a sus hijos.

Temblando y retorciéndose en algún tipo de dolor que yo no pude imaginar. Tenía que hacer algo pero sus escudos se estaban

triturando como humo y yo me di cuenta de que si no retrocedía estaría a punto de prenderle fuego.

Eso casi me dejó sólo una cosa por hacer. Si yo no podía salvarlo al menos podría detener al condenado asesino para que no le sobreviviera.

Me estiré hacia el cielo y cuando mi mano volvió a bajar estaba llena del sol.

Yo eché mi mano hacia atrás para tirar pero el vejete permaneció allí de pie, cubierto con la sangre de Grano, y sus manos temblorosas tan inestables como la roca sobre la que yo estaba parada. Ahora era más alto, y más joven, y sostenía con ambas manos una de esas pequeñas ballestas apuntando a mi ojo izquierdo.

"Dile a tus mercenarios de ahí fuera que están despedidos. Luego apágate y ven al interior," dijo," y te diré cómo salvar la vida de Jace."

Aunque yo hubiera podido olvidar su rostro nunca hubiera equivocado esa voz. "Cabrón, hijoputa asesino, montón de mierda de rata podrida, arroja escoria, cubo de babosas..." Me quedé sin palabras porque estaba demasiado loca como para respirar.

"Hola, Baltrice," dijo Tezzeret. "Yo también te extrañé."

# La Isla de Metal
# El juego, en espera

La estrella azul entre los cuernos del dragón se apagó y Baltrice se hundió en su Red de Restricción. Nicol Bolas le dirigió una amplia sonrisa a Tezzeret, que colgaba cerca en una red propia. "¿Sabes?, estos pequeños trucos de los tuyos son realmente bonitos cuando los utilizas sobre otra persona."

Tezzeret logró hacer, para ser un humano, una aproximación razonablemente buena de la sonrisa del dragón. "Y todavía no has visto nada."

"¿En serio? ¿Y qué es exactamente lo que tienes intención de mostrarme?"

"Buena pregunta." Dijo él tosiendo un par de risas secas. "Estoy seguro de que para el momento en que consigas volver a hurgar en mi cerebro lo habré olvidado."

"Y la gente se pregunta por qué me agradas tanto." El dragón rió entre dientes y luego se volvió hacia Baltrice. "Y tú... qué adorable criaturita eres. Como un cachorro escupe fuego."

"Que te jodan, escamoso," dijo ella apretando sus dientes, como si se estuviera aferrando a su conciencia sólo por sus mandíbulas. "Ya llegará tu turno."

El dragón suspiró. "Si tan sólo pudiera vivir un año más por cada vez que alguien me dice eso a mí. Oh, espera, ya lo he hecho," dijo él.

"Sigue riendo, cara-lagarto," jadeó ella volviendo a ponerse fláccida. "Tú solo... espera..."

"¿Tengo alguna opción?" El se agachó con una garra, la tocó ligeramente en la frente y ella cayó inconsciente. "Aburrida. Yo puedo soportar a los de casi cualquier tipo excepto a los aburridos. Ella simplemente no tiene el don de la conversación, Tezzi."

"Baltrice hubiera tomado eso como un cumplido."

"Hmp. Eso también podría ser. Así que, por nada más que un interés profesional, ¿después de que hiciste la ilusión para parecerte a tu padre, tú, qué, repartiste su conciencia? ¿Y cómo es exactamente que lograste convencer al Doctor Broma para que te dejara quedarte sentado y fueras torturado por unas horas?"

"Lo que es realmente interesante," dijo Tezzeret, "es esta forma que estás usando para preguntarme en lugar de volver a escarbar en mi cabeza."

"Dices eso como si afanarse por introducirse en ese tanque séptico que tú llamas una mente pudiera ser de alguna manera menos repugnante."

"Es tu juego, Bolas. Si no la estás pasando bien, toma tus bolas y vete."

"Ingenioso como de costumbre. Que es menos de lo normal." Bolas se acercó a donde yacía Jace Beleren, también dentro de una Red de Restricción a pesar de que aún no había recuperado la conciencia, y preguntó: "¿Qué es este dispositivo tuyo por el que Baltrice estaba tan ansiosa?"

"Otra vez estás preguntando."

"Compláceme."

"Digamos que es un Doctor Broma mecánico."

La joroba de músculo escamoso que servía a Bolas como una ceja se arqueó. "Finalmente has logrado sorprenderme."

"Y todavía es temprano." Tezzeret miró con ojos entrecerrados hacia el dragón, quien ahora estaba lanzando una mirada furtiva a lo largo de la playa en la dirección opuesta a la que habían venido Baltrice y Beleren. "¿Esperas a alguien?"

Pasó un lapso de silencio de un segundo o dos y pareció que el dragón iba a negarse a responder pero al fin dijo: "Aparentemente no," y Tezzeret detectó un débil tono de perplejidad en la voz del dragón, quizás incluso de consternación.

Bolas dio un bufido irritado que hizo volar anillos de humo gemelos desenrollándose hacia el hombre inmóvil. "Este dispositivo tuyo, el, eh..." comenzó el dragón como si hubiera perdido el hilo de la conversación.

Tezzeret sonrió. "Aún sigues preguntando."

La distracción del dragón se convirtió en hostilidad.

"¿Te molesta que pregunte?" Bajó la mirada hacia la forma inconsciente de Beleren y sus ojos entornados de alguna manera sugirieron que toda su reserva de maliciosa alegría se había evaporado de repente. Chispas de relámpagos del hueco saltaron de cuerno a cuerno, girando sobre sí para condensarse en el sol azul. "Lo averiguaré por mí mismo."

"Ahora, eso si que es interesante," dijo Tezzeret. "Vuelves a la memoria sifón porque quien sea que pensaste que venía no se presentó."

"Cállate."

"¿Cómo es que sabes que ellos no están llegando apenas un par de minutos tarde?"

"Tezzeret." Nicol Bolas movió su gran cabeza lo suficientemente cerca como para que Tezzeret pudiera ver claramente la carne desmenuzada de Silas Renn, todavía colgando de tendones atrapados entre los dientes del dragón. "Sigue presionándome," gruñó. "Vamos. Sigue así."

Seguir el rápido golpeteo de los dedos de Bolas se volvió mucho más difícil cuando él pudo oler las entrañas de Renn en el aliento del dragón. "De repente te has vuelto muy irritable. ¿Algo salió mal?"

El dragón inclinó el rostro para que su enorme ojo amarillo, más grande que toda la cabeza de Tezzeret, estuviera a pocos centímetros de la nariz del artífice. "En no muchos minutos yo puedo hacerte rogar que te mate," dijo con un gruñido bajo y mortal. "Y luego de mil años a partir de ahora, si me encuentro de buen humor, puede que te deje hablar el tiempo suficiente como para que me lo pidas otra vez."

Tezzeret se quedó mirando a su propio reflejo en el corte vertical de la medianoche en el centro de ese gran ojo amarillo. "Yo sólo estaba ateniéndome a mi parte de la conversación."

"No." El dragón ya había vuelto a Beleren. "Si yo quiero una conversación con alguien que valga la pena gastar aliento hablaré conmigo mismo."

Bolas ahuecó una garra delantera alrededor del telépata inconsciente y la cegadora energía blanca de la Red de Restricción se separó de la Esfinge de Metal, uniéndose en su lugar a las garras del dragón. Luego levantó a Beleren hasta su rostro como si el hombre fuera un vaso de buen vino y el dragón deseara disfrutar del lujo de su aroma. "Oh, Jace, Jace, Jace," tarareó con una voz tan baja que Tezzeret apenas pudo distinguir las palabras. "Si tú supieras, hijo, cuánto tiempo he estado esperando por este momento. Espero que aprecies el honor. Espero que tu primer encuentro con nuestro artífice de nuevo cuño al menos haya sido tan entretenido como el de Baltrice."

A medida que el azote de la retorcida energía de la memoria de sifón de Bolas se unió a la frente de Jace Beleren y los recuerdos del desgarrador de mentes comenzaron a fluir en la mente del dragón un observador atento podría haber notado una ligera, casi infinitesimal, profundización de las arrugas en las comisuras de los ojos y la boca de Tezzeret, como si el artífice estuviera tratando, y fallando, en mantener un rostro serio.

Sin embargo el dragón estaba demasiado ocupado con el despertar de Jace en Marea Hueca.

# Beleren
# Con amigos como estos

Me desperté tosiendo. Mi garganta se sentía como si hubiera estado tratando de tragar alambre de púas en seco. Probablemente gritando cuando me desmayé. No podía recordar. El sabor del vómito hizo retorcer mi estómago pero todo lo que salió de mi boca fue sangre media-coagulada.

Las fuertes manos acunándome yo las habría conocido en cualquier lugar. Eso me ayudó a concentrarme. Mientras Baltrice estuviera conmigo fuera lo que fuera eso no podía ser tan malo.

¿Podía?

"Jace, escúchame," estaba diciendo ella, en voz baja y con urgencia.

Yo traté de asentir con la cabeza pero moverla me hizo volver a vomitar. "Lo siento..." Mi voz sonó borrosa y agrietada. Notas tocadas en un instrumento de viento de madera rota. "Lo siento... lo siento, Baltrice, yo... no sé lo que pasó..."

"Jace, estás en problemas."

"Oh..." le dije, "oh... mierda..."

Aunque estaba semiinconsciente yo logré escuchar que ella dijo *estás*, no *estamos*.

"¿Cuán... ... malo?"

"No hagas ningún tipo de magia Jace. ¿Me oyes? No importa lo que pase. No hagas nada."

"¿Qué...? ¿Qué? ¿Por qué no?"

"Porque," dijo una voz que escuché en pesadillas, "eso hará que una mala situación sea aún peor."

Y yo volví mi cabeza y allí estaba él, simplemente de pie, de pie y sonriente y fue mi instinto, o mi entrenamiento, o la práctica, lo que me hizo colocar mis escudos pero fuera lo que fuera no importó en absoluto porque mis escudos ni siquiera pudieron formarse plenamente y una explosión de agonía blanqueó el mundo.

Esta vez recuerdo haber gritado.

* * * * *

Yo no perdí del todo el conocimiento a pesar de que me sentí como si un rayo hubiera explotado dentro de mi cabeza. La sensación me tuvo convulsionando en los brazos de Baltrice y yo temblé por toda una vida o dos hasta que finalmente solté la magia. Cuando mi visión se aclaró él todavía estaba allí de pie. Ni siquiera estaba mirando, aunque pude sentir su atención unida a mí, el tipo de vínculo que yo mismo puedo copiar y encadenar casi sin esfuerzo y entrar en su mente...

Esta vez ratas estaban masticando a través de mi cráneo. Desde el interior.

Uno o dos segundos después el dolor desgarró mi concentración; hasta la telepatía más básica quedó detrás de una puerta cerrada con agonía. Todo lo que pude hacer fue yacer allí a través de las rodillas de Baltrice. Acostarme allí, mirar a Tezzeret y esperar mi muerte.

Tezzeret no parecía feliz. O enojado o triunfante o realmente nada en absoluto. Ni siquiera me estaba prestando mucha atención. En cambio parecía estar cortando unas vendas de sus dedos con un pequeño cuchillo curvo. Todo el lugar estaba empapado con baldazos de sangre. Algunas partes de cuerpos al parecer esparcidas al azar yacían aquí y allá y un mercenario vivo estaba sentado apoyado en

una esquina, ceniciento y tembloroso, agarrándose a un torniquete que cerraba el muñón de su brazo.

Todas las diferentes formas en que mis pesadillas me habían mostrado ese momento nunca se vio nada igual. Supongo que, como dicen los profetas, soy un buen telépata.

"Baltrice, ¿estás herida? Porque si lo estás…"

Ella sacudió su cabeza. "Casi no hubo pelea jefe. No tuve ni la más mínima posibilidad."

"Tienes que irte," le dije. "Lárgate mientras puedas."

"Ni de broma. O nos vamos juntos o nos quedamos aquí. Ambos."

Ese condenado hechizo… por supuesto que ella no me dejaría. No podía. Y todo era mi culpa.

Cancelar el hechizo no me tomaría ni cinco segundos; entonces por lo menos ella tendría una opción. Tal vez incluso una oportunidad. Me estiré con mi mente y me derrumbé de nuevo bajo la oleada de agonía. Todo lo que pude hacer fue dejar escapar un gemido estremecedor.

No tenía ni idea de cómo sacar a Baltrice de esta con vida.

Tenía que haber una manera. Tenía que haberla. No podía dejarla morir simplemente porque ella gustaba demasiado de mí para ser sensible.

Especialmente teniendo en cuenta por qué a ella le agradaba tanto.

El gemido finalmente consiguió llamar la atención de Tezzeret, pero sólo por un segundo. Éste me dio una mirada tranquila durante tal vez un latido de corazón y a continuación volvió a trabajar en su mano. Cuando habló, sonó distraído. Sin afecto.

Como una máquina.

"Beleren. Hasta ahora nunca he logrado comprobar cuánto dolor puede soportar un sistema nervioso humano sin recibir un daño permanente. Tampoco sé si una persona puede morir sólo de dolor, si uno puede "matar de dolor", por así decirlo. Si intentas algo tan extremo como caminar por los planos es probable que lo averiguaremos."

"¿Qué...? ¿Qué me hiciste?"

Esto me valió otra mirada tan fría como su voz. "Te dejé vivir."

"¿Acaso se supone que tengo que darte las gracias?"

"Jefe," siseó Baltrice. "¡No sea estúpido, no pelee con él!"

"Lo qué se supone que debes hacer, Beleren," dijo él mientras se quitaba el último de los vendajes, "es lo que se te dijo."

El sostuvo la mano en alto para inspeccionar los daños. Tenía un tipo de alambre retorcido con tanta fuerza alrededor de la muñeca que le estaba cortando la carne. A dos de los dedos de esa mano le faltaban sus últimas articulaciones y todos tenían sólo manchas sangrientas donde deberían haber estado sus uñas. Su única reacción fue una pequeña compresión de sus labios, como si estuviera ligeramente irritado.

"Fuiste tú," le dije. "Fuiste tú todo este tiempo."

"No," dijo él. "El cuerpo era mío, dentro de la ilusión, pero la mente que sentiste era la de mi padre. Debo decir que fui inspirado por el truco que hiciste con Rhoka… la verdad que tú puedes ser sorprendentemente ingenioso. Fue lo más cerca que pude llegar a un curso prudente. Mi estimación de tus habilidades es muy amplia. Y al parecer precisa."

"¿Te he dicho que últimamente me matas del susto?"

"Debería hacerlo." Esto me valió otra mirada y sus características se suavizaron un poco como si de verdad fuera a sonreír. Una sonrisa amable en lugar de la mueca depredadora que yo siempre solía ver. "Eso es un cumplido," dijo él. "Mi estimación de tu intelecto es igualmente amplia."

El pasó por encima de una o dos partes de cuerpos en su camino hacia el mercenario conmocionado en la esquina. El mercenario miró a Tezzeret con ojos como lunas en una noche clara. "No lo hagas... vamos, no..." consiguió decir el mercenario. "Yo puedo... puedo ayudarte, ¿verdad?"

"Claro." Tezzeret se inclinó y tomó la mano que le quedaba al mercenario como para levantar al hombre de un tirón. Cuando en lugar de eso este sacó el pequeño cuchillo ganchudo que había usado para cortar sus vendas el mercenario empezó a gritar.

No dejó de gritar hasta que Tezzeret hubo cortado la mano del hombre por la muñeca. No fue una cosa tierna. O rápida; el chico dejó de gritar porque se estaba desangrando. Cuando Tezzeret al fin soltó el brazo su chorro de sangre ya se había reducido al mínimo. Él sostuvo la mano del moribundo en posición vertical sobre la palma de su mano lesionada mientras desenrolló el alambre alrededor de su muñeca.

Cuando este se soltó sangre brotó de sus dos dedos cortados; y justo con la misma rapidez la sangre se detuvo y las últimas articulaciones de los dedos del hombre moribundo se pusieron negras y se pudrieron. Las uñas se desintegraron y poco después Tezzeret arrojó la mano muerta sobre el cadáver de su dueño.

"Nigromancia," dijo él volviendo a levantar la mano, que en ese momento sólo estaba ensangrentada. Sus dedos habían vuelto, todas sus uñas estaban en su lugar, y en ese instante él sí sonrió, aunque sólo un poco. "Un truco útil que recogí de un bandido desafortunado, cuando yo era apenas un adolescente."

Con la ayuda de Baltrice al final me las arreglé para sentarme. "Tezzeret..." empecé a decir y luego sacudí mi cabeza. Tenía que haber algo que yo pudiera decir. Alguna forma de convencerlo de que la dejara ir. "Yo a veces tengo estos sueños. Desde que... eh, ya sabes, desde nuestra lucha. Pesadillas, supongo. En dónde tú todavía estás vivo. Y me persigues."

La sonrisa de él desapareció de la existencia. "Yo también. Excepto que en el mío, te atrapo."

"Y entonces despierto y me digo que estaba siendo estúpido, porque sabía que estabas muerto. Tú estabas muerto. Yo te sentí morir. Pero nunca pude convencerme a mi mismo de que lo estabas."

"El regreso del vengador." Dijo él y asintió. "Tu conciencia siempre tuvo esa manera de manifestarse en momentos… inoportunos."

Y este sería uno de ellos, pensé yo. "Tú sabes que Baltrice luchó por ti hasta el final, ¿verdad?"

Ella hizo una mueca tan agria como vinagre viejo. "¿De verdad tenemos que volver a hablar de eso?"

"Ella luchó mano a mano con Liliana Vess. Lo que Liliana le hizo… bueno, no importa. Ella sufrió mucho por serte fiel, eso es todo."

"¿Y?"

"Sólo espero que no la hagas sufrir por haberse aliado conmigo."

Las patas de gallo en las comisuras de sus ojos se profundizaron un poco. "Ella no será la persona que sufra."

"Esa parte ya la había supuesto," le dije. "No espero salir de esta con vida. Yo siempre pensé, siempre supe, que si alguna vez te volvía a ver, tú me apagarías como a una vela."

"Lo consideré," dijo Tezzeret. "Hubiera sido una solución poco elegante."

"¿Qué?"

"Y… bueno, para no entrar en demasiados detalles, me pareció bastante tonto que yo, estando vivo, te matara en venganza por mi asesinato."

"En su momento esa no fue tu actitud."

"Lo recuerdo. También recuerdo que yo era, en ese momento, eeeh, un poco emocional. Si mis ojos hubieran sido cuchillos yo me los habría arrancado ambos de mi rostro para arrojártelos."

"Sí," le dije. "Yo estuve allí."

"Tal vez regresar de entre los muertos ha cambiado mi perspectiva. Todo lo que sé es como me siento ahora, y lo que pienso ahora, una supresión considerable de lo que sentí y pensé en ese entonces."

"Así que, ¿qué?, ¿piensas perdonarme?"

"Yo no perdono," dijo él con una mirada nivelada. "Pero una sangrienta venganza entre nosotros no es de ninguna utilidad para nadie más que para nuestros enemigos."

"¿Nosotros tenemos enemigos?" le dije. "¿Nosotros hablando de tú y yo? ¿En serio?"

"Si tú estuvieras muerto eso no sería nada más que una excusa para que Baltrice me matara."

"Aún no se ha tomado esa decisión," gruñó ella.

"¿Lo ves?" El abrió una mano hacia ella, como un mago podría invitar a su audiencia a observar un truco ingenioso. "Tú eres un excelente rehén, un hecho que ya ha salvado mi vida esta noche. En cuanto a ti, Baltrice, bueno… tú tienes tus propias razones para odiarme y lo siento por eso. Sólo puedo alegar circunstancias extremas y pedirte que aceptes mis disculpas."

Ella parpadeó hacia él y su rostro cayó de sorpresa, que fue más o menos lo que yo también sentí. "¿Te estás aprovechando de mí?"

"Baltrice, yo no soy el hombre que te cortó con el cuchillo de maná. No soy el hombre que te ordenó ir a esa última batalla. Aunque aún resta por determinar si me he convertido en un hombre mejor o peor. Mientras tanto me siento totalmente apenado por lo que yo, por lo que el hombre que era entonces, te hizo."

El color estaba aumentando en las mejillas de Baltrice; una cosa que nunca era buena. "¿Crees que eso te sacara del anzuelo?"

"No esperaba que lo hiciera," respondió él. "Sólo quiero expresar mi pesar. Lo que hagas con ese conocimiento es una decisión que tú tendrás que enfrentar por tu propia cuenta."

"Yo tengo una decisión que tú puedes enfrentar si te pones en mi lugar."

Tezzeret pasó por encima de otro pedazo de cuerpo o de tres para ponerse en cuclillas delante de mí, tan cerca que si yo hubiera tenido un cuchillo podría haberle apuñalado. Su rostro no siguió mostrando nada más allá que esa extraña calma. "Por favor créeme cuando te digo que yo no deseo tu muerte. Te he hecho esto porque me han cargado con una tarea terriblemente difícil y yo no puedo arriesgar ningún tipo de interferencia. Sobre todo de ti. Es necesario que comprendas tu situación, Jace ¿puedo llamarte Jace?"

"Supongo que si no me matas me puedes llamas como quieras."

"Gracias. Veo que ya tienes una idea de los parámetros en bruto de lo que he hecho. Para asegurarme de que no te quites inadvertidamente tu propia vida debo compartir contigo algunas de las sutilezas que son la base de tu condición."

"Siempre y cuando no se traten de más demostraciones," le dije. "Cuéntamelo, no me lo muestres, ¿de acuerdo?"

"¿Ves esto?" El tendió el rollo de alambre que había usado para hacerse un torniquete en su mano. "Se trata de un metal llamado eterium."

"Es de lo que estaba hecho ese brazo tuyo, ¿verdad?"

"Muy similar. También es de lo que está hecho el dispositivo, el que actualmente está habitando tu sistema nervioso central. La característica más destacada del eterium es que no existe del todo en este universo. O en ninguno. En maneras que no se pueden explicar con precisión en palabras, el eterium existe simultáneamente en las Eternidades Ciegas; es una aleación del éter mismo. El eterium, en un sentido muy real, es un, oh, supongo que tú dirías, una versión inanimada de la Chispa de un Caminante de Planos. Entender esto es esencial para tu supervivencia. ¿Me estás siguiendo hasta ahora?"

"Supongo..."

"Sé que vas a tratar de quitar mi dispositivo o desactivarlo. Fracasarás, y el intento puede matarte."

Bueno, era obvio que él diría así. Quizás la cosa no me mataría de verdad. "Continúa."

"En primer lugar al dispositivo no se le puede  drenar su poder o ahogarlo de su fuente de maná; el eterium, en virtud de su naturaleza especial, es una fuente de maná. El eterium canaliza maná de las Eternidades Ciegas o lleva consigo la energía que es la realidad. Como ya he dicho las palabras son imprecisas."

"Tú ya has experimentado el tipo de dolor que causa intentar operaciones mágicas. Es necesario que comprendas que efectos aún peores serán creados por alguien que use magia en ti. También es necesario que sepas que tratamientos analgésicos, incluyendo desactivar mágicamente el centro del dolor de tu cerebro, sólo acelerará tu muerte. Sería una muerte que tú no quieres que yo siquiera te describa. Confía en mí si te digo que será un tormento que trascenderá toda descripción."

"La naturaleza especial del eterium también hace que no pueda; repito, no pueda; ser completamente manipulado por nadie que no sea un Caminante de Planos. Mi propia Chispa, mi propia conexión con las Eternidades Ciegas, me permite hacer cosas con el eterium que no pueden ser igualadas por ningún mago atado a un plano, sin importar lo poderoso que fuera."

"Así que tengo que encontrar a un Caminante de Planos que apague esta cosa."

"Un Caminante de Planos en particular," dijo él. "Yo. A menos que conozcas a otro Caminante de Planos que sea un mecanicista de mi habilidad. Por lo que yo se hasta ahora sólo ha existido otro ser con las habilidades necesarias y ese ser ha estado perdido en el infinito alcance de las Eternidades Ciegas por décadas. El mismo Nicol Bolas no puede encontrar a este ser. Nada de lo que puedas hacer tú o cualquier persona que puedes encontrar funcionará y cualquier intento serio probablemente te matará. Tu mejor curso de acción es resignarte a tu situación y consolarte de que es temporal."

"¿Lo es?" le pregunté. "¿Es temporal?"

"A menos que yo sea asesinado o incapacitado," dijo Tezzeret. "Piensa en ello como unas vacaciones."

A mi eso no me preocupó. De verdad que no. Aún no. Aunque tuve la sensación de que después de uno o dos intentos de que Tezzeret no mentía podría empezar a sentirme un poco ansioso.

Baltrice encontró las palabras en las que yo ni siquiera realmente había querido pensar y mucho menos decir. "Esta tarea 'terriblemente difícil' tuya ¿cuán peligrosa es?"

El se volvió hacia ella con una mirada decididamente pensativa. "Yo no espero tener éxito," dijo de manera uniforme. "Tampoco espero sobrevivir al intento."

"¿Entonces por qué demonios vas a probarlo desde un principio?"

El suspiró. "Nunca he sido un pensador particularmente original," dijo. "Mis dones se encuentran en los reinos de la atención a los detalles y, creo que la frase sería, una infinita capacidad para resistir dolores. El dispositivo que yo te he colocado, Jace, es una ligera elaboración de uno que recientemente me han colocado a mí."

"¿A ti?" Yo parpadeé hacia él mientras traté de averiguar que sentía acerca de eso. "Creo que eso debería hacerme sentir mejor."

"Pero no lo hace," dijo él una vez más franco y casi amistoso. "Lo sé."

"Así que cuando tú no sobrevivas a la experiencia," dijo Baltrice fuertemente, "¿que pasará con él?"

"¿Pasado un tiempo? Se volverá loco," dijo él con un encogimiento de hombros de media disculpa en mi dirección, "y tendrá una muerte horrible."

"Si a él le pasará eso de cualquier modo…" Ella se puso de pie y llamas se reunieron alrededor de su cabeza y hombros. "Dame una buena razón por la que no debería asarte aquí."

"Porque," dijo Tezzeret con seriedad todavía en cuclillas y sin mostrar la más mínima señal de preocupación, "esa predicción sólo está basada en si yo trabajo solo."

Ella lo miró, luego me miró a mí, y yo le devolví la mirada, y ese rubor en sus mejillas se hizo más brillante. Lo mismo hicieron las llamas. "Oh, vamos, en serio, de ninguna manera..." dijo ella. "¡Tú no estarás esperando que yo… de ninguna manera!"

Tezzeret se encogió de hombros. "Yo nunca he sido un gran luchador, ni siquiera cuando tuve mi brazo y todos los recursos del Consorcio Infinito en los que apoyarme. Tú, sin embargo… Baltrice, tú eres más que una gran luchadora. Eres un condenado ejército encarnizado de una sola mujer."

El rubor de ella se extendió hasta alrededor de sus ojos, sustituyendo parte de la rabia al rojo vivo que ella había estado llevando allí un segundo antes. "Pues tu te encargaste de mi con bastante facilidad."

"Me encargué de él. ¿De ti?" Él todavía tenía esa mirada abierta pero seria en su rostro. "Si yo hubiera tenido que luchar contra ti ya estaría muerto. Tú te rendiste para salvar la vida de Jace."

"Y tú me estás pidiendo que lo vuelva a hacer."

"Su vida aún no está a salvo," señaló Tezzeret. "Y si lo que realmente quieres es un disparo despejado hacia mí, ¿qué lugar mejor que estando de pie justo a mis espaldas?"

Ella me miró y yo volví a devolverle la mirada, y pude ver que, de alguna manera, nuestras vidas colgaron de lo que yo dije después.

"Yo... yo no puedo pedirte que hagas esto por mí," le dije y si hubiera tenido siquiera un susurro de oportunidad para deshacer el hechizo no habría tenido que hacer el discurso. "También estoy condenadamente seguro de que nunca te lo hubiera ordenado. Haz lo que creas que es mejor. No para mí. Para ti."

Ella suspiró y dio una risita triste. "Tú, pequeño zurullo," me dijo sacudiendo la cabeza. "Como si fuera a decir que no después de un discurso así."

La mirada de Tezzeret se movió velozmente ida y vuelta entre el rostro de ella y el mío y tuvo un brillo acerado distintivo en sus ojos muy parecido al que solía tener cuando uno de sus inventos había funcionado exactamente como había sido diseñado.

Baltrice dijo: "Entonces, ¿cuál es esta terrible tarea?"

Tezzeret se levantó. "Encontrar un Caminante de Planos conocido como Crucius, la Esfinge Loca, que fue visto por última vez aquí en Esper, hace algunas décadas," dijo él. "Por literalmente ninguna coincidencia en absoluto él es ese otro Caminante de Planos del que hablé hace un momento, el único ser en el Multiverso que es mejor que yo en el manejo del eterium. Por lo menos yo creo que él es superior y creo que estoy justificado en mi creencia por el hecho de que Crucius fue quien inventó el eterium y que Crucius es hasta hoy el único ser que alguna vez ha tenido la capacidad de crearlo."

"Oh, lo entendí," dijo Baltrice. "Un pequeño incentivo extra, ¿no? ¿Así que tú quieres que piense que si tú y yo podemos encontrarle él será capaz de encargarse de Beleren... y que no te necesitaré más?"

"Eso es un resumen preciso de la situación."

"¿Esperas que me lo crea? ¿Acaso no puedes oler el gigantesco montón de Situación Demasiado Conveniente en la parte superior de esa historia?"

Los labios de Tezzeret se apretaron brevemente y después de un momento asintió. "Hay una serie de características de mi nueva vida que parecen ser, bueno... demasiado artificiales, creo que es la mejor descripción," dijo él lentamente. "Como si yo me hubiera puesto a crear una máquina completamente nueva y entonces encontrara las piezas ya fabricadas y dispuestas precisamente en orden en mi mesa de trabajo. Después de haber estado consciente por menos de veinticuatro horas yo he estado demasiado ocupado tratando de sobrevivir para escatimar tiempo en el análisis profundo de mi situación. Conjeturo que hay una teleología subyacente aquí pero todavía no he podido verificarla."

"Es una asco ser tú, ¿eh?"

"A veces," dijo él. "El detalle pertinente es que me he visto obligado a desempeñar un papel muy parecido al que yo había pensado originalmente para ti, Jace. Descubro que no me gusta más de lo que te gustó a ti y he decidido (sin ser un pensador particularmente original, después de todo) emplear la misma solución que empleaste tú."

"No te sigo."

"Nicol Bolas," dijo él. "Tú te acuerdas de Nicol Bolas."

"Sólo en mis malos sueños."

"Yo voy a matarlo," dijo él como si estuviera comentando acerca de la lluvia.

Fue una buena cosa que yo hubiera estado sentado. Sólo pude mirar. Baltrice balbuceó como un reacio cohete. "Tú... ¿qué tú qué? ¿Estás completamente fumado?"

"Muy probable. Pero fumado o no el hecho es que," dijo él, "yo de verdad voy a matar a Nicol Bolas."

"Sí, claro," dije yo cuando encontré mi voz. "¿Y mientras estés ahí fuera quemando tres cuartas partes del Multiverso se supone que yo tengo que quedarme sentado aquí en Vectis rascándome el trasero?"

"De ningún modo. Tú," dijo Tezzeret con esa extraña calma que a mi me estaba empezando a parecer cada vez más como la de un loco siempre que la veía, "vas a cuidar de mi padre."

# La Isla de Metal
# Principios de diseño

"Un rasgo curioso de la memoria humana," murmuró Bolas mientras desacopló su memoria de sifón azul brillante del cerebro de Jace Beleren y regresó el cuerpo inconsciente del destrozador de mentes al pedestal con un cuidado extrañamente suave. "Te acuerdas de estar adolorido pero no recuerdas el dolor en sí."

Tezzeret, cerca de allí, aún colgaba en una Red de Restricción, aunque menos incómodo. "Sospecho," dijo, "que es un artefacto que se puede construir."

"¿Perdón?"

"El cerebro humano es en gran parte un aparato de procesamiento de señales. Como tal, se divide en sectores especializados. El dolor es un producto de una actividad neuronal específica en un sector específico del cerebro. La memoria surge de la actividad neuronal en un sector diferente. El sector del dolor no se activa en el proceso excepto en casos patológicos. Si te duele tanto para recordar el dolor como para vivirlo habría poco desincentivo en repetir la experiencia. Lo cual frustraría desde un principio la función diseñada del dolor."

"Por supuesto, una conferencia sobre mecánica. Eres tan predecible."

"Tomaré eso como un cumplido," respondió Tezzeret. "La confiabilidad es la medida objetiva más útil de un diseño superior."

Las cejas del dragón se arquearon a una altura cómicamente escéptica. "¿Debo creer que tu diseño personal es supuestamente superior? Y si no lo fuera, ¿quién soy yo para creer que tú lo admitirías de verdad?"

"Mi diseño," contestó Tezzeret imperturbable, "es un trabajo en progreso. Yo me encuentro más interesado acerca de lo que tú no estás hablando. Y por qué no lo haces."

"Tezzi, Tezzi, vamos. ¿Realmente esperas que gaste mi aliento en discutir tu absurda vanidad? Sólo somos tú y yo aquí, Tezzi. No tienes que fingir que de verdad creías que podías matarme. ¿Qué tal si simplemente estipulamos la verdad y seguimos adelante, de acuerdo?"

"No."

"¿Perdón?"

"Yo no estoy dispuesto a estipular. No es la verdad."

El dragón escupió una ráfaga de risa incrédula. "¿Estás preparado para estipular que estás completamente loco?" dijo él.

"¿Y quién de nosotros es el más previsible, después de todo?" dijo Tezzeret. "Cada vez que tú te enfrentas a algo que no entiendes lo descartas como irrelevante, malinterpretado o imperfecto."

"¿Acaso estar completamente loco no cuenta como un defecto de diseño?"

"No necesariamente," dijo Tezzeret. "¿Qué pasa si estoy loco pero también en lo correcto? Quizás estar completamente loco no es tanto un defecto de diseño como es un estímulo de exceso estilístico.... la filigrana barroca en el hacha del verdugo, si ves lo que quiero decir."

"¿Siempre fuiste así de desquiciado? ¿O yo sólo acabo de notarlo?"

"No sabría decirlo," respondió él. "Sin embargo, deberías tener en cuenta que sea lo que yo sea ahora (por más bien o mal que funcione) es en gran parte el resultado de tus propios talentos, o la falta de ellos, como diseñador; el resultado de tus presuntos dones como artífice de carne humana. A mí me parece claro que tú estabas menos que completamente satisfecho con lo que yo era antes. Cuando restauraste mi conciencia y funcionalidad sólo puedo asumir que hiciste ciertas alteraciones. No serías el primer artífice en descubrir que su dispositivo exhibe tal vez indeseadas, incluso activamente peligrosas características como consecuencia de insuficiente previsión, habilidad y preparación."

Bolas rió entre dientes. "¿Así que lo que sea que está mal contigo es culpa mía, eh? Porque tú sólo eres una máquina."

"Casi," dijo Tezzeret. "Ningún artífice competente diseñaría humanos como nosotros: tan limitados a una serie de entornos operativos; tantas partes inútiles; sistemas vitales tan ineficientes y propensos a romperse que la mayor parte de la energía que gastamos se desperdicia en el simple mantenimiento; mantenimiento que, incluso si se realiza a la perfección, es todavía insuficiente para alargar materialmente la duración de la vida productiva. Por no hablar de que somos difíciles de reparar y prohibitivamente costosos de reemplazar."

Bolas expuso afilados dientes en una mueca de una sonrisa. "Yo tenía entendido que, eh, los reemplazos humanos, para usar tu

término, no sólo son libres sino que, eh, su construcción es considerada una recreación agradable."

"Piensa en ello en términos mecánicos," dijo Tezzeret. "El montaje preliminar pone a la unidad constructora, la madre, en un servicio reducido, en promedio, un tercio del período de gestación, mientras consume más recursos de lo que había hecho antes. Una vez nacido un ser humano no es funcional; el montaje preliminar requiere, en promedio, siete años, durante el cual el niño es, literalmente, nada más que un disipador de energía, consumiendo tiempo, atención y comida sin ningún cambio salvo el estiércol. Para lograr la función física completa requiere, en promedio, cerca de dieciséis años. Y esto deja a un lado las cuestiones de formación y educación, estabilidad emocional, y el intelecto disciplinado necesario para la auto-dirección, todo lo cual requiere aún más tiempo y energía que inculcar. Si la gente tuviera alguna idea de qué tan caro es de verdad un ser humano cuidarían mejor de sí mismos."

"De repente te has puesto muy hablador."

"Con menos de una milésima del gasto de energía que requiere la creación de un ser humano completamente funcional," continuó Tezzeret, "yo podría diseñar y construir un dispositivo capaz de hacer todo lo que hace un ser humano, incluyendo la solución creativa de problemas, cantar, escribir poesía, lo que sea que quieras; por no hablar de la creación de sus propios reemplazos; y hacerlo durante mil años."

"¿Cómo es posible," dijo Nicol Bolas distantemente, volviendo a fruncir el ceño para mirar por la playa más allá de los Caminantes de Planos cautivos, "que cada vez que hablo contigo termino recibiendo un discurso sobre lo inteligente que eres?"

"Toda nuestra relación es sobre lo inteligente que soy," dijo Tezzeret. "Se remonta a tu previsibilidad."

"También un buen mentiroso."

Tezzeret sonrió. "Cuando tengo que serlo."

"Si tú eres tan inteligente y yo soy tan predecible entonces dime ¿que he estado esperando?"

"Estás esperando que se abra un portal interplanar allí abajo en la playa."

El dragón se sacudió como si le hubieran picado. Su largo y sinuoso cuello prácticamente puso una torcedura en sí mismo para llevar sus enormes ojos amarillos alrededor y mirar hacia abajo en dirección al humano. El no hizo ningún esfuerzo por ocultar su sorpresa; por el contrario, fijó su mirada en Tezzeret con una concentración depredadora. "¿Y por qué lo espero?"

"Por la misma razón que sabías que estaban viniendo Baltrice y Jace. Has aprendido algo de relojería."

"Solo de aficionado. Como hobby," admitió el dragón. "¿Cómo lo sabes?"

"Estás viendo el futuro (que, ¿unos pocos minutos antes? Algo por el estilo. Silas Renn podía hacer ese truco) viendo una infinitésima mancha de futuros posibles y ver desarrollarse acontecimientos a medida que se vuelven más y más probables."

"Así que, después de todo, es posible que yo sea lo que como," ronroneó el dragón.

"Probablemente haya sido lo último que él te enseñó."

"Oh, por favor. ¿Acaso piensas que en veinticinco mil años yo nunca aprendí a ser relojero?"

"Estoy seguro de que lo hiciste," dijo Tezzeret. "Es curioso que necesites volver a aprenderlo, ¿no?"

Nicol Bolas se quedó muy, muy quieto.

"No eres el dragón que solías ser, viejo gusano," dijo Tezzeret con una extraña nota en su voz, una casi de simpatía. "Ni siquiera eres el dragón que eras hace doce años atrás, cuando yo te robé el Consorcio Infinito de debajo de tu cola. Pones un buen rostro en ello pero las grietas de tu máscara han comenzado a mostrarse. Alguien que sepa como mirar puede verlo claramente en ti."

"¿Ah, sí?" La voz del dragón sonó como las primeras notas de una lejana erupción volcánica. "Entonces, ¿en qué estoy pensando en este momento?"

Tezzeret sonrió de nuevo. "Estás recordando cómo habías pensado que mi intención declarada de matarte había sido simplemente un vano alarde. Ahora te estás dando cuenta que de repente no estás tan seguro y te estás preguntando si tal vez deberías matarme antes de averiguarlo."

La respuesta del dragón fue girarse completamente para enfrentarse a Tezzeret, extender sus alas y extraer maná de todo el Multiverso hasta que el aire a su alrededor ardió con el poder.

Tezzeret, dijo: "No te va a gustar cómo termina esto."

Nicol Bolas levantó un enorme puño. "Me arrepentiré por la mañana, ¿está bien?"

"Por la mañana te estarás descomponiendo en esta playa."

"Me arriesgaré."

"Tú puedes ver futuros. ¿En cuántos de ellos yo estoy muerto?"

Los carnosos arcos superciliares del dragón se unieron y el puño bajó, sólo un poco.

"Mira en los futuros que surgen de atacarme ahora," dijo Tezzeret. "¿En cuántos de ellos estás tú con vida?"

Los ojos de Bolas se abrieron como platos y el puño cayó olvidado a su lado. "No es..." Su voz no fue más que un susurro ahogado. "¿Cómo puedes tú...? es... simplemente no es posible...."

"Es necesario que comprendas que nuestra relación ha dado un vuelco," dijo Tezzeret y salió de la Red de Restricción como si no hubiera estado ahí.

Bolas miró. "¡Tú no puedes hacer eso!"

"Lo siento," dijo él. "Quizás quieras tomar asiento. Tenemos de que hablar."

"Es un truco," gruñó el dragón. "Es una especie de ilusión… una vez estuviste muerto, debe ser…"

Tezzeret suspiró, levantó su mano derecha por encima de su cabeza y luego apretó el puño de un tirón como si estuviera arrancando fruta verde de un árbol. El borde sobresaliente del ala derecha de la Esfinge de Metal (una sola gran viga de eterium que

por sí sola era más grande y más pesada que todo el cuerpo de Nicol Bolas), como si fuera animada por el gesto, chirrió por el aire y se estrelló contra el dragón justo por debajo de la articulación de su ala con una fuerza aplastante.

Bolas se dobló alrededor del impacto y se fue patinando indefenso hacia atrás para quedar despatarrado en la arena. Su repentino rugido de rabia sonó un poco fino y jadeante pero totalmente sincero cuando se apresuró a alzarse y reunir el poder para contragolpear.

"Piensa en el futuro," dijo Tezzeret

Bolas vaciló.

"Mira a tu alrededor," prosiguió. "Piensa en dónde estás y de que está hecho este lugar. Piensa en lo que soy y en lo que me has convertido."

El dragón echó su mirada hacia los árboles de eterium, hacia la esfinge de eterium y el pedestal eterium, las rocas de eterium y la arena de eterium sobre la que descansaba. Luego, muy despacio, con mucha cautela, ajustó su postura a una felina posición sentada, sus alas plegadas y su cola enroscada alrededor de sí mismo, y miró hacia Tezzeret con una expresión decididamente más vigilada. "Así que."

"Sé que ha sido un shock," dijo Tezzeret. "Pero a tu edad deberías haber aprendido que muchas verdades que consideramos inmutable son, de hecho, sorprendentemente dependientes del contexto. Por ejemplo, cuando yo reconocí antes que eres el ser más poderoso del Multiverso hubiera sido más exacto decir: del resto del Multiverso."

"Veo que te he subestimado."

"Siempre lo hiciste."

"Podrías haberme matado en cualquier momento. Desde el primer instante en que llegué."

Tezzeret extendió las manos. "Sorpresa."

"Puedes matarme ahora mismo. ¿Por qué no lo haces?"

"También bien podrías preguntar por qué no hemos jugado Intimida al Prisionero Desnudo. ¿O por qué no he insistido en llamarte Nicky o perpetrado alguna de las distintos indignidades con que te has estado entreteniendo a costa mía?" dijo Tezzeret. "La respuesta a las tres preguntas es un aspecto de carácter que yo valoro; uno que tú, debo añadir, visiblemente careces."

"¿Y cuál es ese?"

"Modales."

La respuesta del dragón fue un bufido despectivo.

Tezzeret se encogió de hombros. "Los modales son comúnmente ridiculizados por aquellos que no los tienen, al igual que la educación es ridiculizado por los ignorantes, el refinamiento por los ordinarios, y el intelecto," dijo él con un pequeño suspiro de disculpa "por los estúpidos."

El gruñido del dragón, bajo en su garganta, tuvo la misma calidad de ladrillos rozando que su risita anterior. "¿Quién en los infiernos le preocupa tus modales?"

"Mis modales, para bien o para mal, te están manteniendo con vida."

"Esto es una broma, ¿verdad? Algún tipo de farsa. Solo te estás aprovechando de mi."

"Yo nunca me burlaría de alguien en mi poder," respondió él. "Burlarse de los que tienen poder sobre ti es una ocupación válida para cualquiera con el ingenio para hacerlo; satíricos presenciales, bufones, y tontos de la corte a través de todos los planos de la creación. Los gobernantes que se burlan de sus súbditos, por otro lado, sólo anuncian su ineptitud para el cargo que ocupan. Burlarse de los desamparados es caldo de cultivo para cabrones, pendejos, y matones idiotas como tú."

El levantó una mano antes de que Bolas pudiera responder. "No te quise faltar el respeto; yo uso el término matones idiotas en su sentido técnico: un alcornoque violentamente criminal."

"Eres demasiado amable."

"Ahora que pienso en ello puede que te deba una disculpa por mi uso anterior de la palabra estúpido; alcornoque es un término más adecuado. No es que no puedas pensar es sólo que no te gusta hacerlo."

"Veo que estás disfrutando de esto."

"Espero que no más de lo que es apropiado," dijo Tezzeret con una leve sonrisa. "Cuando yo permita abrir la puerta es muy importante que no hagas ningún movimiento repentino y que no hagas ningún intento de ejercer poder de ningún tipo. Esas dos cosas serían peligrosas para ti. Posiblemente fatales."

El dragón parpadeó. "¿Cuando tú permitas…?"

"Sí."

"Estás bromeando."

"Bolas," dijo Tezzeret pacientemente, "¿acaso no te sientes para nada curioso acerca de por qué seguías viendo un portal interplanar en tu futuro inmediato mientras que ninguno jamás apareció? Cada vez que tú lo buscaste yo retrasé su apertura, lo que es decir, trasladé el portal más lejos a lo largo de nuestra línea de tiempo. No podía arriesgarme a permitir que nuestro visitante llegara antes de que tu y yo tuviéramos nuestra pequeña charla."

"¿Quién es este visitante del que estás tan preocupado?"

"Uno de tres. Estamos a punto de averiguarlo," dijo Tezzeret. "Antes de que tú llegaras yo había determinado que había cuatro candidatos pero el cuarto fue Silas Renn, así que a menos que él hubiera sido un mecanicista mucho más hábil de lo que yo le di crédito, podemos descartarlo. Otro candidato es el propio Crucius."

"Ahora si que estoy interesado," dijo Bolas. "¿Es eso de lo que estabas hablando cuando dijiste: ‘No hay ningún secreto’?"

"No. Otro posible candidato soy yo."

"¿En serio? ¿Tú? ¿Quiero decir, otro tú? ¿Usando un portal?"

"¿Cómo crees que llegué aquí de antemano?"

"Eh. ¿Estábamos aquí cuando tú llegaste aquí de antemano?"

Tezzeret sonrió. "No te lo voy a decir."

"¿Eso no sería una especie de paradoja; ponerte en dos lugares al mismo tiempo, algo así?"

"Donde nosotros estamos es un único lugar," dijo Tezzeret, "y el tiempo, viejo gusano, es un concepto escurridizo. Especialmente aquí y ahora. Porque aquí, siempre es ahora."

El dragón soltó una ráfaga de humo grasiento. "La próxima vez que te devuelva la vida será sin una boca."

"Una vez que nuestro visitante, quienquiera que resulte ser, llegue y se marche, tú serás libre de irte."

"Pues claro que lo haré."

"Que me creas o no es irrelevante," dijo Tezzeret. "Sin embargo yo te invito a que permanezcas todavía un poco más."

"¿Sólo por amabilidad?"

El humano se encogió de hombros. "Ya hace más de un decenio que nos conocemos. Un parpadeo para tí, por supuesto, pero una fracción importante de mi vida. En ese tiempo nosotros nunca hemos logrado entendernos de verdad; nuestra relación ha sido una estructura de tu dominación frente a mi resistencia. Yo preferiría simplemente no revertir esa dinámica."

"Por no hablar de que cualquier inversión de esa dinámica terminará tan pronto como consiga salir de tu infernal campo de juego de fantasía que tienes aquí."

"Razón por la cual serás libre de irte."

"Suenas como si de verdad quieres decir eso."

"Ya he terminado de tomar todo lo que necesito de ti, Bolas. No tengo más interés en tu libertad que la que tengo en tu vida. Pero me gustaría compartir contigo el progreso del viaje sobre el que tu mismo me pusiste. Tengo la esperanza de que cuando entiendas lo que he vivido, lo que he hecho y, no menos importante, lo que tú has hecho de mí, te darás cuenta de que no tienes nada que perder y mucho que ganar simplemente dejándome ir por mi camino."

"Vive y deja vivir."

"Exactamente."

"¿Por qué no?" dijo Bolas. "No es como si ninguno de los dos haya sido conocido alguna vez por guardar rencor."

Tezzeret mostró una sonrisa suficientemente fina como para señalar que había registrado el sarcasmo. "Si nuestro visitante resulta ser el individuo que yo considero más probable que sea, ella será anciana, y probablemente bastante frágil. Te lo digo a modo de advertencia. No hagas ningún movimiento que yo pudiera interpretar como hostil. Como ella no será capaz de defenderse por sí sola seré yo quien la defienda. Agresivamente."

El ceño del dragón se arqueó de nuevo. "Ella debe ser algo especial."

"Te la presentaré," dijo Tezzeret e hizo un gesto hacia la arena justo en frente del pedestal, donde en ese instante se juntó un brillo en el aire en una extensión ampliamente arqueada de un plano plateado. Este plano estaba parado en forma vertical y mostraba las más leves de las ondas persiguiéndose unas a otras a través de el,

como si tal vez alguna corriente de las Eternidades Ciegas agitara las superficies de los dos universos.

"¿Allí?" dijo Bolas con clara sorpresa. "Cuando yo lo estaba viendo, el portal..."

"Estaba a varios cientos de metros bajando por la playa, sí," dijo Tezzeret. "Yo cambié el portal para que ella no tuviera que caminar tan lejos."

"Hoy sí que eres una caja de sorpresas."

"La medida del carácter no reside en lo poderoso que eres sino en cómo utilizas el poder que tienes."

"Y también estás lleno de aforismos medio ingeniosos. Apuesto a que te los has estado guardando."

"He estado preparando esta conversación durante mucho tiempo," admitió Tezzeret con una ampliación fraccional de su fina sonrisa. "Hubiera odiado dejar algo al azar."

"¿Esa es la versión Buenos Modales de tu regodeo?"

"Ahora silencio. Aquí viene."

Los restos de una antigua esfinge salieron cojeando desde el otro lado del plano brillante.

A pesar de su obvia edad avanzada era enorme, mucho más grande que una esfinge ordinaria, muy poco más pequeña que el propio Bolas. Sus alas colgaban en jirones, sus plumas mostrando un azul iridiscente sólo en parches, como si la mayoría de ellas estuvieran muriendo o muertas, poco más que calamos desnudos colgando de folículos perecidos. Las articulaciones de sus enormes piernas estaban hinchadas y sus dedos estaban plagados con artritis. Su cabeza en forma de escudo se balanceó con incertidumbre, como si buscara un ángulo que le permitiera enfocar sus ojos con cataratas, y su piel estaba en todas partes entrecruzada con cicatrices estriadas que alguna vez habían tenido una filigrana de eterium de extraordinaria complejidad y gracia.

De espaldas a la Esfinge de Metal le habló a la única figura que sus ojos antiguos pudieron discernir. "*Dragón. Yo no soy una amenaza para ti y lo que queda de carne en estos viejos huesos será fibroso y duro.*" Su voz fue débil, un carraspeo entrecortado, como si sus cuerdas vocales se hubieran destrozado por la edad. "*Seamos civiles entre sí a pesar de que nuestras tierras estén en guerra. Yo no vengo aquí para luchar.*"

"Por mí no te preocupes," dijo Bolas. "Yo no soy de Jund, e incluso si lo fuera no iría exactamente a la guerra por ellos. Y no te ofendas si te digo que el solo mirarte me acaba de hacer perder mi apetito."

"*Pues entonces está bien. Hay un humano, un mago, llamado Tezzeret el Buscador. ¿Conoces a este hombre?*"

"Un poco," dijo Nicol Bolas. "Está justo detrás de ti."

"*¿De veras*?" La esfinge inició el proceso lento y aparentemente doloroso de girar alrededor. "*¿Tezzeret?*"

"Estoy aquí, Su Sabiduría." Tezzeret saltó desde el pedestal, aterrizando como un gato en la arena de eterium. "Me siento

honrado por este encuentro y satisfecho de haber logrado el tránsito."

"*Al igual que yo. Cuando Kemuel reveló la estrechez del Portal del Acertijo estuve a punto de desesperar.*"

"Pero sólo a punto," dijo Tezzeret con cariño, "porque aquí estás: un testimonio viviente de tu propia grandeza de espíritu."

"*Hijo, tú halagas como un vedalken.*"

"Sólo trato de emular su don de conversación. Puede que sea una adulación pero es la verdad."

Ella levantó el rostro hacia el rostro cien veces mayor de la Esfinge Metal. "*¿Así que,*" dijo ella con su carraspeo volviéndose aún más ronco por el temor, "*este es el lugar y la hora que prescribiste?*"

"Lo es, Su Sabiduría."

"*Así que esta...*" Ella sacudió la cabeza indefensamente, enfrentando una riqueza suficiente como para comprarle todo su planeta docenas de veces más. "*Esta... extravagancia de eterium... Puedo sentirlo. Puedo sentirlo cerca.*"

"Lo está, Su Sabiduría."

"*Sin embargo no veo más que un borrón.*" Su gran rostro resplandeció con lágrimas. "*Así que he cruzado universos enteros para verlo, esta única y última vez, despojada de cada retazo de mi poder... sólo para que mis ojos fallen a último momento. La amarga broma final en mi parodia de vida.*"

Tezzeret se agachó y tomó un puñado de arena de eterium. "Su sabiduría, si usted me lo permite…"

Ella se sentó lentamente, dolorosamente, para yacer en la arena como un gran felino alado. Tezzeret se acercó, puso su mano suavemente sobre su rostro y la arena de eterium en la otra mano se derramó hacia arriba, como si la gravedad local de alguna manera se hubiera invertido. La arena se juntó en las cicatrices de filigrana en todo su rostro y luego, sin calor, se fundió allí.

Ella parpadeó y volvió a parpadear, y cuando levantó la mirada hacia el rostro majestuoso de la Esfinge de metal se quedó sin aliento.

Tezzeret dijo: "No te he invitado aquí para verte decepcionada."

"*Oh, Tezzeret...*" dijo ella respirando. Lágrimas como diamantes líquidos atraparon el brillante sol en puntos de fuego. "*Oh, mi hijo...*"

"¿Quieres que te dé privacidad?"

"*Por favor.*"

El retrocedió solemnemente lejos de ella, luego se volvió para caminar hacia Bolas. Detrás de él se formó una niebla del color del eterium en el aire alrededor de la Esfinge de Metal y la esfinge de carne.

"Creo que me he quedado," dijo el dragón sacudiendo la cabeza con asombro, "lo más cerca que he llegado a sentirme sin palabras. ¡Por la forma en que se comportó esa anciana bestia uno podría pensar que esa condenada estatua es el mismísimo Crucius!"

"Cuando yo dije que no hay ningún secreto," dijo Tezzeret a través de otra de sus delgadas sonrisas, "era eso a lo que me refería."

"¿Eso...? ¿A eso?" Los grandes ojos amarillos del dragón se ampliaron y durante un largo segundo su enorme mandíbula inferior quedó colgando. "¿Ese es él?" Jadeó como si no pudiera recuperar el aliento. "Esa... esa estatua allí mismo... ¿ese es Crucius...?"

"Algo de él. Es más exacto decir que la Esfinge de Metal es una expresión de él. Todo en este lugar es una expresión de Crucius y de sus restos no tan mortales. El es lo que hizo y lo que él hizo es él."

"Todo este tiempo, desde el principio, que estuviste parado justo ahí, cuando dijiste que sabías en que lugar de todo el mundo no estaba él. ¡Estabas de pie entre sus patas!"

"Sí," dijo Tezzeret. "¿Interesado en más de la historia?"

# Tezzeret
# Adivíname esto

"Así que, Tezz," dijo Doc pensativo dentro de mi cabeza,"este personaje Silas Renn... ¿sabes lo que me gusta de él?"

Yo, que estaba observando en el plato de adivinación como Renn caminaba alrededor como si estuviera haciendo algo útil en la

defensa de la Academia, gritando órdenes con esa voz tan alta que no había esperado oír nunca más, solo pude decir: "No."

"A mi tampoco. Que herramienta, ¿eh?"

"Estoy de acuerdo. Y como mecanicista maestro yo soy una autoridad reconocida sobre el tema."

"Tezz… guau. ¿Eso era un juego de palabras? ¿Es mi cumpleaños?"

"Silencio ahora, Doc. El se está moviendo."

"¿Qué, acaso alguien me va a oír?"

"No, pero tengo que prestar atención. La única razón por la que él no sabe que está siendo observado es que nuestra vigilancia no está centrada personalmente en él sino en general, en la cámara. Si lo pierdo será difícil volver a encontrarlos sin ser descubierto."

"¿Y? ¿Todavía le tienes miedo?"

"No. Yo le despreciaba," murmuré mientras ajusté el ángulo de punto de vista en el plato de adivinación para seguir a Renn por el pasillo. "Nunca tuve miedo de él."

"¿Aún cuando te estaba entregando tu culo con un giro gratuito de costado?"

"Como la mayoría de los hombres débiles sólo es peligroso cuando se asusta," le dije.

"Si es tan débil, ¿cómo es que te vivía pegando todo ese tiempo?"

"Es débil de carácter no de capacidad."

Renn se detuvo en una intersección el tiempo suficiente como para regañar a un par de oradoras de la Orden. Deje la visión en silencio, ya había escuchado las suficientes despotricadas santurronerías de Renn como para que me duraran por varias vidas, pero aproveché la oportunidad para ajustar el espejo de visión donde podría cubrir los corredores que se cruzaban en cualquier dirección.

"Su capacidad mágica natural supera a la mía en un orden de magnitud. Y su familia es obscenamente rica, le compraron suficiente eterium como para que él sustituyera la mayor parte de su cuerpo. Estuve tres años intentando derrotarlo y nunca lo logré."

"No pareces muy preocupado por volver a perder."

Varias detonaciones cercanas sacudieron el edificio lo suficiente como para hacer caer no sólo polvo del techo sino escamas de piedra de los contrafuertes.

"Yo no he venido aquí para luchar, Doc."

"Eso también es bueno," dijo. "Guarda tu lucha para algún momento cuando meter la pata no me mate junto contigo."

"Si llegamos a tener que luchar es que yo ya he metido la pata," murmuré. La explosiva descarga de la artillería anti-dragones de la ciudad hizo rechinar mis dientes.

Una serie de detonaciones escalonadas levantaron un tronar como si vinieran directamente hacia mí; la explosión final pareció estar justo al lado. La sala saltó como una gárgola enloquecida. Polvo y fragmentos de piedras afiladas llenaron el aire. Estatuas que habían estado paradas durante siglos cayeron de sus pedestales y se hicieron añicos contra el suelo.

"¡Odio eso… esa cosa explosiva!" se quejó Doc en mi oído. "¿Qué demonios son esos?"

"No estoy seguro." Renn se movía de nuevo así que yo giré el ángulo del espejo para seguirlo. "Mágicos, mundanos, lo que sea, solo espero que no vengan lo bastante cerca como para averiguarlo. No te preocupes demasiado; las pantallas defensivas de la Academia desviarán cualquier cosa que nos pueda golpear directamente."

"Lo qué no nos va a hacer nada condenadamente bueno si la explosión derriba el edificio y treinta toneladas de piedra caen sobre nuestra cabeza," dijo Doc. "Sigo pensando que podríamos haber hecho esto desde un poco más lejos. Como, por ejemplo, Bant."

Otras explosiones, sin embargo, sólo sonaban a lo lejos, y poco tiempo después estas también se desvanecieron. No pasaron más que unos minutos antes de que las sirenas sonaran el “todo despejado”. El carillón de eterium en el escritorio a mi izquierda soltó un “ping” musical. "Bien. Ahora hay que esperar la interdicción de la suspensión mientras ellos evacuan a los heridos, lo que significa que ahora mismo..."

Hubo un ruido sordo profundo y resonante, más como un trueno lejano que las explosiones cercanas, lo que fue, para mi oído educado, exactamente el sonido que había estado esperando: el desplazamiento de aire creado por algo muy, muy grande teletransportándose al patio de la Academia. En el plato de adivinación Renn saltó como picado por una abeja y corrió hacia una ventana.

"¿No te cansas de estar siempre en lo correcto?"

"Si yo estuviera todo el tiempo en lo correcto," dije, "tú y yo nunca nos hubiéramos conocido."

Me estiré con mi mente y encontré el pequeño dispositivo que Baltrice llevaba en su oreja. *Se dirige hacia el patio a lo largo de la columnata oeste. Sería mejor si tú llegaras allí antes que él.*

La respuesta murmurada de ella se transportó a través del mismo enlace. *¿En serio? Chico, sí que es bueno tenerte alrededor para que me recuerdes sobre la mierda que ya hemos planeado.*

La ventaja de este método de comunicación era que yo no tuve que soportar el veloz comentario de Doc. Moví la vista de adivinación a la columnata y la torcí brevemente hacia el patio para confirmar mi expectativa: la inmensa y elegante majestad de la Gran Hegemón de Esper, flanqueada por dos jóvenes esfinges varones situadas lo suficientemente cerca como para que el tamaño de ella los hiciera parecer como sus hijos, los tres brillando con una fortuna de filigranas de eterium que refulgían incluso a través del humo que quedaba de la incursión. El saldo de su séquito fue más o menos como se esperaba, magos humanos y vedalken, homúnculos, un par de juveniles dracos de fuego, nada de cualquier preocupación o consecuencia para mí.

Renn pronto entró en la vista, avanzando rápidamente hacia un pequeño coágulo de criadas y sirvientes que estaban parados justo antes de la columnata, ya que una visita personal de la Gran Hegemón era un evento que pasaba una vez en una generación. Él

les gruñó con su característico aleteo de las manos y yo toqué el control sobre el borde del plato de adivinación para subir el audio ya que esto estaba a punto de ponerse divertido.

Las criadas y mozos se dispersaron como una bandada de gansos asustados, a excepción de un enorme y descomunal sirviente que no pareció escuchar. El sirviente se quedó allí sin reacción, inclinado ausentemente en el largo mango de una escoba. "¡Muchacho! ¡Sirviente!" le espetó Renn adelantándose con pisotones. "¿Estás sordo muchacho? ¡He dicho que fuera de mi vista!"

El sirviente siguió sin reaccionar. El rostro de Renn estaba casi tan rojo como su sobrepelliz de terciopelo aplastado para el momento en que llegó lo suficientemente cerca del hombro del sirviente como para tirar de una manga. "Contaré hasta tres, muchacho, y cuando..."

El sirviente respondió con una despreocupada bofetada de revés que hizo volar a Renn de su lugar y lo envió patinando por el pasillo, fuera de la vista del patio. "¿A quién llamas muchacho, puta?"

"Sabes," dijo Doc mientras mirábamos al semiinconsciente Renn tratando de sacar algún tipo de magia defensiva, "tienes que darle puntos por su estilo."

"Ella si hace una vívida primera impresión."

Antes de que Renn pudiera recordar en que plano estaban Baltrice se abalanzó como un viashino salvaje, enganchó una enorme mano alrededor de una de las costillas de eterium de Renn y luego lo levantó como una valija y le dio una buena sacudida. Una vez que quedó satisfecha de que lo había sacudido bastante, lo levantó y lo estrelló contra la pared. "Shh, ahora, pastelito. No hagas un escándalo."

"Tú, ah, tú, ah..." Renn todavía parecía estar teniendo problemas para entender exactamente lo que le estaba pasando. "Esto no es... ¿sabes quién soy yo?"

"Te diré lo que sé." Ella levantó su mano libre, de la que en ese momento brotó una llama lo suficientemente caliente como para fundir el acero. "Sé que el eterium no arderá," dijo ella, "pero estoy bastante segura de que tus huevos si lo harán."

"¡Tú no puedes hacer esto!"

"Tú no sabes lo que yo puedo hacer," dijo ella. "Métete conmigo y lo averiguarás."

"¿Qué... qué quieres de mí?"

"Quiero que me lleves al baile, pastelito." Ella lo sentó y se quitó la vestimenta de sirviente revelando una muy creíble, si se me permite decirlo, capa y sobrepelliz- como las usadas por Los Camaradas Ungidos del Consejo Arcano de la Orden de los Buscadores de Carmot. "Sé que no puedes verlo sin un espejo pero ¿ese lujoso pedazo brillante de eterium que estás utilizando por corazón? Ahora está un poco más brillante. Lo que significa que cada vez que empiece a preocuparme de que podrías estar tratando de hacerte el vivo conmigo cada parte de tu cuerpo que no sea de

eterium arderá hasta convertirse en ese tipo de ceniza que se va volando ante una brisa suave. ¿Me sigues ahora? Bien."

Ella se deshizo de la vestimenta anterior y luego se detuvo un momento para levantar los brazos, admirando lo que era, si se me permite volver a decirlo, una ilusión espectacularmente detallada construida de eterium.

"La otra cosa que deberías absorber aquí," continuó ella, "es que no estás prendido fuego ahora mismo porque estoy evitando que el pequeño y brillante negocio se incendie, ¿entiendes? ¿Comprendes que pasará contigo si pasa algo conmigo? He aquí una pista: es lo mismo que pasará si colocas apenas sigilosamente un toque de un escudo para interferir con mi control. O si un movimiento repentino rompe mi concentración. *Fwhoosh*. Brisa suave. ¿Entiendes? ¿No? Dame una señal aquí, Renn. Agita una bandera. Envía una bengala."

"Tú no puedes..." Renn tragó saliva y empezó de nuevo. "Es imposible... ¡no existe tal hechizo!"

Ella sonrió. "Él me dijo que dirías eso."

"¿Él? ¿Hay otros? ¿Cuántos?"

"Depende de cómo cuentes," dijo ella a través de una sonrisa depredadora. "Hay por lo menos uno de ellos quién va a darte una sorpresa bastante desagradable."

Yo me encontré dando una pequeña sonrisa depredadora de las mías mientras empujaba el plato de adivinación a un lado. "Si tan sólo pudiera haber estado allí para hacerlo yo mismo," murmuré.

A través del dispositivo en el oído de Baltrice pude recoger sus voces cuando Renn hizo las presentaciones. "*Camarada Arcano Silas Renn, y...*"

"*Baltrice,*" dijo ella. "*Sólo Baltrice. Es un... ya sabes, un honor y todo eso.*"

"*¿Así que te han llamado por un solo nombre*?" La voz de una esfinge es diferente a la de otras criaturas ya que sus enormes huesos huecos pueden funcionar también como tubos de órgano por lo que cada frase de una esfinge es un tema y un discurso puede ser una sinfonía. "*Eso es raro para un humano, ¿no es así?*"

"*Sí, bueno,*" dijo ella a través de una sonrisa torcida, "*un apellido es sólo para las personas que quieren que tú quedes impresionado por sus padres.*"

Me hice una nota mental para darle un extra.

Siguió un poco de conversación apresuradamente tartamudeada cuando el vacilante Renn intentó explicar por qué el resto los Camaradas Arcanos no estaban allí para darle la bienvenida. El no pudo admitir exactamente la verdad, que era que cada Camarada Arcano e incluso muchos de los maestros menores estaban fuera buscando desesperadamente eterium. El eterium, al ser la base de la mayoría de las armas y un complemento del poder para cada mago de combate, era fundamental para el esfuerzo de Esper en la guerra... y los Buscadores de Carmot, que durante muchos años habían estado fingiendo saber cómo se hacía el material, ahora se veían enfrentados a ser los proveedores a las

necesidades de toda la tierra o confesar públicamente su antigua conspiración para defraudar al público.

La sangrita había sido descubierta en las montañas de Jund (con quien nosotros, inconvenientemente, estábamos actualmente en guerra), pero el carmot, el último ingrediente esencial (en una ironía que me calentó cada vez que pensé en ello) seguía siendo tan elusivo que los maestros ni siquiera estaban de acuerdo en como era, y mucho menos en dónde encontrar algo. Esto significó que, por primera vez en toda la historia de la Orden, los Buscadores de Carmot habían salido al mundo y, para no hilar tan fino en el tema, estaban de verdad, bueno...

Buscando carmot.

Dudo que alguna vez yo vaya a parar de encontrar eso divertido.

A pesar de que probablemente habría sido aún más divertido dejar a Renn retorciéndose en el viento de sus propias mentiras con su ropa interior colgando, Baltrice trasladó el plan en su dirección original con su franqueza habitual. "*Creo que el Maestro Renn podría no ser consciente de que el Exaltado Jerarca de la Orden ha vuelto inesperadamente y espera a la Gran Hegemón en la Bóveda del Codex.*"

No había duda de que Renn no era consciente de esto ya que era una descarada mentira, pero como yo había previsto este estaba demasiado preocupado por proteger su propia anatomía como para hacer algo aparte de seguir la corriente.

"*¿Él me espera*?" silbó Sharuum sombríamente. "*Entonces deberíamos ir. Puede que sacie nuestra sed de conocimiento en la fuente original.*"

Ellos procedieron a través de las entrañas de la Academia sin demora (debido a protocolos que eran aplicados rígidamente en la construcción de la Academia todas las zonas comunes eran de fácil acceso para las esfinges, dragones de mejores modales, y todos menos las más grandes de las gárgolas) mientras Renn siguió tratando de encontrar una excusa plausible para prevenir que la Gran Hegemón entrara en la cámara acorazada y descubriera que el legendariamente místico Codex Eterium era completamente legendario y para nada místico.

Sharuum derramó miembros de su séquito en cada coyuntura. En el momento en que llegaron a la Torre de la Bóveda sólo quedaban las dos jóvenes esfinges varones y ella las puso a custodiar las puertas que dejaron detrás.

Sharuum, Baltrice y Renn se abrieron paso hasta la gran escalera de caracol hasta el capitel superior de la Bóveda del Codex. Finalmente Renn se redujo a una simple súplica. "*¡Por favor, Su Sabiduría, a la Bóveda no puede acceder nadie más que los Camaradas!*"

"*Supongo que cuando uno está hecho de vidrio,*" respondió solemnemente Sharuum, "*todo se ve como piedra*."

En la puerta lo intentó una última vez. "*Pero… pero… pero…*"

"*Esos ya son dos más para los que la mayoría de la gente le hubiera dado algún uso,*" se entrometió Baltrice, bendecido sea su sarcástico corazoncito. "*¿Qué tan lleno de mierda tienes que estar para necesitar tres peros?*"

"¡*Su Sabiduría... Su sabiduría, por favor*!" balbuceó, fingiendo que no la había oído. "*En toda la historia de la Orden de los Buscadores de Carmot ningún ser que no haya sido Camarada del Consejo Arcano ha estado dentro de la Bóveda*!"

Fue en este momento, porque yo comparto con Nicol Bolas una lamentable afición por lo dramático, cuando yo me estiré con mi mente desde donde estaba (al otro lado de la Bóveda, apoyado en el atril que sostenía el Codex Eterium) y abrí la puerta.

Y entonces, cuidadosamente enmarcado para que las motas de polvo que se arremolinaban en el único rayo de sol viniendo desde el techo por encima brillaran a mi alrededor en un halo dorado, haciéndome resplandecer en la cámara envuelta en la oscuridad como un ángel fugitivo, extendí mis manos con un gesto de disculpa y dije:
"Yo nunca he sido un camarada de nada y he estado aquí dos veces."

* * * * *

Hubo muy poca conmoción. Sharuum fue aún más inescrutable de lo común para los de su tipo opaco; Baltrice, por supuesto, había sabido que yo estaría allí; y Renn quedó golpeado más allá del discurso.

"Su Sabiduría." Yo me puso de pie con la espalda recta, por supuesto, en la presencia de mi reina. "Por favor acérquese y póngase tan cómoda como le sea posible. Baltrice, por favor ¿puedes encargarte del Maestro Renn? Es posible que necesite ayuda para encontrar un asiento."

Renn finalmente encontró su voz. "Tú..."

"Sorpresa."

"No es posible..." Dijo pareciendo estar teniendo dificultades para conseguir respirar. "¡Yo te vi morir!"

"Y compartes ese honor con una sorprendente variedad de otros."

Sharuum se demoró más allá de la puerta de la bóveda, mirándome con una precaución enteramente comprensible. "*Si este es su Jerarca,*" entonó hacia Renn, "*por favor transmite mis felicitaciones a su doctor.*"

"¿Ella se te está insinuando?" me susurró Doc al oído izquierdo. "Creo que se te está insinuando. Guau, eso hace que ella sea como una, como se dice, zoofílica, ¿verdad?"

Yo hice un ruido a “shh” lo más bajo que pude lograr sin que Sharuum se preguntara si estaba personificando a una tetera.

"¿El Jerarca...? ¿Él? Él...él..." farfulló Renn. "¡Él es el hombre que asesinó al Jerarca!"

"El último precedente, Su Sabiduría, hace una década," expliqué. "Tampoco fue un asesinato."

"¡Él era un anciano!"

"El estaba tratando de robarme. Yo me defendí a mi y a mi propiedad."

"¿Qué te robo?" dijo Renn salvajemente. "¿Te robó en su propio estudio?"

Yo suspiré. "¿Baltrice?"

"Sí." Ella puso una mano en el esternón de eterium de Renn y lo empujó en una silla. "Siéntate."

"El actual Jerarca está en otra parte," dije yo, "presumiblemente asaltando inocentes por su eterium."

Este comentario convirtió a Renn en una sombra tan alarmante púrpura que yo me pregunté brevemente si su corazón de eterium podría después de todo ser vulnerable a la detención espontánea.

"*Ah...*" Sharuum acudió caminando lentamente desde el umbral, mirándome como si yo pudiera ser un bicho exótico, desconocido y posiblemente peligroso. "*Tezzeret, ¿no es así? Tezzeret el Renegado... yo he encontrado tu leyenda.*"

"Su Sabiduría es muy amable. Aunque yo me resistiría al epíteto de *Renegado* ya que implica que yo le falte la palabra a la Orden cuando la verdad es precisamente lo contrario."

Sharuum no pareció interesada en la distinción. "¿*Hay algún epíteto que prefieras*?"

Esto me detuvo por un momento; en realidad yo nunca había pensado en ello. "Supongo," dije finalmente, "que *el Buscador* me va tan bien como cualquiera que pueda imaginar. Mi búsqueda, a diferencia de estos fraudulentos Buscadores de Carmot, es real."

Yo presté atención para ver cómo se tomaría esta caracterización de los Buscadores pero de nuevo mis habilidades de observación no fueron suficientes como para penetrar en su aparentemente infinita opacidad. "*Se me había dado a entender que tú estabas muerto.*"

"Él ha estado muerto por más de diez años..." dijo Renn forzándose en un grito ahogado y entonces sus manos fueron bajo su sobrepelliz, sin duda buscando algún tipo de hechizo anti-zombi o alguna de esas tonterías.

"Fwhoosh, brisa suave," dijo Baltrice.

Renn, con una inaudita premonición, decidió cerrar su condenada boca.

"¿*Diez años*?" Sharuum, ahora totalmente dentro de la cámara acorazada, trajo su propia luz con ella en el suave y centelleante resplandor de su fantásticamente compleja filigrana de eterium, así como el sistema solar en miniatura de gotas de eterium del tamaño de huevos de strige orbitando alrededor del majestuoso sol que era su máscara 'humaniforme.' "*Mi información es más joven que eso... casi seca, mucho menos destetada.*"

Yo incliné mi cabeza. "Su Sabiduría tiene excelentes fuentes."

"Oye, oye, ¿acaso Jace no desgarró tu cerebro en algo así como un universo totalmente diferente?" silbó Doc. "¿Crees que ella sabe acerca de nosotros? Bueno, no de mi, sino de, ya sabes, ¿Caminantes de Planos y tal?"

"Tengo razones para creer que lo hace," murmuré.

Ella inclinó la cabeza para disfrutar de una vista diferente de mi rostro. "*¿A quién le hablas?*"

Hmmm. Oídos penosamente buenos. Yo respiré hondo. "Su Sabiduría, al igual que muchos chapuceros, artistas y otras personas que pasan mucho tiempo solos, he desarrollado una lamentable costumbre de hablar conmigo mismo. Humildemente le pido perdón."

"*¿Por murmurar o por mentir?*"

Yo tomé aliento para protestar pero la sonrisa ligeramente maliciosa que tocó sus labios humanos fue suficiente para detenerme. "*Has hablado con la verdad pero no con honestidad,*" dijo ella, "*y pensaste que yo no sabría la diferencia.*"

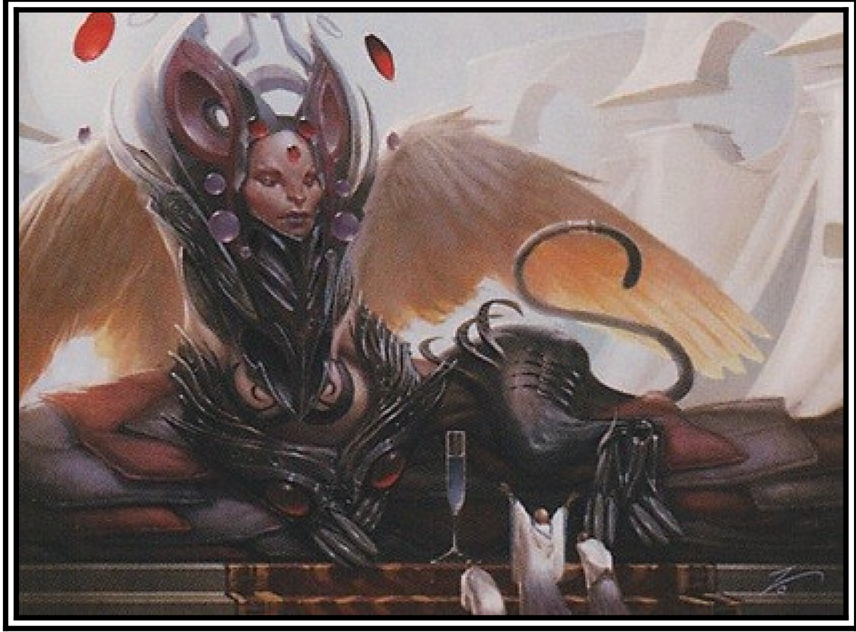
Bueno.

Me tomó un segundo o dos probar mi respuesta en mi cabeza antes de dejarla pasar mis labios.

"Su Sabiduría, he pasado demasiada parte de mi vida en torno a seres desgraciadamente demasiado parecidos al Maestro Renn," le dije. "Eso me ha dejado mal preparado para la conversación reflexiva."

"*Una bonita respuesta,*" canalizó ella con un toque de diversión. "*Una unión espinosa de verdad y honestidad, que da a luz una agraciada adulación.*"

Yo incliné mi cabeza. Sintiéndome sonrojar no confié en mi discurso. Fue inesperadamente gratificante ser apreciado por alguien verdaderamente inteligente.



**Sharuum, la Gran Hegemón**

Ella continuó. "*Por favor, asegúrale a tu sigiloso amigo que no necesita susurrar y luego, por favor, preséntalo.*"

"Ey, Ey, ¿está hablando de mí? ¿Ella puede oírme? ¿Cómo puede oírme?"

"Doc, la Gran Hegemón no nació teniendo su título, ni tampoco lo ganó jugando a los dados," le dije. "Su Sabiduría, yo llamo a mi amigo Doc, abreviatura de Doctor Broma. Mi amigo es sigiloso por

necesidad, no descortesía. Su cuerpo es, para bien o para mal, la misma extensión que el mío. Él me habla mediante la manipulación de los nervios de mi oído izquierdo. Él y yo hemos sido... unidos...recientemente y todavía no estamos seguros de nuestras relaciones mutuas y mucho menos con el resto del mundo."

"*Y ahora tenemos una respuesta de más honestidad que la verdad; pero la verdad es, después de todo, simplemente un hecho,*" entubó ella.

"¡Guau, mierda, ella habla como tú!" dijo Doc entre dientes.

"*Yo tengo una voz más melodiosa.*"

"Um, uf. Encogerse. Acobardarse."

"Y Doc, si es que me permites llamarte así, ¿te importaría compartir exactamente dónde y cómo aprendiste la palabra zoofílico?"

"Ah... en verdad no. Esto es, eeeh, si place, Su, eh, Sabiduría, yo respetuosamente contesto, bueno, no. No me importaría. Le agradezco." Él intentó volver a susurrar. "¿Cuánto tiempo tengo que seguir con esto?"

"Hasta que quedes satisfecho de habernos avergonzado lo suficientemente," le dije yo.

"Sí, está bien. Entonces ya he terminado."

"*En el futuro, niño,*" resonó Sharuum, "*puede servirte bien el recordar que nunca se sabe quien podría estar escuchando.*"

Yo reflexioné que esa también fue una advertencia útil para mí.

"Su Sabiduría, con el interés de no malgastar su valioso tiempo, ¿puedo explayarme en algo? Espero esbozar brevemente mi comprensión de los parámetros de nuestra situación con la esperanza de que usted pueda ser capaz de corregirme cuando me equivoque e iluminarme en donde sea ignorante."

Ella inclinó graciosamente la cabeza.

"Guau, tú sí que tienes buenos modales."

"Shh." Yo me alejé del atril del Codex y me puse delante de la gran esfinge, lo suficientemente cerca como para que ella, si lo elegía, pudiera aplastarme con su pata delantera.

"Esto es lo que sé," dije yo. "Sé que últimamente Esper está enfrascada en un par de guerras territoriales: una de agresión contra Jund y una de defensa contra Grixis. Sé que estas dos guerras territoriales se están transformando en conflictos militares a gran escala de una clase que nuestra tierra nunca ha conocido; la importancia del bombardeo de hoy contra esta ciudad no se me escapa. Sé que nosotros de Esper somos muchos, mucho menor en número que nuestros enemigos y que la supervivencia de nuestra tierra descansa por completo sobre nuestro armamento arcano superior y nuestras habilidades con la magia. Sé que nuestro armamento superior depende del eterium, así como la profundidad del poder de nuestros magos, y que contamos entre los enemigos de nuestra tierra con seres poderosos que han llegado a entender el poder del eterium y que tratan de negarnos ese poder tomándolo para sí mismos. Incluso sé que la guerra limitada que hubo hasta ahora ha agotado, o casi, la reservas de eterium de nuestra tierra y

sé que la razón ofrecida públicamente por el viaje de Su Sabiduría ha sido la de buscar entre los vedalken, los Etereados, los Supervisores de la Limpieza, los Arquitectos de la Voluntad, y finalmente aquí, en la Bóveda de los Buscadores de Carmot, por cualquier excedente de eterium y buscar a aquellos que podrían crearlo de nuevo. Y sé que esta justificación ofrecida públicamente es un engaño intencional."

Esto sonó mucho más duro en mis oídos que en mi mente. Por un momento me encontré mentalmente luchando por palabras para continuar; por su parte, Doc contribuyó con voz ronca, "Tezz, amigo, escucha... no la hagas enojar. En serio. ¡Oh, mierda, creo que ella está realmente loca!" Lo que fue, como de costumbre, lo contrario a ser útil.

Pero Sharuum, a pesar de la alarma de Doc, no mostró ninguna reacción. No hizo ningún movimiento de cualquier variedad. Yo ni siquiera fui capaz de determinar si respiraba. Tragué saliva y respiré hondo.

"Es una leyenda entre los Buscadores que Su Sabiduría fue la confidente más cercana de Crucius el Loco en persona. Los Buscadores de Carmot les enseñan a sus seguidores que fue Crucius quien la instaló a usted como la Gran Hegemón y que usted aprendió más de sus secretos que cualquier otro ser, vivo o muerto. Que los recientes avances de Esper en la explotación del eterium fluyen, en última instancia, de usted."

Yo descubrí que estaba sudando aunque la Bóveda estaba húmeda y fría.

"*Si todo esto que dices es verdad,*" dijo ella con una lenta y cuidadosa precisión, "*¿Qué significado lo anexas a ello?*"

"Que usted sabe muy bien una verdad sólo conocida por unos pocos seres fuera de este mismo cuarto: que los Buscadores de Carmot nunca han tenido el secreto de la creación del eterium. Que usted sabe muy bien que el supuesto Codex Eterium está en blanco. Que nadie más que el mismo Crucius ha creado jamás eterium y que el carmot, el 'ingrediente perdido' del eterium, es totalmente ficticio. Que no existe tal cosa como el carmot. Nunca ha existido y nunca lo hará."

Yo me encontré jadeando en busca de aliento. Al parecer esa era otra cosa por la que todavía seguía enojado.

Sharuum me miró sin moverse por lo que pareció un tiempo muy largo y finalmente mostró un atisbo de emoción al respirar hondo y liberar un suspiro melancólico.

"*Siento mucho tu pérdida,*" dijo y se volvió como para irse.

"Y yo por la suya," le contesté bruscamente, "aunque mi pérdida es real y la de usted puede ser tan ficticia como el carmot."

Ella se detuvo en el umbral y se quedó muy, muy quieta.

"*Voy a pedir que te expliques,*" dijo en voz baja como si hablara solo con la espiral descendente de la Gran Escalera. "*Por favor hazlo con el claro entendimiento de que pueda decidir que estoy lo suficientemente enojada como para destruirlos a todos ustedes y arrasar a este nauseabundo mausoleo de fraude hasta la roca desnuda donde está colocado.*"

Baltrice me lanzó una mirada, las cejas levantadas sobre las llamas en sus ojos, pidiéndome francamente permiso para cometer regicidio. Yo levanté una mano, en parte porque no deseaba ningún daño a Sharuum... pero sobre todo porque Baltrice no tenía idea de la magnitud del poder al que se enfrentaba. Sería asesinada incluso antes de lo que lo haría yo porque, a diferencia de mí, ella no estaría huyendo.

"En un momento dado de mis investigaciones," le dije con cuidado, "yo ya no pude evitar preguntarme: ¿Cuál es la verdadera razón de la visita de la Gran Hegemón a los cultos de eterium? Cualquier metal rescatable puede ser tan fácilmente, más fácilmente, recolectado por cualquier número de magos oficiales y funcionarios conjuradores que tengan tanto poder que no saben qué hacer con él; ¿y por qué ella está buscando una respuesta que ya sabe que no existe?"

"*¿Y tú estás seguro de esto?*" dijo ella todavía de espaldas. "*¿Que la respuesta que busco no existe?*"

"Por el contrario, estoy seguro de que si lo hace. La respuesta es de ficción sólo porque la pregunta es igual de ficticia. La pregunta verdadera tiene una respuesta igual de verdadera."

"*Sin embargo yo no tengo ninguna respuesta en absoluto.*" Dijo ella sonando cansada. "*Las esfinges son criaturas de preguntas. Nosotros dejamos las respuestas a aquellos lo suficientemente ingenuos como para buscarlas. Te deseo que te diviertas con tus respuestas, Tezzeret el Buscador; de otro modo no habrá ninguna que se pueda encontrar.*"

Ella siguió su camino hacia la puerta y muy probablemente habría procedido a bajar las escaleras y marcharse de Vectis, de vuelta a su isla aislada en el Mar del Desconocimiento, si yo no hubiera dicho, "Él está vivo, ¿sabe?"

Yo la oí detenerse. La oí volviendo a caminar y volviendo a detenerse. Y entonces la oí darse vuelta. "*Por fin he oído verdad y honestidad,*" dijo débilmente, un poco sin aliento, como si no se permitiera tener esperanzas. "*¿Cómo estás tan seguro?*"

"Cuando yo lo encuentre, ¿le mandaré saludos de usted?"

"*Pequeño mago...*" Ella volvió a la puerta poco a poco, lentamente, con el rostro completamente blanco pero su mirada tan ferozmente concentrada como la de un dragón hambriento. "*Pequeño mago humano, ¿cómo esperas lograr esto allí donde los grandes poderes del mundo han fracasado?*"

"Es verdad. Yo soy pequeño, y humano, y mago. Pero eso no es todo lo que soy. Tú y yo sabemos que nuestro mundo no es el único mundo."

Renn hizo un sonido de asfixia y yo me regocijé con una fantasía pasajera de que se hubiera tragado la lengua. "Eh, ¿Tezzeret? Ey," dijo Baltrice con incertidumbre, "¿Estás seguro de que quieres estar teniendo esta conversación? ¿Aquí? ¿Con ella?"

Yo me acerqué a Sharuum, despacio, con reverencia, para volver a colocarme entre sus patas delanteras. Dejando mi vida a merced de su capricho. Levanté mi mirada hacia su bello rostro sin

edad y descubrí que tenía los ojos húmedos con lágrimas no derramadas.

"Su Sabiduría," dije, "yo he arriesgado mi vida por encontrarme con usted y tener esta conversación. Para traerle estas noticias y hacerle una sola pregunta."

"*Me temo que tu pregunta no tiene respuesta,*" dijo ella. "*Crucius no me pudo enseñar ni siquiera a mi como se crea el eterium. Me dijo que ningún habitante de Esper podría lograrlo jamás, sin importar lo poderoso que fuera. Tampoco compartió conmigo cualquier mínimo conocimiento acerca del carmot, de lo que fuera a ser, o de donde podía ser encontrado.*"

"Entonces supongo que los dos somos afortunados en estar menos interesados en la creación del eterium que en encontrar a su creador."

"*Me temo que mi amado vaga más allá de los muros de la muerte,*" dijo la esfinge solemnemente. "*Durante décadas, los más grandes de mis servidores y yo misma le hemos estado buscado por todos los rincones de la creación sin embargo aún no hemos descubierto ningún rastro de su paso. Incluso yo he colocado mecanicistas para que retrocedan en el tiempo a cuando yo sé que él estuvo aquí... sólo para descubrir que Crucius se ha ido incluso del pasado.*"

¿En serio? Ahora, eso si fue interesante....

"*He soñado...*" continuó ella. "*Todavía sueño... con su regreso, con que regresa para fijar el mundo correctamente. Este Conflujo, esta catástrofe que ha aplastado a Esper junto con Naya y Bant, con Jund y Grixis, esto era para él un sueño de paz. De totalidad y cordura. El dijo que el eterium era la clave para restaurar un universo dividido... pero las guerras, el Gran Remolino, la destrucción salvaje desatada sobre todo ser viviente... Esto es lo que yo temo que él previó. Esto es por lo que me temo que se ha fugado, con la esperanza de que su partida podría de alguna manera detener, o siquiera desacelerar, este cataclismo inimaginable que ha acometido a nuestro mundo. Temo que su huída fue para escapar de este futuro. Para finalizar, en dolor y desesperación, una vida que había dedicado a la esperanza de la paz. De otro modo ¿por qué no volvería a salvar los restos que quedan de nuestra tierra?*"

"No sería útil que yo especule sobre por qué no ha regresado," le dije, "pero usted debería saber que él está verdaderamente vivo. Mi fuente es... extraordinariamente fiable." Fue una cosa asombrosa haberme encontrado a mí mismo contándole acerca de Nicol Bolas pero ya estaba harto de tratar de mentirle a Sharuum. "Tal vez simplemente usted no sabe cómo mirar."

"Eh..." tosió Renn tratando de aclarar su garganta mientras se inclinó tan lejos de Baltrice como pudo sin caerse de la silla. "¿Habrás querido decir que ella no sabe *dónde* mirar, no?"

"Sí," le dije sin apartar la mirada de la gran esfinge. "Por supuesto, eso es lo que quise decir."

"*Ah,*" dijo ella. "*Ah, pequeño mago humano, ¿quieres que te de la respuesta a una pregunta que no sabes como formular?*"

"Su Sabiduría, cualquier respuesta que pudiera ofrecer será bien aceptada."

"*Él me dijo una vez, hace siglos, que si desaparecía completamente del mundo, vendría, algunos años más adelante, un mago en busca de él. Dijo que yo conocería a este mago porque él o ella sería una cosa creada, no de este mundo, sin tener ni la más mínima chatarra de eterium. Dijo que este mago sería una criatura toda de carne y al mismo tiempo sólo de metal.*"

"¿Esas fueron sus palabras? ¿La más mínima chatarra?"

Ella asintió y un cosquilleo subió pora la parte trasera de mi cuello. "Prosigue."

"*Yo había creído que aquel mago sería uno de extraordinaria fuerza de carácter y de un poder tan grande que no tendría necesidad de ninguna mejora de eterium. Y a decir verdad sus palabras se cruzaron por mi mente cuando tú, Baltrice, te presentaste.*"

"¿Yo?" Baltrice se las arregló para mostrarse halagada y profundamente escéptica al mismo tiempo. "¿En serio?"

Sharuum sonrió con tristeza. *"En caso de que vuelvas a intentar hacerte pasar por un mago de Esper harías bien en conseguirte un brazo real de eterium y mejor una pierna o dos como parte de tu disfraz. Las ilusiones sólo engañan a aquellos que no piensan en buscarlas.*"

"Sí, está bien, seguro," dijo Baltrice. "Eh, nada de gracias, ¿de acuerdo?"

"*Crucius dijo que en ese día yo debía decirle dos cosas a este extraño mago,"* dijo Sharuum. *"Me temo que serán de poca o ninguna utilidad en su búsqueda. Crucius, como cualquier otra esfinge, era aficionado a las adivinanzas, juegos de palabras y oscuros aforismos, y tal vez más que la mayoría. La primera fue un epigrama que yo aventuré a decir fuera de esta puerta para juzgar tu reacción,*" le dijo a Baltrice. "*Él me pidió que dijera: 'Cuando uno está hecho de vidrio, todo se ve como una piedra.'*"

"Incluso podría ser verdad," dijo Baltrice con un encogimiento de hombros. "Si uno es lo suficientemente cobarde."

"No es un comentario acerca del valor," le dije yo. Algo de eso me pareció extraño. Más que extraño; la frase pareció enroscarse alrededor de mi mente, deslizándose alrededor de nudos y en medio de rincones y grietas mientras buscó algo sólido a donde aferrarse. Donde poder crecer. Fue una sensación desconocida y totalmente desagradable. Yo me encontré aferrándome mareado a mi frente como si el hacerlo me hubiera podido asegurar que no me caería.

Yo, en parte con la esperanza de alejar este efecto con un nuevo pensamiento, pregunté: "¿Y la segunda?"

"*Una adivinanza mucho más tradicional: preguntas simples que requieren una respuesta compleja. Las adivinanzas le dan la bienvenida a ese tipo de inversión; cuanto más compleja es la adivinanza, más simple es la respuesta... y al revés.*"

"Muy bien," le dije vacilante. "Muy bien. Estoy listo."

"*Sospecho que no es así,"* dijo ella. "*Es muy simple y esas son las más difíciles de todas. Crucius sugirió que debo preguntarte, ¿dónde buscas lo que no puedes encontrar y que es lo que dices sin decir? ¿Qué es tu cielo cuando estás enterrado en el suelo y a quién rescatas asesinándolo?*"

Baltrice resopló. "Oh, eso es profundo. Estate quieto mi corazón latiente."

"No lo es..." Yo volví a poner mi mano sobre la frente. "Es... no lo sé. Creo que es más profundo de lo que parece..."

"*Eso espero.*"

Y entonces me di cuenta de lo que había acabado de decir Sharuum. Levanté la vista hacia ella y sentí mi pecho como si estuviera siendo aplastado por un puño invisible. "Usted dijo... ¿Le he oído bien? ¿Acaba de decir que Crucius sugirió que debía preguntarme a mi?"

Ella sonrió débilmente y este movimiento de sus mejillas fue suficiente para derramar lágrimas por su rostro. "*Hijo,* e*l no te mencionó por tu nombre.*"

"Espera... espera," le dije yo. Apreté los ojos y traté de dar masajes a las ideas en mi cerebro a través de la parte exterior. Hasta pensar con claridad en esa adivinanza me fue imposible, era demasiado extranjera. Entendí perfectamente el principio (la paradoja superficial revela una respuesta más profunda) pero este apuntó a esta respuesta en un idioma que yo simplemente no podía descifrar. ¿Adivinanzas? ¿Metáforas? ¿Epigramas y aforismos? Yo soy un artífice. Un mecanicista. Trato con los hechos. Mi negocio es la acción y la reacción, el roce y la fricción, la masa y la energía, lo que puede ser medido, calculado, y diseñado para funcionar en el mundo real. Tengo el tipo completamente equivocado de mente para este tipo de...

Oh.

"Espera," repetí. "Espera... Crucius. El era un relojero así como un mecanicista, ¿verdad?"

"*Tenía muchos dones. La relojería estaba entre ellos.*"

"Entonces es... al menos concebible... que él pudiera haber mirado hacia adelante en el tiempo y habernos visto a nosotros aquí parados, ¿verdad?"

Baltrice empezaba a parecer preocupada. "¿De qué están hablando?"

"Del análisis," dije yo sin aliento. "Espera... Esto se deduce perfectamente...."

"Esto es, eh, quiero decir, ¿si me lo permites...?" dijo Renn. "La relojería es, después de todo, mi especialidad."

"¿Quieres ayudar? ¿Ayudarme?" le dije yo. "¿Quién eres tú y qué has hecho con Silas Renn?"

"No soy un monstruo," dijo en un tono que implicó claramente la frase 'a diferencia de ti.' "La dirección del tiempo es realmente irrelevante para la función de la magia. Es igualmente probable que Crucius, siendo relojero, haya podido mirar hacia atrás desde el

futuro y aconsejarse a su anterior yo para confiar su mensaje a la Gran Hegemón."

"Una distinción no pertinente," le dije a Sharuum. "En cualquier caso él podría haber sabido que yo iba a ser la persona a quien tú le dirías estas cosas. De hecho, hay un flujo específico de alternativas... yo incluso podría dibujar un gráfico..."

"Tezzeret," dijo Baltrice, "tarde o temprano alguien va a preocuparse por el tiempo que hemos estado aquí. Preocupaciones por el estilo pueden conducir a un derramamiento de sangre."

Yo entendí su significado. "Bien. Específicamente: o bien estos mensajes estaban destinados a ser pasados a mí o a alguien más, ¿verdad?"

"Lo último es lo más probable," murmuró Renn con amargura pero tenía toda la razón y yo se lo dije.

"Sí. Yo solo soy un hombre. El espectro de alternativas, en términos de probabilidad estadística, hace que la probabilidad de que yo sea la persona en cuestión sea infinitesimal, pero eso es irrelevante para el problema. Si yo no soy esa persona, no tenemos ninguna solución útil; no podemos esperar tener éxito en todo lo que intentemos. Pero si yo soy verdaderamente esa persona..."

"Ya lo entendí," dijo Baltrice con los ojos muy abiertos. "Si eres tú entonces él sabía que ibas a ser tú y las preguntas serían unas que él sabría que tu podías contestar."

"Exactamente. Reconociendo eso llegamos a otra alternativa: o Crucius quiso o esperó que yo (que nosotros) lo encontráramos o no lo hizo. Si no lo hizo entonces las preguntas son engaños que nos llevan en la dirección equivocada... ¿pero y si lo hizo? ¿Y si de verdad quiso que lo encontráramos?"

"*Tezzeret,*" dijo Sharuum con seriedad, "*escúchame y recuerda mis palabras. Si encuentras a Crucius; si puedes traerlo a mí, o a mi a él, aunque sea por un instante, todo lo que tengo es tuyo. Todo. Mis tesoros, mi poder, mis súbditos, mi reino. Tuyos por un instante más al lado de mi amado.*"

Mi cerebro giraba, yo apenas estaba prestando atención. ¿Dónde buscas lo que no se puede encontrar?

Cuando uno está hecho de vidrio, todo se ve como piedra.

"Si Crucius el Loco quiere ser encontrado y si él esperó que yo pudiera ser quien lo encontrara," dije yo asombrado de mí mismo por esta inesperada convicción "Sé exactamente dónde empezar a buscar."

# Tezzeret
## Un largo y sinuoso camino, con zombis

La única buena noticia en mi espejo de exploración fue que por fin habíamos llegado a nuestro destino. El resto de las noticias fue que nuestro destino estaba rodeado de zombis.

Un montón de zombis.

Alguien había llegado allí primero.

Un simple ejercicio de voluntad retorció los campos de levitación de nuestros trineos de gravedad y nos dejó caer a ambos en la arena blanca. Los trineos de gravedad habían demostrado ser casi ridículamente útiles hasta ese momento. Después de haberlos diseñado y construido yo mismo podría haber sentido un cierto orgullo por lo bien que se habían desempeñado. Ambos eran prácticamente de eterium puro, representando la totalidad de la contribución de la Gran Hegemón a esa expedición; su reserva personal de eterium de casi treinta y dos kilos. Las variadas magias de levitación, que proporcionaron la fuerza motriz además de mantenerlos en alto, fueron bastante estándares, incluso vulgares; la

elegancia particular de la que yo me enorgullecí yació en las brillantes pantallas azules de energía variable que no sólo nos habían protegido del viento y el sol sino que también protegieron a los trineos mismos de los vientos increíblemente abrasivos de las Dunas de Vidrio, por no hablar de que los propios trineos sólo tenían dos piezas móviles.

Yo había tenido la esperanza de montarlos hasta la entrada del Laberinto pero quedó claro que eso no iba a suceder. Hubiera sido una vergüenza desmontarlos pero no hubo nada que hacer. Teniendo en cuenta ese nuevo desarrollo yo supe que iba a necesitar el eterium.

Quizás tendríamos que luchar.

"¿Qué hay de malo?" La voz de Baltrice vino a mi mente apenas ligeramente amortiguada por la pantalla anti-gravilla que yo había introducido en su auricular, una versión más pequeña y de menor potencia que las pantallas que protegían los trineos de gravedad. Canalizar las magias extras me obligó casi a cuadruplicar el tamaño del auricular y construir una banda que lo sostuviera que Baltrice llevó alrededor de su cabeza. Tal vez no era elegante pero la mantendría con vida.

Yo hubiera preferido reservar ese eterium para otros usos pero ella no había estado dispuesta a utilizar la comunicación directa de mente a mente y teniendo en cuenta para quien trabajaba no pude culparla. "¿Algún problema?"

*Zombis por delante*, envié yo para mantener a Doc fuera de la conversación pero él ya había visto lo que yo tenía en el espejo. "¿Zombis?" dijo Doc. "¿Estás bromeando conmigo? ¿Estás preocupado por zombis?"

"¿Acaso sabes contar?"

"Claro: dos, cuatro, dieciocho, me llevo una… Urk. ¡Mierda enconadamente caliente! Hay como un millón… eh, un millón seis, más o menos un par de miles."

"Mi estimación era de un millón dos pero tú tienes mejores ojos (ojo) para este tipo de cosas, a pesar de que estás utilizando los míos. Ambos podríamos variar en un millón, o incluso varios," dije, "porque no hay forma de saber cuántos ya están dentro."

Baltrice desmontó su trineo y se acercó. Levantó la mano para retirar el auricular. "Déjatelo," le dije yo.

"¿Para que carajo quieres que me lo deje?" dijo ella con un estrabismo escéptico. "Yo te escucho bien."

"¿Sientes esa brisa? ¿Recuerdas lo que te dije sobre la arena?"

"Tezzeret, yo me tiro pedos más fuertes que esta brisa."

"Bueno, entonces no lo hagas en mi dirección. Si te quitas el auricular se desactivará la pantalla anti-gravilla. El polvo de vidrio en esa brisa comenzará instantáneamente a desgastar tus córneas, lo que no sólo te dejará progresivamente ciega sino que también te dolerá. Mucho. Y hay una palabra vedalken muy larga que yo no voy a comentarte pero que es el término específico para el daño pulmonar permanente causado por respirar el polvo de vidrio en el

desierto. El polvo de vidrio es por lo que nosotros lo llamamos el Desierto de Vidrio."

"Ah, por los infiernos, Tezzeret, eso ya lo sé. Ya me lo dijiste ocho veces. Sólo que... bueno, tú ya sabes. De donde yo vengo las cosas que te matan son grandes y aterradoras y hacen ruidos fuertes y toda esa clase de porquerías. Esta porquería de 'muere-por-como-es-el-lugar' sólo me parece equivocado."

"Puede ser. Pero no hay nada que tú o yo podamos hacer para corregirlo. ¿Me sigues?"

"Si no lo hiciera ya estaría ciega y tosiendo, ¿verdad?" Ella asintió hacia los pasos progresivamente más elevados de las dunas por delante. "¿Y qué me dices con tus zombis de por ahí?"

"Ellos no tienen que respirar y no necesitan ojos. Y hay un montón de ellos."

Ella se encogió de hombros. "Los zombis arden."

"Por supuesto que lo hacen pero ese no es el verdadero problema. Lo que importa es... bueno, hablar de ello no tiene sentido. Te lo puedo mostrar desde la parte superior de esa duna."

"Muy bien, engrasa los trineos y..."

"No más trineos. Ya los trajimos tan cerca del Laberinto como pudimos. Quizás alertemos a esos por delante."

"¿Y por qué los montamos tan lejos?"

Yo negué con la cabeza. "En el Desierto de Vidrio es imposible una navegación precisa. No hay mapas y no hay una medida fiable de la distancia. Una caminata de tres kilómetros puede llevarte a quince de tu punto de partida, o a uno, o dejarte más lejos de tu destino que cuando empezaste."

"Por eso creaste tus cositas exploradoras, ¿verdad?"

"Exactamente. Y esas cositas exploradoras," dije señalando a un destello metálico en la parte superior de la duna más lejana, "es la última de ellas. No necesitaremos más."

Ella frunció el ceño. "No me gustó como sonó eso."

"Sí, a mi tampoco," intervino Doc.

"Tampoco te gustará lo que verás."

* * * * *

El Laberinto de Cristal se sitúa en el centro de un vasto y profundo bol de arena conocido como el Vidrinfinito, de unos 32 kilómetros de diámetro. Esto si nos referimos a la actualidad ya que las dimensiones del Vidrinfinito son tan variables como cualquier otra distancia en el Desierto de Vidrio. Me dan a entender que la extensión del Vidrinfinito nunca se contrae por debajo de un mínimo fijo de seis kilómetros y medio pero sólo porque hacerlo sería con consecuencias sobre el propio Laberinto.

Hasta visto desde casi 21 kilómetros de distancia el Laberinto de Cristal es de una apariencia totalmente sorprendente. Sus paredes y techos son tan blancos como leche de cuarzo, sin manchas o borrones a la vista, tal vez porque la constante abrasión de los vientos del desierto erosiona y borra todas las sustancias que de otro

modo lo podrían oscurecer. El propio Laberinto es una estructura de doce inmensos edificios rectangulares, colocados con precisión en un gran anillo de unos cuatro kilómetros de diámetro.

Se dice que las dimensiones del Laberinto de Cristal son las únicas constantes en todo el Desierto de Vidrio.

Cada una de las grandes estructuras es en realidad un gran salón de doce pisos, cada piso conteniendo un centenar de habitaciones, con cada habitación teniendo entre dos a doce puertas. Seis de los pisos de cada gran salón están sobre la tierra, y seis son subterráneos, justo debajo de los superiores. Se dice que las conexiones entre los edificios existen más allá del espacio normal. Hay umbrales dentro del Laberinto que podrían conectar la esquina más baja de un salón con la más alta de uno en el extremo opuesto y si uno vuelve por donde vino a menudo no regresa a la misma cámara de donde había salido.

Todo lo que pude descubrir que describía el interior del Laberinto de Cristal había sido escrito por un tal Faltus Mack, el único superviviente de una expedición bastante grande y bien financiada unos trece años antes. Su relato habla de paredes, suelos y techos de vidrio, algunos transparentes como el aire, algunos opacos como la piedra; de blasones y caminos de guía que desaparecieron detrás de él tan pronto como dejó una cámara; de paredes que parecieron cambiar cuando él no estaba mirando (aunque él nunca vio moverse ninguna) dejándolo incapaz de determinar si cualquiera de las habitaciones ya había sido visitada antes por su grupo, o una habitación de configuración similar situada completamente en otra parte. También habló de haberse encontrado con otros buscadores, extraños peregrinos, algunos de razas desconocidas para Esper, hablando idiomas que no pueden ser transcritos en nuestro alfabeto. Habló de haberse encontrado con miembros de su propia partida que estaban vivos a pesar de que él sabía que habían muerto, y en una ocasión haberse encontrado consigo mismo, o algún fantasmagórico doble que dijo ser él, sucio, de cabello salvaje, vestido con harapos podridos, y hablando sólo fragmentos desordenados de frases. Para el momento en que Faltus Mack finalmente escapó estaba totalmente loco, por supuesto, pero la mera locura no es suficiente para no dar crédito a lo que contó.

Cuando compartí esta información con Baltrice antes de nuestra partida de Vectis ella dudó un poco sobre nuestra prospectiva. "¿Esta es tu idea de un lugar para vacacionar?"

"Piensa en las adivinanzas," le dije yo. "'Cuando uno está hecho de vidrio todo se ve como una piedra'" y "'¿Dónde buscas lo que no se puede encontrar?' El Laberinto es, literalmente, el único lugar en todo Esper donde Sharuum y sus agentes nunca pueden buscar; nadie ha llegado al centro y regresado al mundo exterior. Y, para no hilar demasiado fino, está hecho de cristal."

"Oh, esto se pone cada vez mejor. Tú eres literalmente un demencial hijoputa, ¿no es así?"

"Sí," le dije, "y nosotros debemos operar bajo la suposición de que Crucius sabía esto cuando puso la pista."

"¿Cómo sabes que no es sólo una broma? ¿O algo como los delirios de un demente? Quiero decir, vamos, estamos hablando de una esfinge, ¿verdad? Una esfinge loca. ¿Has oído hablar de la broma sobre la esfinge que estaba tan loca que otras esfinges lo notaron?"

"De acuerdo con Sharuum misma," le dije, "hay una esfinge inimaginablemente poderosa en el centro del laberinto. Ella lo nombró Kemuel el Oculto y cree que es el ser vivo más antiguo de Esper. No sabe si este Kemuel llegó al centro caminando por el Laberinto o si podría haberlo construido originalmente a su alrededor."

"¿Cuan enloquecida se tendrá que poner esta mierda para que tú te des por vencido?"

"No lo sé," le dije. "Ya no estoy más seguro de tener alguna idea de lo que significa enloquecido."

"¿Tienes un espejo?"

Yo le concedí el punto. "No tienes por que entrar."

"Sí, claro. Entonces no tendré nada que hacer más que pasar el rato y ver la horrible y asquerosa perdición de mi jefe. Me excluirás de eso, ¿eh?"

"Si que eres inesperadamente tierna de corazón."

"Sí, bueno, no se lo digas a nadie."

"También está lo siguiente: el Laberinto de Cristal es, por mucho, la estructura más antigua de todas las de Esper. Las descripciones de su exterior se encuentran entre los primeros escritos de la cultura vedalken, que es mucho más antigua que la humana. Sin embargo, si Faltus Mack dijo la verdad el laberinto se comporta como una máquina."

"¿Una máquina para hacer qué?"

Yo negué con la cabeza. "No sabría decirlo. Matar a la gente que se pierde, sin duda; pero no hay manera de saber si eso es una función diseñada o si es meramente auxiliar, como un efecto secundario. Esto, sin embargo, es cierto: Uno no se oculta en el centro de un laberinto para disuadir a los intrusos. Uno no construye un laberinto en absoluto."

"¿Qué, ahora estás pensando que fue Crucius quien construyó el Laberinto?"

"Me estoy reservando mi juicio sobre eso; sólo puedo decir que no es imposible. Estoy seguro de que quien sea que lo haya construido es un mecanicista cuyas botas no soy apto para limpiar." Yo negué con la cabeza sin poder hacer nada. "Yo ni siquiera tengo palabras adecuadas para describir cuan lejos de mí, de cualquier persona, se halla el concepto del Laberinto. Crucius es el único ser que se me ocurre que haya logrado hacerlo."

"Guau. Mierda. Maldita sea, Tezzeret," dijo ella, "todos estos años he sido condenadamente positiva de que las estrellas se apagarían antes de que yo te atrapara siendo humilde."

"No es una actitud que cultivo."

"Me estás asustando."

"A mi también. Es Crucius. El es como... mirar fijamente en un abismo infinito. Cualquier cosa que puedas imaginar podría estar ahí y probablemente no podrás imaginar lo que está en realidad allí."

"¿Cuán poderoso es él?"

Yo me encogí de hombros. "¿Qué tan brillante es el sol?"

"Oh, claro. Claro. Una hora con una esfinge 'bonita' y tú ya estas metido en esas asquerosas expresiones gnómicas. ¿Siquiera sabes cuántos años tiene él?"

"No puedo aventurar una conjetura que tuviera sentido."

"¡Ah, vamos, por el amor de la mierda, Tezzeret, tú ya sabes cuan viejo es Nicol purulento Bolas!"

"El tiempo y la edad no es lo mismo para un relojero como lo es para los demás. Incluso para los Caminantes de Planos. Es por lo menos concebible que cuando Crucius decidió que necesitaba un Laberinto retrocediera hasta días pre-vedalken. De esa manera el podría haberlo construido sin temor a interrupciones."

"Espera," dijo Baltrice masajeando la frente con una mano. "¿Tú estás diciendo... espera, en serio? Bueno. ¿Así que hace veinte-treinta años, lo que sea, Crucius decide desaparecer por lo que se las arregla para volver a algo así como el principio del tiempo para construirse un lugar donde esconderse? ¿Para que ya estuviera ahí cuando lo necesitara en diez mil años o lo que sea?"

"Posiblemente. También es posible que lo haya construido porque sabía que algún día iba a desaparecer y deseaba dejar un rastro que llevara a alguien (estamos asumiendo que a mi o a alguien como yo) a donde sea que él haya desaparecido."

"Así que, ahora espérate de nuevo un poco, ¿ahora estás diciendo que el Laberinto no tiene la intención de mantener a la gente fuera?"

"*Laberinto* no es una palabra estrafalaria para *dédalo*. Son dos cosas diferentes. Un dédalo es un camino enigmático, un conjunto de trampas cognitivas previstas, para entretenimiento o para algo más oscuro, para engañar o confundir a aquellos que tratan de maniobrar por él, y para impedir su éxito. Se supone que un laberinto es para resolver. Muchos laberintos clásicos tienen un único camino y muchos no tienen paredes en absoluto. Transitar un laberinto desde la entrada al centro tiene la intención de afectar a los que lo hacen en formas específicas, generalmente para producir una cierta variedad de estado de meditación o contemplación, pero a veces para otros usos. Hay toda una subespecialidad de la magia dedicada a los efectos por seguir caminos esotéricos."

"Sí, he oído hablar de ellos. Dementes. Todos dementes. Uno apenas puede seguir tantos lazos multidimensionales antes de que tu cerebro se vuelve chiflado."

"Volverse *chiflado*, como tú dices, es en realidad el punto," le dije. "La clave para entender un laberinto es reconocer que cuando llegues al centro ya no serás quién eras cuando comenzaste. En otras palabras, el Laberinto de Cristal no tiene la intención de mantener fuera a nadie pero para llegar al centro debes transformarte en la persona que el diseñador quería que seas."

"¿Qué, como un gigantesco libro de autoayuda? ¿*Construyendo un Mejor Tú en Sólo Catorce Mil Habitaciones*?"

"Prefiero pensar en ello como en un código de entrada o una cerradura elaborada. Para llegar al centro, en lugar de limitarse a conocer una contraseña, uno mismo debe ser la contraseña. El propio Laberinto te da forma de llave para que gires en su propia cerradura en particular."

"¿Sabes?, hay un punto en el que amontonar más educación te hace suavizar la cabeza."

"Sí," le dije yo. "Yo soy la prueba viviente de ello."

* * * * *

Una vez que logramos trepar por la larga ladera de suave vidrio en polvo hasta la cima de la duna ella pudo ver lo que había querido decir: durante tal vez mil metros alrededor del Laberinto de Cristal el desierto no podía ser visto a través de la apretada masa sólida de zombis. Ella demostró su entendimiento con un silbido y un entrecortado, "Maldita sea..."

"Sí."

"Supongo que alguien descolgó el letrero de ‘Hay Lugar’"

"En muchas palabras."

"Guau."

"Los zombis me ponen los pelos de punta," dijo Doc.

"Tú ni siquiera tienes un pelo."

Baltrice me lanzó una mirada de soslayo. "¿Doc?"

"Sí. No le gustan los zombis."

Ella volvió a bajar la mirada hacia el centro del Vidrinfinito. "Bueno, a alguien seguro que sí."

"Sí," dije yo. "Toma, mira."

Giré la mano hacia abajo y el pequeño dispositivo de aumento de observación se levantó de la arena. Extendí mis dedos y afiné y amplié el artefacto en un aro de eterium tan ancho de diámetro como la longitud de mi brazo. Un simple ajuste del índice de refracción del aire dentro del aro hizo que una sección del Laberinto de Cristal quedara enfocada como si sólo hubiéramos estado a unos metros de distancia, en vez de kilómetros.

Todos los zombis estaban de espaldas. Presionando unos contra otros hasta formar una masa sólida retorciéndose de carne y hueso, como si fueran una multitud que había acudido a ver algún tipo de entretenimiento zombi increíblemente enorme, para lo que el Laberinto era su anfiteatro.

"Parece que están tratando de entrar."

"Sí."

"Bueno, está bien. Claro, hay un montón de ellos," dijo Baltrice, "pero no tenemos que luchar con todos a la vez, ¿verdad? Por los infiernos, podemos volar directamente hasta la puerta más cercana, acabar con ellos y sellarla detrás de nosotros. Incluso si ellos ya están dentro, ¿qué? Son sólo zombis. Si tenemos que abrirnos camino a través de zombis situados hombro con hombro en las

catorce mil habitaciones supongo que no nos demandará más que sudor. Eso sí, nos llevará un tiempo condenadamente largo."

"Sí. Ese no es nuestro problema."

Ella entrecerró los ojos a través del aro eterium y luego se inclinó hacia un lado para observar la escena completa. "Oh. Oh, lo siento, lo entiendo," dijo con un gesto de disculpa. "La primera cosa que yo siempre digo es la situación táctica. Ya sabes."

"Y es por eso que me alegra de que estés aquí," le dije. "Ahora vamos a la pregunta estratégica."

"Sí. Estratégica. Y la respuesta es no: Nunca he oído historias acerca de un nigromante que pudiera convocar a un millón de zombis a la vez."

"Probablemente varios millones," le dije yo. "Yo conozco a varios seres que son, o han sido, adorados como dioses y nunca he visto a ninguno de ellos hacer cualquier cosa que siquiera se aproximara a este tipo de escala. Creo que ni el mismo Nicol Bolas puede hacer esto. No todos a la vez."

"Por eso me preguntaba si ellos solo podrían haber marchado hasta aquí," dijo ella. "¿Acaso Esper no comparte actualmente una frontera con Grixis?"

"Sí," le dije con un suspiro, "pero eso no nos lleva a ninguna parte; ¿hacer marchar zombis todo el camino desde Grixis a través de los vientos del Desierto de Vidrio? Mantener la carne en sus huesos tomaría más poder que invocarlos directamente."

"Oh, claro. Anímame."

"Y de aquí en adelante sólo se pone peor," le dije masajeando mi frente. Yo nunca he sido el tipo de persona que le da dolor de cabeza por pensar demasiado; hasta al parecer, en ese momento. "Tengo una idea, casi una convicción, de la que realmente, realmente espero que esté equivocado. Tú y Doc son dos de las personas más inteligentes que conozco así que me gustaría que ambos la escucharan y me señalaran lagunas o equivocaciones en mi análisis. ¿Está bien?"

Doc dijo: "¿En realidad de verdad? ¿Quieres mi opinión?"

"Sí. ¿Baltrice?"

Ella sacudió la cabeza, parpadeando como si la hubiera despertado de un sueño. "Lo siento Tezzeret. Lo siento… supongo que yo estoy, como, alucinando o algo así. Porque podría haber jurado que acabo de escuchar que me pediste que comprobara tu trabajo."

"Ja y ja."

Ella parpadeó un poco más. "¿Quieres decir que no estaba alucinando?"

Esto me dio una breve pausa. Subrayó una vez más la diferencia aparente entre lo que soy de lo que alguna vez fui. Recuerdo haber sido desdeñoso del intelecto de Baltrice así como recuerdo el odio crudamente malicioso que le deparé a Jace y los ataques erráticos de malhumor que había sufrido, sólo que no pude recordar por qué me sentía así.

Ser yo estaba demostrando ser inesperadamente interesante.

Volví mi atención a la tarea en cuestión. "Es una perogrullada que tanto los artífices como los mecanicistas digan que las entidades no deben ser multiplicadas sin razón," comencé a decir.

Baltrice levantó la mano para detenerme. "Saltéate el discurso, ¿eh? La 'multiplicación de entidades' es esa mierda de cosas por las que yo evité ir a la escuela."

Yo asentí. "En pocas palabras uno no diseña cinco partes para que realicen una función que puede ser realizada por una, ¿no? En cambio la única vez que uno diseña las cinco partes es si uno quiere darle características adicionales que requieran flexibilidad de la función, o si una pieza será sólo adecuada mientras que las cinco lo convertirán en excelente."

"Sí, está bien," dijo Baltrice. "Es esa cosa del MSE, ¿verdad?"

"¿Disculpa?"

Ella se encogió de hombros. "Así es como ellos lo llaman de donde vengo. MSE. Es la abreviación de 'Mantenlo Simple, Estúpido'"

"Una frase elegante y un consejo adecuado," le dije. "Sin embargo, algo simple viene en una variedad de tamaños y colores. Nosotros estamos asumiendo, por ejemplo, que todos los zombis son el trabajo de un nigromante."

"¿Qué, acaso crees que este es el trabajo de un ejército de esos hijos de puta? Por que yo creo que esos tipos no suelen jugar exactamente para un mismo equipo, si sabes a lo que me refiero."

"Sí. Bajo circunstancias normales es más probable que uno se encuentre con un nigromante espectacularmente poderoso que con una banda organizada de varios cientos de los ordinarios. Pero donde este marco se rompe es cuando uno considera por qué este nigromante (sin importar cuán desquiciadamente poderoso sea) está gastando gran parte de ese poder en resolver el Laberinto de Cristal y por qué está sucediendo ahora."

"¿Resolverlo?" dijeron Baltrice y Doc al mismo tiempo.

"Esos zombis no pueden estar allí como defensas, ni para disuadir a los intrusos; cualquiera que esté aquí fuera en el Desierto de Vidrio tendrá un poder más que suficiente para simplemente evitarlos; volar sobre ellos, teletransportarse o utilizar un puente sobre ellos o, si estamos hablando de alguien como tú, transformar a cientos de miles de ellos en cenizas y caminar por el medio antes de que los sobrevivientes puedan llegar a ti. No, yo estoy bastante seguro de que lo que estamos viendo aquí es un intento de llegar al centro del laberinto."

Baltrice frunció el ceño "¿Cómo lo sabes?"

"FBI, ¿verdad?," dijo Doc.

"Exactamente," dije en voz baja y luego tomé la palabra para el beneficio de Baltrice. "Nosotros, los artífices y mecanicistas de Esper, tenemos un acrónimo mascota de nuestra propia autoría: FBI. Significa Fuerza Bruta e Ignorancia. Digamos, para Mantenerlo Simple, que estamos ante un millón y medio de zombis. El Laberinto de Cristal tiene fama de tener catorce mil cuatrocientas habitaciones, lo que significa que el nigromante tiene a su

disposición más de ciento cuatro zombis por habitación. Los zombis no necesitan comer, beber o dormir; en un plazo bastante corto, incluso trabajando al azar, habrán explorado todos los caminos posibles. El nigromante, una vez que conozca todos los caminos, puede simplemente teletransportarse dentro condenadamente bien."

"¡Ey, es probable que yo también pueda hacer eso!" dijo Doc. "Puedo teletransportarme, ¿recuerdas? Es como la única cosa real que puedo hacer de verdad. Excepto hacerte daño. Y hay un solo lugar al que yo puedo teletransportarte. Pero todavía no."

"No hay nada acerca de ti que yo me haya olvidado," le aseguré.

"Dicho así suena fácil," dijo amargamente Baltrice. "Por los infiernos, el bastardo ya podría haberlo hecho."

Yo negué con la cabeza. "Si lo ha hecho, ¿por qué siguen todos esos zombis aquí?"

"Decoraciones para las fiestas," dijo Baltrice. "¿Cómo infiernos voy a saberlo?"

"Y todavía no hemos respondido a la pregunta principal: ¿Por qué nuestro nigromante trabajó tan duro para llegar al centro del Laberinto de Cristal? ¿Y por qué ahora?"

"No te entiendo."

"No hay tesoro," expliqué. "Nunca ha habido ni siquiera la leyenda de un tesoro. Todo lo que yace en el centro del Laberinto de Cristal es una sola esfinge antigua que puede o no estar viva, si es que alguna vez existió."

"Bueno esa esfinge y, si tienes razón, alguna pista que te llevará a Crucius."

"Exactamente," le dije yo. "El por qué nos dice quién."

"¿Ah sí?" El rostro de ella se iluminó. "Oh, lo entiendo. Tú estás pensando en ese pequeño relojero mocoso de los Buscadores, ¿verdad?"

"Silas Renn," dije yo. "A parte de nosotros tres y Sharuum, ¿quien sabe que el camino hacia Crucius podría encontrarse a través del Laberinto de Cristal? ¿Quién es suficientemente rico como para contratar tantos nigromantes como podría pensar que necesita? ¿Quién sacrificaría toda la fortuna de su familia y todas las partes del cuerpo que le quedan por descubrir la clave para crear eterium?"

"Eh. 'El por qué nos dice quien.' ¿Eh?" Baltrice negó con la cabeza. "Y todos esos años tú seguiste diciéndole a todo el mundo que tuviera orejas que el *por qué* no significa nada en absoluto."

"¿Lo hice?" le dije. "No puedo imaginar que era en lo que estado pensando."

"Deberías haberme dejado matarlo cuando estábamos en Vectis."

"Tal vez." En ese momento yo no había estado dispuesto a alterar a Sharuum ni tampoco había querido provocar una pelea sin cuartel con los Buscadores de Carmot; sobre todo no cuando las defensas de la ciudad incluían hechizos de restricción, por lo que no hubiéramos podido teletransportarnos si las cosas salían mal. Y si yo hubiera tratado de caminar por los planos Doc me habría dejado

tirado en esa cueva de sangrita en Jund. Y yo me había descubierto incapaz de destruir a Silas Renn. A pesar del peligro que representaba él no era basura.

Era algo para lo que yo todavía no había encontrado un uso.

"Así que, ¿es este tipo Renn quién te tiene excitado? No es que parezca muy importante."

"Renn es tremendamente poderoso. Tú lo tomaste por sorpresa, distraído por la llegada de Sharuum y su séquito. ¿Te acuerdas de lo poderoso que era yo? ¿Cuando yo tenía mi brazo?"

"Sí."

"Renn y yo estudiamos juntos durante tres años. Yo peleé con él al menos una vez por cada período de exámenes; trece veces, de hecho. Nunca le vencí."

Baltrice frunció el ceño. "¿Nunca?"

"Y a él ni siquiera se le había permitido el uso de sus habilidades como relojero," dije. "En la Academia la relojería está prohibida en los duelos sancionados a menos que ambos participantes estén de acuerdo en ello de antemano."

**Silas Renn**

"¿De verdad? ¿Y cómo es eso? Quiero decir, claro, la cronomancia es un poco rara, pero difícilmente sea..."

"La cronomancia ni siquiera está en un plano cercano a la relojería. Un relojero puede controlar de verdad el tiempo. Tú ya entiendes la teletransportación. Para un relojero adepto el tiempo es simplemente otra dimensión espacial. Pueden saltar hacia adelante y hacia atrás en el tiempo tan fácilmente como tú o yo podríamos teletransportarnos a través de una habitación."

El ceño de ella se convirtió en una mueca. "¿Así que si le golpeo con algo que haga temblar su mundo él puede hacer algo así como volver a saltar justo antes de que yo le pegue y entregar un porrazo preventivo?"

"Es más complicado que eso, la relojería es traicioneramente difícil y, sin escatimar el juego de palabras, consume tiempo, pero en esencia sí, puede hacerlo. También puede controlar tu propio flujo temporal personal de maneras que ninguna magia a nuestra disposición puede contrarrestar. Ningún escudo te impedirá volverte vieja. Y eso no es todo."

Ella hizo una mueca. "¿Hay algo peor?"

"Un relojero experto, como Renn, puede, con la preparación adecuada, moverse de costado en el tiempo."

"¿Y qué demonios se supone que significa eso?"

"Tendrás que preguntarle los detalles a un relojero," le dije. "Yo nunca he estudiado esa teoría en profundidad por lo que sólo tengo el conocimiento de un laico. Lo mejor que puedo entender es que el tiempo no es una sola línea recta; es más como una cuerda grande, trenzada y vuelta a trenzar en un número infinito de diferentes corrientes temporales. Cada vez que tú realizas una elección, girar a la derecha en lugar de a la izquierda, divides una nueva hebra de tiempo. Si la opción que elijes no afecta a otras líneas principales cercanas (si llegas a tu destino en el mismo momento en que lo hubieras hecho si hubieras girado hacia el otro lado) tu hebra se trenza nuevamente dentro de la cuerda principal y todo sigue como de costumbre. Pero un relojero experto puede sentir las hebras más cercanas de otras cuerdas principales y decidir en cuál de ellas quiere estar. En otras palabras, puede elegir el resultado que quiere, y moverse a sí mismo en la línea de tiempo a donde eso vaya a pasar. Y te puede llevar con él."

"Guau."

"Sí. Las únicas limitaciones de la relojería son el poder del experto y los dictados de la probabilidad; cuanto más improbable sea el resultado que busca el experto más energía necesita para meterse a sí mismo en esa línea alternativa. A pesar de que no es algo que él pueda lograr en el calor del momento la única defensa real contra un buen relojero es otro relojero."

"Y ahora él llegó aquí primero," dijo Baltrice, "y trajo a todos sus amigos."

"Sí."

"Y él sabe que estamos viniendo así que ha tenido tiempo para prepararse."

"Sí."

"Y podría estar inclinado a ser un poco severo con ambos."

"Eso es. ¿Ves algún agujero?"

"¿Aparte de los ensangrentados que están a punto de empezar a abrirse por todo nuestros cuerpos?" Ella se quedó un largo rato mirando tristemente a la cruda realidad agrupada en la parte inferior de la Vidrinfinito. Cuando por fin volvió a hablar su voz fue ronca y áspera. "Esto era a lo que te referías cuando dijiste que no ibas a sobrevivir."

"No específicamente."

"¿Qué tal si nos alejamos? Sólo nos vamos. Porque yo estoy mirando ahí abajo, Tezzeret, y todo lo que veo es una masa de muertos vivientes a la que tú y yo probablemente nos uniremos. Creo que estamos bastante fuera de nuestro estilo."

"Yo no puedo irme."

"¿El que habla eres tú o Doc?"

"Doc no se pronuncia sobre el tema," le dije. "Él no quiere morir más de lo que quiero yo pero tampoco me puede dejar atrás. Tú, en cambio, no tienes ninguna obligación de perecer a nuestro lado."

"¿Y supongo que tú no estarías interesado en aparecerte de nuevo en Vectis para primero sacar tu artilugio del cerebro de Beleren, verdad?"

Yo sólo la miré.

"Claro, ¿qué iba yo a esperar?" dijo ella. "Tú no eres del tipo misericordioso."

"Más misericordioso de lo que era," le dije. "Él está vivo. Y todavía puede estar sano y salvo."

"Si ganamos."

"Sí. Si ganamos."

Ella respiró hondo, muy hondo, como si hubiera estado a punto de zambullirse en agua negra sin saber si volvería a respirar. Finalmente lo dejó escapar en una ráfaga, sacudió las torceduras de sus hombros, y dijo: "Está bien. Hagámoslo."

"Baltrice..."

"Cállate, Tezzeret. Lo digo en serio. Cállate, porque sea lo que vayas a decir realmente no lo quiero escuchar."

Yo me quedé en silencio.

Pasó un tiempo y ella se volvió hacia mí. "¿Tienes un plan, no? Dime que tienes un plan."

"Tengo un plan."

# La Isla de Metal
# Vida y momentos

El antiguo dragón, aún reclinado sobre la arena de eterium, resopló otra ráfaga de humo grasiento con aroma a carne. "Qué patética criatura eres."

Tezzeret sonrió. "Adulador."

"Derrochas egolatría como un estornudo lanza mocos. Excepto que los mocos saben mejor," dijo Bolas. "Tal vez deberías matarme ahora. Sacarme de mi miseria."

"Si la muerte es lo que estás buscando sólo necesitas esperar," dijo Tezzeret. "O, supongo yo, pedírmelo educadamente."

El dragón rodó los ojos y respiró hondo en un aparente intento de controlar la exasperación. "¿Entiendes lo absurdamente egocéntrica que es toda tu teoría de la realidad, tú demencial monito de cuneta? *'Oooh, Crucius hizo todo sólo por miii...' '¡Oooh, Rennnn está ahí esperando para darme una nalgada!* Repugnante."

"Gracias."

"Supongo que entiendes que para que tu teoría sea precisa Crucius habría tenido que anticipar no sólo que Beleren revolvería tu cerebro (está bien, para ser justos, cualquiera que los conozca a ustedes dos hubiera visto venir esa) sino también que él me habría tenido que hacer, de alguna manera, volverte a pegar tus piezas juntas y reforzarte para que lo buscaras desde un principio."

"Cuando lo pones de esa manera parece poco probable," dijo Tezzeret ligeramente. "Y sin embargo aquí estoy."

"Pero no porque Crucius lo haya planeado de esta manera."

"Pues te invito a preguntarle a la Gran Hegemón tan pronto como se marche," dijo Tezzeret gesticulando de manera informal hacia la nube de niebla del color del eterium que todavía envolvía en conjunto a Sharuum y a la Esfinge de Metal.

"Como si yo creyera de verdad en todo esto."

"Puedo decir con considerable certeza que en este momento nada en cualquier universo depende de si tú crees en ello o no," respondió Tezzeret. "Una vez yo conocí a un monje Etereado que hizo una práctica el creer seis cosas imposibles antes del desayuno; si lograba creer en sólo cinco se quedaba en cama."

"Baltrice tenía razón," murmuró Bolas. "Has pasado demasiado tiempo rodeado de esfinges."

"Inquietante, ¿no es así?" Tezzeret sonrió pensativamente hacia la gran estatua. "Quizás esté llegando a comprender cómo piensan."

"*Tezzeret.*" Los armónicos musicales de la voz de la Gran Hegemón emanaron de la nube como un incienso audible. "*Nosotros hemos terminado.*"

Tezzeret levantó una mano y la nube se desvaneció. Sharuum se alejó de la Esfinge de Metal sin darle la espalda, como si no estuviera dispuesta a apartar los ojos de su rostro de eterium. "*Has hecho todo lo que se te pidió y aún más. La palabra de una esfinge no es dada a la ligera ni puede ser rota. Según lo prometido todo lo que tengo es tuyo, para quedártelo o abandonarlo, para construir o para destruir.*"

Tezzeret dijo seriamente: "Gracias."

"¿Es una broma?" La escamosa mandíbula del dragón cayó hacia la arena mientras el resto de su cuerpo estaba en el proceso de levantarse. "¿Ella acaba de darte el plano?"

"Parte de uno."

"Es un muy buen regalo de agradecimiento."

"Sí." Tezzeret miró a Bolas que ahora se alzaba sobre él. "Siéntate."

El dragón lo fulminó con la mirada pero se sentó.

"Quédate ahí." Tezzeret caminó hacia Sharuum. "Ahora te regresaré a nuestra tierra."

"*¿Debes hacerlo? Yo había... esperado... yo podría permanecer aquí. Como... compañía.*"

"No puedes," dijo Tezzeret. "Te has ofrecido a mí, por nuestro trato, y esta es mi voluntad: que retornes a Esper y gobiernes como siempre lo haces, que pongas tu gran sabiduría al servicio de nuestra

tierra y todos los que la llamen hogar, y que trates a todas mis posesiones como si fueran propias."

La gran esfinge lo miró sin comprender, en asombrado silencio.

"Si llega a pasar que cambio de opinión," dijo él a través de su fina sonrisa, "Te lo haré saber."

Ella cerró los ojos y bajó la cabeza hasta que Tezzeret podría haber tocado su máscara-escudo con su mano. "*Tu naturaleza amable me confunde, Tezzeret. Al ser el amo de mi vida y de todo lo que poseo ya no sé cómo dirigirme a ti con el honor apropiado.*"

"Si eliges dirigirte a mí con alguna palabra que no sea mi nombre," dijo él, "Me sentiría honrado de ser llamado tu amigo."

El dragón gruñó con disgusto detrás de él, "¿Y desde cuándo tú tienes amigos?"

"Bolas." Tezzeret no se dio la vuelta y su voz fue suave como el océano alrededor de ellos: una superficie tranquila debajo de la cual acechaba una amenaza inimaginable. "Modales."

El dragón gruñó por lo bajo en su garganta pero se calmó.

"*Entonces mi amigo serás,*" canturreó Sharuum, "*hasta el fin de mis días y más allá. Será escrito sobre mi tumba, primero entre mis títulos: 'Amiga de Tezzeret el Buscador.'*"

"Gracias," dijo él y extendió la mano para tocar el borde de su máscara-escudo.

El eterium que había llenado las cicatrices de ella se volvió líquido una vez más, drenándose por su rostro como lágrimas plateadas. "*Las hebras de eterium, las lágrimas de mi amado, traen luz a mis ojos y fuerza a mis miembros. ¿No pueden permanecer?*"

"De este lugar uno sólo puede llevarse lo que trajo de otro lado," dijo Tezzeret. "Y recuerdos."

"*Entonces que así sea. Recuerdos son más de lo que esperaba ganar.*"

Tezzeret hizo un gesto y el plano ondulando de la puerta interplanar del color del eterium reapareció. "Dale mis saludos a tu hijo."

Sharuum, Gran Hegemón de Esper, le devolvió la mirada con una sonrisa y, asombrosamente, con un guiño. "*Será hecho, mi amigo,*" dijo ella, luego entró en el portal y se marchó de ese universo.

Tezzeret giró hacia donde Nicol Bolas estaba sentado en la arena de eterium como un cachorro obediente, un cachorro escupidor de fuego de veinte metros de largo, cuernos, escamas, y con impresionantes colmillos, pero obediente al fin.

"Bolas, como lo prometí tú también eres libre de partir," dijo Tezzeret, "pero mi relato se acerca a su fin. Espero que te pueda interesar lo suficiente como para que sigas quedándote por un rato más."

"Tu relato está mucho más cerca de su fin de lo que crees." Los ojos del dragón se pusieron somnolientos y una pizca de sonrisa burlona curvó la comisura de su labio superior. "Ya que te has vuelto tan bueno en acertijos prueba este: ¿Qué hay en cada extremo de un relato?"

"Nuestros negocios no tienen que tomar mucho tiempo pero si eliges hacerte el difícil yo puedo tomar el resto de tu vida."

"Ah, Tezzi, ¡vamos! Sígueme la corriente."

"No me llames Tezzi," dijo él. "Antes de que respondas recordemos que aquí y ahora yo puedo detenerte. Y puedo prometer que no te va a gustar."

"Tezzeret, entonces compláceme." La mueca del dragón se extendió en una sonrisa burlona. "¿Qué hay en cada extremo de un relato?"

Tezzeret dio una pequeña sacudida irritada con su cabeza y dijo, "Bien. Me doy. ¿Qué hay en cada extremo de un relato?"

"En un extremo, nada en absoluto," dijo el dragón. "En el otro, un idiota."

Tezzeret hizo una mueca. "Hasta de tu nivel habitual de ingenio."

"Lo que pasa es que tú no entiendes por qué es gracioso. Es un doble juego de palabras," dijo Nicol Bolas. "Vamos, Tezzi... tú me llamaste un imbécil...."

"Yo te llamé un matón alcornoque."

"Te estás perdiendo el punto." Bolas dejó caer la mueca juguetona a favor de una sombría certeza infinita. "Yo soy el final de tu historia."

Tezzeret frunció el ceño y nubes se reunieron por encima, escupiendo relámpagos aserrados.

Se aclaró la garganta y la Isla de Metal tembló con un terremoto.

Levantó las manos y las energías sobrenaturales del eterium que lo rodeaba sobrealimentaron sus escudos en capas hasta que él se encendió con el poder, más brillante que el sol mismo. "¿Acaso necesitamos volver a tener esta conversación?"

El dragón le enseñó los colmillos. "¿Quieres ver un truco?"

"No."

"Un pequeño truco. Te va a encantar. Lo prometo."

"En lugar de eso mira el mío." Tezzeret hizo un puño y de la arena se dispararon vigas de eterium más gruesas que el pecho de un hombre que en un instante se enroscaron alrededor del dragón y se trenzaron entre sí en una jaula impenetrable que refulgió con todos los colores del poder. "No trates de extraer maná y no toques los barrotes. Te digo esto para tu propia protección."

El dragón se encogió de hombros despreocupadamente. "Tú ya me mostraste el tuyo. Ahora déjame que te muestre el mío."

"Guárdatelo."

"Pero es un truco muy bueno. Aquí, mira," dijo Bolas y desapareció.

Total y completamente, como si nunca hubiera estado allí en absoluto.

Tezzeret juntó sus manos al instante delante de él en una bofetada, entrelazando sus dedos. Los barrotes de la jaula de eterium se convirtieron en cuchillas afiladas y se aplastaron a sí mismos en una masa sólida.

Pero entre ellos él no encontró trozos sangrientos de dragón.

Las huellas del dragón habían desaparecido de la arena de eterium y ningún rastro de su presencia anterior pudo ser detectado por cualquier magia que Tezzeret logró mandar.

El miró por encima del hombro a Baltrice y Jace. Las Redes de Restricción que los habían atado se habían ido y ambos se estaban despertando de su inconsciencia mágicamente forzada. Baltrice se frotó los ojos y se sentó mareada. "¿Qué está pasando?"

"Algo malo."

"¿Dónde está el dragón?"

"No lo sé. Es por eso que es malo," dijo Tezzeret. "Prepárate para luchar."

"Preferiría no hacerlo," dijo ella incluso mientras se puso de pie y sacudió los hombros para soltarse. Su cabello se incendió y las llamas bajaron a lo largo de sus brazos. "Esto no es exactamente un gran lugar de maná rojo."

"Te invito a que encuentres uno." Tezzeret extendió los brazos y la arena bajo sus pies se vertió hacia arriba a lo largo de sus piernas, su tronco, sus brazos y su cabeza hasta que quedó encerrado completamente en una brillante armadura de eterium.

Baltrice hizo una mueca. "Otra vez esa cosa. ¿Piensas que esta vez va a funcionar?"

"Ya lo averiguaremos. Mientras tanto tú querrás proteger a Jace."

"¿A Jace?" Los ojos de ella se nublaron. "Sí, será lo mejor. Ey, jefe, ¿estás despierto?"

Jace gimió y rodó sobre su costado. "¿Qué pasó?" dijo débilmente. "¿Acaso lo hicimos? Yo estaba teniendo el sueño más extraño...."

Baltrice miró a Tezzeret. "Este sería un buen momento para que le quites tu artilugio de su cerebro."

"No estoy de acuerdo," respondió el mecanicista cuando Nicol Bolas volvió a aparecer justo frente a él.

El dragón retrocedió, sus miembros anteriores y alas abriéndose ampliamente, y unas llamas brutalmente intensas llovieron sobre el artífice. Baltrice apenas logró levantar sus escudos alrededor de ella y Jace. Por lo que pudo ver la armadura de Tezzeret pareció estar funcionando bien ya que este no pareció notar el fuego infernal rugiendo a su alrededor. Hizo un rápido movimiento con su puño derecho, como si entregara un puñetazo a un adversario invisible y el dragón... explotó.

Incluso sin llama o explosión la detonación fue espectacular. Enormes trozos de carne de dragón dejando un reguero de sangre negra navegaron a través del aire. Una enorme ala salió girando hacia el mar como un plato lanzado y se hundió en el agua. Sus patas traseras dejaron largos surcos divergentes a través de la arena de eterium; su cola se estrelló contra los árboles lejanos situados a lo largo de la playa. Su cabeza quedó atrapada en una gran intersección de los largueros de eterium que componían la Esfinge

de Metal y quedó colgando allí, con los ojos aún mirando torvamente hacia abajo a los seres humanos en la playa.

"¡Por la ardiente mierda infectada!" Un destello de fuego hizo desaparecer en un hervor las gruesas gotas de sangre de dragón que habían manchado los escudos de Baltrice. "¿De verdad acabas de hacer eso?"

"Sí."

"¡Acabas de matar a Nicol infectado Bolas!"

"No."

El dragón volvió a aparecer justo encima de la pila humeante de órganos internos. Extendió su garra y una energía aniquiladora se vertió de ella, encendiendo el mismo aire. El poder arrojó a Tezzeret hacia atrás y hacia abajo, cayendo en un hoyo profundo y empinado de arena de eterium al rojo vivo. Sólo los bordes de la descarga se comieron los escudos de Baltrice tan rápido que ella tuvo que agarrar a Jace y esquivarlos a lo largo del pedestal para evitar que ambos fueran asados vivos.

El dragón siguió vertiendo el torrente ardiente de poder en el hoyo como si no hubiera podido ser molestado con cosas triviales como conservar el maná. Golpeó a Tezzeret con niveles de energía que deberían haberlo matado junto con el artífice, ya que un poder de esa magnitud sólo podría mantenerse vertiendo su vida en el asalto junto con cualquier reminiscencia de maná que hubiera podido reunir. La intensidad del ataque licuó la arena, convirtiendo la fosa en un caldero lleno de eterium fundido en el que Tezzeret se hundió como una piedra.

De donde él surgió una vez más, alzándose suavemente en el aire como si hubiera sido propulsado en alto por el poder que debería haberlo destruido.

Su armadura ni siquiera pareció caliente.

Aplaudió con las manos delante de su rostro y la onda expansiva del dragón se extinguió al instante. Empujó los puños doblados en línea recta hacia abajo como un hombre alzándose de una piscina y el gran dragón mismo cayó impotente de cabeza en el eterium fundido.

Una erupción volcánica de llamas y metal ardiendo desde abajo explotó alrededor de Tezzeret sin efecto notable. El efecto sobre el dragón fue más espectacular ya que en un parpadeo toda su cabeza se transformó en cenizas y su cuello rugió con las llamas y ardió todo el camino hasta su esternón.

"Espera..." dijo Baltrice frunciendo el ceño. "¿Qué demonios está pasando?" ¿Cómo es que un viejo y simple metal fundido al rojo vivo convirtió toda su cabeza en cenizas cuando unos minutos antes el mejor tiro de ella no había echo ni parpadear al bastardo?

Tezzeret no volvió a mostrar ninguna señal de júbilo. Voló de costado sobre el enorme cadáver humeante del dragón y tomó una posición en la pata delantera izquierda de la Esfinge de Metal.

Y esperó.

Sobre el pedestal detrás de él Jace agarró el brazo de Baltrice. "Algo está mal..."

"¿Oh, te parece? ¿Cuál fue tu primer condenado indicio?"

"No..." La otra mano de él se fue a su frente. "No, es el dragón. Los dragones."

"Sí, eso ya lo pude deducir yo," dijo ella tirando de Jace con ella para ponerse a cubierto detrás del codo de la Esfinge Metal.

Esta vez dos Nicol Bolases aparecieron simultáneamente, a cada lado de Tezzeret. Uno simplemente arremetió y agarró al artífice mientras que el otro dobló el cuello para cortar por la mitad al mago de un mordisco.

"Lo que estoy diciendo," insistió Jace ferozmente, "es que estos dragones, estos Bolases, no son realmente Bolas."

"¿Y qué? No son nada con lo que querríamos meternos."

"Baltrice, escucha; yo he tocado antes su mente. Y estos dragones... se parecen a él, incluso podría manejar algo de su poder, pero ni siquiera tienen mentes. Ninguna mente en absoluto."

"¿Puedes leerlos? ¿O, ya sabes, no leerlos o lo que sea? ¿Qué pasa con el dispositivo de Tezzeret?"

Jace negó con la cabeza. "Tal vez no funciona aquí o algo así pero eso no es lo importante..."

"Al diablo que no lo es... es por eso que vinimos aquí, lo que significa que es hora de irse." Ella se asomó por el gran codo de eterium para dar una breve vistazo  sobre cómo lo estaba haciendo Tezzeret.

Los dos dragones que lo habían sostenido se habían reducido a restos óseos de un rojo brillante, sus pieles se habían derretido y goteado formando enormes charcos de jarabe de carne bajo sus huesos. Pero en ese momento cuatro dragones venían hacia él, dos con magia y dos con garras y dientes, y para el ojo experimentado de Baltrice, parecía que Tezzeret estaba empezando a sentir la presión. Al parecer se estaba empezando a concentrar más y más en la defensa y sus contraataques ya no eran instantáneamente letales.

Y aunque lo hubieran sido no hubiera importado ya que ocho Nicol Bolases más llegaron vadeando a través de la sangre derramada de sus predecesores, esperando su turno para atacar.

"Jace, tenemos que irnos," dijo ella entre dientes. "¡Tezz no podrá mantenerlos para siempre y después de que ellos lo mastiquen y traguen todavía seguirán teniendo hambre! ¡Tu magia funciona y a quien demonios le importa qué o por qué Tezzeret está siendo asesinado por cosas sin sentido o por cualquier otra maldita cosa porque me parece que oigo a mi podrida madre llamando y ya lleva muerta veinte años por lo que vamos, salgamos de aquí!"

Una neblina azul de poder crepitó alrededor de la cabeza de Jace. "Espera... ellos no son falsos," dijo con el ceño fruncido por la concentración. "Y no son ilusiones.... Es como si estuvieran muertos. Como... como..."

"Como zombis," dijo Baltrice a través de sus dientes apretados. "Hija de puta. Ahora mi día está completamente podrido. Vess."

"¿Qué?"

"Dije Vess. Esa pequeña perra succiona-zombis que a ti te gustaba tanto."

"¿Liliana? ¿Qué iba a estar haciendo ella aquí?"

"Si yo fuera un poco más rápida ella no estaría haciendo nada en ninguna parte," gruñó Baltrice. "Encuéntrala."

"Pero ella es incapaz… espera. Oh, infiernos," dijo él. Extendió la mano derecha y un destello de color blanco se disparó desde sus dedos y dio la vuelta alrededor de otra de las vigas de la Esfinge de Metal.

Liliana Vess salió caminando desde donde el maná blanco había desaparecido, su lustroso cabello negro cayendo en rizos alrededor de su inmaculado rostro. Sin embargo su ágil gracia danzarina no pareció evidente cuando ella se movió bruscamente, resistiendo cada paso, una marioneta rota arrastrándose hacia adelante por el fuego blanco que cubrió sus brazos, sus piernas y su pecho.

"Jace..." dijo ella en voz baja con los ojos brillantes de lágrimas. "Jace, yo no sabía que ibas a ser tú. Tienes que creerme. Lo siento… ¡lo siento mucho!"

"Yo no," dijo Baltrice y la atacó con una llamarada tan poderosa que la bella nigromante quedó instantáneamente quemada hasta los huesos. "Toma eso puta zombi."

"¡Baltrice!" Jace se quedó sin aliento. "Baltrice, ¿qué has hecho?"

"No jodas más, Jace," gruño Baltrice. "¿Nos vamos o me voy sola?"

Los huesos carbonizados de Liliana aún estaban patinando a través del pedestal cuando Jace y Baltrice volvieron a escuchar su voz. "Bueno, eso no fue muy agradable."

Ellos giraron y ella salió de detrás de una viga diferente, sana y salva y ni siquiera chamuscada, el aire a su alrededor teñido de gris por las capas de su escudo.

Baltrice se mordió su labio inferior y otra descarga de llamas se juntó en su mano derecha pero antes de que pudiera atacar se vio azotada con un brillante cieno obsidiana de una tercera Vess, que estaba encaramada en lo alto de una viga curvada superior. El material pegajoso golpeó a Baltrice de costado y se aferró a sus escudos, masticando a través de ellos incluso mientras fue incendiado por estos y empezó a arder.

"¿Qué demonios?" Jace saltó al lado de Baltrice, levantó sus propias defensas y las hizo más gruesas y más profundas hasta que todo lo que vio fue un tipo de sombra azul. Los rugidos y explosiones de la batalla de Tezzeret contra la conflagración de dragones zombis sacudió el mundo que le rodeaba y para el momento en que llegó a Baltrice ya habían aparecido dos Lilianas más, elevándose por encima del borde del pedestal, llevadas en los brazos de espíritus como humo negro con brasas en vez de ojos.

"Deberías rendirte Jace," dijo una de ellas pero él no pudo dilucidar cuál Liliana había hablado. "Habrá tantas de mí como necesitemos Jace. No puedes ganar. Pelear sólo te lastimará."

"Baltrice, ¿qué está pasando?" dijo él, en voz baja, listo para el combate. "¿Cómo es que ella puede hacer esto?"

"No puede," gruñó Baltrice. "La única forma en la que ella podría estar haciéndolo es si está con un hijoputa ..."

"Relojero," dijo Nicol Bolas alegremente detrás de ellos justo cuando sus enormes garras se cerraron en torno a los dos. "Tienes razón. Felicitaciones. Ahora no luchen y esto no tiene que doler."

Jace se quedó quieto en su agarre; sabía muy bien que sería imposible luchar con Bolas. Baltrice, que también sabía muy bien que no debía luchar contra Bolas, lo hizo de todos modos, desatando toda la furia de su poder, que ni siquiera pudo chamuscar sus garras.

Ese debía ser el verdadero Nicol Bolas, pensó ella. Todavía no podía hacer ni pestañar al bastardo.

"Triste niñita," dijo el dragón. "¿Creías que no estaría listo para ti? Duerme ahora."

Un rizo de energía se enroscó en frente del rostro de ella y luego apuñaló a través de sus escudos casi sin resistencia. Baltrice quedó inconciente.

Jace aprovechó esta breve distracción para deslizar un zarcillo de pensamiento en la mente del gran dragón. Habiéndose convertido en un desgarrador de mentes mucho más competente que aquel de su último encuentro acunó una esperanza a medio formar que sería capaz de borrarse a sí mismo y a Baltrice de la mente de Bolas, al menos durante el tiempo suficiente como para que ambos pudieran escapar. Pero en el instante en que estuvo dentro del cerebro del dragón encontró algo tan asombroso que se quedó sin aliento, "¿Qué demonios está haciendo *eso* allí?"

Nicol Bolas volvió su mente y su mirada a Jace. "¿Qué demonios está haciendo qué en dónde?"

Antes de que Jace pudiera responder un destello de azul serpenteó bajo el ala del dragón y se clavó en el rostro de Beleren... y la mente de Jace se desvaneció. Simplemente desapareció.

Desapareció como si su cuerpo no hubiera sido más que un maniquí. Su cuerpo todavía respiraba y su corazón seguía latiendo pero la mente del joven mentalista había muerto.

Tan muerto como había estado Tezzeret.

Bolas gruñó y se retorció alrededor pero Tezzeret todavía estaba luchando contra los dragones cadáveres. Alguien más debía haber hecho esto. O lo estaba haciendo. O iba a hacerlo en breve. O algo. Aunque él lo podía hacer por si solo la relojería no era algo que hiciera más fácil el pensar con lógica.

"¡Lilianas!" gritó el dragón. La mayoría de ellas estaban en el frente de la Esfinge de Metal, controlando a los Bolases zombi que Tezzeret estaba tan estudiadamente desmantelando, pero algunas aún permanecían allí al alcance del sonido de su voz.

"¿Sí, Grande y Poderoso Bolas?" respondieron las ocho al unísono. Ella siempre le llamaba así y a él ni siquiera le importó el amargo tono de sarcasmo en su voz; le gustaba el título lo suficientemente como para querer hacerlo oficial. Sería particularmente divertido hacérselo usar a Tezzeret. "Vayan allí y ayuden a sus otros yo a pisotear a Tezzeret." Bolas se detuvo por un momento, frunciendo el ceño. De repente se sintió mareado y

decididamente con nauseas. ¿Un efecto secundario de tanta relojería a la vez? ¿O el efecto de lo que fuera que había visto Beleren? Fuese lo que fuese él decidió que había llegado el momento de llevar esa farsa a su fin.

Sacudió su cabeza para despejarla y dijo: "No lo maten. Sólo golpéenlo hasta que no pueda defenderse. Necesito su mente intacta."

"Como usted ordene, Gran y…"

"Ahórrenselo. Sólo hagan lo que se les dice," gruñó Bolas alrededor de sus dientes apretados. De repente ya no se sintió más divertido.

Escondió a la piromante y al cuerpo vacío del leedor de mentes en una línea de tiempo alterna, una en la que Tezzeret nunca había llegado a la Isla de Metal. Luego hizo una atadura menor para preservarlos en animación suspendida y así poder estar seguro de que iban a estar ahí siempre que él los necesitara.

"Realmente debería haber aprendido esto hace mucho tiempo," se dijo para sus adentros. Decidió no pensar en la sugerencia de Tezzeret que habría aprendido relojería siglos o incluso milenios antes y simplemente se había olvidado. Ya recordaba suficientemente bien haber sido un maestro funcionalmente omnipotente del tiempo y el espacio, mucho antes de la Reparación, pero esos poderes ahora estaban mucho más allá de él. La relojería era un enfoque diferente a casi la misma cosa, y era gratamente fácil para un ser de su intelecto y poder.

Si alguna vez llegaba a imaginar cómo hacerlo él podría deslizarse a una línea principal temporal donde la Reparación nunca hubiera sucedido. Si es que lograba encontrar alguna. Cuando había buscado por primera vez una línea principal donde su poder no había disminuido había descubierto que no había ninguna, lo que podría indicar que la chusma de entrometidos caminantes de planos que habían forzado la Reparación a través de la garganta de Dominaria había estado en lo cierto. Bolas fue lo suficientemente amable como para concederles la posibilidad. Era fácil ser generoso teniendo en cuenta que su Reparación los había matado a todos.

Una rotunda detonación y su asistente roció carne y sangre de dragón pudriéndose regresándolo de nuevo al presente. Gruñó para sus adentros. Se había vuelto a ensimismar y esta vez en medio de una pelea. Una fea tendencia teniendo en cuenta la urgencia de su proyecto. No más soñar despierto, se dijo. No más. Concéntrate.

Tezzeret había dicho que Bolas no era el dragón que solía ser y Nicol Bolas no tenía ninguna intención de permitir que el mecanicista descubriera cuánta razón tenía. Pero incluso la más diminuta astilla de un Bolas valía mil millones de Tezzerets y ya era hora de dejar eso en claro.

Es hora, repitió Bolas y rió para sus adentros. Incluso después de veinticinco mil años él seguía siendo su mejor audiencia.

Salió de la matriz de vigas para darse un poco de espacio para trabajar; aunque no era que realmente necesitara espacio para lo que iba a hacer. La relojería que practicaba Bolas era principalmente

una actividad mental, donde todas las cosas interesantes se agrupaban alrededor de la intersección entre la percepción y la voluntad, pero aún así moviéndose un poco más lejos de la Esfinge Metal hizo que todo rodara un poco más suavemente. De alguna manera algo acerca de esa inmensa masa de eterium concentrado le nublaba su mente. No podía poner una garra en lo que era, excepto que cuanto más eterium había alrededor más dificultad parecía tener en mantener su mente en la tarea frente a él.

Reflexionó que una vez que terminara con Tezzeret quizás querría destruir ese universo entero. Extraer todo ese eterium de la creación le estaría haciendo un favor a sí mismo pero también más o menos derrotaría el propósito de todo ese esfuerzo. Si tan sólo todo ese maldito material no fuera tan condenadamente útil.

Suspiró. La vida hubiera sido mejor si hubiera matado a Crucius mil años antes... pero por otro lado él aún no había explorado plenamente los límites de este poder de relojería. Tal vez ese momento ocurrido mil años atrás no estaba del todo fuera de su alcance, aunque algunos de los varamientos temporales involucrados serían complicados. Quizás él terminaba saltando en una línea principal preexistente diferente, o creando una nueva, y no estaba del todo seguro de cómo iba a saber la diferencia, o incluso si alguna vez había habido una. Y no estaba muy seguro de si regresar o no para matar a Crucius podría ser una buena idea, o si estaría corrigiendo un error que ya no hubiera hecho... y además el fantasma de la Reparación también se cernía sobre su pasado.

A pesar de que ya no podía recordarlo del todo tenía la sensación de que el daño catastrófico a Dominaria tenía algo que ver con el tiempo y las paradojas y, bueno... algo. Él no podía traerlo bien a su mente.

Era terriblemente difícil navegar en cinco dimensiones con una mente de cuatro dimensiones. Supuso que podría mejorar con la práctica; después de todo él aún no se había encontrado con ninguno de sus seres futuros para advertirle que estaba cometiendo errores. Era obvio que si sus seres futuros eran como él no les importaría nadie excepto ellos mismos, incluyendo lo que habían sido, o sea él. Después de todo él no tenía ninguna prisa por retroceder en el tiempo y ofrecer advertencias a sus mismos anteriores. Anterior. Lo que sea.

Su atención volvió bruscamente al presente cuando el cadáver quebrado y humeante de una Liliana, que había navegado por el aire en una trayectoria lo suficientemente alta como para que le golpeara de lleno contra su  cara, le pasó rozando la nariz.

Él azotó su cabeza de lado a lado, gruñendo. ¿Qué condenada cosa le estaba pasando? Con una feroz concentración arrojó sus percepciones de costado a través del tiempo, buscando los hilos temporales de deshilachada improbabilidad que estuvieran más cerca. Sólo había dos o tres líneas más de tiempo donde él yacía muerto en la playa. El se extendió para invocar esos cadáveres a su propio hilo, donde serían puestos a buen uso por cualquiera de sus múltiples Lilianas.... Espera.

Su multiplicidad de Lilianas se había vuelto sorprendentemente menos múltiple.

A menos que uno añadiera al conteo las Lilianas muertas que yacían esparcidas por la playa de eterium en diversos estados de catastrófico deterioro. Asintió para sus adentros; debería haber esperado eso. Tezzeret había identificado la raíz de su problema inmediato y ahora estaba concentrando sus contraataques en las Lilianas, que eran considerablemente menos duraderas que los dragones zombis reanimados, sin mencionar que esos dragones zombis no estarían reanimados por mucho tiempo sin el poder de ella para dirigirlos. Bolas buscó hebras temporales cercanas pero él ya las había asaltado en busca de sus encarnaciones de Liliana. Si se dirigía más lejos sólo encontraría hilos temporales en los que la pequeña nigromante traicionera nunca había dedicado su alma a obedecerle, lo que haría que colocar a más de ellas en el medio de esa pelea fuera definitivamente desaconsejable.

Tezzeret siempre había sido inteligente.

Pero era exactamente su inteligencia, la característica principal que era su capacidad de concentrarse profundamente en cualquier problema inmediato al que se enfrentaba, lo que allí provocaría su destrucción. Sin importar lo inteligente que fuera Tezzeret, sin importar cuán incalculable fuera el poder que ejerciera en ese lugar, él seguía siendo un humano, con un cerebro humano dentro de su cráneo humano. Sólo podría concentrarse en una sola cosa a la vez.

Los dragones, sin embargo...

Debido a su ascendencia sauria la mayoría de los dragones retienen grandes nudos de ganglios neurales entre sus alas y en las bases de sus colas, tan grandes y complejos que son esencialmente cerebros subsidiarios; la adaptación evolutiva que les permitió coordinar sus cerebros secundarios le dio a muchos dragones una capacidad multitarea mucho más allá de la imaginación de cualquier humano. Y las capacidades de Nicol Bolas estaban más allá de la imaginación de los dragones.

Su mente era un lugar enorme y alterado, relleno con veinticinco mil años de recuerdos, hechizos medio olvidados, y restos desordenados de sueños y aspiraciones. Milenios antes él había iniciado un proceso para compartimentar su mente, creando una estructura mental organizada que le permitiera acceder a la información que quisiera sin tener que rebuscar a través de montañas metafóricas de irrelevancias. En el proceso había separado funciones de procesamiento cognitivo, mentes virtuales cuya responsabilidad era la gestión de cada uno de sus sectores particulares de conocimiento, experiencia y habilidad.

Si bien era cierto que esta estrategia no estaba funcionando tan bien como lo había hecho alguna vez (la función seguramente deteriorándose seriamente debido al efecto destructivo de la condenada Reparación Final) era más que suficiente para sus necesidades actuales.

Asignó una de esas mentes secundarias a hacer el seguimiento de los cuerpos de Baltrice y Jace mientras investigó la fuente del hechizo de maná azul que había matado a su mente dejando su cuerpo intacto. Otra mente secundaria estaba ocupada en examinar sus recientes interacciones con Tezzeret, especialmente con respecto a Sharuum y la Esfinge de Metal que podía o no ser Crucius. Una tercera mente secundaria se las arregló con la lucha en la Isla de Metal, más que nada una función de alimentar pedacitos de maná para reforzar las defensas de cualquiera de sus seres muertos que actualmente estuvieran siendo desmantelados y de vigilar a las Lilianas que quedaban. Quería terminar la pelea con al menos una de ellas porque la nigromante era a la vez valiosa y divertida y aunque él sólo la valoraba como un activo no quería la dificultad que podría requerir atrapar otra versión de ella. Esto dejó a su conciencia primaria con nada de qué preocuparse salvo someter a Tezzeret.

Cuando se dispuso a hacerlo se encontró considerablemente divertido por los alardes ocasionales que le gustaba hacer a Tezzeret de ser el más grande maestro de eterium del Multiverso. Al parecer el enorme intelecto de Tezzeret había logrado dejar pasar el hecho de que él mismo Bolas había creado a los Buscadores de Carmot y que no había nada que conociera cualquiera de los Buscadores que no fuera conocido por el dragón. Y eso por no hablar de que hay una serie de características del eterium que Bolas estaba razonablemente seguro de que sólo él conocía (y posiblemente Crucius, si es que la esfinge escurridiza alguna vez volvía a aparecer). Una de ellas era que debido a la peculiar naturaleza del eterium, que existía de forma simultánea en la realidad y en las Eternidades Ciegas, había ciertas vulnerabilidades que alguien con el tipo adecuado de poder podría explotar.

El tipo adecuado a ese poder, en este caso, era una combinación de caminante de planos y relojero.

Nicol Bolas subdividió su conciencia primaria en tres partes. Una parte emprendió la mística concentración de voluntad que fue el comienzo de un caminar por los planos. La segunda se puso a invocar un subconjunto específico de los recuerdos del dragón que tenía que ver con un cierto tipo de magia. La tercera centró su atención en un futuro próximo, explorando los fragmentos de probabilidad por toques de coalescencia. La primera parte terminó su tarea y un agujero en la realidad comenzó a abrirse... pero en lugar de entrar en el Bolas utilizó la segunda parte de su conciencia primaria para aferrarse a las Eternidades Ciegas con la intención de lanzar uno o más hechizos de una lista a sus órdenes mientras que la tercera se mantuvo enfocada en el futuro, buscando uno que terminara con Tezzeret en sus garras.

La mente secundaria que había estado procesando sus interacciones con Tezzeret le advirtió severamente a Bolas que no lo matara; aún había mucho que aprender.

"No voy a matarlo," murmuró Bolas para sí mismo. "Pero esto le va a doler."

El dragón pudo juzgar el efecto potencial de cada hechizo de la lista de su segunda parte mediante el escaneo de los futuros probables que cambiaron y se desarrollaron mientras la segunda parte consideró este o aquel hechizo, poder, o una combinación de los mismos. Ni la primera ni la tercera parte de su mente estaba realmente consciente de que hechizo terminaría usando, pero no tenían por que estarlo; la segunda parte tenía esa cuestión totalmente bajo control ya que fue capaz de utilizar la dimensión etérica de la armadura de Tezzeret para canalizar una combinación de telekinesis y deformación menor que transformó, en la realidad actual, el interior del pectoral de eterium del mecanicista en una cuchilla que quebró su esternón, dejó su corazón expuesto, y cortó su columna vertebral, justo entre los omóplatos.

"¿Y que me dices de ese poder?" dijeron al unísono varias de sus mentes secundarias cuando al menos tres de ellas vieron (y una sintió) al corazón del mecanicista arrojar la mayor parte de su sangre a través de las uniones de su armadura.

La mente secundaria encargada de Tezzeret, sin embargo, reaccionó con la suficiente alarma como para darle a Nicol Bolas un dolor real.

"¡Ya dije que no voy a matarlo!" gruñó el caminante de planos. "¡Cállate de una puta vez!"

Mientras Tezzeret cayó moribundo a la arena cubierta de sangre la cuarta mente secundaria de Bolas liberó el poder que mantenía a todas menos a una de las Lilianas en esa línea temporal. La última Liliana simplemente parpadeó con asombro por su inexplicable victoria hasta que esa misma mente secundaria se metió en su cerebro y le dijo: *Duerme*, con lo cual ella se derrumbó inconsciente.

Esto liberó a esa mente secundaria para que se juntara con su conciencia primaria y, como las tareas asignadas de dos de las tres divisiones de su mente primaria estaban completas, él volvió a montar un inusualmente gran parte de sus recursos mentales para que atendieran al mecanicista moribundo.

Extendió una garra y el cuerpo inerte de Tezzeret se elevó en el aire y flotó hacia ella, goteando eterium líquido como si la armadura hubiera sido de hielo en lugar de metal. Cuando Tezzeret quedó una vez más desnudo Bolas, que tenía una comprensión algo más detallada de la anatomía humana que casi cualquier humano vivo, hizo funcionar un sencillo encantamiento que puso al mecanicista en un estado de animación suspendida similar al de Baltrice y Jace. Bolas estimó que si en algún momento decidía reanimar a Tezzeret sería capaz de reparar el daño físico con muy poca pérdida permanente de sus funciones.

Bajó la mirada con una mueca de desprecio por el humano yaciendo roto y ensangrentado en sus garras y dijo: "Como si yo hubiera podido estar alguna vez en peligro debido a ti, patético gusano. ¡Yo soy Nicol Bolas! ¿Qué tengo yo que temer de cualquier mago mortal?"

Su segunda mente secundaria, la que se había preocupado por Tezzeret, se preguntó en silencio que si Bolas nunca había estado en peligro, ¿por qué todos esos hilos temporales cercanos estaban llenos con sus cadáveres? Lo que fue una pregunta totalmente inquietante y una acerca de la que él no tenía ninguna intención de reflexionar.

Su conciencia primaria reflejó que su condición podría ser más grave de la que se había permitido creer. ¿Hasta dónde te has deteriorado como para comenzar a abuchearte a ti mismo?

El se detuvo un momento para evaluar su situación. El tema de Tezzeret parecía estar bien a mano, literalmente, y la forma ligeramente roncando de Liliana podría ser fácilmente desplazada en animación suspendida, y ambos podrían ser almacenados sin mucha dificultad junto a Jace y Baltrice en la Isla de Metal en ese hilo temporal cercano... así que eso fue exactamente lo que hizo.

"Supongo que eso significa que he ganado," dijo. "Yupi."

Era imposible estar muy eufórico por una victoria sobre rivales tan patéticos; celebrar ese triunfo sería como hacer un baile de victoria después de pisar un hormiguero.

Aún así: no está mal. Y logrado con muy poco costo o esfuerzo de su parte. Supuso que podría darse puntos por el estilo... por lo que Tezzeret hubiera llamado elegancia. El pobrecito Tezzeret... sólo otra de las hormigas.

Sin embargo el no pudo creérselo del todo. Aquello no parecía real. ¿Realmente había atrapado no sólo a Tezzeret, sino a Liliana, y Jace y Baltrice, después de todo ese tiempo?

Al parecer sí ya que él no podía encontrar ni un solo hilo temporal en el que ellos no fueran sus prisioneros. Así que, en pocas palabras, eso era todo. Punto.

Levantó la vista hacia el rostro inexpresivo de la Esfinge Metal. "Y estoy bastante seguro de que tú no vas a ninguna parte."

La esfinge, como era la costumbre de su especie, no respondió.

Bolas se acercó a la semblanza claramente abstracta de la zarpa de una esfinge y puso sus propias garras sobre ella, maravillándose ante la idea de que eso, justo allí, pudiera ser todo lo que quedaba de Crucius. Todo lo que habría jamás.

"¿En qué estabas pensando? ¿Qué te trajo aquí? ¿Por qué este lugar es lo que es?"

El supuso que encontraría esas preguntas mucho más convincentes si se hubiera preocupado de verdad por sus respuestas. No sólo tenía cinco Caminantes de Planos más que añadir al considerable surtido bajo su absoluto control sino también ese inimaginablemente vasto tesoro de eterium. Descartó la afirmación de Tezzeret acerca de que no podía llevarse nada de ese plano. Los conjuntos de Lo Que Tezzeret No Puede Hacer y de Lo Que Bolas No Puede Hacer no se cruzan de una manera significativa. Descubrir cómo podría llevarse el eterium, todo el eterium, con él sería simplemente una cuestión de evaluar poderes que Tezzeret no tenía, un conocimiento que Tezzeret no sabía, y hechizos que Tezzeret no podía manipular.

Todo ese eterium y los muchos Caminantes de Planos en sus manos y ahora que él lo pensaba se dio cuenta de que lo que tenía en ese momento podría verdaderamente, finalmente, inesperadamente, ser suficiente.

"Tal vez yo realmente he ganado. Lo he ganado todo. Eh. Yupi de nuevo." Suspiró. "Mi Momento Cumbre de Triunfo realmente debería haber sido más dramático."

Bolas pasó un intervalo considerable vagando un poco sin rumbo alrededor de la isla, admirando los árboles de eterium y la hierba de eterium y los afloramientos rocosos de eterium encorvados en la luz. Y hablando de luz... El dragón frunció el ceño cuando descubrió la sombra que proyectaba sobre la maleza de eterium. Algo sobre su sombra le preocupó y durante un largo rato no pudo darse cuenta de lo que era.

Ah, era eso. Su sombra no se había movido.

Bueno, lo había hecho cuando él se había movido, después de todo era su sombra, pero su ángulo era exactamente el mismo que lo había sido cuando él había llegado por primera vez allí. Varias horas atrás. ¿Acaso este planeta no gira? ¿Que infiernos está pasando aquí?

En donde estamos es todo un solo lugar. Aquí, siempre es ahora.

Se trasladó a la parte delantera del gran pedestal de eterium, pateando a un lado despreocupadamente los restos andrajosos tanto de sus propios cadáveres como los de Liliana. Él no era un sentimental y la lástima era ajena a su naturaleza. Incluso la autocompasión. Algo estaba yendo o había ido o irá mal, muy mal, y su habilidad para la relojería parecía estar haciéndolo, o haberlo hecho o ir a hacerlo aún peor en lugar de mejor.

Tenía que saberlo o tendría que irse. Probablemente ambas cosas.

Le otorgó a la copla infantil en la cara este del pedestal sólo lo suficiente de una mirada como para registrar que estaba escrita en un dialecto desaparecido mucho tiempo atrás de Draconiano Clásico ... Espera, ese era el idioma que habían hablado sus padres... un lenguaje que no había oído ninguna criatura viviente o hablado en los veinticuatro mil años desde que su lugar de nacimiento había sido destruido y todos sus parientes cercanos asesinados (para ser más precisos, desde que él había destruido su lugar de nacimiento y había asesinado a todos sus parientes cercanos). A continuación se entregó a un asombro pasajero sobre cómo Tezzeret podría haber siquiera reconocido los glifos por lo que eran, ni mucho menos descifrado lo que significaban.

Incluso se giró para preguntar antes de recordar que había secuestrado a Tezzeret en una línea temporal diferente y que despertarlo para preguntarle no sólo requeriría un gasto considerable de maná para curar sus heridas sino también obligaría a Bolas a soportar una conversación indeciblemente irritante del artífice.

Bolas negó con la cabeza, volviendo a disgustarse consigo mismo. El avance de esa senilidad o lo que fuera que fuese de verdad había conseguido salirse totalmente fuera de control. Que bueno era que él tuviera todo ese eterium y todos sus Caminantes de Planos cautivos porque de verdad necesitaba poner en camino todo este asunto de recuperación y reconstrucción personal antes de que se olvidara de qué era lo que necesitaba hacer para... ¿qué?

No pudo recordar por qué tenía que recordar algo y mucho menos que podría ser. ¿Cómo se suponía que debía pensar por allí? Una pregunta sin respuesta, lo que le llevó inexorablemente hacia una contemplación aún menos agradable.

¿No se estaba desmoronando mucho más rápido de lo que debería?

Eso tenía algo que ver con el eterium. O con ese plano en particular, ya que el eterium nunca había tenido ningún efecto notable sobre él en cualquier otro lugar. O con Crucius o la Esfinge de Metal o quienquiera que se suponía que fuera cualquiera de ellos, siempre que fueran ellos mismos, o no. O algo.

Más malditos acertijos.

Bolas volvió a sacudir la cabeza pero de alguna manera el temblor en lugar de despejarla espesó la niebla dentro de sus diversas mentes. ¿Cómo había hecho Tezzeret para descifrar los glifos? ¿Cómo podía saber Draconiano Clásico en absoluto y mucho menos el dialecto de las montañas nativas de Bolas? Bolas decidió que quizá valía la pena gastar el maná y soportar el agravio a cambio de algunas respuestas... si es que podía recordar dónde había escondido al mecanicista desanimado...

Oh, sí. Por supuesto. En esa hebra temporal con Jace y Baltrice y la última Liliana que quedaba; la línea de tiempo donde Tezzeret nunca había llegado a la Isla de Metal.

Se detuvo, frunciendo el ceño. "Espera... espera, ahí hay algo mal..."

Tezzeret de verdad había llegado a la Isla de Metal en esa línea de tiempo. Eso era lo que estaba mal. Bolas lo había acabado de poner allí. Pero eso no había hecho ninguna diferencia. No podría. ¿Podría?

De alguna manera no pudo escapar a la sensación de que esa había sido una mala idea.

De cualquier forma todo el asunto le preocupó. Era como si cuando lo había hecho ni siquiera había estado prestando atención....

Nicol Bolas descubrió que, por primera vez en su vida, no estaba seguro de nada. Y no le gustó. Ni un poquito.

"Bien," murmuró. "Esto, al menos, es algo que puedo arreglar."

Lanzó su percepción una vez más lateralmente en el tiempo; todo lo que tenía que hacer era encontrar un hilo temporal donde él no hubiera decidido poner a Tezzeret en ese lugar sino mantenerlo cerca, allí en la playa. Sencillo.

Al menos en concepto.

La ejecución, sin embargo, fue no solo inesperadamente complicada sino totalmente inquietante. Descubrió que no había

ninguna línea de tiempo, en cualquier lugar, en la que él hubiera tomado la decisión que estaba buscando. De hecho él no pudo encontrar una donde él hubiera tomado ninguna otra opción en absoluto. ¿Acaso eso quería decir que él nunca habría podido elegir? ¿Que era una especie de destino absurdamente predestinado o algo así?

Estaba empezando a creer que lo era o algo así cuando, a su pesar, descubrió que ninguna hebra temporal, ni una sola dentro del rango considerable de su percepción, manifestó signos de Tezzeret en absoluto, excepto sólo la hebra donde el artífice yació en la playa de eterium, la animación suspendida sosteniéndolo a minutos de su muerte. Y fue en ese momento cuando Bolas recordó que antes, cuando por invitación de Tezzeret él había explorado el futuro de ambos (cuando él había encontrado a tantos de sus propios cadáveres en tantas versiones de la playa) no había visto a ningún Tezzeret en absoluto. Ninguno. Vivo o muerto o en cualquier lugar en el medio.

¿Cómo podría haber sólo uno de él?

Bolas tuvo la sensación de que sería capaz de resolverlo todo con facilidad si tan sólo hubiera estado en otro lugar, lejos de la Esfinge de Metal, de la Isla de metal, el mundo que era todo un océano, lejos de lo que fuera que estaba bombeando sopa de guisantes en su cerebro. Reunió maná tan fácilmente como podría haber respirado hondo y luego abrió la superficie del universo para poder entrar en las Eternidades Ciegas.

Pero ¿cómo podría haber habido un solo Tezzeret? ¿Y cómo podría Tezzeret leer Draconiano Clásico? ¿Y que era lo que estaba pasando con todo ese asunto del sol que nunca se movía? ¿Y si el eterium se estaba metiendo con su cerebro él no debería averiguar cómo y por qué? ¿Acaso dejar todos estos misterios detrás equivaldría a clavar estacas en sus propios corazones?

Los rumores y murmullos de sus diversas mentes secundarias reflexionando sobre estas y otras preguntas inquietantes lo distrajeron tanto que cuando volvió en sí se encontró con que su agujero en la realidad se había cerrado sin que él hubiera siquiera dado un solo paso hacia el.

Esto, se dijo, podría ser un problema.

Bolas, con una gran determinación e intención sobrenatural, se concentró y volvió a utilizar maná para abrir un nuevo portal a las Eternidades Ciegas.

Y algún intervalo indeterminado más tarde de nuevo se encontró de pie en la playa con preguntas sin respuesta persiguiéndose unas a las otras  a través de los varios y diversos compartimentos de su mente, el portal habiéndose cerrado mientras él había estado pensando en las musarañas.

"Muy bien, es suficiente. Eso es exactamente todo el maná que voy a utilizar en esa tarea," murmuró para sus adentros. "Es hora de arreglarlo o de quemar todo este condenado universo. O las dos cosas. Puntos de bonificación extra para quien sea que adivine que."

Su rostro se contrajo en una mueca involuntaria mientras clavó su intención sobre el hilo temporal donde yacían los cuatro Caminantes de Planos uno al lado del otro. Con una fuerza de voluntad innecesariamente violenta se introdujo a sí mismo en esa línea de tiempo.

Se irguió sobre el cuerpo de Tezzeret, que bien podría haber sido una estatua, cuando notó que su ángulo de sombra de allí era sutilmente diferente al de la línea de tiempo que él acababa de abandonar. Su gruñido se profundizó en un rictus de rabia. Recogió el cuerpo de Tezzeret en una mano y con la otra arrancó una tonelada o menos de eterium del pedestal. Luego introdujo el cuerpo de Tezzeret plenamente en el metal ahora viscoso, dejando que este se volviera a endurecer a su alrededor, y luego simplemente lo lanzó con toda la fuerza que pudo reunir (física y mágica) hacia el océano infinito. Ni siquiera se molestó en marcar el lugar donde golpearía el agua, a algunos cientos de kilómetros de la isla, sino que en su lugar se giró hacia los otros tres Caminantes de Planos desanimados.

Se tomó un momento para atar a cada uno de ellos con su poder para que pudiera invocarlos desde cualquier lugar a través del Multiverso. Luego, uno a la vez, los recogió, abrió un agujero en la realidad, y los lanzó al azar a las Eternidades Ciegas. No había manera de predecir donde terminarían cualquiera de ellos o si alguna vez volverían a reaparecer en la realidad ordinaria. Si bien esto puede ser desastroso para cualquier Caminante de Planos sin protección el poder de Nicol Bolas los preservaría intactos hasta el final de los tiempos y un tiempo considerable más allá de ello. Todo lo que Bolas supo a ciencia cierta, todo lo que necesitó saber, era que podía traerlos a sus garras a voluntad. La magia que los mantuvo en animación suspendida y los ató a él sólo podría romperse por un mago más poderoso que su lanzador. Bolas se sintió justificado en su confianza de que la existencia de dicho "mago más poderoso" permanecería seguramente hipotética.

Habiendo logrando esto volvió su atención una vez más a Tezzeret. El estar en el mismo universo (especialmente en ese que parecía estar totalmente deshabitado) alivió a Bolas de cualquier necesidad de proximidad física. La forma suspendida de Tezzeret todavía se estaba hundiendo, lejos en el océano, hundiéndose cada vez más en kilómetros y kilómetros de trituradoras profundidades sin luz, pero para Bolas era una simple cuestión de acuchillar el cerebro congelado del mecanicista con una descarga de poder y volverse a adentrar en los recuerdos de Tezzeret.

Dudó por un momento final, cuando una de sus mentes secundarias, probablemente la misma que le había estado sermoneando antes, observó en silencio que volver a los recuerdos del artífice era *exactamente lo que Tezzeret le había invitado a hacer*, lo que realmente le revolvió el estómago por una momento. La sensación se pareció al temor.

Bolas no pudo recordar la última vez que había estado verdaderamente asustado.

Y no pudo imaginar por qué iba a tener miedo ahora.

Enseñó los colmillos, instruyendo en silencio pero con severidad a esa mente secundaria que se callara la boca antes de que la reasignara permanentemente al servicio de su intestino, e introdujo su mente por última vez, realmente la última vez, se prometió a sí mismo, de verdad de verdad, en el pasado de Tezzeret.

# Tezzeret
# Algo estúpido

"Este es un plan estúpido," dijo Baltrice. "Y eso viniendo de una chica que sabe algo acerca de planes estúpidos. He llegado a inventarme algunos únicos en su género. Pero nunca así de estúpido. En serio, Tezzeret, le estás rogando que te mate."

"No del todo," dije yo un poco abstraído porque la mayor parte de mi atención estaba centrada en crear grebas y escarpes con el eterium restante de mi trineo, mientras reservaba suficiente para guardabrazos, brazales, y guanteletes. "Estoy permitiéndole elegir si desea o no hacerlo, que no es lo mismo."

"Bien podría ser," dijo ella. "¿Qué demonios vas a hacer cuando él comience a envejecerte como un año por segundo o algo así?"

"Ante esa eventualidad," le dije, "dependeré de ti para que me rescates."

"Sí. Y esperarás a que pueda llegar a ti,  o él, antes de que te mate."

Yo volví mi atención a mi trabajo; lo obvio no necesitaba ninguna validación.

"Sólo estoy preocupada, eso es todo," dijo ella. "La espera me pone nerviosa. ¿Acaso a ti no te molesta?"

"Eres tú quien está esperando," le dije. "Yo estoy trabajando."

Los escarpes parecían estar uniéndose muy bien juntos. Crear mi armadura del eterium suelto de mi trineo de gravedad obviaba la necesidad de herramientas o taller. El metal era más que suficientemente maleable para moldearse a mi voluntad. Eso también significó que la armadura no demostraría ser una gran defensa contra una lanza, espada, flecha, o jabalina, pero esos no eran los tipos de amenaza que me preocupaban.

Yo manipulé las varias articulaciones del empeine del escarpe para asegurarme de que su flexibilidad fuera suficiente como para que yo caminara normalmente sin ser tan flojo que pudiera exponer mi tierna carne a las rudas atenciones de Silas Renn. Viendo que era adecuado creé a su pareja sin dificultad, me los puse, y seguí adelante con mis grebas.

"Pues estás apostando tremendamente a que sea un hombre razonable," dijo Baltrice.

"Me gratifica tu preocupación."

"Yo no me preocupo por ti," dijo ella. "Sin ánimo de ofender."

"Si no es ofensa."

"Es que… bueno, también estás lanzando la vida de mi jefe en el bote. Es él quien me preocupa."

"Obvio que lo haces." Las grebas fueron en realidad bastante simples y su incorporación a las pantorrillas fue obra de un momento. Pasé a los guanteletes.

"¿Qué se supone que significa eso?"

Yo levanté la vista hacia ella. "La naturaleza de tu relación de trabajo no es un misterio para mí."

Ella me miró de soslayo con desconfianza pero yo volví a trabajar en mis guanteletes.

"Todavía no veo cómo hacer algo estúpido no es realmente estúpido."

"Yo no voy a fingir que no es estúpido," le dije, "pero creo que de todas las variedades de estúpido a nuestra disposición esta es la más segura."

"La manera más segura de entrar sería encontrar al bastardo en uno de tus espejos de adivinación, luego abrir este portal de los tuyos justo detrás de su cuello y hervir su cerebro hasta que explote su cráneo."

"Ya he explicado los problemas de un asalto directo," le dije de nuevo un poco distante ya que los guanteletes resultaron se un poco más complicados de lo que había anticipado. Hacerlos similares a guantes, con dedos articulados de forma individual, consumiría suficiente eterium como para que yo necesitara desguazar algo del trineo de Baltrice para completar mi yelmo. "Puede que Renn haya estado aquí durante semanas, subjetivamente incluso meses. Él conoce tus habilidades y las mías y ha tenido tiempo más que suficiente como para preparar una defensa contra cualquier ataque que podamos concebir. Es por eso que nosotros no vamos a atacar."

"Sí, sigo la lógica. Sólo que no es exactamente mi estilo, ¿sabes?"

"Sí." Yo miré hacia arriba desde el guante, el ceño frunciendo mi frente. "De hecho tampoco el mío. El viejo yo, el hombre enojado con el brazo de eterium, indudablemente hubiera utilizado este eterium para idear varios dobles de Tezzeret de algún tipo, pensando en utilizarlos para confundir la previsión de Renn, como cobertura para una salida relámpago de una fuerza destructiva abrumadora."

"¡Ey, eso me gusta!" chilló Doc.

"A mi esa idea me suena no-estúpida," dijo Baltrice.

"Doc está de acuerdo contigo lo cual es una razón suficiente para abandonarla."

"Ah, Tezz, eso dolió."

"Me pregunto si siquiera sabes lo que es hacer daño," dije en respuesta. "¿Entiendes del todo lo que es sufrir?"

"Me obligan a escucharte, ¿verdad?"

Eso fue, reflexioné, un punto justo. "Baltrice, no hay ninguna forma de ataque que Renn no pueda anticipar. Dado bastante tiempo

subjetivo puede explorar casi cualquiera de todos sus futuros posibles. El ataque que acabo de describir está, sin duda, entre ellos. Y es por eso que yo no tengo ninguna intención de atacarlo, por qué no *puedo* tener la intención de atacarlo, o algo como el plan de un asalto de contingencia. Cualquier táctica que pueda concebir, sin importar cuán sutil o arcana, será obvio para él en el mismo instante en que me vea por primera vez."

Ella sacudió la cabeza con escepticismo, mirándome de reojo. "De verdad que eres diferente," dijo.

Yo me encogí de hombros y volví a trabajar en el guante. "Igual que tú."

"¿Te has preguntado alguna vez quién eres realmente?"

"No sé a lo que te refieres." La solución para el guante quedó clara: una sucesión de cinco bandas superpuestas para cubrir el dorso de las manos y los dedos, por lo que haciendo un puño protegería toda mi mano, aunque mis palmas permanecerían desnudas.

Habiendo logrado esto yo centré mi voluntad en volver a sacar de los hilos de placas de eterium más finos que pelos. Como la mano es relativamente más sensible que el pecho y la espalda o las piernas yo introduje esos hilos a través de mi piel para conectarlos directamente a mis neuronas motoras, algo que fue tan excepcionalmente incómodo como meter mi mano en agua hirviendo. Pero la conexión directa me permitiría usar la armadura casi de la misma forma en que yo habría usado mi antiguo brazo derecho: como una extensión de mí mismo.

"¿Tú sabes que Bolas te hizo algo, verdad?" Baltrice todavía me seguía dando esa mirada de soslayo. "¿Que te hizo diferente de quien solías ser?"

"Esa parece la explicación más simple. De lo contrario la diferencia en mi comportamiento tendría que ser atribuida a alguna experiencia conjetural en una hipotética otra vida, otra vida que yo ni puedo recordar ni siquiera imaginar."

El único problema con los brazales y guardabrazos fue como unir correctamente la articulación del codo. Habría sido más fácil si la armadura de placas hubiera estado de moda en Esper a diferencia de nuestras magias defensivas. En todo lo que yo pude basarme fue en algunos recuerdos no muy detallados de los cruzados Bantianos y mi propio ingenio.

"¿No te molesta? Quiero decir, es como si él te hubiera convertido en uno de esos golems que tú solías hacer todo el tiempo salvo que eres consciente de ti mismo. Te ves tan tranquilo todo el tiempo que es asquerosamente espeluznante. ¿Nunca sentiste que deberías, ya sabes, actuar como el verdadero tú? ¿Hacer cosas que sabes que haría el verdadero Tezzeret?"

Yo puse el guardabrazo en su trineo de gravedad y por un largo momento contemplé la arena bajo mis pies. No tenía ni idea de cómo expresar una respuesta honesta a su pregunta.

Al fin solo atiné a decir, "Baltrice, yo soy el verdadero Tezzeret."

"¿Sí?" Ella me miró de soslayo. "¿Cómo lo sabes?"

Yo extendí mis manos. "¿Cómo sabes que tú eres la verdadera Baltrice?"

"Bueno, yo... yo quiero decir, ya sabes, ¿qué quieres que te diga? Yo sólo soy yo."

"Sí. Yo también sólo soy yo."

"Excepto que no lo eres," dijo ella. "Mira, yo pasé antes mucho tiempo contigo, ¿sabes? Y he pasado tiempo contigo aquí. Tú no eres el mismo hombre."

"¿Te gustó mi yo anterior más que este?"

"Por los infiernos, no. Eras una bastarda rata de alcantarilla muerta."

"¿Entonces de qué te quejas?"

"No me estoy quejando. Me estoy preguntando. Me pregunto que estará pasando dentro de tu cabeza. Porque, ya sabes, al viejo Tezzeret se lo podría haber llamado de muchas formas pero estoy condenadamente segura que ‘difícil de leer’ no es una de ellas."

"Tal vez me encuentras difícil de leer porque estás buscando una profundidad donde no hay ninguna que encontrar. Yo soy lo que ves. Ni más ni menos."

"Profundidad nada. Tú estás completamente jodido de la cabeza y actúas como si estuvieras contento al respecto."

"Baltrice, déjame explicártelo de otro modo," dije lentamente y con mucho cuidado ya que ese era un tema que había que abordar con ella con más delicadeza. "Yo también te recuerdo diferente a lo que eres ahora. La Baltrice que yo conocía era... Bueno, digamos que parecías más infeliz. Maliciosamente infeliz. Y parecías estar interesada principalmente en infligir infelicidad en tantos otros seres como te hubiera sido posible, a menudo en forma de cicatrices de quemaduras."

"Sí, yo no era muy agradable," dijo ella encogiéndose de hombros. "Todavía no lo soy."

"Pero lo eres," le dije yo. "Ahora sonríes. Te ríes. De vez en cuando haces una broma que no implica hacerle daño o humillar a alguien. Piensas en otras cosas aparte de cómo lastimar a la gente."

"Sí, bueno, encontré un trabajo mejor." Ella hizo un gesto con la mano. "Una vez más sin ofender."

"Una vez más no pasa nada." Yo le sonreí, la forma más abierta e inocente que todo mi arte pudo conspirar para mostrar. "Pero supongamos, por un momento, que tu felicidad tuviera una base más concreta que simplemente disfrutar de tu trabajo. Supongamos que alguien te hubiera hecho feliz, digamos, por el bien del argumento, con un deseo secreto como el que uno encontraría en las historias de aventuras infantiles. Si algún misterioso benefactor te hubiera lanzado un hechizo para transformarte de la mujer amargada, enojada y agresiva que una vez fuiste en la mujer confiada y alegre en la que te has convertido, ¿no se lo agradecerías?"

"¿Estás bromeando?" Ella me miró con incredulidad. "¿Si algún bastardo puso magia en mí para meterse con mi vida? ¿Crees que le daría las gracias?"

"Yo lo haría."

"Yo le metería ambas manos en su culo y le arrancaría a la mitad de abajo hacia arriba." Baltrice pareció como si el tan solo considerar la posibilidad hubiera traído una ira hasta el punto del hervor. "Las personas que se meten conmigo consiguen agradecimientos de tercer grado."

Yo mantuve mi sonrisa para demostrarle que no había tenido intención de hacerla enojar. "Supongo que no has cambiado tanto después de todo."

"Por supuesto que no." Sin embargo ella siguió inclinando la cabeza y ofreciéndome esas miradas de reojo. "¿De verdad estás diciendo que te sientes bien con ello? ¿Sabiendo que Nicol Bolas metió sus garras en tu cerebro y lo revolvió como si fuera sopa?"

"Ese fue Jace," le recordé.

Ella se sonrojó. "Él tuvo razones para hacerlo."

"Por supuesto," le dije con facilidad. Jace Beleren era un tema sobre el cual yo no pude esperar que ella fuera racional. "Pero Bolas fue el que, para ampliar tu metáfora, 'desrevolvió' mi cerebro. Con su propia versión de la vida real de ese hechizo de las historias de aventuras. Hipotéticamente. Estoy seguro de que está dentro de la gama de sus poderes alterar mi cerebro para hacerme menos volátil, menos avaro, más concentrado, posiblemente incluso más inteligente. Más capaz en todos los sentidos. Si esto es así le debo más gracias que odio."

"¿Estás loco?"

"Sí, yo perdí mi preciado brazo, pero fue Beleren quien hizo eso, no Bolas. Lo qué Bolas hizo fue devolverme la vida y la salud, y encaminarme exactamente en la búsqueda fantástica que yo había superado con dolor y que me había visto obligado a abandonar décadas atrás; y debido a lo que me he convertido puede que de verdad tenga la oportunidad de lograr lo que siempre ha sido el deseo más preciado de mi corazón. ¿Cómo no voy a estar agradecido? ¿Debo odiar a Bolas por hacerme un mejor hombre?"

"Él te convirtió en una mejor herramienta."

"Todavía no veo por qué crees que esto me debería molestar."

"Y yo no puedo entender por qué no lo hace. Tezzeret, apenas eres humano."

"Sí," le dije yo volviendo a recoger el guardabrazo. "Ese es exactamente mi punto."

* * * * *

Me detuve por un momento antes de activar el portal, haciendo una pausa con mis dedos sobre la superficie de control de la intrincada arcada de eterium y miré hacia atrás a Baltrice. Ella se agachó en su trineo, balanceándose suavemente un par de metros por encima de la arena. "¿Los controles funcionan?"

"Claro." Ella lo demostró manipulando las palancas de control individuales para hacer girar el trineo de gravedad completamente alrededor, dispararlo hacia mí, y detenerlo instantáneamente a un

centímetro de mis piernas. "Igual que cuando me preguntaste hace dos minutos."

"Sería mejor si me dejaras configurarte con un enlace mental."

"Tal vez en mi próxima vida."

"Esas palancas de control son las únicas partes móviles del trineo," le recordé severamente. "Si se acumula demasiada arena..."

"Lo sé, lo sé."

"¿Cómo está la vista?" Ella inclinó mi más reciente modificación a su auricular, un brazo articulado que sostenía un pequeño anillo de eterium un par de centímetros delante de su ojo izquierdo. Yo parpadeé mientras exploré el auricular (auricular y anillo) con mi mente. ¿Bien enfocada?"

"No lo sé." Ella entrecerró los ojos a través del lazo. "Todo lo que veo desde aquí es una enorme pila podrida de estupidez."

"¡Oye, igual que yo!" intervino Doc.

"Exactamente," dije yo, lo que sirvió como una respuesta suficiente para los dos; el punto de vista de ella venía desde la perspectiva de mi ojo izquierdo. "Doc, necesito toda tu mente en el trabajo, ¿de acuerdo? A veces tú ves cosas que yo no veo lo que puede muy bien hacer la diferencia entre el éxito y una fea muerte."

"Yo estoy contigo, Tezz. En todos los sentidos imaginables. Pero tú ya sabes que si tuviera siquiera un indicio de una mejor idea..."

"Estaría encantado de escucharla," terminé yo por él. "Baltrice. ¿Lista?"

"Tan cerca de ello como me puede permitir esta vida."

Yo envié un pulso de maná a través de mi mano hacia la superficie de control del portal de tránsito y dentro de su arco, la vista de la duna de más allá onduló y se despejó, presentando en ese momento una vista cara a cara de varios miles de traseros zombis.

"Guau," dijo Doc con voz ronca. "Guau, son peores de cerca, ¿eh? Prácticamente puedo olerlos. Temblor."

"Sí." Yo di una última mirada por encima de mi hombrera a Baltrice. "Un portal de tránsito no es como una teletransportación convencional," le recordé. "Es una forma de doblar la realidad para traer los dos puntos juntos."

"Sí, sí, sí, como una puerta mágica. Lo entiendo."

"Sólo ten en cuenta que no es una puerta mágica. No te detengas en el umbral," le dije. "Yo lo mantendré abierto con mi propio poder. Cuando tú lo actives el portal se basará en el poder innato del eterium de la arcada. Se mantendrá activo durante sólo unos cinco segundos por lo que no te demores. Si se desactiva mientras tú estás pasando habrá una parte de ti allí y otra parte aquí y ambas partes estarán desordenadamente muertas. ¿De acuerdo?"

"De acuerdo," dijo ella ahora sólo de pasada.

"Si el portal falla de alguna manera contigo en este lado de él recuerda que tu trineo es muy rápido. Nosotros sólo estamos a veinticuatro kilómetros de distancia, algo que ese trineo puede cubrir en menos de dos minutos saliendo a toda velocidad. Sólo te pido que no..."

"Me ponga de pie o saque los brazos hacia fuera de la pantalla de energía, o haga nada estúpido. Más estúpido. Lo tengo."

"Si todo va bien tú nunca tendrás que moverte en absoluto de este lugar. Cuando las cosas se resuelvan te lo haré saber a través del auricular. Entonces podrás regresar a Vectis o quedarte conmigo, a tu discreción."

"Sí, ¿y cómo de probable es que todo salga bien?"

"No lo es. Para nada. Pero se debe estar preparado para esa posibilidad."

"Sí." Ella miró pensativamente a través del arco de eterium que yo iba a enfrentar en el Laberinto. Finalmente respiró hondo y dijo por lo bajo: "Suerte para ti."

"Y para ti. Para ambos."

"Lo que estás haciendo es una locura. Una locura," dijo ella. "Pero supongo que tú nunca fuiste un cobarde. Tal vez no eres tan diferente después de todo."

"Te sorprenderías," dije yo volviéndome hacia la puerta.

"¿Tezzeret?"

Yo me detuve ante el umbral.

"¿Has pensado acerca… quiero decir, y si en realidad te toma la palabra? ¿Qué vas a hacer si él solo abre sus brazos y dice: Me alegro de verte, pasa?"

"Desmayarme por la sorpresa," le dije y pasé a través.

# Tezzeret
## Pavana para una princesa muerta

Llegué a pocos metros antes del margen exterior de la multitud de zombis. Comprobar por encima de mi hombro no reveló ninguna señal del portal, que era como debería ser. Yo activé el enlace de ojo y oreja integrado en mi yelmo. "¿Estás ahí?"

"Todo bien," susurró ella en mi oído.

"Muy bien, entonces." Yo activé las defensas primarias de mi armadura, respiré hondo y fui capturado por un incontrolable ataque de arcadas.

"Dia… agj… blos," dijo Doc. "Atragantarse. Ahogo. Supongo que antes estaba equivocado acerca de haberlos olido, ¿eh? Más atragantadas. Arcada, también, sólo para ser sociable."

Yo fui incapaz de responder ya que el miasma feculento de los gases en descomposición desatados por la carne podrida de más de un millón de zombis había superado por mucho los límites de mi imaginación y por lo tanto también abrumado mis contramedidas. Estaba totalmente ocupado en tratar de evitar llenar mi yelmo con mi propio vómito.

Sostener el aliento no ayudó ya que el aire que inhalé bien podría haber sido un arma química. Este quemó mi nariz y mi garganta y, presumiblemente, también mis pulmones, desatando un espasmo igualmente convulsivo de tos. Finalmente reuní suficiente de mis recursos mentales como para modificar el campo anti-arena de la armadura, intensificando su crujido azul para que quemara los nocivos productos en descomposición como lo había hecho con el polvo de cristal del desierto  y así fui capaz de volver a respirar.

"*Tezzeret, ¿qué pasó? ¿Te han atacado? ¿Qué está pasando*?"

"Nada. Todo está bien. Los zombis apestan."

"*Estoy segura de que lo hacen, pero…"*



"Imagínate nadando en el vómito de un Nyxathid."

"*Oooh. Maldita sea, ¿tengo que hacerlo?*"

"Yo tengo una solución. Un momento." Yo fui capaz de recorrer mentalmente el enlace de mi armadura hasta su auricular con visión y ajustar su campo anti-arena como había hecho con el mío; ella no sería de mucha utilidad si empezaba a vomitar demasiado como para poder respirar. "Eso debería cubrirte. Ahora es tu turno de cubrirme."

"Estoy en ello."

Yo activé otro hechizo preparado, una ilusión sonora muy sencilla que hizo que el cielo pareciera crujir con truenos, y lo seguí con palabras que hubiera podido ser escuchadas, como truenos, por decenas de kilómetros.

"MI NOMBRE ES TEZZERET. NO ESTOY AQUÍ PARA LUCHAR. HABLARÉ CON QUIENES BUSQUEN EL CENTRO DEL LABERINTO. SIN MI AYUDA USTEDES NO TENDRÁN ÉXITO. MI NOMBRE ES TEZZERET..."

Amortigüé el sonido dentro de mi yelmo para que yo pudiera oír no sólo a Baltrice sino también a mis propios pensamientos.

Permití que la ilusión se repitiera tres veces completas mientras redoblé todos mis recursos para detectar cualquier respuesta, ya sea hostil, amable, o neutral. Para mí fue una cuestión de cierto regocijo haber creado una ilusión con la intención de transmitir la verdad.

Cuando no descubrí ninguna respuesta más allá de la atracción de un cierto interés carnívoro de lo zombis cercanos activé mis pantallas defensivas primarias y comencé a caminar hacia el Laberinto.

Los zombis, por supuesto, se cerraron sobre mí. Yo activé la capa más externa de las pantallas defensivas de mi armadura, que había ideado con la ayuda de Baltrice, ya que encontré su solución a nuestro problema de zombis siendo a la vez elegante y eficiente. Cualquier zombi lo suficientemente audaz como para intentar tocarme de verdad estalló instantáneamente en llamas lo suficientemente calientes como para no sólo hacer arder su cuerpo sino para propagarse a los demás presionándolo a sus espaldas. Mi progreso fue necesariamente lento, el ser incinerados no fue ningún impedimento para sus apetitos funcionalmente sin sentido, pero fue constante y sirvió al propósito adicional de dejarle absolutamente claro a Renn y a su ejército presuntivo de nigromantes que yo no intentaba nada parecido al sigilo o a un asalto relámpago. En cambio yo simplemente seguí adelante, el vértice de una larga estela de zombis ardiendo, con la razonable creencia de que a los nigromantes por delante no les importara la pérdida de unas pocas decenas de miles de sus siervos no muertos y esperando que ellos

respondieran de verdad a la ilusión audible, aún tronando por encima de mí, dando órdenes a sus subordinados para que se hicieran a un lado.

Aún así yo me abrí paso a través de los zombis todo el camino hasta la base de la estructura más cercana sin ninguna reacción notable de nadie ni nada excepto los zombis, que continuaron avanzando hacia mí e inmolándose.

La superficie externa del Laberinto tenía la textura de vidrio grabado al agua fuerte para parecer esmerilado. Era evidente que no era susceptible a arder o fundirse, sin importar la cantidad de energía que yo introduje en mi pantalla externa incendiaria. No había ninguna entrada visible, lo que no fue angustiante; de hecho todo lo contrario; si yo hubiera encontrado una puerta en mi primer acercamiento habría asumido que era una trampa y seguido adelante. "¿Doc? ¿Tienes alguna preferencia por la dirección en que deberíamos movernos?"

"¿Cuenta lejos?"

"Sí y no. Esa es una dirección pero no una que tomaremos."

"Oh, claro. Ya sabes, es que yo me estoy acostumbrando a esa sensación de que nos metas en estas situaciones a propósito."

"Eso parece poco probable." Yo le di la espalda a la pared y caminé hacia mi derecha, el infierno de fuego zombi siguiendo mi camino.

"Esa es una no-respuesta," dijo Doc acusadoramente. "Lo que parece no tiene mucho que ver con lo que es. Y poco probable no es lo mismo que falso."

"Correcto en los tres aspectos," le dije. "Estás aprendiendo." La columna de humo negro y grasiento de los zombis ya tenía un par de kilómetros de altura. Si Renn y sus nigromantes por alguna razón no podían oír mi atronadora ilusión sin duda que debían ser capaces de seguir mi progreso por el humo.

"Yo creo que nos pones en un peligro mortal para hacerme callar."

"Si es así no parece funcionar."

"Ya sabes lo que quiero decir. Tú me convences de hacer locas acrobacias como esta pequeña aventura y una vez que estamos en ella y yo veo de verdad en cuánto peligro nos has puesto ya es demasiado tarde para hacer algo al respecto. A menos que yo quiera vernos a ambos muertos. "

"Tu poder de veto parece estar limitado por la circunstancia."

"Esa es otra no-respuesta," dijo él. "¿Practicas esa basura o sólo te sale natural?"

Yo me permití una sonrisa fraccionada. "Ambas."

"Ahí está otra vez." Su voz se elevó. "¿Crees que es divertido?"

"Alguien tiene que hacerlo."

"¡Ves, de eso es lo que estoy hablando! ¡No es divertido y te aseguro que no deberías estar disfrutando de ti mismo en este momento!"

Aún no había señales de la actividad de nuestros presuntos adversarios. "Doctor, si yo hubiera querido pasar mi vida escuchando quejas sobre mi comportamiento me habría casado."

"Oh, como nosotros no estuviéramos casados. ¿Cuánto más de ‘una sola carne’ crees que podríamos conseguir?"

"En primer lugar yo no me siento muy cómodo con eso."

"Pruébalo de mi lado."

"Y olvídate del asunto de 'una sola carne'. Preocúpate por el ángulo de 'hasta que la muerte nos separe'."

"Eh, sí. Hablando de muerte; actividad a nuestra izquierda."

Yo giré para mirar el camino por donde habíamos venido. Aparte de zombis en llamas no había nada que yo pudiera detectar. "Yo no lo veo."

"Eso es demasiado. Mantén nuestra espalda hacia la pared luego explora cuarenta y cinco grados en perpendicular."

"Es mi espalda."

"Lo que sea. Relájate. ¿Lo ves?"

A pocas decenas de metros de distancia una serie de zombis parecía estar retrocediendo de la multitud, como si evitara las llamas de sus hermanos más cercanos.

"¿Eso es actividad?"

"¿Acaso ves que suceda en otro sitio?"

Yo no lo hice.

"No lo están haciendo por su cuenta," dijo Doc. "Lo están haciendo para ellos."

"¿Evaluación de amenaza?"

"Encogimiento de hombros. Demasiado pronto para decirlo."

Un ajuste mental que hizo más finas mis grebas y escarpes trasladando parte de su eterium para elevar equivalentemente mis botas me dio una mejor vista. El hueco de la apertura se había convertido en un anillo cuando varios cientos de zombis se habían apartado de su insensata presión sobre el Laberinto para agruparse en un coágulo más o menos circular de muertos vivientes. Había movimiento en el medio de ese coágulo y poco después yo tuve la oportunidad de dilucidar lo que era: los zombis más internos habían caído o bien se habían acostado en la arena, y los zombis a su alrededor estaban caminando sobre sus cuerpos hasta que estos también alcanzaron el centro y se acostaron. El montón de zombis se volvió tan alto como las criaturas mismas y los especímenes verticales se vieron obligados a trepar por el montículo creciendo.

"¿Tienes idea de a dónde va esto?"

"No," dijo Doc. "Pero este parece ser un buen momento para encender el resto de tus escudos."

Yo compartí su perspectiva e hice exactamente eso. "Baltrice," dije, "¿estás viendo esto? Parece que estoy recibiendo algún tipo de respuesta."

Silencio.

"¿Baltrice?" dije más agudamente. "Baltrice, *responde*."

Fruncí el ceño y envié mi mente dentro de los circuitos de eterium de nuestros auriculares vinculados. El mío, integrado en mi

yelmo, parecía estar funcionando perfectamente, por lo que lo dejé y busqué el dispositivo de Baltrice con mi mente... y no encontré nada. Como si el dispositivo ya no existiera. Mi corazón empezó a latir como un ser vivo tratando de salir a través de mi esternón.

Al parecer yo aún no era el golem sin emociones que ella había descrito. "Doc. Estamos en problemas."

"¿Oh, te parece? ¿Estás viendo esto?"

El montículo de zombis había crecido hasta casi tres metros de altura y probablemente tres veces más que eso en diámetro. Ahora su carne podrida había comenzado a derretirse como si hubiera sido puesta bajo una cascada de agua en correntada. Pero cualquiera que fuera el poder que estaba licuando su carne dejó sus esqueletos intactos aunque disolvió tendones y ligamentos. En momentos el montón de zombis se convirtió en un montón de huesos desnudos y desarticulados. Los huesos mismos empezaron a moverse, levantándose y retorciéndose y fundiéndose entre sí en una arcada que se ancló en un anillo fusionado a los huesos que quedaban. El arco tenía tres metros de altura y el anillo sobre el que se alzaba era tal vez de dieciocho metros de circunferencia. En el mismo instante en que se completó una extraña realidad giratoria distorsionó la visión a través del arco.

Un portal de tránsito no muy diferente al mío sólo principalmente en materiales. Cuando la vista se estabilizó yo me hallé mirando a lo que parecía ser una sala de estar lujosamente amueblada y lo que a mi me pareció ser una mujer joven de excepcional belleza, su lustroso pelo obsidiana desatado y envuelto en tirabuzones para enmarcar perfectamente su impecable rostro oval. Vestía un abrigo de seda translúcida, con capas ingeniosamente dispuestas para dejar exactamente lo suficiente a la imaginación. Ella dijo: "Tezzeret. Ha pasado un tiempo."

"Vess," dije yo lentamente. "Liliana Vess. La nigromante. Te recuerdo."

"Eso sería más halagador si no me hubiera costado tanto trabajo. Tenemos que hablar."

"Tú eres una Caminante de Planos..." Más y más recuerdos de ella estaban volviendo a mí, pero en glaciales fracciones y gotas, más lento que la melaza fría, casi como si la información hubiera sido oscurecida deliberadamente. Por Bolas, indudablemente. ¿Pero por qué? "No recuerdo que tú tuvieras este nivel de poder."

"Eso es parte de lo que tenemos que hablar," dijo ella con impaciencia. "Yo trabajo para Bolas, igual que tú. No tenemos mucho tiempo."

Interesante. Casi lo suficientemente interesante como para distraerme de mis necesidades inmediatas que incluían restablecer el contacto con Baltrice. "¿Estás sola?"

"Por ahora. Brevemente."

"Silas Renn."

Ella asintió, su mirada moviéndose de lado a lado como si él fuera a aparecer inesperadamente.

"¿Cuánto tiempo antes de que vuelva?"

"Depende," dijo ella. "¿Cuánto tiempo crees tú que le llevará matar a Baltrice?"

* * * * *

La sala de estar en el otro lado del portal de tránsito estaba tan bien amueblada como había parecido. Yo me puse de pie en medio de una alfombra que sin duda había costado más que lo que mi padre había ganado en toda su vida. Todavía tenía puesta mi armadura con todos mis escudos funcionando excepto el más exterior ya que habría sido de un invitado descortés prender fuego la casa de la anfitriona.

La luz del sol tenía allí una cualidad peculiar, más brillante y más caliente de lo que había experimentado hasta ahora sobre, dentro, de Esper, así como mostrando un color claramente más dorado. ¿Bant, tal vez? Yo todavía no había tenido tiempo libre como para familiarizarme con los detalles más finos de nuestros planos recién unidos.

Toleré un prolongado discurso de por qué Liliana Vess había ayudado a escapar a Jace de mis garras presumiblemente villanas y cómo se las había arreglado para derrotar algunos de los oscuros interrogatorios a los que al parecer yo la había sometido, y por qué esto y cómo eso y quien todo lo demás, al parecer sin fin; su relato estuvo plagado de evasivas, racionalizaciones y excusas para varios actos de los que yo no tenía ningún recuerdo en absoluto.

No hubo ninguna razón para revelarle esto a ella; todo lo contrario. Su historia ofreció una visión sustantiva de cómo ella pensó, y en lo que ella tomó por ser la verdad del por qué, y el poder y la crueldad a los que estaba dispuesta y era capaz de ejercer en la búsqueda de sus objetivos.

Que yo me quedara allí de pie en absoluto fue el resultado de una evaluación fríamente racional de las posibilidades de Baltrice contra Renn; especialmente si él se las arreglaba para tomarla por sorpresa; y mis propias posibilidades de rescatarla contra un relojero prevenido e informado.

Si yo sobrevivía a la mañana podría tener una oportunidad de vengarla.

Finalmente yo sentí que tenía que cortar la historia de Vess en el interés de agilizar las negociaciones aunque me encontré con un punto de curiosidad que sentí debía ser satisfecho. "Todavía no me queda claro por qué te has unido al servicio de Bolas," le dije. "Yo habría pensado que una mujer, maga, y Caminante de Planos de tu inteligencia y experiencia se lo pensaría mejor antes de firmar algo con sangre y mucho menos un contrato vinculante con Nicol Bolas."

Ella pareció un poco irritada. "Tú también trabajas para él."

"En contra de mi voluntad," le dije. "Considerando el tipo de contrato que tú firmaste tú lo hiciste por tu propia voluntad. Nadie vende su alma por accidente, a través del engaño, o bajo coacción. No funciona así."

Ella apartó la mirada y una sombra se posó sobre su rostro opacando el brillo de sus ojos. "Hay voluntades y voluntades y no todas las coacciones son iguales," dijo ella. "Sólo digamos que Bolas era la mejor opción que me quedaba."

"Tus otras opciones deben haber sido realmente graves."

"No puedes ni empezar a imaginarte." Ella sacudió la cabeza para alejar la sombra. "Tenemos que hablar de Crucius y Bolas y Renn."

"¿Estás aceptando mi oferta?"

"Aceptaré cualquier ayuda que pueda conseguir. Incluso de ti."

Yo me encogí de hombros sin importarme el insulto. Ella ya no me conocía más, si es que alguna vez lo había hecho. "Tu enfoque de fuerza-bruta-e-ignorancia no ha podido resolver el Laberinto. Créeme cuando te digo que nunca lo hará."

"Bolas introdujo a los zombis desde Grixis," dijo ella con seriedad. "Pero fue mi idea."

"A él no le agrada gastar maná en operaciones inútiles," le dije. "Pero a mi tampoco. Si tú, o él, se hubieran molestado en preguntarme yo podría haberte dicho de antemano que no iba a funcionar. Y, algo más útil, podría haberte dicho por qué."

"Me lo puedes decir ahora."

"Puedo."

Después de uno o dos segundos ella dijo, "¿Y bien?"

"Poder no es sinónimo de querer."

Su rostro se quedó como si hubiera sido tallado en piedra fría. "¿Qué deseas?"

"Deseo, necesito, cierta seguridad de que puedo confiar en cualquier palabra que salga de tu boca."

Ella se permitió una risa sin sentido del humor. "¿Confiar? Creo que los dos ya somos adultos bien crecidos, ¿no? Si no quieres trabajar conmigo estás invitado a volver a quemar a los zombis de Bolas."

"Él te tiene en una prensadora, ¿verdad? Y la está apretando todos los días."

"A cada hora," dijo. "Él tiene cero fe en tu capacidad para encontrar a este personaje Crucius por tu propia cuenta."

"¿Acaso hacer un trato conmigo fue tu idea?"

"Estoy desesperada, Tezzeret. Casi acabada."

"Una rima imperfecta."

"¡Maldita sea, escúchame! Bolas lo sabe todo, tu pequeña charla con la reina esfinge y toda la maldita cosa."

"Yo ya esperaba que él pudiera saber lo que ocurrió en la Academia de los Buscadores," le dije, "pero eso está lejos de todo. ¿Cuál es tu oferta?"

"No lo entiendes," dijo ella. "Lo tienes todo al revés. Él sabe demasiado, probablemente pueda resolver el laberinto por sí solo."

"Lo dudo."

"Tenemos que detenerlo. De alguna manera."

"Un proyecto aún más dudoso que localizar a Crucius."

"Si tan solo," dijo ella. "La última cosa en el Multiverso que nosotros queremos hacer es darle a ese hijo de perra lo que quiere. Tenemos que asegurarnos de que nunca encuentre a esta esfinge suya. Nunca."

Doc susurró en mi oído izquierdo, "Ni siquiera pienses en ello. A menos que quieras arruinar nuestra amistad."

"Una propuesta interesante," le dije a Vess. "Supongamos, por el bien de la discusión, que yo estoy dispuesto y que soy capaz de conspirar contigo contra el dragón, ¿que saco de ello?"

"Lo mismo que yo. Tu vida y tu libertad. Si ganamos."

"Ah."

"¿Nunca te has puesto a pensar por qué Bolas quiere encontrar a Crucius?"

"Tengo varias teorías."

"Yo también. Excepto que yo realmente sé algo acerca de lo que trama Bolas."

Yo limité mi respuesta a: "¿Oh?"

Ella lanzó una mirada nerviosa por la habitación, como si comprobara los rincones en busca de espías indiscretos. "No sé cómo planea hacerlo y ni siquiera sé por qué pero tengo una pista sobre qué. Tú ya sabes cómo él a veces se pone juguetón y cómo le gusta burlarse de ti con los Misterios Del Multiverso Que Tu Nunca Comprenderás. Bueno, él no es tan bueno en eso como solía ser. Es casi como si en realidad no pudiera recordar lo que ya ha dicho. En los últimos meses yo he sido capaz de encajar algunos pedacitos juntos y lo que estoy viendo no se ve bien. Tezzeret, creo que él nos quiere matar."

"¿Nos?"

"A los Caminantes de Planos," dijo ella. "A todos nosotros. Bueno, al menos a todos los que son de su propiedad. Tiene algo que ver con estos juramentos de fidelidad que está recogiendo. Y él está planeando hacer... algo. A nosotros. A todos a la vez. Y por cómo habla él no está esperando que cualquiera de nosotros esté después alrededor. No estoy segura de cómo, ni cuándo, pero él está absolutamente seguro de que puede, y debe, hacer lo que demonios esté planeando."

"Él nunca sufrió por falta de confianza."

"Pero hay algo peor," dijo ella con tristeza. "Creo que va a destruir el universo."

"¿Discúlpame?"

"Eso es lo que parece. Todo este plano y todo el mundo en él. Grixis, Esper, Jund, Bant y Naya. Todas las condenadas estrellas en el condenado cielo. Todo. Todo a la vez."

"Eso sería..." dije yo buscando una palabra adecuada y encontrando sólo una, "lamentable."

"Y tal vez no sólo aquí. Ravnica. Kamigawa. Lorwyn. Mirrodin. ¿Quién sabe? No estoy seguro de que Bolas mismo lo sepa... se ha estado volviendo cada día más errático. Tezzeret, podría acabar con todo el Multiverso por error."

"Una perspectiva desalentadora. Pero no estoy seguro de que ninguno de nosotros pueda hacer mucho al respecto."

"Crucius," dijo ella. "Crucius está mucho tiempo en su mente. Todo el tiempo. Tú y yo no somos los únicos agentes que ha enviado a buscarlo."

"¿Entonces, qué estás proponiendo?"

"Tenemos que encontrarlo primero. No sé si Bolas lo necesita como parte de su plan o quiere matarlo para que no interfiera, o alguna combinación de los dos, y no estoy seguro de que importe. Lo que importa es evitar que Bolas ponga sus garras sobre Crucius. Permanentemente si es posible."

"Es una propuesta atractiva." Por una buena razón estaba claro que ella lo había diseñado de esa manera.

"Es como si ella hubiera leído nuestras mentes," dijo Doc.

"Ella no tiene por qué," murmuré yo.

"¿Qué dices?" preguntó Liliana. "Vas a tener que hablar más alto a menos que quieras quitarte ese estúpido casco."

"Me siento más cómodo así." La cadena de razonamiento de ella tuvo poco efecto en mí. Con todos los recursos que yo tengo a mi disposición no necesito una excusa para oponerme a Nicol Bolas y a todo lo que él haga. No necesitaba hacer girar una grandilocuente lógica apocalíptica para hacerme creer que ella haría lo mismo. Yo me lo habría creído aún si ella no hubiera ofrecido ninguna razón en absoluto. Conocer al dragón era odiarlo.

Nada de eso importaba. "¿Cómo procedemos desde aquí?"

"En primer lugar," dijo ella, "nos deshacemos de Renn."

"¿Matarlo?"

Ella frunció el ceño. "Por supuesto. ¿Qué te parece?"

"Yo prefiero un sencillo diálogo."

"Bolas y yo pensamos que Renn podría ser útil. Antes de que él me enviara aquí el invocó a Renn de alguna parte y probó su mente o algo así. Renn ni siquiera sabe tanto sobre Crucius como lo haces tú. Ahora que tú estás aquí él sólo es equipaje extra."

"Eso no es del todo exacto."

"¿Qué tal si agregas en la parte superior de eso que te va a matar apenas te vea? Que probablemente ya haya matado a Baltrice; ninguna pérdida para mí, odio a esa puta pesada, pero al parecer tu siempre te preocupaste por tu gente. Y..."

Ella volvió a mirar hacia otro lado y un bonito rubor subió por su exquisito cuello. Su tono, sin embargo, fue plano y tan feo como el rectificado de engranajes mal ajustados.

"¿Y?" dijo Liliana. "¿Qué te parece Tezzeret? ¿Aceptas?"

Suspiré. "Simpatizo con tu situación  y espero que creas que te ayudaría si pudiera. Sin embargo..."

"Siempre hay un sin embargo," dijo ella con amargura.

"Sí. Cuando se trata de llegar al centro del Laberinto de Cristal Silas Renn es más necesario de lo que eres tú."

Ella me miró con un pálido asombro. "¿Crees que puedes hacer un trato con él? Está completamente loco, puede que hable como una

persona normal pero en su interior está aullando a la condenada luna."

"Me he permitido eso," le dije. "Se dice que tienes que estar loco para estudiar relojería y cuanto más aprendes más loco te vuelves. La habilidad para elegir entre las realidades puede desconectarte de todas ellas. No por nada Crucius fue conocido como la Esfinge Loca."

"¿No hay ninguna manera de que pueda hacerte cambiar de opinión?" Ella se volvió hacia mí y yo me di cuenta de que sus sedas traslúcidas habían comenzado volverse cada vez más transparentes… pero no tan transparentes como ella. "¿Estás seguro...?"

"Liliana Vess," le dije con seriedad, "es muy probable que seas la mujer más hermosa que he visto hasta ahora. Al mirarte no puedo siquiera recordar el rostro de otra mujer. Si yo fuera lo suficientemente tonto como para permitirme fantasear que de verdad tú puedas sentirte atraída por mí las cosas podrían ser diferentes. Pero es mi trabajo ver las cosas como son. Un punto de vista para nada sentimental de tu oferta hace que la transacción sea muy llana."

Ella no pareció avergonzada en lo más mínimo. Encontró un ángulo aún más atrapante para sus bellos ojos y sus sedas continuaron evaporándose. "Una chica hace lo que tiene que hacer," dijo ella. "Al igual que tú."

"Lo que tengo que hacer yo no te incluye ti. La triste verdad es que yo sólo estoy interesado en la búsqueda de Crucius, para eso necesito Renn, y él me necesita a mí. Ninguno de nosotros te necesita."

Su rostro se ensombreció; ella incluso brilló hermosamente. "Siempre fuiste un hijo de perra."

"Posiblemente. Mis padres no fueron muy comunicativos acerca de ese tema."

Ella se giró y se dirigió hacia el portal. "Bueno entonces que te follen..."

"Ya me he negado."

"¡Y puedes encontrar tu propio maldito camino para regresar al Laberinto!"

No se podía permitir que ella se fuera así como así. Yo me volví, extendiendo un puño, alcanzándola con una mano invisible de poder, y la luz del sol tuvo allí una cualidad peculiar, más brillante y más caliente de lo que había experimentado hasta ahora sobre, dentro, de Esper, así como mostrando un color claramente más dorado. ¿Bant, tal vez? Yo todavía no había tenido tiempo libre como para familiarizarme con los detalles más finos de nuestros planos recién unidos....

*Espera un minuto...* Pensé yo

En momentos los huesos mismos empezaron a moverse, levantándose y retorciéndose y fundiéndose entre sí en una arcada que se ancló en un anillo fusionado a los huesos que quedaban. En el mismo instante en que se completó una extraña realidad giratoria distorsionó la visión a través del arco.

Esto no está bien, pensé, pero no estaba seguro de por qué. "¿Doc?" dije con voz ronca. "¿Hay algo malo en esto?"

"¿Quieres decir aparte del portal de zombis y los fuegos y Baltrice sin responder?"

"Baltrice..." yo recordé algo más sobre Baltrice, o pensé que lo hice, pero no pude ponerlo en mi concentración mental. "Baltrice."

"*Tezzeret, ¿qué pasó? ¿Te han atacado? ¿Qué está pasando*?"

"Nada. Todo está bien. Los zombis apestan."

"*Estoy segura de que lo hacen, pero…"*

"Imagínate nadando en el vómito de un Nyxathid."

"*Oooh. Maldita sea, ¿tengo que hacerlo?"*

"Yo tengo una solución. Un momento." Yo fui capaz de recorrer mentalmente el enlace de mi armadura hasta su auricular con visión y ajustar su campo anti-arena como había hecho con el mío; ella no sería de mucha utilidad si empezaba a vomitar demasiado como para poder respirar. "Eso debería cubrirte. Ahora es tu turno de cubrirme."

"Estoy en ello."

Ese sentimiento de *equivocación* sólo aumentó. "Baltrice, cambio de planes. Puede que esté bajo ataque, y podría ser Renn, y… yo no lo sé. Tengo una sensación que no puedo explicar. Estate preparada."

No hubo respuesta.

"¿Baltrice? *¡Baltrice!*"

Cuando uno diseña sobre la marcha por lo general es mejor empezar desde el medio y abrirse camino hacia el exterior a partir de ahí. Además, la coraza y las musleras serían lo más sencillo de crear, no requiriendo más que un ajuste aproximado. Toda la unión y el enchapado vendrían después. Yo sostuve una mano encima de mi trineo de eterium y su superficie dorsal empezó a ondular y sobresalir cuando yo arranqué el metal para las primeras piezas de mi armadura.

Doc dijo, "Puaj. ¿Qué es ese olor?"

No le hice caso. Los límites del Vidrinfinito estaban a unos cinco kilómetros de distancia y en la dirección del viento. Aunque los zombis son justamente célebres por su olor dudé fuertemente que pudiéramos olerlos desde allí.

Alrededor de dos kilos de eterium se vertieron hacia arriba en dirección a mi mano, liberándose del trineo en una lágrima invertida. Usé las dos manos para ayudar a la concentración de mi voluntad, ablandé el metal y lo hice girar como si fuera una masa de pan para formar un disco de espesor uniforme... y percibí el olor del que Doc había estado hablando. No eran zombis.

Era sangre.

El olor es inconfundible, pero se debe derramar una cantidad considerable de sangre para que el olor fuera obvio a una nariz humana ordinaria, especialmente al aire libre. Y ese olor fue acompañado por una subnota distinta de azufre así como un indicio del hollín proteico que surge de la carne carbonizada.

Tuve un pensamiento que Baltrice podría, posiblemente, estar cocinando algo en su trineo detrás de mí... ¿pero un animal que recién había matado? ¿En el medio del Desierto de Vidrio? Fue tan improbable que yo me detuve un momento, golpeado por una convicción irresistible de que yo ya había hecho eso antes. Y que lo que vendría después sería malo.

"Como si volviera a ser un déjà vu, ¿verdad?"

Me quedé helado. Si llego a vivir mil años nunca confundiré esa voz, la mezcla de condescendencia cada vez mayor  y maligna burla petulante.

El eterium cayó en mi mano y yo lo dejé allí. "Renn."

"Tezzeret, esta es la parte en donde giras y atacas." El sonó como si estuviera deseando que eso pasara. "Vamos, no seas tímido."

"O en la que giras y corres," dijo Doc en mi oído izquierdo.

"No."

"Lo harás, tú ya lo sabes," dijo Renn. "Y pronto. Por todo el bien que te hará."

"No he venido aquí a luchar."

"Oh, no va a ser una pelea Tezzeret. Tú atacarás y luego tomarás una siesta. Eso apenas califica como un combate."

"¿Estás seguro de que él está equivocado?" dijo Doc nerviosamente.

"Nadie tiene que salir herido," le dije yo.

Renn soltó una risita despectiva. "Esa piromante tuya no estaba de acuerdo. Siempre está ardiendo de furia, ¿no es así?"

Probablemente eso sonó divertido en su mente. "¿Dónde está? ¿Está viva?" pregunté.

"Adivina."

"Renn..."

"Puedes tratar de sacármelo a puñetazos."

"En otra ocasión."

"¿Se encargó de Baltrice?" Doc sonó horrorizado. "¿Justo ahora? ¿Mientras estábamos parados aquí?"

"No," murmuré yo. "Va a acabar con ella después de que yo me vaya. Él ni siquiera llegara aquí hasta que nosotros estemos en medio de los zombis."

"Entonces, ¿cómo puede...? ¿Por qué él está...? Quiero decir, ¿qué?"

"Es complicado."

"¿Oh en serio?"

"La armadura fue una gran idea," dijo Renn conversacional. "Yo siempre he admirado tu ingenio. Tú nunca sabrás cuántas veces me venciste. Debería decir, en cuáles líneas de tiempo me venciste."

"Algo me dice que esta no es una de esas líneas de tiempo," dijo Doc.

"Shh."

"Y al final yo me canso lo suficiente de perder que decido que deberíamos tener nuestra charla antes de que tu empieces una. De esta manera nos saltamos toda la pelea y llegamos directamente a la parte en donde yo te torturo. Mucho."

Al fin yo me di la vuelta. Renn estaba apoyado casualmente en el trineo de gravedad de Baltrice, el eterium de este manchado por una gruesa capa de sangre que parecía fresca. El área alrededor del trineo estaba tan empapada que el polvo de vidrio era totalmente negro. El olor a carne chamuscada se levantó de su ropa... pero no era su carne la que se había quemado.

"No tienes por que torturarme y no hay razón para hacerle daño a Baltrice," le dije.

Renn resopló. "Tampoco tengo que comer," dijo haciendo un gesto con los brazos de eterium hacia su pecho de eterium en el que el único órgano que quedaba era su corazón de eterium. "Pero yo como de todos modos."

"Yo te diré lo que necesitas," le dije.

"Oh, no hagas eso."

"Es por eso que vine aquí. Específicamente. Para compartir lo que sé."

"Siempre has sido tedioso," dijo Renn. Se empujó fuera del trineo gravedad hasta situarse en equilibrio sobre la arena. Sus escudos personales crepitaron y escupieron a medida que desintegraron el vidrio en polvo en el viento. "Escúchame, Tezzeret. Tú ya me has contado todo lo que sabes. Te he estado torturando durante varios días; en realidad una tortura recreativa. Sólo por diversión. Para pasar el tiempo. Después me aburro tanto que torturo a Baltrice hasta la muerte. Tú me dijiste todo incluso antes de que yo la toqué."

"¿Acaso sabe que lo que dice no tiene sentido?" susurró Doc.

"Lo que dice tiene sentido," murmuré, "aunque no para nosotros. Estate listo."

"¿Para qué?"

"¿Entonces por qué estás aquí, Renn?" Yo extendí mis manos. "Ya sabes todo lo que yo sé, ¿por qué hablar conmigo en absoluto?"

"Porque yo no lo sé todo," dijo él caminando hacia mí. La bruma dorada de sus escudos se intensificó y un ardiente maná blanco se agrupó en torno a sus puños. "Todavía estoy tratando de averiguar cómo escapaste."

"¿Lo hice? Bueno, bueno."

"Ni siquiera es posible," dijo él. "Yo te tengo atado con un sifón de maná y grilletes hechos con estos trineos por lo que no puedes usar ninguna magia en absoluto y te tengo en un campo hipertemporal de cien mil a uno. Para poderte ver envejecer. Y luego yo parpadeo y... te has ido."

"Interesante."

"Eso es lo que pensé," dijo Renn y arremetió con ambas manos. Una cegadora energía blanca borró el sol y el cielo y la arena y todo en el universo excepto el propio Renn. La energía me atrapó y me sostuvo en sus garras irrompibles, poniendo mi propia reserva de maná en mi contra, por lo que cuanto más me esforcé más fuerte se convirtió. "Dime cómo te escapas y yo te dejaré vivir el tiempo suficiente como para intentarlo de nuevo."

"Yo tengo una idea mejor," le dije a través de mis dientes, apretados con fuerza suficiente como para quebrarse por el poder de las ataduras de Renn. Concentrar mi voluntad en una determinada manera (no muy diferente a imaginar un pasaje musical tan vívidamente que yo podría cambiar tocando instrumentos mentales) no requería el uso de maná. "Te lo diré cuando te vea de nuevo... más o menos, hmmm, digamos, en veinte minutos a partir de ahora."

Renn apretó su agarre mágico hasta que yo ya no pude respirar. "¿En serio? ¿Y mientras tanto dónde estarás?"

Yo no pude hablar para responder así que le guiñé un ojo.

Su mueca de triunfo se coaguló en una de incierta incredulidad que me avivó hasta los centros de mis huesos. Entonces yo desenrollé la concentración de mi voluntad, exactamente como lo hubiera hecho si hubiera estado al mando de mi propio maná... exactamente como lo hubiera hecho si hubiera estado tratando de caminar por los planos.

Entonces se escuchó un “blam” excepcionalmente gratificante que borró a Renn y al desierto y a los trineos de gravedad, para volcarme jadeando en el suelo de una gran caverna tenuemente iluminada, llena de cristales rojos brillantes y que olía a dragón.

"¿Sabes?" dijo Doc malhumorado, "podrías habérmelo pedido...."

# Tezzeret
## Sangrita, piedra y sangre

Yo me puse de rodillas ya que mi pecho agitado y mis piernas temblorosas no me habrían dejado levantar el resto del camino.

"¿No crees que podríamos haber acortado eso un poco más?" dijo Doc. "No es como si tuviéramos prisa o algo así."

"Doc, por favor." Yo cerré mis ojos apretadamente y puse mis manos sobre mis sienes, tratando de exprimir el torbellino en mi mente hasta convertirlo en un torrente manejable. "Si antes no teníamos prisa ahora sin duda la tenemos."

"¿Prisa para hacer qué? ¿Tomar una siesta mientras esperamos a Bolas?"

"Que se joda Bolas."

"Tú primero."

Yo no había traído ninguna herramienta real del Desierto de Vidrio pero la tela de mi túnica y pantalones podría desgarrarse y trenzarse en una variedad de tipos útiles de cuerdas y el cuero de mis botas podría ser útil para correas. Pero lo mejor de todo fue el acero de las punteras y la correa que tensó la suela, por no hablar de los ojales. Sin embargo, tan pronto como yo pensé en esto me di cuenta de que mis pies estaban fríos. Peor aún, pude sentir la textura de los cristales de sangrita con los dedos de mis pies.

El abrir los ojos confirmó mi análisis. "¿Desnudo? ¿En serio? ¿No podías ni siquiera haberme dejado mis botas?"

"Quéjate al administrador," dijo Doc. "Yo fui diseñado como un plan de contingencia no un asiento de eyección."

Yo lo dejé pasar; no teníamos tiempo para discutir. "Veinte minutos," dije con gravedad. Sin herramientas.

"¿Veinte minutos hasta qué?"

"Renn nos recolocó a lo largo de mi línea de tiempo subjetiva para que pudiera llegar a mí antes de que yo hiciera la armadura. Él no podría haber atacado a Baltrice mientras yo estaba parado allí; yo le había dado la espalda a ella sólo unos segundos antes de que tú oliste la sangre y el humo."

"¿Qué pasó con ella? ¿Por qué se ha ido y Renn estaba allí?"

"Es posible que Renn nos haya estado hablando desde nuestro futuro. ¿No te diste cuenta cuán negra era la sangre? Y el olor a humo era demasiado débil. En su línea de tiempo él podría haber estado horas por delante de nosotros, tal vez días."

"¿Qué, nos estaba hablando desde después de haber acabado con Baltrice? ¿Después de que él iba a acabar con Baltrice? O algo así."

"Sí. Conmigo, con nosotros, también."

"¿Así que en nuestra línea de tiempo él aún no la ha atacado? ¿A pesar de que en la suya la agarró días atrás?"

"Mi mejor conjetura," le dije, "basada en cuánto tiempo pareció pasar desde cuando yo empecé la armadura hasta el momento en que se rompió nuestro vínculo con los auriculares, es que él la atacará en tan sólo unos veinte minutos."

"Los relojeros me dan dolor de cabeza."

"Sí."

"¿Así que crees que podamos llegar a tiempo para advertirle a ella o algo así?"

"O algo así."

"Ey, Ey, ahora, ¿no estarás pensando en estar de verdad allí, verdad? Tezz, vamos, ¿estás loco? El tipo acaba de hacernos retroceder en el tiempo. ¿Quieres pelear con él?"

"No," le dije. "Quiero ganarle."

"¿Para salvar a Baltrice?"

"Y a mí mismo. Y a ti."

"No lo entiendo. En serio. Nosotros podemos quedarnos sentados aquí. Bolas se presentará para volvernos a echar y él puede negociar un acuerdo con Vess en el que también estemos nosotros. Mierda, Tezz, quizás podamos ser capaces de hacer que Bolas acabe con Renn, de esa manera no conseguimos ser vencidos por ese mocoso. O asesinados."

"Baltrice no tiene ese tiempo."

"¿Y?"

Eso me detuvo por completo. Efectivamente. "¿Acaso ella no te agrada?"

"¿Tengo que recordarte que trató de matarnos al menos una vez ya esta semana?"

"Para proteger a Jace," le dije. "Ella no puede evitarlo. Yo no tengo nada en contra ella."

"Bueno, yo sí lo hago. Deje que la vaca gorda muera. Nuestra tarea es Crucius."

"Necesitamos a Baltrice," insistí. "La necesitamos."

"Oh, lo entiendo," dijo él. "Que a mi me guste no importa. A ti te gusta."

Yo fruncí el ceño. "Al parecer lo hago," le dije lentamente. "Pero ese no es el punto."

"A mi no me importa ni un cubo de cinco kilos de caca de rata lo que tú piensas que es el punto. Tal vez yo no pueda detenerte una vez que comience esa mierda pero si puedo evitar que la inicies tu mismo." Y el subrayó su punto con una sensación claramente distintiva de querer arrancar mis testículos.

Yo lo tomé sin más reacción que una contracción involuntaria alrededor de mis ojos. "Vas a tener que hacerlo mejor que eso."

"¿Piensas que no puedo?"

"Doc, escúchame. No tengo tiempo para explicar. Te necesito a mi lado en esto. Valdrá la pena. Lo prometo."

"¿En esto qué? ¿Qué es lo hace que valga la pena arriesgar nuestras vidas?"

"Es una especie de..." Yo respiré hondo. Bien podría decirle la verdad. "Es una broma de mal gusto."

"Me estás tomando el pelo."

"Para Bolas," le dije. "Es una broma de mal gusto para Nicol Bolas. Una buena."

"¿Qué tan buena?"

"Déjame decirlo de esta manera: Si la rabia no le hace explotar su cabeza en el acto él tendrá que aguantárselo y fingir que le gustó. Tendrá que darnos las gracias."

"Guau."

"¿Hecho?"

"Deberías habérmelo dicho desde un principio. Siento haberte dicho que estabas loco y eso."

"No pasa nada." Lo cual era, después de todo, sólo la verdad. "¿Puedes controlar el tiempo?"

"¿Acaso crees que soy relojero?"

"No. Contar el tiempo. Específicamente: segundos."

"¿Quieres decir algo como ‘un Vectis, dos Vectis’? Claro. ¿Cuántos segundos?"

Teniendo en cuenta los tres minutos de recuperación desde la teletransportación y la discusión con Doc, el descubrimiento de que estaba desnudo y el tiempo que había pasado organizando mis pensamientos, además de unos treinta segundos de holgura para los ajustes finales....

"Novecientos noventa."

"¿A partir de?"

"Ahora."

"Un Vectis. Menos mal que no ceceo. Tres Vectis, cuatro Vectis..."

"En silencio."

"Entendido. Lo siento." Su voz se evaporó en un bendecido silencio.

Una valoración no-sentimental de las probabilidades en mi contra no fue alentadora. La última vez yo ni siquiera había podido salir de esa caverna sin ayuda. No tenía manera de saber si Baltrice estaba todavía en su trineo al lado del portal de tránsito. No tenía manera de saber si ella era libre o había sido capturada, si estaba luchando o ya estaba muerta. Solo sabía una cosa con certeza.

Sabía dónde estaría Silas Renn en veinte minutos.

Yo he llegado a pensar que soy una persona de recursos; de hecho me he halagado a mí mismo en la creencia de que, dado un problema específico, un marco de tiempo específico, y materiales específicos, yo podría ofrecer no sólo una solución efectiva sino una elegantemente creativa.

Tenía unos dieciséis minutos para demostrar que no me he estado engañando.

Dispuse mi cuerpo en un simulacro aproximado de una posición cómoda y apliqué toda mi atención al problema. Por desgracia ese problema específico era uno de larga data y uno para al que yo nunca había logrado ninguna solución eficaz en absoluto. Tres años de ensayo y error. Sobre todo la última. Tres años de hipótesis y experimentos, sólo resultando en contusiones y humillación. Desgracia. Expulsión y asesinato... pero yo no podía pensar en eso ahora; detenerme en mis fracasos me distraería. Distracción. Nada más que una excusa para perder. Yo no necesitaba una excusa.

Necesitaba ganar.

Haber huido ileso había sido una victoria en sí misma aunque no se me podría dar ningún crédito por eso. Yo había escapado porque él no sabía nada acerca de Doc. ¿Qué otra cosa podría hacer que Renn no supiera que podía?

Aquello era imponderable. Yo negué con la cabeza y seguí adelante. Cada cosa en su turno. Primero: escapar. Si yo no podía salir de la caverna cualquier plan táctico sería en vano.

Esa caverna ya había demostrado ser segura en contra de mis mejores esfuerzos. Yo había sido incapaz de alcanzar las Eternidades Ciegas después de haber despertado allí y en ese momento encontré que un intento de teletransportarme resultaría igualmente inútil.

Algo acerca de la sangrita no sólo bloqueó mis canales de maná sino que pareció absorber el maná directamente; abrir más canales sólo hizo brillar la luz de color sangre en la caverna.

Por lo tanto: la sangrita es un sumidero de maná. No sólo almacenaba la energía sino que en realidad recolectaba la energía cada instante que esta no era utilizada. Una gran cantidad de energía, me recordé a mí mismo, en vista de lo que había sucedido con el remero en Marea Hueca, por no hablar de los dos mercenarios en el cuchitril de mi padre. Yo necesitaba ese poder. Necesitaba aprovecharlo de alguna manera.

Sin hacerme explotar.

Sangre de dragón, había dicho Bolas. Derramada en un combate mortal. Hormonas del estrés y glucosa. Yo reflexioné brevemente a quien era que Bolas había matado allí, pero sólo brevemente. El propietario original de la sangre no era asunto mío. El la había perdido. Yo la había encontrado. El fin.

Pero me hubiera gustado haberle hecho una pregunta o dos.

Una exploración rápida de la caverna no pudo localizar ningún trozo de sangrita suelto del techo o la pared. Un breve pero doloroso intento de liberarlo de un tirón o una patada terminó conmigo cojeando en un pie sangrando... pero entonces un chisporroteo se encendió detrás de mí y mi espalda desnuda registró un calor marcadamente doloroso. Miré por encima del hombro.

El piso había estallado en cegadoras fuentes de energía pura a la altura de mi pecho, como el interior de altos hornos alimentados por maná. Varios, de hecho.

En cada lugar donde yo había puesto mi pie sangrando.

Interesante. Soluble en sangre. ¿También soluble en otros fluidos? "Doc. ¿Cuál es el recuento?"

"Doscientos ochenta y seis Vectis, doscientos ochenta y siete Vectis."

"Bien. Sigue en ello." Yo fruncí el ceño, molesto conmigo mismo, por ninguna razón lógica que pude imaginar sentí que él se merecía al menos una advertencia. "Doctor, escucha. En un momento querrás retirarte de mis nervios sensoriales, si es que todavía puedes. Algo de esto puede llegar a doler. Mucho."

"Doscientos noventa y cinco Vectis. Gracias, Tezz. Eres un amigo. Doscientos noventa y ocho Vectis."

Al parecer lo soy, pensé. En qué extraña persona me había convertido. Y volviéndome cada vez más extraño.

Las manchas de sangre en el suelo desaparecieron en cuestión de segundos. Yo me mordí la lengua para llenar mi boca con saliva, la que escupí rápidamente. Después de perder unos segundos esperando un encendido que nunca llegó pasé mi mano sobre la saliva y no pude detectar ningún cambio en su viscosidad, coloración, o temperatura, lo que me llevó a la conclusión de que a ese material le faltaba alguna característica esencial necesaria para la reacción. Aún así la sangrita se había disuelto y encendido con el simple contacto de la sangre; era posible que la estructura de la

sangrita pudiera ser similar al caramelo de roca, la halita, o minerales similarmente solubles.

Así que la probé.

Me acerqué a una pared y le di un cauteloso lengüetazo (hubiera sido desafortunado si hubiera descubierto bordes afilados en el depósito encendiendo mi lengua en llamas) y descubrí que no tenía ningún sabor que yo pudiera detectar. Al no ser tan soluble como esperaba parecía que la reacción era de sangre a sangre. De cristal a líquido y de líquido a cristal.

Comer la cosa parecía estar fuera de la cuestión. Inyectarla era problemático; si la sangrita sólo se disolvía en sangre parecía no haber ninguna manera de licuarla que no fuera causar una catastrófica ignición. Lo más parecido que tenía a una hipótesis funcional involucró la inyección directa de cristales intactos. Pero ¿cómo podría siquiera probarlo sin hacerme explotar?

Mi única esperanza era encontrar o hacer cristales que fueran muy, muy pequeños.

Pero sin ningún tipo de herramienta útil, ¿cómo iba yo a hacer pequeños cristales? Ni siquiera tenía un trozo con el que poder golpear contra otros trozos para desprender virutas ni tenía la capacidad para soltar tal trozo. Si tan solo hubiera tenido una herramienta, cualquier herramienta (o mejor aún, un par de gramos de eterium) demonios, con no más que un gramo o dos de eterium yo podría...

Espera.

Yo me quedé muy, muy quieto. Pensando.

Descubrí que estaba sonriendo. Una respuesta que resuelve tres problemas.

Eso es elegancia.

"Doc, la cuenta."

"Trescientos setenta Vectis."

Menos de nueve minutos. No hay suficiente tiempo. No es suficiente.

No importaba.

Me paré desnudo en el centro de la caverna, cerré los ojos y concentré mi voluntad, y poco después apareció en mi percepción una serie caótica de puntos muy, muy tenues de energía, brillando débilmente como estrellas en una noche de niebla: un halo alrededor de mi cuero cabelludo, agrupado alrededor de mi ingle y disperso entre mis manos y pies. Fijé mi atención en cada uno de ellos individualmente y en todos ellos en general y los saqué de debajo de mi piel.

Fue para mí un detalle curioso que en ese momento, en ese lugar, donde yo luchaba por interceptar una catástrofe de monstruosas proporciones (una tan grave e inmediata que todos los recursos del Consorcio Infinito no hubieran bastado) las herramientas que tenía para trabajar hubieran sido aquellas que había adquirido hacía una eternidad, en la casucha de mi padre de Marea Hueca: mi intelecto, mi claridad de propósito, y mi talento para la rabdomancia.

Por no hablar de las pequeñas astillas y fragmentos de eterium alojadas bajo la piel de mi cuero cabelludo, mi ingle, mis manos y mis pies, que eran los restos casi olvidados de lo que yo había robado de mi padre.

Robado fue una palabra cruda. Alguien menos dedicado a la precisión que yo probablemente hubiera tratado de justificar un robo así como una especie de necesidad moral; yo mismo he sido culpable de tal. Durante muchos años me consideré como una víctima que se había transformado en un héroe bribón e inteligente como los de esas fábulas infantiles, usando el ingenio y la paciencia para ganar la libertad contra probabilidades imposibles; y aunque eso era exactamente lo que había hecho, al mismo tiempo la verdad no sentimental de la cuestión era que yo sólo había sido un astuto ladrón. Peor que un ladrón: un bandido. Un desgarrador.

Había utilizado mi mente en lugar de un arma pero eso solo es una distinción de estilo no de fondo. Irrelevante para la verdad.

Sí: mi padre había sido un mal hombre. Es un mal hombre. Un borracho, un derrochador, un adicto, un violento abusador de mi madre y de mí, una aterrorizante figura antes de convertirse en una despreciable. Y aún así…

Y aún así le habían quedado dos cosas en su vida que él había llamado propias: su pequeño comercio de sobras de eterium y su hijo el rabdomante que lo había mantenido en el negocio. Y yo le había arrancado las dos para siempre fuera de su alcance.

Como él me había enseñado hacía tantos años atrás: lo que se pueda quitar será quitado.

Y yo le había quitado a un hombre que no había tenido nada más.

Mientras yo había estado contemplando este concepto poco favorecedor también había estado extrayendo todos esos fragmentos residuales de eterium que habían quedado bajo mi piel todos esos años. Diminutas esferas se arrastraron por mi piel como ácaros plateados, reuniéndose en la palma de mi mano izquierda hasta que finalmente se unieron en una lisa bola individual de un centímetro de diámetro y un peso de menos de veinticinco gramos.

Tendría que ser suficiente.

Una protuberancia particularmente brillante de sangrita del tamaño de un puño de la pared cercana parecía ser un lugar probable para probar mi idea. Una breve inspección reveló varias fallas y fisuras, una de las cuales se extendían a lo largo de su superficie cerca de su unión con el resto de la pared. Yo le dí forma de aguja al eterium la que utilicé para abrir de un raspón una vena en el dorso de mi mano. Apreté el puño y produje una gotita satisfactoria de sangre, lo suficientemente pequeña como para que no necesitara preocuparme de que goteara en el suelo y me volara uno de mis pies. Metí el final de la aguja en la gota de sangre y con mi mente adelgacé la aguja mientras realicé gradualmente un canal interno a lo largo de toda su longitud. Esto produjo un ligero vacío, lo suficiente como para extraer un poco de mi sangre dentro de ella, convirtiendo mi aguja en una pipeta de eterium.

Sellé el final de mi pipeta y limpié cuidadosamente el exterior. Luego la inserté tan lejos como fue posible en la fisura superficial de la protuberancia y causé que el eterium se abriera y retrajera muy rápidamente, de modo que pude alejarme antes de que parte de mi sangre dentro de la protuberancia reaccionara con la sangrita y detonara. Qué fue  lo que hizo.

Con una impresionantemente intenso “¡crack!” la protuberancia de sangrita explotó de la pared como si hubiera sido disparada desde una ballesta. Golpeó contra la pared del fondo y el impacto produjo una destructiva explosión de poder puro y duro que me levantó de mis pies y me estrelló contra la pared; afortunadamente sin sacarme sangre.

Detonación por impacto. Interesante. Pero inconveniente.

"¡Caramba!" exclamó Doc en mi oído más fuerte incluso que la explosión. "¡Avísame cuando vayas a hacer algo así!"

"Doc," le dije comprobando mis huesos lo mejor que pude en busca de fracturas, "Voy a hacer algo así."

"Oh, muy divertido."

"No es una broma." Volví a ponerme en pie y pasé con cuidado sobre algunos fragmentos para localizar algunos pedacitos pequeños. Mojé mi dedo y toqué el más pequeño de los trozos, un fragmento de un centímetro de largo y tan delgado que parecía claro. Le dí forma de pinzas a mi pipeta, tomé la astilla y la hundí en el costado lateral de mi nalga izquierda.

Durante lo que pareció un tiempo terriblemente largo, pero que probablemente no fueron más que uno o dos segundos, no pasó nada, pero luego yo sentí una oleada definida de energía saliendo por un instante de la astilla antes de que mi trasero se prendiera fuego.

Nada realmente explotó, lo cual fue un alivio, pero un trozo de carne de casi dos centímetros de diámetro escupió fuego, vertió humo negro y se sintió, durante unos cinco segundos, como si estuviera quemándome por dentro hasta llegar a la articulación de mi cadera.

"¡Ay, ay, ay, caramba!" se lamentó Doc. "¿Tenías que hacerlo en el lado izquierdo, no?"

"Compartir es de buena educación. ¿Cuál es el recuento?"

"¿Estás bromeando? ¿Después de encender nuestro culo en llamas?"

Un humo con olor a carne se elevó desde una chuleta carbonizada del tamaño del final de mi pulgar. Él no estaba bromeando: aquello dolía. Se sentía como si alguien estuviera excavando mi nalga con una cuchara al rojo vivo. Y esa fue la buena noticia. "¿Dónde estabas cuando perdiste la cuenta?"

"A fines de los setecientos."

"No es la respuesta que esperaba." Tres minutos. Yo había estado en lo cierto, no había tiempo suficiente. No tanto como yo necesitaba. No más pruebas. No más teorías. O eso funcionaba o me mataría. A ambos.

Yo odio improvisar. Lo odio. La improvisación es para las personas que son demasiado perezosas o estúpidas como para planificar.

Un grupo de personas estúpidas y perezosas que en ese momento me incluyó.

Caí de rodillas en el borde de las virutas y astillas de sangrita dispersas. La escisión parecía ser en gran medida ortorrómbica, lo que fue afortunado ya que la mayoría de los fragmentos tienden a ser largos y delgados, como un estilete de cristal. El problema era que los copos más pequeños parecían estar desapareciendo; contrayéndose como hielo seco sublimándose. Lo que explicaba por qué yo no había encontrado fragmentos existentes en mi búsqueda inicial. La maldita cosa se evapora.

¿Por qué es que nada resulta ser fácil?

Reuní tantos cristales medianos a grandes como pude encajar en ambas manos y comencé a pegarlos en el único lugar en el que, primero, no los perdería, y segundo, no correría el riesgo de hacer explotar mi colon; es decir, los metí en las largas marañas de mi pelo. La presión del tiempo hizo que mi manos temblaran, aunque muy ligeramente. Alejé atentamente los cristales de mi cuero cabelludo, especialmente los que tenían bordes afilados, ya que hacer estallar mi cabeza sólo sería un poco menos traumático que la completa detonación rectal, y eso sólo porque yo estaría bastante muerto como para sufrir.

Y esa fue la parte fácil.

Encontré un cristal que se había reducido a seis centímetros de largo y de alrededor de un décimo de un centímetro de diámetro. Lo sostuve en la palma de mi mano derecha, junto con mi pequeño grano de eterium.

"¿Y eso para que es?"

"Shh. No vamos a tener una segunda oportunidad en esto."

Me quedé mirando a la perla de eterium. Esta rodó por mi palma hasta el cristal de sangrita, luego fluyó sobre y alrededor de este, cubriendo la sangrita en metal. Entonces yo afiné un extremo del eterium para darle la forma de la punta más rígida y más aguda de lo que un eterium puro podría sostener. Logrado eso usé las yemas de los dedos de mi mano izquierda para localizar un espacio intercostal a la derecha de mi esternón justo por encima de mi corazón y  apoyé la punta de mi aguja llena de sangrita allí, la aguja en un ángulo para que apuntara detrás de mi esternón.

"¿Eh, Tezz? ¿Te importaría decirme qué es lo que estás haciendo?"

"En un momento."

"En serio. ¿Qué estás haciendo?"

"Esto." Con un fuerte movimiento de mi dedo pulgar derecho me apuñalé a mí mismo en el pecho, introduciendo toda la aguja tan lejos como pude empujar.

"¡Ay! ¡Maldita sea!"

"Lo mismo digo," dije jadeando. El dolor me dejó sin aliento; como ser apuñalado con un pestillo de puerta oxidado. Debía haber

fisurado inadvertidamente una costilla. "Pero... hasta ahora va todo bien..."

"Dices eso como si fuera a empeorar."

"Nos conocimos hace sólo unos días pero parece que me hayas conocido de toda tu vida." Cerré los ojos y gasté algunos pocos segundos sosegando mi mente y convocando mi concentración; un error en esa parte de la operación podría matarnos a los dos.

Incluso haciéndolo bien podría matarnos a los dos.

Yo odio improvisar.

Encontré la aguja con mi mente e induje a pequeñas proyecciones de eterium para que sobresalieran de su extremo delantero, luego se arrastraran lentamente a lo largo de ella hacia la parte trasera, mientras que al mismo tiempo causando que eterium suave fluyera hacia adelante desde la parte posterior para convertirse en nuevas proyecciones; al igual que una cinta transportadora a la inversa, o la banda de rodamiento de la oruga de un vehículo fuertemente blindado. En suma, el efecto no fue diferente a las escamas de una serpiente. La banda de rodamiento le dio a la aguja una forma de agarrarse a mi tejido circundante de modo que pudiera empujarse lentamente, agónicamente lentamente, hacia mi arco aórtico.

"Oh, mierda," gimió Doc. "Oh, hijo de puta. Me haces esto a propósito... ¿yo ya te pedí disculpas por tus pelotas, verdad?"

"Esto no es..." El discurso fue difícil por el apriete de mi mandíbula. La aguja se sentía más grande que mi pulgar y como si estuviera utilizando anzuelos para abrirse camino a través de mi pecho. "... castigo. Si tan solo se abre una pequeña brecha en la cobertura... y la sangre toca la sangrita..."

"Lo entiendo. Ka-bum. Splash. ¿Cómo demonios me convenciste para hacer esto?"

"Sin... decírtelo... al respecto..."

"Ya sabes, los verdaderos amigos no guardan secretos."

"¿Y tú qué... sabes?"

"Buaaah..."

"Aquí hay un plan..." La aguja había llegado a la pared de mi arco aórtico. "Antes de que nosotros le juguemos la broma a Bolas... tú me dices tus secretos y yo te diré el mío."

"¿Y qué secretos tengo yo?"

"Te sorprenderá." Yo cerré los ojos y con un espasmo de voluntad clavé la aguja a través de la pared de la aorta de manera que su punta entró en el punto de flujo más grande de todo mi torrente sanguíneo.

"Aaaagj..." gimió Doc.

Estuve de acuerdo. Parecía que la aguja estaba afectando a un manojo de nervios. Yo sentí las punzadas con cada latido de mi corazón.

"Muy bien," dije. Había dolor, sí, pero no había falta de aliento, ni desvanecimiento, ni taquicardia, así que era probable que no había desgarrado la pared de la aorta, o al menos no tanto. "Bien. Hasta ahora todo bien."

"No me gusta cuando dices eso."

"Ahora viene la parte difícil."

"¿Ahora?" Doc sonó horrorizado. "¿Entonces qué fue esa última parte?"

"Esa fue la parte 'difícil pero la que probablemente no nos iba a matar.'"

"Ah. Eso significa que esta parte…"

"Es condenadamente difícil. Sí."

Yo respiré hondo. "Así es como va a funcionar. Esta sangrita parece ser la mejor cosa siguiente al maná sólido. Y concentrado. Activada por el contacto con sangre. En lugar de hundirme un cristal directamente a través de mi piel y encender otra parte de mí creo que un polvo muy, muy fino introducido directamente en mi torrente sanguíneo podría distribuir la reacción a través de mi cuerpo de una manera controlada de manera que yo pueda usar su poder sin explotar en pedazos."

"¿Me repites? ¿Estas  diciendo que quieres inyectarte sangre de dragón en polvo?"

"Más que inyectarme. Yo estoy equipando la aguja de eterium con engranajes de molienda muy, muy pequeños, que trituran muy, muy lentamente la sangrita mientras la introducen en mi aorta. Si funciona de la forma en que estoy esperando las partículas de polvo se extenderán por todo mi cuerpo en pocos segundos."

"Eso suena como una muy mala idea."

"Lo es."

"No estoy de acuerdo con esto."

"Tú opinión no cuenta."

"Por los mil infiernos que si lo…"

"Ya está hecho," le dije. "Lo hice mientras te lo estaba describiendo. Si me detienes ahora nos harás arder hasta morir."

"¡Maldita sea, Tezz!" gritó él con furia, lo suficientemente alto para que mi oído zumbara. "¡Acabamos de hablar sobre este tipo de porquerías!"

"No. Nosotros íbamos a hablar de eso," le dije, extendiendo los brazos cuando todos y cada uno de los pelos de mi cuerpo se erizaron, crepitando con chisporroteantes descargas de energía. "Esa conversación se llevará a cabo en un futuro que nunca va a pasar."

"¿Qué pasa con eso? ¿Está funcionando o estamos muriendo?"

"Ambos." El silbido en mis oídos se hinchó en un huracán en pleno derecho. Arcos de rayos de un cegador blanco se retorcieron y crujieron desde mis manos hacia el suelo, hacia las paredes, hacia mi cabeza. Más poder del que yo nunca había sentido. Mucho más del que hubiera sabido que hacer con el, pero no hacer nada no era una opción. Si yo llegaba a tratar de frenar ese poder explotaría como lo había hecho el remero.

Sentí mi sangre efervescente. Sentí mi corazón comenzando a hervir. Mi cerebro sería el siguiente.

Dejé que el poder me alzara del suelo de la caverna. Le dejé que me revistiera en una luz abrasadora. Entonces busqué la Duna

de Vidrio, donde se estaría alzando un portal de tránsito cerca de dos trineos de gravedad, y envié mi mente…

Y sólo pude decir, "Ohhh…"

"¿Qué pasa?" dijo Doc gritando para hacerse oír por encima del huracán en mi cabeza. "¿Que es lo que ves?"

Yo, suspendido en el aire, atado a la caverna con cadenas de relámpagos, respiré, "*Todo*…" porque eso fue exactamente lo que vi.

Todo.

Vi las montañas de Jund, las selvas de Naya, las doradas llanuras de Bant, los interminables océanos de Esper y el humeante paisaje infernal que era Grixis. Vi lanceros montados en leotau estrellándose a través de una formación de diablos del azote mientras los cielos por encima de ellos se llenaron con los chillidos de las luchas a muerte entre ángeles y kathari. Vi un centenar de atraetormentas en los Acantilados de Ot, canturreando mientras desviaban los vientos de la Tormenta Eterna para que zarandearan bandada tras bandada de dragones abalanzándose. Vi ejércitos enteros de elfos y humanos lanzando tormentas de grifos, hidras y quimeras contra formaciones de infantería cuyas armaduras ardían como el mismo sol, mientras leoninos agitaban parpadeante armamento y rugían su desafío a los campeones de sus enemigos. Vi a Sharuum en sus aposentos, a Nicol Bolas meditando en Grixis, a mi padre derrumbado en su choza….

Y vi el portal de tránsito junto a los trineos de gravedad en las Dunas de Vidrio, donde Silas Renn extendió una mano, y el artefacto que sostuvo arrojó su poder hacia la espalda de una Baltrice desprevenida.

"Sostente, Doc," dije con mi voz sonando muy lejos, medio enterrada en el huracán aullando dentro de mí. "Parece que vamos a llegar un poco tarde."

"¡'Más vale tarde que nunca,'" chilló Doc en el viento, "es sólo una condenada expresión en sentido figurado!"

El poder explotando a través de mi piel no permitió el tiempo suficiente para una teletransportación convencional pero yo no tuve necesidad de usar una. El poder era su propia respuesta: con un poder como ese yo podría extenderme como Nicol Bolas en persona y simplemente dar un tirón y rasgar y exprimir la realidad en la forma que deseara. Aferré esa parte de la existencia de Esper en las garras de mi mente y luego la arrastré cerca para que pudiera pasar de la caverna al desierto con un solo paso.

Mi llegada hizo crujir el cielo.

Yo acudí a través de la abertura, ardiendo en el aire a docenas de metros por encima de ellos. La luz de mi cuerpo blanqueó los colores del desierto, a Baltrice y los trineos, y a la mano que Renn había levantado para proteger sus ojos.

Yo hablé con truenos.

"CREO QUE ME HAS ESTADO ESPERANDO."

# Tezzeret
## Hasta un relojero quebrado

La lucha fue corta en comparación con las horas de simulacros de duelo que Renn y yo nos habíamos infligido en la Academia de los Buscadores. Este enfrentamiento terminó en menos de un minuto. Sin embargo, cuando uno lucha contra un relojero, menos de un minuto no es tan breve como suena.

El estaba de pie tal vez a una docena de metros detrás de donde Baltrice todavía estaba en el proceso de salir despedida con una explosión fuera de su trineo. Había abandonado su melodramático atuendo habitual de capa y túnica ondulante en favor de un simple par de pantalones y botas pesadas, dejando al descubierto su torso y brazos, que habían sido construidos con una

barroca aleación enrejada de cobalto y eterium y su corazón de eterium brilló a través de su pecho como un sol dorado del tamaño de un puño. Sólo su cabeza, sus manos, su ingle, y sus pies seguían siendo de carne. En cualquier otro día su abrumadora ventaja de eterium le habría dejado funcionalmente inmune a los ataques más poderosos a mi mando.

Ese no fue, sin embargo, cualquier otro día.

Baltrice, que estaba con su cabeza echada hacia atrás y sus brazos abiertos de par en par, su equilibrio inclinado hacia delante más allá de la nariz del trineo, parecía como si estuviera posando para una ilustración de una revista de acción. Una nube inmóvil de lo que supuse eran las gotas de su sangre estaba rociada hacia atrás desde un agujero rasgado en la parte posterior de su túnica, justo entre sus omóplatos. Ella colgaba en el aire, congelada, al borde de caer boca abajo.

Mi mejor conjetura fue que Renn había desplazado la corriente del tiempo detrás de ella y la había golpeado con algún tipo de proyectil balístico hipersónico. O un grupo de este tipo. Hipersónico porque ella debía haber sido golpeada antes de haberlo oído venir, balístico porque las defensas automáticas de ella la habrían protegido en escudos impenetrables en el instante mismo en que algún tipo de magia se hubiera dirigido contra ella.

Él le había disparado por la espalda.

"¿Tezzeret?" dijo Renn, fuerte pero informal, entrecerrando los ojos contra el resplandor cegador que acudía crepitando desde mi piel. "¿Eres tú, viejo amigo?"

"¿*Amigo*?" farfulló Doc en mi oído.

"Yo me encargo de él. Échale un vistazo a Baltrice lo mejor que puedas," dije. "Necesito saber qué es lo que exactamente la tiene allí congelada."

"Así no es como yo me imaginaba que nos íbamos a reencontrar," dijo Renn. "Pensé que ibas a tener ropa puesta."

"NO TENEMOS POR QUE LUCHAR," troné hacia él.

"Oh, yo creo que sí."

"PODEMOS COOPERAR. ENCONTRAR JUNTOS A CRUCIUS."

"¿Cooperar? Absolutamente." Renn levantó la mano derecha e invocó un artefacto pesado y grisáceo. Si seguía siendo tan poco imaginativo como solía ser ese sería el mismo artefacto que había usado con Baltrice. "Cooperarás quedándote quieto."

Me apuntó con el dispositivo y en ese instante entendí. Él no era un simple psicópata, un maníaco sanguinario atacando por deporte. Estaba atacando porque pensaba que no tenía elección. Estaba luchando contra el hombre que yo solía ser. En defensa propia.

Cuando uno está hecho de vidrio todo se ve como una piedra.

Él entrecerró los ojos y desde el extremo del dispositivo vino un destello como de fuego.

Renn tendría que haber quitado sus escudos personales para permitir dar paso a proyectiles físicos y por eso yo extendí las manos hacia adelante, torciéndolas de costado para volver a abrir un hueco

en la realidad entre nosotros, dos de ellos, ya que esta era la oportunidad de verificar experimentalmente una hipótesis que yo había formulado hacía algunos años. Yo me había propuesto que no existía una conservación interdimensional del vector. En un lenguaje sencillo, cuando se le permitía a un cuerpo en movimiento pasar a través de un agujero en la realidad, su vector de reentrada será, efectivamente, cualquier dirección que yo quisiera.

Uno de mis rasgones en la realidad se abrió en la trayectoria de los proyectiles hipersónicos y se los tragó entero mientras que el otro se abrió delante de Renn pero por debajo de su línea de visión. En concreto, se abrió a menos de sesenta centímetros delante de sus rodillas en un ángulo bajo. Al mismo tiempo que el fuerte informe del artefacto llegó a mis oídos los proyectiles que el dispositivo había disparado atravesaron el segundo rasgón y golpearon a Silas Renn de lleno en su entrepierna.

Como habría dicho Nicol Bolas: ¡Ahora, eso sí que es cómico!

El impacto lo levantó dejándolo en puntas de pie y abrió un agujero considerable en sus pantalones en exactamente el lugar posiblemente más vergonzoso; lo que no fue, sin embargo, realmente vergonzoso para Renn, porque todo lo que se vio a través del agujero fue un lío de pedazos de carne ensangrentada. Eso no fue una herida grave para él ya que al carecer de algo parecido a un sistema circulatorio en funcionamiento no estaba en peligro de desangrarse y esas piernas de eterium le seguirían manteniéndolo en posición vertical y móvil incluso si su hueso pélvico había quedado destrozado.

Aún así aquello debía haber ardido.

Su rostro se puso blanco y un instante después estaba lo suficientemente rojo como para que incluso el resplandor de energía que yo arrojaba sobre las dunas no pudiera blanquearlo. Ni siquiera se había sonrojado. Hizo un puño con su mano libre y finas capas de color azul lo rodearon mientras lanzó el artefacto a un lado.

"Eso podría haber dolido," dijo Renn despectivamente, "si yo no hubiera sido otra cosa diferente  a ese saco de carne que eres tú, pero el poder de regenerar mi carne está integrado en mis mejoras, niño carroñero. Apenas incluso lo sentí. Ahora observa cómo lucha un mago de verdad."

Burlas. Justo como en los viejos días. ¿Acaso él pensaba que estábamos en la arena de la Academia, haciendo un espectáculo para los Maestros? Después de todos esos años él pensó que aún podía entrar en mi cabeza con esa charla de cuarta. Patético.

Ser patético, sin embargo, no fue una garantía de que no me iba a matar.

El terminó el gesto de lanzar el artefacto a un lado apuntando hacia él y gritando algún tipo de palabra activadora mientras que con un giro rápido de su otra mano, otro truco escolar, desató un torrente de fuego azul que salió volando hacia mí. Yo no tuve ni idea de lo que podría ser.

Supuse que era algún tipo de manipulación temporal. Empleé mi mejor defensa hipotética contra la relojería, que fue forzar otro

rasgón en el tejido de la realidad, y coloque este hueco donde podría interceptar su hechizo y succionar su torrente azul tan rápidamente como él pudiera verterlo sucesivamente.

Funcionó bastante bien, excepto que Silas no mostró ningún signo de cancelar el hechizo y yo no sabía que cantidad de energía podría canalizar esa abertura antes de cerrarse, o si la adición de energía podría *hinchar* el agujero hasta que este nos tragara a ambos. O a todo el desierto, o a Esper, o incluso a todo Alara. Posiblemente incluso al propio Multiverso.

Es por esto que odio improvisar.

Yo estaba usando un poder que no entendía para luchar contra otros poderes que tampoco podía comprender, lo que decididamente no es mi juego. Por otra parte, reflexioné, al menos yo no estaba perdiendo.

Por ahora.

"Doc. ¿Qué me dices de Baltrice?"

"Eh, ¿recuerdas que yo no puedo verla a menos que tu puedas, verdad?"

"Lo siento." Me trasladé rápidamente a otro lugar, donde la forma congelada de Baltrice estuviera en mi campo de visión, a una docena de metros más allá de Renn. "Un poco ocupado aquí."

"Todavía odio a ese tipo".

"Todavía estoy de acuerdo."

Renn disparó desde su otra mano sábanas rectangulares de fuego azul, una tras otra, como naipes o cortinas deflectoras. Estas se ampliaron mientras vinieron hacia mí y cambiaron de transparentes a translúcidas, en dirección a lo opaco. Mi mejor conjetura: algún tipo de escudo, posiblemente un clase exótica de telequinesis.

Yo utilicé mi mano izquierda para interceptar los rectángulos con una cadena retorcida de rayos. Los rayos parecieron detener su acercamiento, masticando a través de sus centros, nuevamente uno tras otro en su camino hacia Renn, aunque cada rectángulo resistió un poco más que el anterior, lo que no fue prometedor. Yo no tenía manera de saber cuánto tiempo duraría mi poder sobrealimentado con la sangrita y Renn ni siquiera estaba respirando con fuerza. "Doc. ¿Baltrice?"

"La tengo," dijo. "Nada arbitrario, el tiempo corre alrededor de un diez por ciento de lo normal a un par de metros a todos los costados de ella. Cada segundo para ella es alrededor de diecisiete minutos para nosotros. Super congelado."

"Esto podría ser un problema," le dije con los dientes apretados, abriendo todos los canales de maná que tenía para verter el poder en mi torrente continuo de rayos.

Renn canceló su torrente azul (fuera lo que fuera que haya sido) y gesticuló con su mano derecha, dibujando sigilos azules que danzaron en el aire como runas encantadas por un vidente. Mi rayo colgó paralizado en uno de esos rectángulos azules (los que no parecían inclinados a fracasar) y todavía había al menos dos más de

ellos entre Renn y lesiones corporales graves. "¿Entonces qué son esos malditos escudos?"

"El mismo tipo de cosa," me dijo Doc con gravedad. "Límites hipotemporales. Cada uno marca un cambio hacia abajo de más o menos la mitad. Entre esos dos últimos... veamos, un cuarto, un octavo... sí. Uno doscientos y quincuagésimo sexto de lo normal."

Maldita Sea. "¿Cuánto tiempo podrá Renn mantenerlos activados?"

"¿Y yo cómo debería saberlo? Tú eres el que dijo que él podría haber pasado semanas o incluso meses subjetivos preparándose; es mejor asumir que puede hacer lo que sea que está haciendo siempre y cuando le de la gana de hacerlo."

"Sí." Yo traté de curvar mi rayo y engancharlo alrededor del exterior de los rectángulos pero estos se movieron al instante para interceptarlos, aparentemente sin requerir ninguna atención por parte de Renn. Peores noticias. "¿Qué pasaba con esas runas brillantes en el aire?"

"Encogimiento de hombros. ¿Más relojería?"

Las runas todavía estaban bailando pero mientras Renn añadió más a ellas estas comenzaron a organizarse en una banda curva... doblándose en un amplio semicírculo. "¿Un portal?"

"¡Ey, eso es! ¡Un portal de tiempo!" chilló Doc. "¡Se está dirigiendo a otra línea temporal, le hemos puesto a la fuga!"

"No lo creo." ¿Huir? ¿De mi? No llamándose Silas Renn.

El entró en el portal y desapareció.

"¡El portal sigue abierto... ve a atraparlo!"

"No lo creo," repetí. La única razón plausible por la que el portal todavía estuviera allí era que él quería que yo lo persiguiera. Pero yo no soy tan crédulo.

Esos escudos de tiempo todavía estaban entre mí y la puerta, pero yo tenía una solución alternativa. Hice mi nuevo truco desgarrador de la realidad delante de mi pecho y abrí otro en la boca de la puerta. A través del hueco observé a Renn agachado en el otro extremo para no quedar en la zona de caza de cinco (¡!) dracos de eterium que él había puesto para que me esperaran, los que se habrían encargado de verdad de mí, sobrealimentado o no.

Extendí mi poder a través de la deformación de la realidad; dentro de la que estaba delante de mí y fuera de la que se hallaba frente al portal; como una mano de rayos, y sólo agarré al presumido y lo arrastré de vuelta aquí donde podría soltar otro puñetazo o dos. O cinco. U ocho.

Sin embargo tuve que dar muchos hasta que el bastardo dejó de moverse.

Mi mano de rayos no pudo quebrar sus escudos personales y yo no fui capaz de arrastrarle al hueco mismo, pero eso no era razón para simplemente soltarlo. Nunca conseguiría una mejor oportunidad para poner a prueba sus escudos personales contra la física alterada de una zona donde el tiempo estaba pasando, digamos por ejemplo, a aproximadamente una décima parte del uno por ciento de lo normal. Valió la pena el experimento.

Así que lo arrojé hacia Baltrice.

El agitó los brazos violentamente en el aire, la magia parpadeando y saliendo de él en todas las direcciones, aparentemente al azar, pero algo de esos hechizos debió haber logrado algo, porque de repente todo comenzó a suceder muy... muy... lentamente... los crujidos y estallidos de la batalla se profundizaron en un estruendo de molienda casi subsónico.

Renn avanzó lentamente por el aire hacia Baltrice y entonces yo lo entendí: había echado algún tipo de distorsión temporal para darse tiempo para averiguar qué hacer, pero en su pánico me atrapó accidentalmente en la franja del hechizo, por lo cual yo me alegré mucho, porque estaba a punto de meterme en una gran cantidad de problemas. Esos condenados dracos de eterium se estaban dirigiendo hacia el portal de Renn.

Viniendo por mí.

Cuatro de ellos desplegaron sus alas con la majestuosa gracia de goletas desenrollando sus velas. El quinto, mostrando mejores reflejos o más iniciativa que sus compañeros, había vuelto sus amplias fauces hacia el hueco de la realidad y en ese momento eructó un turbulento estallido de llamas. Yo cancelé el agujero al instante pero mis reflejos, sin importar cuanto mejorados habían sido por el hechizo de Renn, no pudieron hacer que este se cerrara de una vez. Mientras los bordes irregulares de la realidad se cosieron juntos poco a poco yo me encontré amenazado por la inusual visión de fuego de draco hirviendo lentamente hacia mí, arrastrándose a través del agujero, y desplegándose como una nube de tormenta hasta que me cubrió y me arrojó hacia atrás y hacia arriba en dirección al cielo.

Lentamente.

Los rayos de mi piel me protegieron de algo peor que quemaduras solares pero las cosas serían diferentes cuando todos ellos llegaran hasta mí. Y yo no estaba de humor para perder mis poderes limitados luchando con dracos. Así que tuve una idea mejor.

Renn, mientras tanto, extendió una mano hacia Baltrice y debió haber cancelado el campo hipotemporal que la tenía aprisionada para evitar caer él mismo en el como una mosca en ámbar mágico. Ella empezó a moverse aunque todavía (subjetivamente) muy lentamente, inclinándose hacia adelante sobre la nariz de su trineo, en dirección a caer de boca sobre las dunas. Renn vino tras ella.

A mí esto me pareció una oportunidad para tomarme todo el asunto cercano y personal.

Agarré la realidad entre ellos y la atraje para dejarla a solo un paso, arribando directamente en el camino congelado en el tiempo de Renn, a quien intercepté saltando hacia adelante para agarrarle de la parte de atrás de su cuello, tironear su cabeza hacia mí, y golpear su rostro contra mi rodilla.

El rodillazo a cámara lenta de la nariz de Silas Renn fue posiblemente la sensación más exquisitamente satisfactoria que alguna vez vaya a experimentar.

De repente, aunque no de forma inesperada, el tiempo a nuestro alrededor recuperó su flujo normal cuando mi rodilla rompió la concentración de Renn junto con su nariz. De vuelta a toda velocidad y sin tiempo para reaccionar, ambos nos estrellamos al unísono con una fuerza impresionante. Su mayor impulso nos arrojó hacia atrás y golpeamos la arena hechos un ovillo. De alguna manera Renn consiguió hundir su cabeza en la boca de mi estómago y el impacto extrajo toda esperanza de aliento de mis pulmones y dejó jirones deshilachados de negro patinando en el cielo sin nubes en lo alto.

Rodé para ponerme encima de él y arrebaté su clavícula de eterium con mi mano izquierda, que fue todo lo que pude lograr antes de tumbarme sobre él y tratar de hacer entrar el aire por mi garganta. Afortunadamente Renn no estaba en mejor forma que yo; quedó tirado allí con ojos en blanco mostrándose a través de sus párpados y la boca abierta burbujeando con sangre de su nariz.

"¿Tezzeret...?" Baltrice rodó con un gruñido de donde había caído y se sentó. Yo me di cuenta con rápida satisfacción que su rostro, a diferencia del resto de su cuerpo, no tenía vidrio en polvo sobre el, porque el dispositivo con auricular seguía funcionando. "¿Qué me pasó? ¿Qué hay de malo con mi espalda? ¿Qué demonios está pasando?"

Yo traté de decírselo pero sólo logré un graznido ahogado. Hice un gesto débilmente hacia Renn con mi mano libre.

Ella se puso de pie. "Bueno, está bien, entonces baja de él y yo me lo llevaré de aquí."

Negué enfáticamente con la cabeza y atraje su mirada hacia la formación acercándose de dracos convergiendo hacia nosotros. "Problema… más grande..."

Sus cejas se unieron. "Sí. Creo que ellos tocan mi misma canción."

El fuego estalló a lo largo de sus brazos y piernas y salió hacia el cielo desde la parte superior de su cabello en punta. "Mi espalda se siente rara... débil. Entumecida," dijo ella con sus ojos en los dracos de eterium para medir su acercamiento. "Y mojada. ¿Qué tan malherida estoy?"

"No... tan mal," me las arreglé para jadear. "Encargo... Renn. Detén... los dracos..."

"No me importaría hacerlo." Ella apretó los puños y una cúpula encendida de un escudo estalló a la vida, protegiendo a Renn y a mí, pero no a ella. Baltrice se interpuso entre nosotros y los dracos cayendo en picada y no se molestó en ponerse un escudo personal.

Todas las bestias fueron directamente hacia ella y la ráfaga de fuego que salió de las cinco gargantas fue tan intensa que las dunas alrededor parecieron como el interior de un horno. Ascuas salieron despedidas hacia mi pelo y mi espalda incluso a través del escudo de Baltrice y las llamas convirtieron la duna en humeantes losas de vidrio por metros alrededor. Cuando el fuego se apagó Baltrice ni se había movido. Sólo permaneció allí parada, entrecerrando los ojos

hacia ellos, con los puños en las caderas como si hubiera decidido, por el espíritu del juego limpio, que les había dado un tiro libre.

Entonces ella torció la cabeza para hacer crujir su cuello y rotó los hombros para aflojar los calambres alrededor de la herida en su espalda. "Como deseéis." Dijo sonando alegremente formal. "Que me condenen si ustedes bastardos culos tristes no están justo en el medio de la última estupidez que alguna vez vayan a hacer."

Observar a Baltrice desatando su infierno de destrucción me hizo decidir que ella era la prueba viviente del refrán: "Si uno ama su trabajo nunca tendrá que trabajar para ganarse la vida."

El draco de eterium es uno de los últimos vestigios que quedan de lo que muy posiblemente sea la peor idea de la historia de Esper. Siglos atrás, los primeros rudimentos de lo que serían los Etereados decidieron que ya que el eterium se suponía que "santificaba y elevaba moralmente" a todo aquel que se unía con él, ellos debían empezar a mejorar hasta las bestias para acelerar la transformación del mundo en un paraíso. Lo cual de por sí fue terriblemente ignorante, pero ellos no se detuvieron allí.

Cuando estos autoproclamados salvadores se reunieron para averiguar qué especie debía ser la primera en recibir su Noble Trabajo eligieron al draco de fuego de Esper.

El draco de fuego era, antes de que estos listillos empezaran a meterse con él, el depredador más peligroso de Esper. Estas criaturas, más pequeñas que los verdaderos dragones, no significativamente más inteligentes que ratas de alcantarilla y carentes de una base más amplia de destreza mágica que sus parientes draconianos, compensaban sus déficits genéticos con una pura y demencial ferocidad.

Para evitar a las serpientes de las compuertas se debe mantenerse alejado de los pozos negros; a los kraken alejándose de las profundidades del océano; las striges son más una molestia que una amenaza. Las bandadas de dracos de fuego, sin embargo, que habían tenido en sus buenos tiempos el temperamento de rabiosos viashinos, podían en cualquier momento ponerse de acuerdo para acudir juntos a algún lugar con mala suerte y luego atacar e inmolar todo por kilómetros a la redonda. Todo. Naves. Caravanas. Aldeas. Rocas. El uno al otro. Nadie sabe exactamente por qué.

Tal vez sólo les gusta ver arder las cosas.

Los proto-Etereados pasaron una o dos generaciones acechando a los dracos de fuego, tranquilizándolos, y sustituyendo varias partes de sus cuerpos con eterium refinado. Para asombro de nadie más que ellos mismos el Noble Metal pareció no tener ningún efecto beneficioso sobre el comportamiento de las criaturas. En absoluto. Así que, a su manera típicamente estúpida, llegaron a la conclusión de que aquello debía haber sido simplemente porque los dracos de fuego no habían sido mejorados lo suficiente y se comprometieron a solucionar este delirante problema convirtiendo un problema muy real varias órdenes de magnitud peor.

El eterium, al igual que lo hace con cualquier otro ser viviente, volvió más fuertes a los dracos de fuego.

Esto fue mucho antes de los días de la escasez por lo que para el momento en que alguna persona cuerda se dio cuenta de en lo que estaban metidos estos desquiciados ya había varios cientos de dracos de fuego cuyos cuerpos habían sido sustituidos por completo. Ellos incluso habían reemplazado los cerebros de las criaturas, lo que no tuvo ningún efecto notable en su fisiología más allá de hacerlos mucho más difíciles de matar y hacer que su carácter moral, si es que se podía decir que ellos tenían uno, fuera aún peor.



Donde antes habían sido horrores ridículamente peligrosos y salvajemente impredecibles la sustitución de todo su cuerpo los transformó en descerebradas y casi indestructibles máquinas de destrucción.

Sharuum, en su sabiduría, les ordenó a los insensatos que limpiaran su propio desorden, lo que no hizo mella considerable en el número de dracos de eterium pero a corto plazo si hizo un trabajo admirable en adelgazar la población de insensatos. Finalmente la Gran Hegemón se vio obligada a tomar cartas en el asunto. Reunió un enorme grupo de esfinges y las condujo en una secuencia de cazas en el transcurso de una década o dos hasta que no se hallaron más dracos de eterium. De alguna manera, sin embargo, las criaturas persisten en reaparecer en momentos inoportunos.

Las opiniones informadas sobre la razón de esto se hallan divididas. Los optimistas tienden a creer que los nuevos dracos de eterium están siendo creados por una secta disidente radical de los Etereados, aún dedicándose en secreto a su Noble Trabajo Desquiciado. Los realistas son de la opinión de que las criaturas han encontrado una manera de procrearse.

Más allá de lo peligrosos que son, su poder más destructivo es el aniquilador fuego que pueden vomitar a voluntad; y asaltar a Baltrice con llamas resultó ser peor que inútil. Cuantas más llamas vertieron sobre ella, más fuerte se volvió, y cuando un par de ellos se abalanzaron como halcones para probar suerte con sus colmillos y garras, ella solo abrió sus brazos y los invitó a hacerlo con una sonrisa verdaderamente feliz.

El draco de eterium más cercano quedó claramente asombrado al descubrir que Baltrice misma podía desgarrar y morder como el mejor de ellos. Ella esquivó el viperino ataque de colmillos de la

bestia, pasó un brazo alrededor del largo y serpenteante cuello de la cosa y arrebató la articulación de su ala con la mano libre. En uno o dos segundos la articulación pasó del rojo al amarillo al blanco como leche radiactiva, y se derritió de las costillas de la bestia mientras el ala se desprendió y cayó dando espasmos en las dunas.

Yo pude haberme entretenido felizmente toda la tarde viendo a Baltrice desmantelar sus juguetes nuevos a excepción de que ese fue el momento que Silas Renn optó por enganchar su pulgar en mi ojo izquierdo.

"Eh, por cierto," dijo Doc, "¿te he dicho que estaba despierto?"

Ese también fue el momento en que descubrí que la ebullición se había retirado de mi sangre, que los crepitantes rayos habían desaparecido de mi piel, y que yo estaba repentinamente cansado.

Muy, muy cansado.

Todavía no muerto de cansancio aunque ese estado se alzaba en mi futuro inmediato.

El agotamiento, sin embargo, no me impidió torcer la cabeza, aferrar con mis dientes la yema de su pulgar y morder hasta que él chilló como una tetera hirviendo. Renn puso su otra mano por debajo de mi barbilla y hundió su pulgar en mi glándula parótida hasta que tuve que soltarlo para poder apartar mi cabeza, tras lo cual se comprometió a entregar una paliza muy eficiente, completa y profesional, centrándose en mi rostro, mi pared abdominal inferior, y mi ingle.

Este fue un momento particularmente inoportuno para descubrir que la educación de los vástagos de la Casa de Renn incluía un entrenamiento integral en el combate cuerpo a cuerpo.

Esto fue especialmente incómodo porque yo no había estado en una pelea a puñetazos desde que había tenido (aproximadamente) once años y debido a que mi falta de experiencia se vio agravada por tener una sola mano que poder utilizar para defenderme. Si yo soltaba su clavícula, él me tiraría fuera y me asaría en aproximadamente un latido y medio de corazón.

Peor aún, parecía ser que sus mejoras de eterium, además de ser impermeables a cualquier cosa que yo hubiera podido hacer con mis manos, pies o cabeza, también lo hacían más fuerte que un berserker rhox. Cada golpe de sus puños abrió un corte en mi rostro y provocó estrellas a través de mi visión, o desgarró músculos y apaleó órganos internos, o aplastó mis testículos hasta que tuve que vomitar bilis de mi estómago vacío, o innovadoras combinaciones de los mismos. "¿Cómo se siente, chatarrerito?" se burló él en mi cara. "Apuesto a que nunca pensaste que yo también podría vencerte en esto, ¿verdad?"

Yo no hubiera podido contestarle aunque hubiera querido. Pronto él se aburrió de darme una paliza y decidió romper mi agarre en su clavícula pellizcando el músculo entre mi pulgar e índice con su pulgar e índice, algo que fue tan inesperadamente e increíblemente doloroso que yo grité y me sacudí como si hubiera sido apuñalado. Pero a pesar de sus mejoras de eterium sus manos

seguían siendo sólo de carne y hueso. Con mi mano libre agarré su pulgar y lo alejé de mí.

"De donde yo vengo este sólo es el juego previo," murmuré con los labios rotos y ensangrentados. "En una pelea nosotros somos más como..." y yo completé la frase dando un tirón del pulgar en una dirección hacia la que los pulgares no estaban diseñados para ser tirados.

La articulación se rompió con un crujido satisfactoriamente húmedo.

"Escoria de pozo ciego," gruñó él con su rostro pálido por una rabia asesina. "Después de que te golpee hasta dejarte inconsciente te voy a ahogar en tu propio alcantarillado."

"No tienes las pelotas bien puestas. ¿Lo recuerdas?" Yo solté el pulgar, me estiré detrás de su cabeza, y recogí un puñado de polvo de vidrio que hundí en su nariz arruinada. "Así es como lo hacemos en Marea Hueca, tú mocosa perra creída."

El polvo de vidrio se extendió por su rostro y yo animé su difusión golpeándolo con el exterior de mi puño como si fuera un martillo. Puede que yo no sepa mucho sobre una pelea a puñetazos pero sí sé cómo hacer pivotar un martillo y debe haber pocos humanos que puedan decir con verdad que lo hacen mejor que yo.

Renn jadeó por el impacto y cuando abrió la boca yo volví a golpearlo, esta vez bajo sobre sus incisivos inferiores, extendiendo su mandíbula más de lo normal con otro crujido húmedo. Aulló. En Marea Hueca ese habría sido el momento de verter arena en su boca abierta así que lo hice.

Un cavernícola de mi parte de mi vecindario también habría torcido su mano en el rostro de Renn para hacer entrar la arena con más fuerza en su boca y su nariz arruinada, para introducirla en las cuencas de sus ojos, hundirla bajo sus párpados, y acumularla en sus conductos lagrimales.

También hice eso.

Entonces le volví a pegar. Y una vez más por si acaso.

Y una vez más para no perder la costumbre.

Él hizo arcadas y gárgaras y trató de gritar un poco más, actuando generalmente impotente y derrotado, lo que yo no me creí ni por un segundo; sabía lo fuerte que solía ser, y supuse que ahora él sería probablemente más fuerte. La lucha terminaría cuando uno de nosotros estuviera inconsciente. O muerto.

Mi naturaleza sospechosa dio sus frutos cuando vislumbré un destello de chispas azules en las esquinas de sus ojos y así logré desviar mis ojos antes de que su Forma Inmaculada (un hechizo muy pequeño, apenas un conjuro, utilizado para limpiarse uno mismo y su ropa al instante) sopló toda esa arena de su rostro y la dirigió al mío. Antes de que pudiera volver a mi tarea uno de sus brazos serpenteó alrededor de la parte de atrás de mi cuello y atrapó su antebrazo opuesto para apalancar su otro brazo sobre mi rostro.

Yo ya había estado esperando que intentara sacarme de encima. Para el momento en que me di cuenta de lo que estaba haciendo él ya había bloqueado mi cabeza en el hueco de su brazo.

Su agarre se apretó con la progresión mecánica de una prensa de carpintero. "Marea Hueca no es nada," susurró en mi oído. "Así es como luchan los hombres."

Esa regeneración incorporada en el cuerpo parecía estar funcionando demasiado bien.

"¿Eh, Tezz...?" dijo Doc preocupado. "Parece que estamos en problemas aquí. ¿Estamos en problemas? ¿Tezz?"

Yo no pude contestar porque mi boca estaba hundida en un antebrazo de eterium. Me las arreglé para encontrar sus manos y arañar hacia ellas, tratando de agarrarle otro dedo o el pulgar que le había roto, pero por supuesto él no me dejaría volver a atraparlo de esa manera otra vez. "Oh, no, no, no," tarareó. "Tú no quieres hacer eso, y he aquí el por qué."

Su presión aumentó y yo oí un crujido alarmante que pareció venir desde el interior de la parte posterior de mi cráneo. "¿Sabes cómo practico esta llave?" murmuró Renn. "Con rocas de granito. Hasta que se rompen."

Al parecer mi metáfora del berserker rhox había sido una especie de eufemismo.

"¿Tezz? ¡Tezz! ¡Haz algo!" Doc estaba empezando a entrar en pánico; y él sonó más tranquilo de lo que estaba yo. El agotamiento de sangrita también parecía haber agotado hasta la última gota de mi reserva de maná. Yo traté de organizar mi mente para poder caminar por los planos, pensando que tal vez Doc podría teletransportarnos de vuelta a la caverna, pero todo lo que conseguí fue un gemido de consternación que me indicó "¡Pasarán horas antes de que yo pueda hacer eso de nuevo!"

Esta, pensé, es una forma estúpida de morir.

"¿Cómo debería matarte? Déjame contar las maneras," reflexionó Renn con felicidad. "Aplastar tu cabeza como un melón podrido tiene un cierto atractivo visceral... pero no, no, eso nunca servirá, sería demasiado rápido. ¿Cómo podría hacerlo tranquilamente... como si tuviera todo el tiempo del mundo? Porque, después de todo, yo lo tengo."

¿Y yo en qué podría haber estado pensando? ¿Acaso habría estado pensando en absoluto? Yo nunca lo había vencido. Ni una sola vez. Y aún así yo había dejado que me hirviente sangre sobrealimentada me arrastrara exactamente a lo que él era mejor: el combate cuerpo a cuerpo. Idiota.

Estúpido, estúpido, estúpido.

Morir (de nuevo) ya sería bastante malo. Morir porque yo era demasiado estúpido como para vivir era más de lo que podría soportar. Si tan sólo me hubiera parado a pensar porque, después de todo, el único rasgo en el que yo tenía una ventaja real sobre Renn era el intelecto, aunque uno no hubiera podido demostrarlo con todo lo que había pasado ese día. Yo mismo me había lanzado ciegamente contra él, mi insignificante y demasiado-mortal carne contra su poder ilimitado de eterium.

Espera.

El poder ilimitado del eterium...

Para manipular eterium no se requería de maná. No para mí. El propio metal proporcionaría el poder. Renn estaba casi perdido en sus fantasías de torturarme hasta la muerte. Yo estaba casi perdido en mi epifanía cegadora que había algo más que podía hacer que Renn no sabía que podía hacer.

Rabdomancia.

Con sólo el más mínimo toque de voluntad yo pude percibir el eterium en la zona. Todo ello. El cuerpo de Renn. El portal de tránsito. Los trineos de gravedad.

La aguja en mi aorta.

Elegí la aguja en mi aorta para mi primer movimiento. Esta se retiró del vaso sanguíneo, dejando sólo una perla en su lugar para sellar la punción. Sin necesidad de cautela  arranqué la aguja a través de mis costillas, mi tendón pectoral, y mi piel. Decidí no decir una frase bravucona; ¿por qué advertirle? Con mi mente reformé la aguja en una delgada cuchilla y luego apuñalé con ella a través del iris del ojo derecho de Renn.

El gritó, lanzándome a un lado, arañando su rostro, arrancándose pedazos sangrientos con sus uñas. Me conté afortunado que la conmoción no hubiera provocado un acto reflejo en él que me hubiera arrancado la cabeza pero su increíble fuerza casi me mató de todos modos: arrojarme a un lado implicó enviarme girando por el aire, agitando mis brazos sin poder hacer nada hasta que mi espalda se estrelló contra el portal de tránsito con tanta fuerza que aquello casi me partió por la mitad. Caí sin aire a la arena, mis brazos y piernas temblando y retorciéndose en un desmayo parcial.

Si Renn se reponía antes de que yo pudiera hacer lo mismo me mataría de todos modos. Yo ni siquiera pude levantarme. No pude pararme y enfrentarlo como un hombre. Tal vez podría gatear. Tal Vez.

El poder me había vuelto estúpido. Yo había sido fuerte así que no me había molestado en ser inteligente. Un error que juré no volver a cometer.

Aunque la lección no serviría de nada si el aprenderla me mataría.

Yo tenía la oportunidad. Una oportunidad, porque todo ese poder ahora se había ido, y mi intelecto volvía a estar funcionando. Una oportunidad.

Me estiré con mi mente y activé el portal de tránsito. Una vista de la multitud de zombis en el Vidrinfinito se abrió por encima de mí ya que yo yacía a sólo unos metros del umbral del portal.

Renn dejó de gritar. Quizás el giro del poder había sido suficiente para recordarle que él aún no me había matado. Su ojo izquierdo se fijó en mí y su boca ensangrentada se estiró como un ogro pesadillesco. "¿Huyendo?" gritó y se lanzó hacia mí. "¡Huye entonces! ¡Huye! ¡Yo voy a empezar por cortar tus piernas! ¡Una condenada articulación a la vez!"

Pero cuando él se acercó a mí, patinó hasta detenerse, mirándome con abierta perplejidad porque yo no estaba tratando de

arrastrarme a través del portal. Ese fue el momento en que se dio cuenta de que era una trampa. Yo lo vi en sus ojos.

El supo que estaba a punto de morir.

Abrió la boca como si fuera a preguntar que demonios estaba tramando pero sólo se las arregló para decir: "Tezzer…" antes de que mi trineo de gravedad se estrellara contra la parte baja de su espalda de eterium lo suficiente rápido y fuerte como para cortar a un hombre ordinario en dos. Renn no era un hombre ordinario y el trineo de gravedad pesaba menos de catorce kilos por lo que el impacto sólo lo derribó hacia adelante, tropezando, tratando de recuperar el equilibrio.

Fue suficiente.

El agitó los brazos y lo habría logrado, evitar caerse, si yo no hubiera podido mover uno de mis pies destrozados en el último segundo para arrebatarle el tobillo y mandarlo de cabeza dentro del portal de tránsito.

Y dije no a través del portal. Dentro del portal.

Dentro del portal porque yo cancelé el hechizo justo cuando su cabeza y sus hombros rompían el plano de transmisión. Alrededor de la mitad de su torso, su pelvis, ambas piernas y un brazo, cayeron sobre mí. Lo qué dolió. Pero realmente no importó.

El resto de él, su cabeza, hombros, corazón, y un brazo, cayeron en la arena del Vidrinfinito a quince kilómetros de distancia.

Tal vez mi prejuicio contra la improvisación había sido injusto. Mi propia improvisación, justo en ese momento, había producido resultados satisfactorios.

Menos que elegantes, lejos de ser dolorosos, y no muy humillantes, pero satisfactorios.

Yo me quedé tendido allí por un segundo o dos, tratando de recuperar el aliento lo suficiente como para decirme a mí mismo que todavía estaba vivo. Cuando encontré mi insistencia suficientemente convincente me levanté y activé de vuelta el portal de tránsito.

En el otro extremo el brazo restante de Renn estaba escarbando para agarrarse en el suave polvo de vidrio, tratando de arrastrarse a si mismo, a sus hombros y a su cabeza hacia alguna seguridad imaginaria. Parecía estar en una especie de shock. Cuando entré por el portal y me dirigí hacia donde yacía la mitad de Renn este no pareció capaz de hablar, produciendo sólo gárgaras, moviendo sus labios, y uno o dos estallidos.

"Detente Renn. Se acabó."

El puso sus ojos en blanco y su mano dio marcha atrás. Suspiré. Una vez que se disipara la conmoción Renn volvería a ser peligroso; la magia es una función de la mente y la de Renn volvería, si se le daba la oportunidad, a recuperarse en gran parte ilesa. Su corazón todavía estaba brillando en lo que quedaba de su pecho y los encantamientos que le servían en lugar de sangre y pulmones y otros órganos podrían mantener su cabeza con vida indefinidamente. La última cosa que yo quería hacer era darle una oportunidad para volver a montarse a si mismo.

Pasé por encima de él y lo recogí por la muñeca, levantándolo del suelo. Sus ojos volvieron a la normalidad y su boca funcionó y en ese momento él fue capaz de formar palabras inteligibles. "...mátame... Tezzeret... mátame...."

"Eres demasiado valioso para desperdiciarte simplemente porque te odio," le dije. "Yo te di la oportunidad de cooperar por elección. No voy a repetir ese error."

"... carroñero hijo de puta de Marea Hueca..."

"Cállate ahora. Trata de no interrumpirme mientras te salvo la vida."

Los extremos cortados de sus mejoras estaban goteando maná como sangre. A mi me costó solo un momento o dos hacer el contacto con su eterium y manipular su función lo suficiente como para sellar los hilos cortados del entretejido. Logrado eso agarré mentalmente la pequeña cuchilla hundida en su ojo y la estreché en un hilo ultrafino, alrededor de un tercio del diámetro de un cabello humano. Luego la hundí a través de su retina y hasta su nervio óptico, lo que debió haber sido un poco incómodo, ya que le hizo estremecerse y gemir.

Usando el hilo exploré su masa cerebral hasta que encontré su centro del sueño. Enganché un extremo del hilo allí y envié el otro directamente a su glándula pineal y trabajé el hilo para que alimentara a su pequeña corriente de maná con una carga lenta. Sus ojos se cerraron pasados unos cinco segundos y cayó en un plácido sueño.

Una ráfaga de brisa acudió desde detrás de mí hacia el portal de tránsito trayendo consigo suficiente olor a zombi que yo tomé prestado un poco de la articulación del hombro de Renn para levantar un campo anti-vidrio y hedor. Miré a través del portal y entendí por qué la brisa parecía volar desde allí hacia allá ya que las Dunas de Vidrio por alrededor de dos a cuatro kilómetros al otro lado ya no eran tanto dunas sino vidrio; vidrio fundido, en la base de un tormenta de fuego más grande que la mayoría de los nubarrones. En el corazón de la tormenta de fuego Baltrice todavía luchaba contra tres de los dracos de eterium, todos ellos pareciendo estar pasándoselo bien.

Trasladé la mirada de la tormenta de fuego al ejército de zombis en el Vidrinfinito y de nuevo al fuego. Se me ocurrió que mientras yo tuviera una piromante en un combate mortal con dracos de fuego mejorados con eterium había un lugar más útil para su batalla.

Me extendí con mi mente y encontré el artefacto en el ojo y el oído de Baltrice. *Renn está acabado*, envié. *¿Sigues divirtiéndote?*

*¿Sería demasiado cursi para mí decir que sólo estoy entrando en calor?*

*Aquí en el Vidrinfinito, tengo una, eh... cuestión de control de plagas. Una que está rogando por tu atención personalizada y la de tus compañeros de juego. ¿Puedes guiarlos al portal de tránsito?*

*¿Saneamiento incendiario? Mi especialidad. Sostén la puerta, vamos en camino.*

Asegurarme de que lo hiciera me obligó a usar casi toda la fuerza que me quedaba. Me agaché en el suelo y puse al Renn durmiendo a mi lado. Abracé mis rodillas y metí mi rostro maltratado en su interior. Durante lo que pareció un tiempo muy largo no pude hacer nada excepto quedarme sentado allí y temblar.

Así que eso era lo que se sentía ser un ganador. Al Fin.

Triunfo. Victoria.

Lo que sea.

"Hemos ganado, ¿no?" dijo Doc. "Quiero decir, de verdad ganamos, ¿no es así? Esto tiene que contar como un anticuado 'rompimiento de culo', ¿eh? Un azote de autoridad. Un golpazo y porrazo que le partió el espinazo. Le abofeteamos como a un hijastro pelirrojo. Le golpeamos como un tambor rasgado...."

"Doc. Suficiente."

"Sí, sí, claro. Lo que sea. Sin embargo debe sentirse bien. ¿Verdad? ¿Después de todos estos años?"

Yo respiré hondo y luego suspiré. No le respondí. No tenía nada que decir porque la victoria no se sentía a nada en absoluto.

No me sentía nada más que cansado.

Una cosa más, me dije. Levanté la cabeza y miré hacia fuera a las incomprensiblemente enormes salas monolíticas del Laberinto de Cristal.

Una cosa más.

# Tezzeret
# El verdadero yo

Permanecí sentado en la arena, jugando con los poderes de percepción de Renn mientras Baltrice incineraba los últimos miles de zombis. El desierto estaba manchado de hollín negro y espolvoreado con cenizas blancas hasta donde llegaba mi visión. Una gran nube de humo llenaba el cielo sobre el Vidrinfinito, proyectando un crepúsculo permanente sobre el Laberinto de Cristal. Dado que las peculiaridades de la zona incluían un enorme vórtice estacionario en los vientos dominantes era posible que el humo permaneciera allí para siempre. O al menos hasta que algún poderoso atraetormentas pudiera ser persuadido para que lo alejara de un soplo.

Tuve que hacer una pausa en mi jugueteo de vez en cuando; la ropa que había hechizado para mí no era a prueba de arena. Había estado más cómodo desnudo.

El halo de telemin que había moldeado del cuerpo de aleación de eterium de Renn había resultado inesperadamente bien. La pantalla externa y la jaula de impacto era casi de un metro de diámetro; los curvos puntales de centrado atornillados en el cráneo de Renn tenían suficiente flexibilidad como para permitir una eficaz absorción de choque. Así que me atreví a decir que dentro de ese halo Renn no estaría en peligro de sufrir daños por impacto; yo podría haberlo hecho rebotar como una pelota de goma sin volverlo

más que mareado. Las seis asas de transporte que había construido en el exterior de la jaula de impacto se proyectaban lo suficiente como para evitar que el halo rodara en cualquier superficie inferior a una pendiente de treinta grados y yo, desde luego, no pondría la cabeza de Renn en ninguna pendiente más pronunciada que eso. Él era demasiado valioso.

Unos hilos más de eterium puro, similares al que lo mantenía dormido, insertados en otras partes de su cerebro me permitieron acceder directamente a todo su sistema; el que fue, descubrí yo, inesperadamente impresionante. Además de ser capaz de ver, oler, oír, saborear y sentir lo que estaba delante de él, Renn podía hacer lo mismo con objetos que sólo estaban potencialmente presentes, así como con objetos que ya habían desaparecido. Aunque el intervalo había aumentado por que la percepción se había atenuado aquel todavía era un talento útil.

Lo más interesante de todo fue su capacidad de ver hacia los lados en el tiempo. Gastando un cantidad considerable mana (algo que pude hacer fácilmente dada mi plenitud actual de eterium) él (y yo a través de él) podía percibir directamente las consecuencias de cualquier elección o cadena de opciones dada, ya que los flujos temporales se bifurcaban hacia fuera de cada punto de decisión. La línea de tiempo potencial más probable del grupo era la más fácil de ver.

No hizo falta un gran poder en absoluto para ver líneas de tiempo donde Renn había ganado la pelea.

Yo decidí no contarle a Baltrice lo que le habría sucedido si habríamos perdido. Si hubiera tenido siquiera una pista yo nunca hubiera podido evitar que matara a Renn, y yo lo iba a necesitar para atravesar el Laberinto.

Habiendo dejado intactas las magias que sustentaban su vida y curado sus heridas yo esperé un prácticamente ilimitado potencial de vida útil para mi Rennoscopio (¿Rennscanner? ¿Rennómetro?). Con todas sus necesidades físicas proporcionadas por la magia él bien podría sobrevivir un siglo o más, lo que era mucho más de lo que yo lo iba a necesitar.

Tal vez algún día, si yo me encontraba en un estado de ánimo sentimental, quizás decidiría reconstruirlo en un hombre. Era posible.

Pero no probable.

Una vez que hubo terminado Baltrice montó su trineo de gravedad hacia donde yo estaba sentado con la cabeza de Renn. Bajó y se enjugó el sudor de hollín de su rostro con una manga sucia. "Bueno, eso es todo. Probablemente haya más en el interior pero eso no será un problema. Tengo que decirte que yo todavía no entiendo por qué nuestro ejército de nigromantes no hicieron aparecer unas pocas miles de bestias repugnantes para mear en mi hoguera."

"Lo harás. Paciencia."

"¿Eso es todo lo que tienes que decir al respecto? ¿Paciencia?"

"Es una virtud subestimada."

"Entonces te diré algo: tú quédate con toda la tuya y toma la mía también. Lo que quede de ella." Apoyó las manos en sus caderas y miró a la monótona enormidad opalescente del Laberinto. "¿Y ahora qué? ¿Entramos?"

"No."

"¿Tienes una idea mejor?"

"Suelo hacerlo."

"Te digo que no creo que pueda hacer algo que afecte a la estructura misma. Las paredes ni siquiera recogen hollín."

"Este no es un cristal ordinario. No estoy seguro de que sea físico."

"¿Eh?"

Yo dejé que un hombro temblara en un casi encogimiento de hombros. "Se me ha ocurrido que si el truco del escudo hipotemporal de Renn se hiciera mucho más poderoso (si el tiempo nunca pasara en su superficie, o casi) este podría, en teoría, tener ese aspecto."

Ella negó con la cabeza. "Me alegra de que no sea yo la que tenga que averiguar cosas por aquí."

"Sin embargo te manejas muy bien en ello. ¿Cómo está tu espalda?" Yo había adaptado la magia de autocuración que Renn había construido en su cuerpo para tratar nuestras diversas heridas; una solución imperfecta pero la mejor que habíamos tenido.

Ella movió los hombros hacia atrás y hacia adelante varias veces, luego se encogió de hombros. "Me duele. Pero no me va a matar. ¿Cómo está tu cara?"

"Igual," respondí mostrándole una sonrisa torcida que fue lo mejor que pude hacer por las contusiones inflamadas y cortes apenas cerrados que cubrían la mayor parte de mi cabeza. Dos de mis dientes estaban tan flojos que podrían caerse antes de que tuviera tiempo para reparar mi mandíbula, pero los efectos a largo plazo del resto de mis lesiones sólo dejarían cicatrices. "Me duele."

Al igual que mis manos, mis piernas, mis entrañas, y prácticamente cualquier otra parte de mi cuerpo a la que hubiera podido poner un nombre.

"¿Moretones y un par de nuevas cicatrices? Un precio lo suficientemente pequeño a pagar por seguir vivo después de algo así," dijo ella. "No voy a olvidar lo que hiciste hoy, Tezzeret. Tú no tenías que volver por mí. Te fuiste sabiendo lo que él podría hacer. Ponerte entre él y yo. No estoy segura de que yo habría hecho lo mismo por ti."

"Si yo te hubiera dejado allí ahora estaría muerto. O pronto." Pareció lo más sabio evitar dar más detalles.

"Bueno, de todos modos estoy agradecida, ¿eh?" Ella bajó la mirada hacia la cabeza de Renn, y empujó el halo de telemin con su bota de piel de draco. "¿Aún muerto?"

"No. Yo lo necesito vivo."

"¿Igualmente no es algo excitable? Pierde la cabeza en una crisis, ¿no? Como que le vuelan moscas de…"

"No."

"¿No qué?"

"No te burles de él," le dije. "Por favor."
"¿Por qué en los infiernos no? ¿Crees que él no se estaría regodeando sobre nosotros si esto hubiera sido al revés?"
"Su comportamiento no es mi preocupación. El mío si lo es."
"Pareces muy preocupado por mi comportamiento."
"No lo estoy. Pero permitirte que te burles de él sería grosero."
Ella flexionó sus hombros y arrojó la barbilla hacia mí belicosamente. "¿Y si decido que tengo ganas de hacer un fandango de victoria por arriba y por abajo del rostro de ese bastardo exactamente cómo crees que vas a detenerme?"
"Pidiéndotelo que no lo hagas," le dije. "Con mucha cortesía."
Ella me miró durante un segundo, que fue lo mucho que pudo sostener la mirada antes de esbozar una sonrisa. "Si que eres todo un personaje," dijo ella sacudiendo la cabeza y riéndose. "De verdad lo eres."
"Cumplidos sobre mi diseño y construcción deberán dirigirse a Nicol Bolas."
"Me pregunto si él sabe exactamente que es lo que tiene aquí. Algo me dice que detrás de esa inexpresividad de las tuyas también tienes una o dos sorpresas guardadas para él."
Esto no pareció requerir una respuesta. De un bolsillo en mi ropa hechizada saqué el anillo de eterium para el pulgar que había hecho para ella. "Toma."
Ella lo tomó de mi mano. "¿Una joya? ¿Seguro que es hora de llevar nuestra relación a ese nivel?"
"Puedes usar eso en tu pulgar o, supongo, dado el tamaño de tus manos en tu anular."
"¿Qué es lo que hace?"
"Es un localizador, eso es todo. Cuando haya terminado te haré una señal. Sabrás que soy yo porque el anillo se iluminará y hormigueará. Te dirigirá a donde quiera que esté. Es de eterium; nunca se quedará sin poder."
"¿Cuando hayas terminado?" Ella se enrojeció y pequeñas llamas comenzaron a chispear en sus ojos. "Qué, ¿aquí es dónde me dejas de lado? Es el famoso ‘Vete a Darte Una Condenada Caminata Perra Obesa?"
"Es una promesa," le dije. "Tú ya has hecho todo lo que he pedido de ti y más. Te has ganado la libertad de Jace Beleren. Incluso si fracaso. Incluso si muero."
Levanté mi mano para mostrarle el anillo haciendo juego que llevaba en el pulgar izquierdo. "Tu anillo te conducirá a éste, donde quiera que esté. Si es necesario tu anillo está codificado con una invocación que atraerá el mío al tuyo si muero o si se pierde. Incluso si no estoy disponible en persona para hacerlo poner los dos anillos juntos impartirán el secreto de eliminar con seguridad el dispositivo de su cerebro."
"¿Sí?" Ella me miró de reojo, midiéndome. "Tal vez debería, ya sabes, reunirlos en este momento. Ahorrarme el viaje."
"A pesar de haber hecho una o dos cosas estúpidas en los últimos días yo no soy un idiota. Prepararé mi anillo cuando tú estés

lejos, muy lejos. Como he mencionado antes, no quiero que luchemos. Me sentiría muy apenado si tengo que matarte y más si tú me matas."

Ella lo miró con abierta incredulidad. "¿Quieres que sólo confíe en ti en esto?"

"Sí," le dije. "¿Eso es un problema?"

"Bueno... maldita sea. No lo sé. Debería serlo." Ella suspiró y se bajó a la arena junto a mí. "No hay duda de que tú eres ese condenado hijoputa que siempre  he tenido mi dudoso placer de conocer. Probablemente debería haberte asado allí en Marea Hueca."

Yo asentí. "He disfrutado trabajar otra vez contigo."

"Dices eso como si lo sintieras de verdad."

"Porque lo hago."

"Lo más loco es que yo de verdad te creo." Ella deslizó el anillo en el dedo y tendió la mano para admirarlo. "Va con mi pelo, ¿eh?"

"No se me había ocurrido," le dije, "pero supongo que sí. Baltrice, tengo algo que decirte. Es posible que no nos volvamos a encontrar y hay una cosa que realmente espero que la vayas a creer acerca de mí."

Ella me dio esa mirada de reojo de nuevo. "¿Es aquí donde profesas tu amor eterno? Quédatelo. No eres exactamente el tipo de mis sueños."

"Baltrice." Yo puse mi mano sobre la suya y ella me dejó. "Me gusta imaginar que Jace Beleren sabe bien la clase de amiga que tiene en ti. Espero que lo haga; de verdad que sí. Y quiero que sepas que espero que algún día yo pueda... merecer un amigo que se preocupe así por mí."

Ella se sonrojó y apartó la mirada. "Tezzeret... vamos. ¿Que quieres que diga?"

"Nada. Sólo quiero que lo sepas. Y quiero que creas que no quiero hacerte daño."

"Eso suena como un problema."

"No es imposible."

Ella se puso de pie y se volvió hacia mí. "Supongo que entonces esta es una despedida. Es una pena que no pueda tomar el trineo. Un dispositivo bastante útil."

"Necesito el eterium."

"Si, lo se. Mira, Tezzeret, yo no soy tan buena con ese asunto de las despedidas. Sólo me tomará un minuto o dos para desplazarme fuera del plano..."

"Tengo dos regalos más para ti." Dije sacando el navegador del mismo bolsillo. "Tiene un pestillo oculto, justo aquí, ¿lo ves? Presiónalo así y el dispositivo se abrirá."

"Es un medallón."

"Es un navegador. En realidad muy parecido a tu anillo. Me temo que se puede usar una sola vez pero creo que apreciarás tenerlo. Si necesitas encontrar a alguien, por cualquier razón, todo lo que tienes que hacer es tomar algo de ellos y guardarlo dentro. Cualquier tipo de muestra de tejido servirá, una gota de sangre, un

cabello, incluso un pedazo de uña. El navegador te mostrará dónde está esa persona y te ayudará a trazar un camino hacia él. O ella. Es muy eficaz siempre y cuando tu objetivo no esté utilizando algunos tipos más avanzados de ocultamiento mágico. Funciona mejor con alguien que no sepa que está detrás de el."

"¿Objetivo?" dijo ella con cautela. "¿De qué se trata esto?"

"Se trata de mi tercer regalo, parte del cual será un portal de tránsito a lo que creo que es una habitación en Bant. Creo que podrías estar interesada en ir allí ya que, recientemente, esta mañana, nuestra nigromante estaba allí."

"¿Nigromante? ¿Uno?" Ella pareció sospechosa y horrorizada a la vez. Extendió ampliamente los brazos para abarcar el hollín y el humo y las cenizas en todo el Vidrinfinito. "¿Todo esto vino de un solo chico?"

"No es un chico," le dije yo. "¿Si tuvieras la oportunidad de recorrer todo el Multiverso en busca del culo de un nigromante en especial para asarlo muy despacio en el horno más profundo de Grixis quién sería ese nigromante?"

Sus ojos se abrieron. "¿Estás bromeando?" Sus dientes sobresalieron y en sus ojos sólo hubo llamas. "¿Es una maldita broma, no?"

"No bromeo acerca de esto," le dije. "La verdad es que no soy un fan de ella."

"¿Tu regalo es un tiro hacia ella?"

"Sí. ¿Te gusta?"

"Oh, hombre, si yo tuviera alguna forma de decirte..." Ella se encogió de hombros y se prendió fuego. Tuve que levantar una mano para protegerme el rostro de su calor. "Ponte a trabajar en ese portal, amigo. Tengo que llamar a mi montura."

Baltrice metió dos dedos en su boca y lanzó un chillón silbido ensordecedor que le habría hecho honor a las sirenas que en Vectis se usan para anunciar el ataque de un dragón. El cuerpo sinuoso y perversamente brillante de un draco de eterium salió disparado desde detrás del monolito blanco de una sala del Laberinto. Unos pocos poderosos aleteos lo enviaron hacia nosotros en picada.

Yo hice un ruido de asfixia al tratar de no tragarme la lengua.

Baltrice me sonrió. "No son del todo malos. Algunos de ellos sólo son, ya sabes, incomprendidos."

Me dí cuenta que había quedado con la boca abierta así que la cerré con un “clack” que envió una sacudida de dolor a través de mis dientes flojos.

El draco de eterium aterrizó a pocos metros de distancia. Baltrice se encaminó hacia él, extendiendo sus brazos, y yo me encontré en la posición absurda de ser testigo de algo que ni siquiera hubiera podido insinuar sin ser llamado un mentiroso o un loco. El draco de eterium se posó sobre la arena, plegó las alas, y puso su cabeza en el hombro de Baltrice.

"Buen chico." Ella palmeó la parte de atrás de su cráneo y yo oí un sonido bajo, como metal moliéndose que en realidad podría haber sido el ronroneo de la criatura.

"Yo lo llamo Sr. Calzónbrilloso," dijo ella feliz y fuerte a la vez. "Ese portal, ¿eh?"

* * * * *

La noche cae repentinamente en la mayoría de los desiertos pero el Vidrinfinito en ese momento tenía un tipo de crepúsculo: la luz del sol poniente reflejándose hacia abajo por la oscura nube de humo zombi, proyectando un sangriento resplandor opaco en el Laberinto de Cristal.

Y sobre mí.

El color era esencialmente idéntico al resplandor de la sangrita en la caverna; un simple hecho, señalado sin consideración de la coincidencia o la teleología. Ya me lo pensaría luego si esto resultaba ser relevante o no. Yo no tenía ningún interés en el mediodía o la medianoche, día, noche, o cualquier otra cosa. No sentí el tiempo y mi visión no tenía nada que ver con la luz.

Me senté en la arena de vidrio en polvo en el centro del laberinto con las piernas dobladas debajo de mí y la cabeza de Silas Renn en mis rodillas.

No puedo decir cuánto tiempo pasé allí. Días, por lo menos. ¿Meses? ¿Años? No hay forma de saberlo. Mis heridas sanaron en algún momento pero yo no me di cuenta. El poder que extraje de la gran riqueza de eterium a mi mando me relevó de cualquier necesidad de comer, beber, o eliminar, y lo hizo sin que se requiriera la intervención de mi atención o de cualquier fracción de mi conciencia en absoluto. Necesitaba toda mi conciencia para otra cosa.

Resolver el Laberinto.

Utilizando la percepción del tiempo de Renn pude trazar las probabilidades fantasmales de mi mismo entrando en el Laberinto y, una vez dentro, mi propia habilidad para la rabdomancia me permitió realizar un seguimiento de ellos por el eterium que ellos, que yo, llevaba. Llevaré. Potencialmente. Cada giro, cada paso, cada ascenso, descenso o salto.

Mientras lo hacía usé un don de mis días en el Gremio de Mecanicistas para hacer que mis manos tiraran de forma automática del eterium a mi alrededor una serie de finos alambres, doblándolos, torciéndolos, y de vez en cuando rompiendo cada uno mientras los moldeé en precisas representaciones (o modelos) en tres dimensiones de cada camino que me vi tomando en los supuestos futuros. Mi larga, larga experiencia con la precisión me aseguró que estos modelos representarían cada camino con total exactitud. No tenía necesidad de modelar el propio Laberinto; los caminos eran todo lo que importaba.

Había construido a mi alrededor un par de anillos, creados para que el más bajo sirviera como base en la arena mientras que el superior pudiera girar libremente a lo largo de este. A doce intervalos precisos de todo el anillo móvil había fijado una cruz alta de alambre de eterium. Cada una de las cruces marcaba la entrada

de uno de los grandes salones del Laberinto. La pieza cruz marcaba el nivel del suelo. Cada clavija se convirtió en el ancla de un gráfico de hilos de todas las vías posibles ramificándose desde esa entrada. Así que si hacía girar el anillo yo podía traer cualquier sala dada ante mí sin tener que cambiar mi propia posición.

Para un laberinto común eso habría sido suficiente; una solución tridimensional para un problema tridimensional. Eso, sin embargo, era un problema de cuatro dimensiones.

Por lo menos.

Porque, después de todo, sólo parecía un laberinto. Era un laberinto. Se convirtió en un laberinto, uno mortal, para cualquiera que había entrado sin preparación. Yo no sería uno de ellos.

La preparación es mi especialidad.

Mientras trabajaba descubrí caminos que podían unirse a otros dos o más que parecían conducir a callejones sin salida. Utilizando un cable un poco más delgado y más brillante para conectar puntos de tránsito mágicos (donde un camino podría saltar desde lo alto de una sala a la parte inferior de otra) yo empecé a unir todas las salas a todas las demás en caminos multiplicadamente iterados, casi idénticos... pero todos y cada uno únicos....

El espacio que me rodeaba casi estaba lleno hasta la mitad cuando descubrí el patrón.

Lo pude ver: una pureza matemática que no se podría describir con palabras, una elegancia que trasciende el lenguaje... En ese momento pude predecir la forma y la longitud del siguiente alambre y que puntos uniría. Más que predecir. Ver.

Saber.

Pronto pude ver dos alambres por delante, luego cinco, luego una docena....

Luego todo.

Vi en lo que se convertiría mi modelo. Aquel no era el poder de Renn. No tenía nada que ver con el tiempo; aquello era forma y función, desnuda hasta la estructura profunda de la materia misma. Vi el futuro no con presciencia sino con experiencia. Supe donde debía haber sido colocada cada hebra y que debía conectar cada alambre para que el modelo tuviera sentido.

"Tener sentido" es en realidad una expresión para como yo experimento con las leyes naturales.

Es decir: la verdad.

Esta experiencia (este saber) salió fluyendo de mí, dirigiendo mis manos para ensamblar la visión media-soñada en mi corazón. La estructura increíblemente perfecta de la matriz de eterium me envolvió, me cubrió, me unió alrededor y por encima de mí como la bóveda de una catedral.

Yo me había entrenado toda mi vida simplemente para ver esto. Para hacer esto. Para crear esto.

Para ser esto.

Mis manos se detuvieron. Mis ojos permanecieron abiertos sin pestañar. Yo ya no pude soñar con moverme. No pude soñar con

respirar. No pude imaginarme estando en cualquier otro lugar que no fuera allí.

Nunca más.

Observé sin vista, oí sin sonido, olí sin olor, sentí sin tacto. Arrodillado en ese lugar sagrado desgarradoramente perfecto que era la única respuesta posible a la pregunta de mi existencia, pensé: *¿Qué es lo que dices sin decir?* Y descubrí la obvia respuesta.

La unión de la mecánica y el tiempo... es un reloj.

Crucius...

La estructura de interpenetración que yo había construido a mi alrededor; el modelo de eterium de la matriz relacional de los doce Salones alrededor de mí; era perfecto. Era inevitable. Era imposible.

Era contexto.

Lo que hace que un reloj funcione es la ingeniería de su mecánica. Lo que lo hace hermoso es la elegancia de su construcción. Lo que lo hace perfecto es la precisión de su corazón.

No hay corazón más preciso que el mío. Yo no tenía necesidad de encontrar el centro del Laberinto de Cristal. Yo era el centro.

Me había convertido en las manecillas del reloj.

Lo que dije sin decir fue: Y*o estoy aquí*.

Y lo estuve.

Para siempre.

# Tezzeret
## Punto medio, punto muerto

Mi primera pista de que para siempre podría no ser en realidad permanente llegó con los tristes acordes de contrabajo de una esfinge muy, muy vieja. "*Saludos, Tezzeret. Bienvenido de nuevo, mi viejo amigo.*"

Me encontré desnudo (algo previsible ya que había llegado a tomar la pérdida de mi ropa como una característica habitual de mi viaje post mortem) y totalmente carente del resto de mi equipo, por no hablar de los recursos. No había ni rastro de mi modelo de eterium, ni del Laberinto, ni del halo telemin o la cabeza de Renn. De hecho yo estaba de rodillas en una pradera cubierta de hierba extrañamente incolora entre un grupo de árboles tropicales similarmente incoloros y estaba mirando de frente al rostro melancólico e incrustado de eterium de Kemuel el Antiguo. El Oculto.

Aunque nunca había visto siquiera una representación de él supe que era Kemuel. Lo supe. Como si lo hubiera sabido desde el día que nací.

Desde el día en que él había nacido.

Lo había logrado.

Lo había logrado de verdad.

La sensación fue muy similar a cómo me había sentido después de vencer a Renn.

Pasó un tiempo hasta que yo registré lo que Kemuel había dicho. Me levanté, tratando de tragarme un bolo de aprehensión que había decidido de pronto abrirse camino hasta mi garganta. "¿Qué demonios quieres decir con bienvenido de vuelta?"

Arrugas aparecieron en su inmenso rostro como cicatrices de erosión en un acantilado de granito. "*Mi amigo, el Camino del Buscador te ha traído aquí varias veces. La pregunta es: ¿Qué te llevará el resto del sendero?*"

"¿El resto de qué sendero?" Un peso incalculable de agotamiento se posó sobre mis hombros, amenazando con aplastarme por completo. ¿Yo todavía no había terminado? "¿Varias veces?" dije débilmente. "Por favor, dime que no estás diciendo lo que me temo que estás diciendo."

Los pliegues continuaron profundizándose en torno a su boca y las esquinas de sus ojos y yo me di cuenta que él estaba formando lentamente (incrementalmente, glacialmente) una sonrisa. La antigua esfinge llevaba tanto eterium que prácticamente estaba hecha de metal. "*Tezzeret, yo puedo responder a cualquier pregunta que no te vaya a ayudar. 'El resto del sendero' significa más allá de donde estamos. Las varias veces... bueno, tú ya llegaste al Portal del Acertijo dos o tres veces de cada diez mil vidas. En promedio.*"

Me froté el rostro. ¿Diez mil vidas? ¿Reencarnación? La idea de tener que vivir mi vida actual era casi más de lo que podía soportar. ¿Diez mil? Y entonces registré que él me había dicho que era un promedio....

Dos o tres veces de cada diez mil vidas.

Estaba tan cansado que quise morir. Pero algo en mi cerebro se negó descuidadamente a dejar de trabajar, sin importar la circunstancia, y en ese momento me ofreció una pequeña chispa de esperanza. "Espera," le dije. "Vidas no secuenciales. Vidas paralelas. Diferentes líneas de tiempo."

"Sí."

Me quedé mirándolo. Él era totalmente ajeno pero al mismo tiempo tan familiar como la casucha de mi padre. "Eres un relojero."



Tezzeret, el Buscador

"*Tengo el don por parte de mi padre pero no lo uso.*"

"¿Por qué no?"

Esos pliegues se profundizaron aún más y algunos parecieron como si también pudieran empezar a curvarse un poco. "*¿Por qué debería*?"

Lo miré. Me miró. Después de mucho tiempo observándonos el uno al otro yo me di cuenta de que no tenía ninguna respuesta. Ni siquiera pude imaginar que pudiera existir una respuesta que tuviera sentido para él.

Esfinges y acertijos. Ya estaba harto de ambos. "¿Qué es este lugar?"

"*Mi amigo, estás parado en el Portal del Acertijo. El final de tu viaje, o su punto medio; la distinción sólo la puedes hacer tú.*"

El punto medio. El Portal del Acertijo. Si yo hubiera creído en dioses los habría estado llamando para que lo maldijeran. Y a mí. Y a ellos, también, mientras estaban en ello. "¿Que sigue? ¿A dónde voy ahora?"

"*No lo sé.*"

"¿Discúlpame?"

"*Esto es lo más lejos que llegaste alguna vez.*"

Por alguna razón encontré que eso era alentador. "¿Entonces qué pasa?"

"*Tezzeret, el camino de vuelta está cerrado. Si no pasas por el Portal del Acertijo aquí vivirás. Aquí morirás.*"

Miré a mi alrededor. No había tumbas. No había huesos. No había Tezzerets vagando. "¿Qué es lo que suelo hacer?"

"*Tu reacción al fracaso varía. A menudo te suicidas. A veces me atacas con tal furia que debo matarte. En ocasiones has pasado días o semanas, a veces meses, conversando conmigo... y luego te quitas tu vida o la gastas en una violencia inútil. Así es como nos hemos convertido en amigos.*"

"¿Te sentirías ofendido si te digo que no quiero conocerte tan bien?"

"*Tezzeret, la realidad no es lo que nosotros queremos. Es lo que es.*"

Yo hice una mueca. Cuando esa perogrullada había salido con anterioridad por lo general había sido yo diciéndoselo a otra persona; estar en el extremo receptor fue inesperadamente amargo.

"*Tezzeret, mi tarea no es sermonearte. No estoy aquí para desconcertarte ni para impedir tu Búsqueda. Estoy de tu lado, aunque sólo sea para evitar lo desagradable que es encargarme de tu cadáver.*"

"¿Qué pasa con mis posesiones? Si tú quieres ayudarme a tener éxito..."

"*Yo no voy a ayudarte a tener éxito. No puedo ayudarte a tener éxito. Aunque si espero que ese éxito te encontrará y que tú lo encontrarás. Ayudarte está más allá de mi poder.*"

"¿No puedes devolverme mi eterium?"

"*No es tu eterium.*"

"Sí. Sí, por supuesto," le dije. "El eterium que me prestó la Gran Hegemón."

"*Ella no puede prestar eterium. Todo el eterium es de mi padre. Por su gracia a algunos se les permite pedir prestado su uso.*"

"De tu padre..." repetía atontado. Esto respondió a una pregunta, pero si Crucius era incluso más antiguo que El Oculto, parecía improbable que se lo pudiera encontrar vivo. "Está bien. Es de él. Pero el permitir que sea, eh, prestado por un poco más de tiempo no debería..."

"*El eterium no puede entrar por el Portal del Acertijo.*"

"¿En serio? Una vez más, sin querer ofender," le dije señalando a sus barrocas capas de incrustaciones, "uno se pregunta..."

"*Yo nunca he entrado. Mi padre lo construyó a mi alrededor, cuando creó el Laberinto.*"

"Lo construyó a tu alrededor," repetí más estúpidamente que antes. "¿Y has estado aquí todos estos siglos? ¿Milenios?"

"*Es la tarea que él me ha dado.*"

Esa masa incrustada de eterium debía ser lo único que lo mantenía con vida. Por otro lado si él llegaba a expirar inesperadamente...

La esfinge, como si pudiera leer mi mente, silbó, "*El eterium tampoco puede salir de aquí. Así es como lo ha hecho mi padre: la estructura del Portal del Acertijo.*"

"Así que tú también está atrapado aquí."

"*No: yo permanezco aquí hasta que el Buscador pasa el Portal. Ese es mi trabajo.*"

Dos o tres de cada diez mil vidas. En promedio. "Espero que me perdones si digo que suena como un trabajo aburrido."

"*El aburrimiento es una aflicción que las esfinges no sufren.*"

"Por supuesto." Tendría que haber pensado en eso antes de abrir mi estúpida boca si no hubiera estado demasiado cansado para preocuparme en hacerme el inteligente. "Aún así debes pasar mucho tiempo a solas."

"*Paso mis días aprendiendo. Soy una esfinge; una criatura de preguntas. El Portal de Acertijos es un dispositivo de respuestas.*" La esfinge antigua levantó una pata y nosotros ya no estábamos en la planicie de césped sino sobre los Acantilados de Ot, mirando hacia abajo sobre un mar lleno de barcos de refugiados huyendo de Vectis. "*¿O Brezal de Nubes? ¿Te gustaría ver a Tiln construyendo el Bastión del Trueno? Quizás Bant, si tienes una favorita en particular entre sus guerras perpetuas. O la Antigua Tormenta de Dragones de Jund: dramática y espectacular a la vez. Todo el tiempo y el espacio están aquí ante nosotros. El Portal del Acertijo nos puede mostrar todas las respuestas excepto la que necesitarás para pasar través de el.*"

Yo no tenía ningún interés en hacer turismo, ni en la historia. Sin embargo, todo el tiempo y el espacio... "¿Me puedes mostrar dónde puedo encontrar a Crucius?" Kemuel el Antiguo me fijo con una mirada notablemente aguda.

"*Puedes encontrar a mi padre en cualquier lugar donde puedas encontrarte a ti mismo.*"

"¿Qué tal esto?: muéstrame en donde voy a encontrar a Crucius," le dije. "En donde, como tú dices, puedo encontrarme a mí mismo."

Su sonrisa se extendió hasta que su rostro de piel agrietada se convirtió en una mueca alarmantemente horrible. "*Por supuesto, amigo mío. Pero debes saber que todo Buscador ve esto... y sin embargo la visión se convertirá en realidad para uno solo. Lo que no es probable que seas tú. Ninguno de ustedes.*"

Fruncí el ceño. "¿Hay otros Buscadores? ¿Además de mis múltiples yo?"

"*Sólo hay un Buscador. Pero el Buscador no siempre es tú. Su Búsqueda tampoco es idéntica a la tuya.*"

Me froté los ojos. Descubrir que había entendido la mayoría de lo que había dicho fue profundamente perturbador. Las consecuencias fueron peores. "¿No estamos buscando lo mismo?"

"No lo sé," dijo impasiblemente Kemuel. "¿Tú qué estas buscando?"

Me quedé mirándolo. No le respondí.

Porque yo no lo sabía. No de verdad.

Ni siquiera había pensado en ello. Allí estaba el trabajo que Bolas había infligido en mí y tenía a Doc para azotar el látigo del dragón... ¿verdad? Él no había dicho una palabra.

Ese sería un tema sobre el que iba a tener una opinión.

Fue entonces que se me ocurrió que había estado en silencio durante algún tiempo. Tal vez desde que yo le había dicho adiós a Baltrice. No estaba seguro de que era lo que significaba eso pero me encontré aferrado a una repentina y asombrosamente sombría aprensión. La idea de que él podría ya no estar allí congelado en mi garganta como mocos helados. "¿Doc?"

No llegó ninguna respuesta.

"Deja de bromear. Tú no eres exactamente del tipo silencioso," le dije pero yo ya sabía la verdad. Podía sentirla.

La verdad se sintió como un cuchillo. Alojado en algún lugar entre mi estómago y mi corazón, el que me apuñaló con cada respiración.

El Oculto me miró impasible. "*¿Hablando con la voz en tu cabeza?*"

La ira se encendió dentro de mí como si mis huesos hubieran estallado en llamas. "¡El no es una voz!" le espeté. "Él no es un condenado engaño, él es un..."

Me atraganté con la palabra. Eso era ridículo. Más que inverosímil. Era imposible.

Debería haber sido imposible.

Pero tenía que decirlo. Se lo debía mucho.

"Era un amigo," dije. Mis ojos se sentían calientes y mi visión se puso borrosa; negué con la cabeza y miré hacia otro lado. No supe por qué sentí lo que sentí pero yo nunca he sido un hombre que negara la verdad. "El único amigo que tenía."

La realidad no es lo que queremos. Es lo que es.

"*Tezzeret, no quise decirte que estás loco. Algunos de ustedes han hablado de una voz que les impulsa a ir hacia adelante, por lo general con amargura. A veces con abierto odio. Tú eres el primero en nombrar a la voz como un amigo.*"

"No es que me agrade," le dije. "Pero... él no es malo. No era el podrido bastardo que podría haber sido. Incluso me ayudó. Mas de una vez; yo no habría llegado hasta aquí sin él. Y él siempre estaba ahí. Me acostumbré a él. Es... difícil de describir. De todos los que han tenido poder sobre mí él es el único que me trató mejor que lo que tenía que hacerlo."

"*La misericordia es la mayor virtud.*"

"Si tú lo dices."

"*Y tú estás de acuerdo más de lo que crees.*"

Para mí eso no significó nada en absoluto. Negué con la cabeza. "Ni siquiera le dije adiós."

"*¿Por que lo harías? Tú y él no se apartaron. Precisamente lo contrario.*"

Yo miré a la antigua esfinge y él me miró.

"*Ninguno de ustedes oye voces en este lugar que no sean la mía y la de ustedes. El Buscador enfrenta el Portal del Acertijo solo.*"

Apenas lo escuché. Todavía estaba pensando en *Precisamente lo contrario*.

¿Era posible?

Era obvio que él parecía entenderme mejor que cualquier otro que yo había conocido. Incluyendo a mi familia. Tenía mi sentido del humor, al menos con ese culpable placer de sentimentalismo del que yo normalmente hago un punto de no decirlo en voz alta. Me recuerda a la clase de persona en la que a veces pienso que podría haberme convertido si hubiera tenido una vida menos grave que la de un carroñero de Marea Hueca.

Sí, yo había odiado a Doc instintivamente. Al principio. Él me había atormentado con la maldad despiadada de un niño demonio. Al principio. Pero incluso desde ese mismo principio que tuvimos, por ejemplo, compartimos un profundo odio a Nicol Bolas. De hecho las únicas veces que habíamos estado en verdadero desacuerdo había sido cuando él se había enojado porque yo estaba arriesgando nuestras vidas.

Mi vida.

Algunas criaturas de larga vida tienen la capacidad de establecer subsidiarios de uno mismo (algo así como personalidades subordinadas) para ayudarles a mantener organizado su almacenamiento cada vez mayor de recuerdos; los dragones son una de esas criaturas. Cualquier cosa que Bolas podía hacerse a sí mismo yo estaba seguro de que él habría podido hacérmela a mí. Por no hablar de que le habría hecho cosquillas a Bolas hasta en la mugre que hay entre sus garras para ponerme en mi sitio.

Y si fuera cierto, ¿qué decía eso acerca de lo que yo quiero? ¿Acaso Doc me había estado conduciendo hacia la meta de Bolas o hacia la mía? ¿Que pasaba si se trataba de la misma?

Y si no era así, ¿cuál era la diferencia?

En algún momento me senté. Después de un intervalo desconocido me di cuenta de que había estado mirando fijamente más allá de Kemuel, en silencio y sin pensar en nada en absoluto. Se sintió como si lo hubiera estado haciendo durante mucho, mucho tiempo. El tipo de intervalo que se mide en décadas.

El Oculto no se había movido. La paciencia no es una de las virtudes de una esfinge. La paciencia es parte de su naturaleza.

"Yo sé lo que estoy buscando," dije finalmente. "Al menos por ahora. Estoy buscando el camino que atraviesa el Portal del Acertijo. Si yo no tengo eso nada más importa."

"*¡Muy bien mi amigo! ¿Y cómo te propones encontrar un camino en el que ha fallado cada Buscador?*"

"Esa es la parte fácil," le dije. "Te pediré que me lo muestres."

Los ojos de Kemuel se abrieron como platos y luego cerraron a ranuras inclinadas. La esfinge antigua se irguió, del tamaño de un dragón y dos veces más seria. Su voz retumbó como un trueno entre las altas montañas. "*¿Y qué esperas que yo haga cuando lo preguntes, tú diminuto coágulo de impudicia?*"

"Eso es lo que quiero averiguar," le dije. "Tú has mencionado la tarea que tu padre te dio. Me sorprendería si se tratara de calentar el suelo con tu culo mientras esperas a que aparezca un buscador y le haces compañía. Y son raras las veces que a mi me sorprenden."

El Oculto me fulminó con la mirada como si hubiera podido matarme con rayos de sus ojos.

Sin embargo, después de haber sido atrapado en una caverna a merced de Nicol Bolas, yo había sido extirpado quirúrgicamente de cualquier tendencia que podría haber tenido en dejarme intimidar por una mirada severa. "Kemuel el Antiguo, llamado El Oculto, te conjuro por el nombre de tu padre Crucius, por el nombre de la Búsqueda y por el nombre de toda amistad que alguna vez hayamos compartido: Describe tu tarea," le dije y añadí, "Por favor."

La cruda amenaza en su mirada bien podría haber sido cincelada en una máscara de piedra. Hasta que un párpado cayó y se volvió a abrir y esas cicatrices erosionadas comenzaron a grabarse a sí mismas de nuevo en su rostro.

Yo parpadeé y le dije: "¿Acaso eso fue, ahora mismo... quiero decir, acabas de guiñarme un ojo?"

"Tus modales han mejorado," dijo él con una risa indulgente que sonó un poco como campanas de viento del tamaño de un barco. "*Ven mi amigo. Colócate a mi lado y hablaremos de mi tarea.*"

Yo fui hasta el lugar indicado. Tan cerca de su hombro que el calor de su cuerpo fue como una estufa de hierro en una noche de invierno... y todo lo que quise hacer fue acostarme, dejar que el calor me envolviera, y dormir. Para siempre.

Pero yo ya dormiría bastante para siempre si no lograba atravesar el Portal.

"*Se me permite mostrarte una cosa que nunca hayas visto y recordarte dos cosas que ya sabes.*"

"Muy bien," le dije. "Muéstrame."

"*Esto es lo que te espera más allá del Portal del Acertijo,*" dijo y sin ningún gesto ni más mínimo atisbo de expresión el lugar donde estábamos parados se transformó en el paraíso.

Una tierra de eterium.

De nada más que eterium. Árboles. Piedras. Hierba. Arena. "Ah," dije.

Fue todo lo que pude decir.

Me encontré de rodillas porque no tenía fuerzas para levantarme. Sin aliento. ¿Eso era lo que me esperaba más allá del Portal?

*¿Eso?*

"¿Eso...?" susurré. "¿Eso es donde lo encontraré? ¿Eso?"

Yo nunca lo había *soñado*...

Todo estuvo *justo allí*. Ante mi. A mi alrededor. Yo ya estaba *allí*...

A un paso.

Me arrodillé, contemplando la respuesta a todas las preguntas que había tenido alguna vez y entonces ya no pude esperar. Me puse de improvisto de pie y trastabillé hacia adelante. Nada me detuvo. Recuperé mi equilibrio y comencé a caminar. Entonces empecé a correr.

Corrí hasta que me quedé sin aliento. Hasta que mis pies sangraron. Hasta que el cansancio me derrumbó por los suelos como si hubiera sido golpeado por un rayo.

Cuando al fin recobré mis sentidos el suelo sobre el que yacía ya no era de eterium.

Me di la vuelta. Kemuel estaba a tres pasos detrás de mí. No se había movido.

Yo no me había movido.

"*Si fuera tan fácil,*" dijo él, "*ningún Buscador fracasaría.*"

Sí. Claro. Me senté con dolor y asentí con resignación. "Me sentí… desbordado."

"*Siempre lo haces.*"

"Pero no me voy a rendir. Apenas me siento vencido."

"Aún."

Espera... lo tengo. Era obvio. Tan obvio que no podría habérsele ocurrido a cualquier otro yo. El Portal del Acertijo debe ser interplanar… yo estaba buscando en un *plano diferente*. Si lo veía podría caminar hasta allí.

Aunque no con mis pies.

Reuní poder y encendí mi Chispa... pero no encontré ninguna Chispa que encender y ningún poder que reunir.

"*En el Portal del Acertijo no hay ningún poder salvo el eterium.*"

Y no hay ningún eterium salvo...

Cuando lo miré él tenía una sonrisa triste que también fue de alguna manera afectuosa. "*A menudo mueres en el acto de atacarme.*"

Una vez más: por supuesto.

Me hundí de nuevo en mis rodillas, fregando mi rostro con ambas manos como si pudiera borrar el cansancio, y la esperanza, y la desesperación, y todos los demás sentimientos y pensé en el torbellino gritando dentro de mi cabeza. Me recordé, no por primera vez, la carga que era ser un humano.

"Muy bien," dije. Mantuve mis ojos cerrados, mi única esperanza de disminuir la inexorable gravedad del inimaginable eterium situado más allá del Portal. "Así que. Esto es... esto podría haber sido diseñado específicamente para mí. Para atormentarme. Torturarme. A un paso de más eterium de lo que jamás hubiera imaginado que podría existir en el Multiverso. A un paso de Crucius. A un paso del secreto de la creación de este mismo. Un paso que no puedo tomar, por falta de eterium."

Negué con la cabeza, impotente. "Este es mi infierno personal."

"*El eterium sólo se interpone en tu camino,*" dijo Kemuel tranquilamente.

"Está bien. Las otras cosas… las que tú dijiste que yo ya sé. Los recordatorios que se te ha permitido dar. Por favor, dímelos."

"*El primero es uno que creo que estás a punto de experimentar,*" dijo. "*Cuando uno está hecho de vidrio…*"

"Todo se ve como una piedra. Sí." Yo respiré hondo, asentí, y volví a hacerlo. De alguna manera el aforismo me ayudó a calmarme. Parecía estar recuperando algo de mi habilidad para pensar.

"Entiendo. La situación no tiene que haber sido diseñada para torturarme. Puede que sea de esta manera porque no hay otra forma en que pueda ser; la amarga ironía a la que me enfrento aquí puede ser un efecto de lo que soy en lugar de la forma en que se hizo. Sí."

Volví a respirar hondo y el resto del torbellino dentro de mi cabeza desaceleró y parecía asentarse en una progresión manejable. Cuando uno está hecho de vidrio, todo se ve como una piedra, *pero*...

Yo me giré para encontrar la mirada insondable de El Oculto. "Por otro lado," dije lentamente, "a veces lo que parece una piedra es una piedra. Y a veces una piedra tiene mi nombre en ella."

La sonrisa de Kemuel se amplió. "*Me haces sentir muy orgulloso.*"

"No puedo imaginar por qué. Está bien, lo entiendo. Creo. ¿Cuál es el otro recordatorio?"

"*Se me permite recordarte la única forma en que resolviste las dos primeras líneas del acertijo de mi padre.*"

"¿Cómo yo...?" Puse una mano sobre mi cabeza. El torbellino parecía estar girando de nuevo. "¿La única forma?"

Aquello no había sido una forma en absoluto; las soluciones apenas estaban *relacionadas*. Las dos primeras líneas...

La primera solución había sido el producto del análisis. La lógica. El intelecto.

La segunda había sido el producto de la diligencia. La minuciosidad. La infinita capacidad para aguantar los dolores.

Lo único que las dos tenían en común era yo.

Una luz feroz dentro de mi cabeza cobró vida en un estallido cegador.

*¿Yo?*

La luz feroz hizo desaparecer mi torbellino de confusión con su calor. "Yo..." me oí decir. "Era yo."

Las soluciones habían sido mías. Personalmente mías. Yo no había resuelto las líneas "¿En dónde buscas lo que no se puede encontrar?" y "¿Qué dices sin decir?"

Mis respuestas habían sido en donde buscaría YO lo que no se puede encontrar y que podría decir YO sin decir.

El análisis y la diligencia son dos de los cuatro rasgos definitorios de la grandeza de un artífice. El tercero era exactamente lo que yo estaba experimentando en ese momento.

Inspiración.

La siguiente línea había sido: "¿Cuál es tu cielo cuando estás sepultado en el suelo?"

Bueno, yo ya estaba suficientemente sepultado, metafóricamente. El Portal del Acertijo era una tumba abierta, a la espera de que me acostara. Sepultado... enterrado vivo, o muerto, y que importaba. No podía importar. Al menos no dentro de la tumba.

¿Cuál era mi cielo? La respuesta a mi oración, ¿y para siempre fuera de mi alcance? ¿Qué era lo que me torturaba cada vez que

pensaba al respecto? ¿Qué era lo que yo anhelaba más que la vida misma?

Abrí los ojos y miré a mi respuesta.

"Oh... dioses..." Lágrimas se acumularon en mis ojos. ¿Por qué yo no tengo un dios a quien yo pudiera apelar? Incluso un sueño delirante de misericordia divina sería mejor que esto.

Morir mirando a la única cosa que realmente quería.

Pero... el cielo, cualquier cielo, también es una metáfora. Es una construcción mental, un límite que imaginamos, para dividir imaginariamente el espacio infinito. No es real… no es aire, o nubes, lunas, planetas o estrellas. Es... ¿qué?

Siempre esta fuera del alcance desde donde uno se encuentre.

Uno no puede agarrarlo. No puede comprarlo o venderlo. No puede romperlo, o  robarlo, encadenarlo, o liberado. Porque no puede ser propiedad de nadie, le pertenece a  todos.

A todo.

Mis ojos se cerraron y dije con voz tranquila, "¿Estás bromeando, verdad? Por favor dime que no es en serio."

"*Pero yo no lo soy, y lo soy.*"

"El eterium se interpone en mi camino."

"*Sí.*"

"Debido a que es tanto una idea como una sustancia."

"*Sí.*"

"¿Y el eterium no puede pasar a través del Portal del Acertijo?"

"*Sí.*"

"Ni siquiera el sueño de tenerlo. Ni siquiera la esperanza de tenerlo. Mientras el eterium sea algo para mí yo estoy atrapado aquí."

"*Sí.*"

"La única manera en que yo pueda llegar a donde más quiero estar... es que no me importe si alguna vez lo logro."

"*Sí.*"

"Así que." Suspiré, abrí los ojos y alejé mi mirada del Portal del Acertijo en mi sueño de paraíso, para siempre fuera de mi alcance. Para que yo llegue allí ya no tendría que ser nunca más el paraíso. No para mí. "Me imagino que este es el momento  cuando yo suelo suicidarme."

"*Siento tener que decir que así es.*"

"Por lo menos ahora entiendo por qué." Dije negando con la cabeza. "¿Cómo se supone que tenga que hacer esto?"

"*No lo sé. Ninguno de ustedes lo ha logrado jamás,*" dijo él con tristeza. "*Esta es la razón por la que el Portal del Acertijo será tu final: con éxito o no, el hombre que eres morirá aquí. Pero el Portal del Acertijo será el punto medio para el Buscador que finalmente logre atravesarlo; durante el resto de tus días tu existencia se definirá por ese pasaje. No por tu nacimiento, tu muerte, ni tu renacimiento… sin importar cuántas veces experimentes cada uno de ellos. Marcarás tus días por lo que vino antes del Portal del Acertijo, y lo que vino después.*"

Estupendo.

"Así que vamos a resumir. A mi me parece algo así como esto: He pasado toda mi vida tratando de convertirme en un hombre que pudiera llegar hasta aquí, porque he estado, de manera consciente o no, tratando de llegar allí," dije señalando con un dedo a la tierra de eterium. "Si yo no hubiera estado tratando de llegar allí yo nunca habría llegado hasta aquí. Pero con el fin de conseguir realmente llegar allí tengo que ser alguien que nunca se haya molestado en venir aquí desde un principio."

"Sí, Tezzeret mi amigo. Esta próxima voluntad será lo que nosotras las esfinges a veces llamamos," dijo con seriedad, "la parte intrincada."

* * * * *

En la plenitud del tiempo, yo me convertí en ese hombre.

Me levanté, le di mi despedida a Kemuel (junto con instrucciones para Sharuum, en caso de que ella optara por seguirme) y él dijo: "*Conocerla será interesante. Instructivo. Naceré varios cientos de años antes que ahora, cuando ella es más joven y mi padre es el rey*"

El hombre que había sido se habría irritado por eso; el hombre en que me había convertido sólo asintió y se alejó del Portal del Acertijo en la Isla de Metal.

Por un lapso infinito permanecí arrodillado en la arena de eterium, meditando sobre el acertijo de la Esfinge de Metal. Para el momento en que pasó la eternidad yo ya había encontrado mi respuesta.

Pero si quieres saber cual era esa respuesta, viejo gusano, tendrás que renunciar a este tonto truco absorbedor de recuerdos de los tuyos y preguntármelo tú mismo.

Cortésmente.

No te molestes en abrir mi tumba; yo ya logré salir. Ah, y por cierto.

Estoy justo detrás de ti.

# La Isla de Metal
# El último acertijo

Nicol Bolas se sacudió como si hubiera sido alcanzado por un rayo. ¡Ese pequeño zopenco insufrible de excremento de necrófago! Hacía años que él tendría que haber matado a Tezzeret. El hecho indiscutible de que él, en persona, no sólo no había hecho nada tan prudente como matar al artífice se agravaba con el otro hecho indiscutible de que él, en persona, había curado de verdad a esa putrefacta pila de raspaduras del culo de un escarabajo pelotero, hizo que al menos una de sus submentes se preguntara abiertamente si tal vez Tezzeret había estado en lo cierto acerca de él.

Tal vez él sí era un estúpido.

Pero haber sido estúpido en el pasado no significaba que tenía que ser estúpido en ese momento. El gran dragón giró con una mueca en su rostro y una panoplia de magias increíblemente letales empaquetadas en cada garra, su boca, ambos ojos, ambas alas y su cola.

Tezzeret estaba sentado tranquilamente en el pedestal de eterium entre las patas delanteras de la Esfinge de Metal. Sonriendo.

La sonrisa no era una amable, o tranquilizadora, o incluso de suficiencia; parecía más de lástima que otra cosa, y cuando el dragón la vislumbró esto avivó la presión de su furia hasta que sobrecalentó su sangre a tal punto que no le importó ni lo más mínimo si era asesinado allí en esa estúpida playa en frente de esta estúpida esfinge mientras hacía algo estúpido si aquello tan sólo le permitía morir con la sangre de Tezzeret en sus colmillos.

Él extendió ampliamente los brazos y aún más ampliamente sus grandes alas, y desató sobre su enemigo hechizos que podrían consumir a todo ese universo…

Excepto que no lo hizo.

Vaciló, la confusión formando gotas de transpiración en su frente escamosa. Volvió a invocar el poder de todas las estrellas e hizo llover llameante destrucción sobre su…

Excepto que no lo hizo. Otra vez.

"¿Sabes por qué no?" le preguntó Tezzeret.

Bolas tembló. ¿Acaso ese apestoso artífice estaba leyendo su mente? ¿Controlando sus acciones? ¿Habían sido violadas las murallas de su identidad? Su conciencia pasó como un rayo por las innumerables cámaras de su mente casi infinita pero él no pudo encontrar ningún signo de alteración.

"Predecible," dijo Tezzeret. "Para ahorrar mi tiempo y tu esfuerzo te diré que la cosa no está en tu mente, Bolas. Está en tu cabeza."

"¿Qué?"

"¿Sabes? Tú te lo ocasionaste sobre ti mismo. Nosotros no teníamos que ser enemigos."

"¿Enemigos? No te hagas ilusiones," se burló el dragón. "Yo soy un dios. Tú eres una cucaracha."

El artífice asintió amablemente. "Una metáfora razonable, de una manera limitada. La cucaracha es pequeña y débil y puede ser aplastada por un dedo; y aún así puede traer enfermedades, caer sobre tu comida, y hacer que tu hogar sea generalmente desagradable. Y las cucarachas son, como grupo, muy difíciles de matar."

"¿Qué estás parloteando?" le espetó Bolas. "¿Qué tiene eso que ver conmigo?"

Tezzeret se encogió de hombros. "Es tu imagen, viejo gusano. En esos términos lo que yo te he hecho es bastante simple. He quitado tu pesticida."

"La verdad es que eres un asqueroso prepotente…"

"Mátame," le ofreció Tezzeret. "Como sea que te guste. No tengo escudos y no he invocado ninguna magia. Si quieres puedes pisotearme, por decir algo; es como uno esta acostumbrado a destruir a las cucarachas."

Bolas gruñó profundamente en su garganta y se abalanzó sobre él, sus garras a punto de rasgar al artífice en pedazos sangrientos.

Pero no lo hizo.

"Porque no puedes. Bueno, sí puedes... pero no lo harás. Al menos no por un tiempo."

La sonrisa de Tezzeret a Bolas le hizo recordar algo desagradable. Con un temblor Nicol Bolas se dio cuenta de que la sonrisa se parecía a la que él mismo le gustaba mostrar de vez en cuando. Por lo general cuando alguien a quien estaba a punto de comerse se quebraba y comenzaba a suplicar por su vida.

Pero en la sonrisa de Tezzeret no había sadismo. Ni siquiera malicia.

Eso, de alguna manera, la hizo peor.

Bolas empezó a preguntarse, por primera vez en lo que podía recordar de todos esos veinticinco mil largos años de su vida, si esa situación no estaba fuera del alcance de sus habilidades.

"Yo diría que tú me conoces tan bien como a cualquier criatura del Multiverso con la sola excepción de Kemuel y Crucius," dijo Tezzeret. "¿Cuál es mi talento? No es algo tan superficial como la magia, la rabdomancia o el artífice. ¿En qué soy yo mejor? ¿Cuál es mi especialidad?"

Bolas abrió su boca para dar una respuesta sarcástica pero la volvió a cerrar sin hablar. La cerró con un chasquido como la de una rama seca quebrándose porque se dio cuenta que él sabía la especialidad de Tezzeret.

Preparación.

"Quiero que entiendas por qué te estoy revelando esto en esta forma particular," dijo Tezzeret. "Hay una lección que espero que entiendas a partir de esto y la única manera de asegurarme de que tú la hayas aprendido es si lo ves por ti mismo."

"Juegos," dijo Nicol Bolas con acritud. "¿Acaso soy demasiado estúpido como para no entender las reglas?"

"Eso es lo que estoy tratando de averiguar. Lo que si espero, al menos, es que entiendas lo que está en juego," dijo el artífice. "Estamos jugando por tu vida."

Bolas se sentó, doblando sus alas a su alrededor en lo que esperó que podría parecer indiferencia. Pronto sentiría mucho frío y no quería empezar a temblar.

"¿Recuerdas lo que le dije a Jace Beleren justo después de que mi dispositivo se acomodó en su cerebro?"

Bolas no tuvo necesidad de buscar en sus recuerdos para encontrar ese chisme en particular. "Dijiste que ibas a matarme."

"Sí. Y lo hice."

"¿Estás loco?"

"Yo te maté decenas de veces," dijo Tezzeret. "¿No lo recuerdas?"

Bolas pensó en los cadáveres de dragones que había sacado de las líneas de tiempo paralelas y descubrió que se estaba sintiendo más frío en lugar de caliente.

"Yo seguí matándote," dijo Tezzeret, "hasta que finalmente encontré a un Nicol Bolas que no tuve que matar. ¿Tiene esto sentido para ti? ¿Entiendes lo que eres y por qué te sientes así?"

Bolas tragó.

"No tienes que contestar. Sólo piensa. El dispositivo que puse en el cerebro de Jace estaba allí no porque temí que él fuera a

interferir conmigo. Yo puse ese dispositivo allí porque *yo supe que tú ibas a leer su mente*. Algún día. En alguna parte. Y cuando lo hicieras ese dispositivo fluiría dentro de ti junto con los recuerdos de Jace. Una vez hecho esto yo podría matarte..." El se encogió de hombros. "Cuando sea. Cada vez que se me diera la gana. Debido a que el dispositivo ahora está en tu cerebro."

Tezzeret suspiró en tono de disculpa. "La parte intrincada fue programarlo para que alcanzara el nexo neural adecuado en tu cerebro. Allí hubo un poco de ensayo y error, por eso los dragones muertos adicionales en las playas paralelas. Por cierto, siento eso."

Bolas resopló. No había sentido ni la mas leve picadura y mucho menos la demoledora agonía que el dispositivo de Tezzeret había infligido a Beleren. Abrió la boca para expresar en cuán patéticamente despreciable se había convertido la pequeña farsa de Tezzeret pero el artífice levantó una mano.

"No está allí para hacerte daño. Es más bien un cortocircuito que un castigo y, además, yo sospecho que tu tolerancia al dolor va más allá de la capacidad que cualquier dispositivo pueda superar."

Bolas parpadeó. Eso había sonado casi como un cumplido....

"Básicamente apaga tu motivación para matarme. O la de cualquier Caminante de Planos. Decidí que podía ahorrarme esa cantidad de misericordia para Jace... al menos en parte porque pude imaginarme tan vívidamente la expresión de tu rostro cuando descubrieras que no podías hacerle daño."

En ese momento Bolas pudo pensar en una docena de maneras de conseguir extraer el dispositivo de su cerebro y una vez que lo hizo…

Tezzeret, una vez más, pareció haber leído su mente. "No es permanente," dijo él. "Me sorprendería mucho si te tardas más de diez minutos en retirarlo. Pero eso nos da la oportunidad de tener esta charla."

Bolas tenía una charla diferente en mente. Con un sutil e impenetrablemente camuflado esfuerzo de maná lanzó su mente a una línea de tiempo en la que nunca hubiera utilizado su extracción mental en Beleren. Un cambio temporal rápido y los asuntos entre él y Tezzeret serían diferentes.

Letalmente diferentes.

Pero no pudo. Las líneas de tiempo simplemente no estaban allí... o, peor aún, él no podía verlas. El frío parecía haber penetrado sus huesos. El dragón envió sus percepciones hacia adelante y hacia atrás a lo largo de la línea de tiempo en la que ya estaba... excepto que no lo hizo. No podía hacerlo.

Recordó ser hábil en la relojería. Sólo que no recordó cómo.

Tezzeret asintió con simpatía. "Tienes que tener en cuenta que yo tuve mucho tiempo para preparar nuestro encuentro en esta playa."

"Parece que sí."

"He llegado a creer que la relojería en general es una muy mala idea. Incluso en manos de un mago bien intencionado tiene el potencial intrínseco para desgarrar el tejido del Multiverso, lo cual

hace que sea una mala idea en particular permitirte a ti, por ejemplo, utilizarla. Así que no puedes. Posiblemente para siempre."

Bolas ya no pudo contener su incredulidad. "¡Eso es imposible… tú no puedes simplemente sacarme un poder de mí!"

"Sí. La única persona que puede hacerte eso es, bueno… tú."

"¿Qué?"

"Jace Beleren no era el único con una trampa en su mente," dijo Tezzeret. "Este era un poco más sutil. Yo he dado tus poderes de relojero al cuidado de una personalidad secundaria tuya. Basé mi diseño en tu trabajo. Esta personalidad secundaria entiende de verdad lo peligroso que es la relojería así que se asegurará de que nunca lo vuelvas a hacer. Te he dado algo más valioso que todo el eterium que haya existido jamás."

Él sonrió y en ese momento Bolas si vio un rastro de malicia que había estado anteriormente ausente. Tezzeret dijo: "Te he dado un amigo."

"¿Qué?" Bolas pensó por un momento que sus ojos se hincharon tanto que bien podrían haber salido de su cráneo. "Tu no… no pudiste…"

"Doc," dijo Tezzeret, "dí hola."

Y Nicol Bolas escuchó una fina voz humana de listillo zumbando en su oreja izquierda. "¡Hola! ¡Ey, es agradable estar aquí! ¡Maldita sea, Nicky, nosotros deberíamos habernos conocido hace años!"

Tezzeret se mostró desmesuradamente complacido consigo mismo.

Por un horrible segundo Bolas tuvo miedo de que por primera vez en veinticinco milenios estallara en lágrimas de verdad.

"Oh, vamos, Nicky. No va a ser tan malo. Bueno, no así de malo. Bueno, va a ser bastante malo. Pero mírale el lado bueno: siempre y cuando tú no trates de sacar tu basura de relojería yo no voy a tener ninguna razón para hablar contigo."

Bolas pudo entender cómo eso se convertiría en un sustancial incentivo. "¿Qué has hecho?" Preguntó casi gimiendo. "¿Cómo te las arreglaste…? No es posible que tú…"

"Sé que no has pasado mucho tiempo en Esper y ciertamente no en los barrios pobres," dijo casualmente el artífice, "por lo que no hay ninguna razón para que supieras que palabra utilizamos nosotros para un arma pequeña e improvisada mantenida oculta en el cuerpo hasta que llega su momento de matar."

Cuando la incomprensión se apiló sobre la humillación y el temor Bolas sólo atinó a mirar.

El artífice se inclinó hacia él y bajó la voz como si fuera a contar un secreto. "En Marea Hueca a eso lo llamamos un tezzeret."

* * * * *

Algún tiempo más tarde, después de darle una oportunidad para recuperar la compostura, Tezzeret se acercó al dragón de una manera gentil y casi sociable. "Sé que estás enojado. Avergonzado.

Incluso humillado. Por favor, comprende que no es mi intención hacer que te sientas así. Por favor, cree que todo esto se ha dispuesto para no hacerte ningún daño en absoluto."

"Ah, ¿y por qué debería creer eso?"

"Si mi objetivo hubiera sido humillarte," dijo Tezzeret, "nosotros hubiéramos tenido esta conversación delante de una audiencia."

Y ante los ojos atónitos de Nicol Bolas, Tezzeret El Buscador, se estiró fuera del universo y cuando su mano volvió lo hizo sosteniendo la muñeca de Jace Beleren.

"¡Eso es imposible!"

"No aquí."

"¿Pero cómo...?"

"No puedo pensar en ninguna razón por la que debería decírtelo."

"Su mente ha muerto," dijo Bolas. "Tan muerta como supo estar la tuya."

"Sí." Tezzeret sonrió. "Estoy seguro de que estás familiarizado con el concepto de justicia poética."

"Ese hechizo, durante la lucha... ¡fuiste tú!"

"Por supuesto que fui yo. Él podría haber arruinado mi sorpresa." El artífice se encogió de hombros. "Una conciencia correctamente particionada puede, como tú sabes muy bien, hacer varias cosas a la vez."

"Pero matarlo de esa forma, de una vez, sin dolor..." Bolas ladeó la cabeza, entrecerrando los ojos de soslayo. "Extrañamente misericordioso."

"Mi amigo Kemuel diría que la misericordia es la mayor de las virtudes."

"¿Ah sí? ¿Y tú qué dices?"

La sonrisa de Tezzeret se amplió pero sus ojos se volvieron fríos y duros como gajos de obsidiana. "La virtud," dijo, "es para los chicos buenos. Tú y yo tenemos otras prioridades."

"Ah. Él no está verdaderamente muerto."

Una neblina azul pareció escurrirse de los poros del brazo derecho de Tezzeret. Este abrió su mano hacia Beleren y la bruma se convirtió en una chisporroteante nube de chispas que salió disparada hacia el rostro del leedor de mentes. "Ahora ya no."

Bolas arqueó una ceja. "No parece demasiado vivo."

"Todavía está suspendido. Le voy a dejar así mientras recupero a Baltrice y Liliana Vess. Tengo algunos negocios que atender con ellos y, si es que no te importa, puede ser que te interese verlo. Te puedo asegurar que no van a ser conscientes de tu presencia. ¿Me permites?"

"¿Me lo preguntas a mí? ¿Está pidiendo permiso para preservar lo que queda de mi dignidad?"

"Sí," dijo Tezzeret. "Sólo son modales."

* * * * *

Nicol Bolas se sentó en la playa de eterium y observó como Tezzeret revivió a los otros tres caminantes de planos. Este, con una sonrisa curiosamente privada, se puso de rodillas al lado de cada uno de ellos, colocó su mano en cada una de sus cabezas, y murmuró: "Despierta. Eres libre. Levántate y camina."

Y así lo hicieron.

Bolas ni siquiera pudo decir cómo Tezzeret lo había hecho.

Hubo una cantidad predecible de conmoción (especialmente entre Baltrice y Vess, en donde Beleren tuvo que interponerse entre ellas para evitar el derramamiento de sangre) pero Tezzeret consiguió calmarlos de una manera impresionantemente rápida. Contestó su pregunta más apremiante ("¿Dónde está ese maldito dragón?") de una manera que Bolas encontró oscuramente sutil.

"Siempre es más seguro suponer," les dijo con seriedad y su inexpresivo rostro, "que Nicol Bolas está más cerca de lo que uno piensa."

"¿Y que demonios te traes tú?" le exigió Beleren. "¿Qué es este lugar? ¿Cómo lograste alejarnos de Bolas? ¿Qué está pasando?"

Tezzeret le ofreció la misma sonrisa que Bolas había encontrado tan exasperante. A Beleren no pareció gustarle mucho más. "Cada uno de ustedes ha sido una ayuda excepcional para mí en los últimos días. Espero darles las gracias y ofrecerles a todos un obsequio. Este lugar es... soy yo. O yo soy este lugar. O lo seré, con el tiempo. Yo no los aparté de Bolas. El lanzó a todos ustedes a las Eternidades Ciegas. Yo los recuperé; eso es todo. Ustedes han sido, supongo, salvados. Lo que está pasando es que nos iremos marchando uno a uno de aquí. ¿Está suficientemente claro?"

"Ni siquiera cerca," dijo Jace comenzando a caminar hacia él sólo para ser detenido por la mano de Baltrice en su hombro.

"Jefe. No lo haga."

"Sólo voy a decirle hola a un viejo amigo," gruñó él entre dientes.

"Bueno, no lo hagas," dijo ella. "Él no es quien crees que es."

"A mi me parece bastante conocido." Beleren apartó su mano y levantó los brazos para comenzar a lanzar un hechizo pero Baltrice le dio a su hombro un fuerte empujón que lo envió tropezando de costado contra el pedestal.

"Te lo estoy diciendo," dijo. "Él no es quien crees que es. Él puede hacer cosas que ni siquiera puedes imaginar."

Nicol Bolas pensó que a él no le hubiera importado que le hubieran dicho esa advertencia en particular.

"¿Hemos terminado?" dijo Tezzeret uniformemente. "Este es un mal momento para pelear entre nosotros mismos. Todavía hay un dragón muy enojado cerca que podría desear ventilar esa ira en cualquier individuo que pueda atrapar. Creo que ustedes no quieren ser esos individuos."

El miró de uno a otro hasta que cada uno se calmó.

"Liliana Vess," dijo dando un paso a su lado y tomando su mano. "Tu ayuda fue accidental pero no obstante valiosa. El regalo que tengo para ti es la libertad."

Ella frunció el ceño. "¿Libertad?"

"Muchas de ustedes, las Liliana Vesses de líneas paralelas de tiempo, se han unido al servicio de Bolas por un pacto de sangre. ¿Eres tú una de ellas?"

"Bueno..." Ella se sonrojó y se miró avergonzada a sí misma, proporcionando lo que pareció ser suficiente respuesta.

"Así que escúchame ahora, Liliana Vess," dijo él poniendo su mano sobre su cabeza, "también hay muchas de ustedes que nunca se han unido por completo al dragón. Cierra los ojos."

"No me importa lo que tú piensas que puedes hacer pero no hay forma de romper algo así. Yo ya lo he intentado. No vas a creer lo que he intentado."

"Por favor. Dame una oportunidad."

Ella suspiró y cerró los ojos.

"Tú, Liliana Vess, eres una de las no unidas. En tu vida has aprendido muy bien lo peligroso que son los contratos."

"Por supuesto que sí," dijo ella sacando la mano de Tezzeret de su cabeza. "¿Qué? ¿Eso es todo? ¿Me dices algo que ya sé? Gracias por nada. Literalmente."

"Y yo te digo de nada por algo. También literalmente."

"¿Crees que Bolas necesita un contrato firmado para mantener su dominio sobre mí?"

"Aparentemente no."

"Me voy de aquí," dijo ella. "Jace, ha sido real. Baltrice, besa mi culo."

Entonces ella se alejó por la playa, recogiendo el poder para caminar por los planos.

Tezzeret se volvió hacia la piromante. "Baltrice."

Ella lo despidió con la mano. "Yo no quiero regalos. Todo lo que quiero es que quites tu artilugio de la cabeza de Jace."

"Eso ya está hecho."

"¿A sí?"

"¿A sí?" repitió Jace.

"Antes de que despertaran."

Bolas notó que Tezzeret no se molestó en especificar en qué momento.

Baltrice extendió las manos. "Eso es todo lo que necesito."

"Es todo lo que quieres," dijo Tezzeret. "No es la misma cosa."

"En serio. Parece que las cosas te están yendo bien y me alegro por ello. De verdad. A pesar de que me serviste a Nicol Bolas como una bandeja de aperitivos; me imagino que no había manera de que lo hubieras sabido."

"Y yo te agradezco por esa generosa estimación." Tezzeret la rodeó y tomó algo del pedestal... un collar. Su cadena era de eterium puro y su colgante una piedra preciosa roja cuidadosamente tallada que brillaba con luz propia.

*Sangrita*, se dio cuenta Bolas. ¿Por qué el artífice le daría sangrita a su mascota piromante?

"¿Más joyas?" dijo ella con una sonrisa torcida. "Vamos Tezzeret... la gente está empezando a hablar."

"Baltrice, ¿recuerdas la conversación que tuvimos en las Dunas de Vidrio, cuando estaba trabajando en mi armadura? ¿Acerca de en quien me había convertido y en quien te habías convertido y por qué?"

"La verdad que no. Algo se metió con mi memoria acerca de todas esas cosas. Probablemente algo que ver con Renn. Oye, ¿alguna vez te encargaste de ese bastardo?"

"No personalmente." Tezzeret ya no sonrió más. "Este collar se trata, como el anillo localizador y el navegador, más acerca de lo que hace que de lo que es, y de nuevo te digo que se trata de un dispositivo sencillo. Póntelo sobre tu cabeza y te volverás invulnerable a todas las formas de dominación mental."

"¿Ah sí?"

"¿Qué?" dijo Jace Beleren

Ella lo sopesó con admiración y luego se encogió de hombros en señal de agradecimiento. "Bonito. Se aprecia."

"Baltrice, no te lo pongas," dijo Jace con un tono de urgencia en su voz,

"¿Por qué no?"

Nicol Bolas había producido ocasionalmente, en sus laboratorios de investigación alquímica, temperaturas suficientemente extremas como para licuar helio. Nunca había visto nada ni remotamente tan frío como la mirada que Tezzeret le devolvió a Jace Beleren.

"Sí, Jace. Dile por qué no," dijo este.

"Es un truco," contestó Beleren empezando a sudar. "Baltrice, tú confías en mí, ¿verdad?"

"Claro Jace," dijo la piromante perpleja. "Por supuesto."

"¿Quieres decirle el por qué?" dijo Tezzeret. "¿O lo hago yo?"

"No lo entiendo." Baltrice pareció estar teniendo dificultades para procesar lo que estaba pasando y su confusión se estaba transformando en ira. "¿Por qué, qué? ¿De qué están hablando ustedes dos?"

"¡Baltrice, tienes que creerme…!"

Llamas se encendieron en su pelo. "¿Por qué, qué?" gritó ella.

"Por qué confías en él," respondió Tezzeret tan plano y frío como un cuchillo de eterium. "Ponte el collar y te darás cuenta."

"¿Jace...? ¿Acaso tú me has... hecho algo?" Ella giró lentamente, con los ojos muy abiertos y aunque su voz fue pequeña y aniñada Beleren dio un paso atrás. "¿Que haz hecho?"

Bolas no supo lo que Beleren vio en los ojos de ella pero supuso que fue una muerte infernal.

"¡Baltrice, vamos! Tú me conoces mejor que eso, no puedes... ¡no dejes que él te haga esto!" declaró Beleren levantando las manos como si quisiera protegerse.

"Si lanzas ese hechizo," le dijo Tezzeret, "morirás donde estás parado."

Beleren se congeló.

Le costó muy poco decidir que Tezzeret no había estado bromeando porque dejó caer las manos y dijo: "Baltrice, por favor…"

"¡Cállate! ¡Cierra tu podrida boca!" Baltrice giró hacia Tezzeret y preguntó: "¿Qué es esto? ¿Por qué haces esto?"

"Porque me agradas," dijo este. "Y él no."

"Pero... pero..." Ella pareció como si algo se estuviera rompiendo en su interior.

"Cuando él fue mi prisionero, fue torturado. Por meses. Torturado casi exclusivamente por ti," dijo Tezzeret. "¿Has olvidado eso? ¿Crees que él lo ha olvidado?"

Ella pareció aturdida.

"Sí: averigua por qué confías en él," dijo Tezzeret. "Al mismo tiempo te darás cuenta de por qué él confía en ti."

Ella agarró el collar contra su pecho como si fuera lo único sólido que quedaba en su mundo. "No... no quiero saberlo..."

"Mi regalo para ti es la verdad," dijo Tezzeret. "Nunca esperé que me dieras las gracias por ello."

Lágrimas comenzaron a hinchar sus ojos. "¿Jace...? ¿Que me hiciste?"

Beleren bajó la cabeza. "Te salvé la vida."

"Yo no estoy hablando de eso..."

"Sí, lo estás haciendo. Simplemente que no lo recuerdas." Jace la miró y sus ojos se humedecieron como los de ella. "Liliana… lo que te hizo… cómo te venció..."

Él negó con la cabeza. "Ella te golpeó con fantasmas, Baltrice. Sombras. Te infectó con las sombras de todos los seres vivos que alguna vez habían muerto en la torre de Tezzeret. Incluso después de que nosotros sanamos tu cuerpo solo los recuerdos te estaban matando. Volviéndote loca."

"Eso no es…" Ella apretó sus puños y llamas brotaron sobre sus hombros. "¡No tenías ningún derecho… no era tu decisión… Jace!"

"No lo fue," dijo él en voz baja. "Fue tuya. Baltrice, yo no quise. Tú me rogaste. Lo siento. Lo siento mucho. Yo... no pude pensar en ninguna otra manera de salvar tu vida."

"¿Y cómo quieres que te crea?"

"Hay una manera de averiguarlo," dijo Tezzeret.

"¡Baltrice, no…!" dijo Jace desesperadamente. "Las sombras, los recuerdos, todo eso… no se ha ido, Baltrice. Yo lo enterré, eso es todo. Ponerte ese collar podría matarte."

"Era obvio que él diría eso."

Baltrice miró salvajemente de uno a otro, y luego otra vez, mostrando sus dientes como un animal acorralado. "¿Cómo puedo...? ¿Cómo se supone que vaya a saberlo?"

Tezzeret permaneció impasible como una piedra. "La verdad está en tu mano."

Las lágrimas desbordaron y rodaron por sus mejillas y con un sollozo estrangulado ella se volvió y se alejó en la dirección opuesta a la de la nigromante.

Jace la miró irse. Su rostro estaba vacío. Sin siquiera un sentimiento de pérdida. "Tú, bastardo..." dijo con voz ronca. Tranquila. Sin inflexión. "Malvado asesino hijo de puta. Ella era feliz. Feliz. ¿Acaso alguna vez supiste como se siente ser feliz?"

"Sospecho que se parece mucho a como me siento en este momento."

Beleren volvió su rostro vacío hacia el artífice. "¿Y que hay para mí? ¿Me matarás ahora?"

"Puedo ser persuadido."

Jace miró hacia abajo. "¿Entonces me puedo ir?"

"Recomiendo encarecidamente que lo hagas."

Beleren levantó su cabeza con cautela, frunció el ceño y comenzó lentamente a retroceder.

"Yo no quiero matarte Jace. Eres demasiado útil; puede que algún día necesite tus talentos. Por otra parte no veo ninguna razón por la que debería dejar que un mono con navaja como eres tú se vaya de aquí sin ningún rasguño."

"¿Qué vas a hacer?" Jace se estaba bajando lentamente en una posición en cuclillas. A Bolas le pareció un animal de rebaño tratando de no llamar la atención de un depredador.

"¿Ahora? Voy a dejarte ir."

"¿Eso es todo?"

"De momento. Tu regalo," dijo Tezzeret, "es el miedo."

Él se detuvo. "No lo entiendo."

"Ya lo harás. Tú nunca fuiste un hombre valiente así que yo he decidido quitarte la carga de tu coraje. Toma por ejemplo a Baltrice. Yo no querría estar contigo una vez que ella se ponga ese collar. Y si hilamos un poco más fino diría que preferiría no estar en el mismo plano que tú. Porque no me sorprendería para nada si me enterara de que Baltrice incineró todo un planeta sólo porque tú estabas en él."

"Sí, está bien, lo que sea. No puedo manejar a Baltrice. Ella es una mejor persona de lo que tú piensas."

"Lo era. Las circunstancias pueden cambiar. Y tú tienes a otros a los que temer... a mí, por ejemplo. Porque si alguna vez te veo y decido que no estás suficientemente asustado no te quepa duda de que te haré daño. Le haré daño a tu familia, si es que tienes tal. Les haré daño a tus amigos. Cada persona que te haya conocido morirá gritando maldiciones sobre tu nombre."

Beleren apretó su mandíbula. "Entonces tal vez debería encargarme de ti ahora mismo."

"Demasiado tarde," dijo Tezzeret. "Tú también tienes un poco de ese problema de Nicol Bolas."

El mentalista se quedó inmóvil.

"¿Te acuerdas de ese dispositivo en tu cerebro? Seguro que aún no lo has olvidado. ¿Estarías interesado en saber qué es lo que le pasó a ese dispositivo?"

La única respuesta de Beleren fue una mirada vigilante.

"Fuiste tú quien se lo dio a Nicol Bolas. En contra de su voluntad."

Jace se puso pálido. "¡Tú... tú no pudiste! ¡No es posible!"

"Eso es exactamente lo que dijo Bolas. Otra cosa que ustedes dos tienen en común."

"¡Pero… pero yo no tuve nada que ver con eso!" exclamó Beleren poniéndose aún más blanco. "Tú me lo hiciste a mí… y se lo hiciste a él…"

"Y tú ayudaste."

"¡Pero no lo hice!" Se quejó él. "¡No hubo nada que pudiese haber hecho al respecto!"

"Trágico, ¿no?" dijo Tezzeret suspirando. "Sospecho que Bolas no está interesado en distinciones así de sutiles."

"Pero… ¿qué hay de ti? ¡Tú eres el que realmente lo hizo!"

"Me conmueve tu preocupación," dijo Tezzeret. "Te confortará saber que Nicol Bolas y yo hemos llegado a un entendimiento. Una tregua. Puede que incluso tú lo quieras llamar una asociación."

"Eso es… eso no es… lo que quise decir, ¿tú y Bolas? ¡Sólo estás inventando!"

"¿Eso crees?" preguntó Tezzeret abriendo la mano en un gesto de invitación. "Si quieres puedes preguntárselo."

Por el semblante más blanco que la espuma de ojos saltones que Jace Beleren mostró en su dirección Nicol Bolas supuso que ahora era visible. Y puesto que no había nada que, por el momento, pudiera hacer para dañar a cualquiera de ellos él sólo se conformó con una sonrisa llena de colmillos.

"Jace. Encantado de verte de nuevo. Encantado de…" Él olfateó el aire, amplió su sonrisa, y olfateó otra vez. "¿Eso es miedo? Delicioso. ¿Si yo fuera, digamos, a saltar de repente sobre ti, crees que es posible que mojes tus pantalones?"

¿Por qué no? Estuvo divertido. Al menos para Bolas. Beleren no pareció divertido pero no había manera de saber con seguridad ya que la respuesta del mentalista fue un gorgoteo como un dragón atragantado con un hueso de grifo seguido por una carrera mágicamente acelerada hacia la línea de árboles.

Bolas lo vio alejarse y luego suspiró. A pesar de lo divertido que había sido este pequeño episodio nada había cambiado en su intolerable situación. Volvió a suspirar y miró hacia abajo a su torturador. "¿Asociación?"

"Sí."

"¿Estás loco?"

"Posiblemente," se permitió el artífice. "Una pregunta en vano."

"Entonces una pertinente. ¿Por qué iba yo a hacer un trato contigo, mucho menos mantenerlo?"

"Porque me necesitas."

"No me digas."

"No más juegos Bolas. Eso para nosotros ya ha terminado. Yo sé que estás fallando. Tus facultades se están degradando. Has envejecido más en los últimos diez años que en los últimos diez mil. Esa es la única razón por la que yo fui capaz de hacer lo que te he hecho."

El dragón frunció el ceño hacia el artífice pero tuvo que admitir que el escuálido gusanito tenía razón.

"Escúchame: No sé lo que has planeado, pero sé que es grande, y sospecho que tiene por objeto la reparación de tu mente y la reconstrucción de tu poder. También creo que tu plan va a implicar una gran cantidad de destrucción por no hablar de la muerte de muchos caminantes de planos, incluida la mía. Aquí es donde tú y yo tenemos un problema. No estoy seguro de que ni siquiera sepas lo destructivo que será lo que vayas a hacer. Por lo que yo puedo ver es posible que hayas pasado tu punto de inflexión mental y millones o miles de millones pueden morir por nada en absoluto. Así que voy a ayudarte."

Bolas miró. "Quizás quieras repetir eso."

"Piensa en lo que has visto aquí desde que llegaste. Piensa en lo que pasó en la playa y lo que te llevaste de mi mente. Bolas, sé que es duro. Sobre todo ahora. Pero piensa. ¿Que sabes?"

El dragón bajó la cabeza. "Sé que tú me ganas."

"Sí."

"Podrías haberme matado en cualquier momento desde que llegué aquí. He estado completamente a tu merced durante todo el tiempo."

"La misericordia," dijo él, "es la mayor virtud."

"Pero no me has matado. Esperas usarme de alguna forma."

"Esperar es una palabra demasiado fuerte. Pero me estoy permitiendo la posibilidad."

"Porque... no existe tal cosa como la basura; sólo materiales para los que aún no le has encontrado un uso. Incluyéndome a mí."

"Sí."

"Todo esto no ha sido sólo por ti. Es… tú hiciste todo esto, todo lo que me has mostrado, todo lo que has hecho conmigo, y todo lo que no has hecho conmigo... tú... "

Bolas sintió el amanecer de una sensación que no pudo identificar. Se preguntó si podría ser temor. "Se trató todo el tiempo de mí..."

"Sí," dijo Tezzeret. "También de mí. Al mismo tiempo. Curioso, ¿no es así?"

"Para demostrar que puedo confiar en ti... y averiguar si tú puedes confiar en mí..."

Tezzeret se encogió de hombros. "No se puede esperar demasiada confianza entre seres como nosotros, Bolas. Pero puedes creer que yo no te haré daño a menos que no me dejes otra opción. Puedes creer que yo no quiero que mates a billones, por una buena razón o no, y ciertamente no quiero que me mates a mí. Creo que tú ansías tanto ser restaurado a tu antigua gloria que aceptarás la ayuda. Incluso viniendo de mí."

"Así que esto..." Bolas comenzó a entender el sentimiento de la vorágine mental que había plagado a Tezzeret en el Portal del Acertijo. "Así que esto se trata de la cuarta línea."

"El último acertijo," dijo Tezzeret con seriedad. "El más importante; el que requiere el cuarto rasgo de grandeza en un artífice."

Bolas lo miró en silenciosa pregunta.

"Perspicacia," dijo Tezzeret.

"¿A quién rescatas al matar...?"

"Exactamente. A quién rescato *yo* asesinándolo." El artífice ofreció su mano. "No quiero que la respuesta seas tú."

Bolas la miró.

El nunca, en toda su vasta vida, se había sentido tan completamente perdido.

"Supongo..." murmuró Bolas. "Supongo... que yo, tampoco." Y para su propia sorpresa bajó una gran garra y estrechó la mano de Tezzeret. "A pesar de que probablemente yo te mataré de todos modos."

"Pero hoy no."

"Sí," dijo Bolas. "Hoy no."

Un momento después él descubrió algo que todavía le preocupaba. "Pero Crucius," dijo estirando una garra hacia la Esfinge de Metal. "¿Ese es realmente él? ¿La Esfinge Loca?"

"En verdad no."

"¿Entonces dónde está?"

"Al habla," respondió Tezzeret con seriedad

Nicol Bolas se sintió como si todo el aire se hubiera convertido en piedra y toda esa piedra se hubiera amontonado sobre su pecho. "¿Tú...?" Dijo sin aliento. "¿Tú...?"

"Por supuesto que no," dijo Tezzeret sonriéndole. "Aunque deberías haber visto la expresión de tu rostro. Algo que atesoraré durante el resto de mi vida. Me mantendrá caliente a través de las largas noches de invierno."

Después de un momento Bolas se descubrió a sí mismo también sonriendo. "Está bien, está bien. Muy bien. Pero igual; cuéntamelo."

"Di por favor."

"¿Lo dices en serio?"

"Los modales no cuestan nada aunque su valor está más allá del oro. O incluso el eterium. Si quieres le puedo decir a Doc que te lo enseñe."

Bolas negó con la cabeza, y un peso en su pecho, tan viejo y apretado y lleno de cicatrices que había olvidado que alguna vez había estado allí, se soltó en ese momento y le dejó reír francamente.

"Entonces por favor," dijo sin dejar de reír, "dime donde encontrar a Crucius."

"Estás de pie sobre él. Más o menos."

"¿De verdad? ¿Esta no será otra de tus bromas?"

"No es una broma, pero tampoco es realmente él. Solía ser él y si el Multiverso es afortunado es posible que vuelva a ser él. ¿Recuerdas lo que dije que aquí siempre es ahora? El era un relojero. Será un relojero. Potencialmente. Probablemente el único relojero en quien yo confiaría de verdad para hacer relojería."

"¿Era? ¿Será? ¿Potencialmente qué?"

"Es complicado. Las cosas se convierten en otras cosas. Las semillas se convierten en plantas. Las gotas se convierten en ríos. Los huevos se convierten en dragones. Pero esas transformaciones

son mucho más seguras que cualquier cosa que le pasa a, alrededor de, o en relación con un relojero. Lo mismo para mí."

"¿Perdón?"

"Esa broma de 'Al habla' de antes era de verdad una broma pero también es cierto. Algo así. Potencialmente cierto. Algún día yo puedo ser él, o él puede haber sido yo. Antiguamente. O ambos podríamos ser tú. Y viceversa. O yo soy en lo que él se convirtió. Etcétera. Como he dicho antes..." Tezzeret se encogió de hombros. "Es complicado."

"Parece que sí."

"Es cierto que no hay ningún secreto. Es sólo que el lenguaje es insuficiente para expresar la verdad con claridad. Es por eso que decidí que sería mejor mostrártelo."

"Pero..." El dragón gesticuló hacia la Esfinge de Metal y el acertijo grabado en el pedestal. "¿Entonces qué es todo eso? ¿Qué pasa con la estatua?"

"Hermosa, ¿no es así?"

"Yo, eh, bueno..."

"El equilibrio dinámico de la intersección de los arcos que la hace parecer como si en cualquier instante pudiera despertar, bostezar, estirarse y levantar el vuelo hacia cualquier lugar, en cualquier momento, en el Multiverso. La simple pureza de la obra, él ha tomado las feas necesidades de la sangre y los huesos, de comer, cagar, enloquecer y decaer, y los transformó en piezas limpias de una elegancia perfecta."

"Eh," dijo el dragón. Para Bolas la única cosa más aburrida que el arte era escuchar a alguien hablando de arte. "Suenas como si le envidiaras."

"Convertirme en lo que él se ha convertido," dijo Tezzeret en serio "es el sueño más preciado de mi corazón."

"¿Entonces por qué no lo haces?" El gran dragón dio un encogimiento de hombros que abarcó todo el mundo que era océano. "En este lugar tú eres el amo de todo lo que observas. Literalmente. No hay nada en todo este universo que no responda a tu voluntad. Ni si quiera yo. Si eso es lo que quieres ser, tú sólo puedes... ser."

Tezzeret asintió. "Eso es correcto."

"Así que ¿por qué no lo haces?"

"Porque ser amo de este lugar," dijo el artífice con precisión, "no es a lo que yo he sido destinado."

"¿Qué es esto, una especie de basura de llamamiento místico? ¿De verdad? ¿Esperas que me crea eso?"

"Puedes creer que yo lo creo." Tezzeret tomó un puñado de la arena de eterium y la dejó escurrirse a través de sus dedos. "¿Has oído hablar de encontrar a Dios en un grano de arena? Aquí, esa es la verdad literal. Este lugar es su propio amo. No hay nada aquí que no sea parte de su propio creador. Incluyéndome a mí."

"Pero fui *yo* quien te creé."

Tezzeret se encogió de hombros. "¿Y a ti quién te creó?"

"No empecemos con eso, ¿quieres?"

"Yo no espero que entiendas realmente esto. No estoy seguro de que siquiera yo lo entienda. Crucius pensó que tenía una respuesta a la existencia, él pensó que se entendía a sí mismo, al Multiverso, y a su lugar en él. Este lugar es en lo que él se convirtió después de que se enteró de que estaba equivocado."

Tezzeret subió sus ojos hacia el rostro de la Esfinge de Metal como si esta le estuviera devolviendo la mirada. "No sé si él decidió que no había respuesta o si simplemente se dio cuenta de que fuera cual fuera esa respuesta él no era quien podría encontrarla. Así que se puso a diseñar y construir a alguien que lo hiciera."

Bolas resopló. "¿A ti?"

"No personalmente a mí. A alguien que pudiera hacer lo que yo he hecho. Alguien que pudiera convertirse en lo que yo me he convertido. Alguien que pudiera llegar a este lugar, entender lo que es, y darse cuenta de que la verdadera Búsqueda sólo ahora está empezando."

El dragón suspiró y dejó que sus pesados párpados cayeran a través de sus grandes ojos amarillos. La única cosa más aburrida que hablar de arte era la charlatanería mística y los auto-cumplidos gnósticos. "¿Sin embargo qué pasa con ese acertijo? ¿En dónde aprendió Draconiano Clásico la Esfinge Loca; y cómo por los nueve infiernos aprendiste a leerlo tú?"

"Oh, no lo es. Es el idioma que tú conozcas mejor. En cuanto al acertijo yo mismo  lo escribí." El se encogió de hombros y dio un suspiro cansado. "Es decir, voy a escribirlo. El Buscador lo hará. Algún día. Presumo que en la actualidad ese Buscador seré yo. Por supuesto, yo no sabía que lo escribí… lo escribiría… lo que sea, hasta que después de que lo resolví. Algo inconveniente pero, probablemente, mejor así."

"¿Y bien? ¿Cuál es la respuesta?"

Tezzeret sonrió. "Yo soy el carmot."

"¿En serio? ¿Eso es todo? ¿Ese es el rayo de iluminación que te convirtió en... seas lo que condenadamente seas? ¿'Yo soy el carmot'?"

"De ningún modo. Yo soy el carmot; tú eres un dragón mal educado con un desafortunado problema para controlar los impulsos."

"No lo entiendo."

Tezzeret se encogió de hombros. "Mira."

El metió la mano en los enredos de su pelo y sacó una aguja de sangrita de cerca de un cuarto del tamaño de su dedo meñique. "No te alarmes," dijo y apuñaló su ojo izquierdo con ella.

Su rostro estalló en llamas. El fuego se extendió rápidamente al resto de su cuerpo y su cabeza... desapareció.

Bolas frunció el ceño. El muñón del cuello de Tezzeret mostró una superficie limpia y lisa, exactamente del color del eterium. Un momento después la cabeza de Tezzeret apareció de nuevo en la existencia.

Su ojo izquierdo, junto con su párpado, su cuenca, y una banda diagonal que se extendió por su rostro desde el nacimiento de su

cabello encima de su ojo derecho hasta su mandíbula en la esquina izquierda de su boca, eran ahora de metal, de un metal del color de peltre bruñido....

Tezzeret alejó de una bofetada lo que quedaba del humo y dijo: "Siento por el olor."

"En absoluto," dijo Bolas. "Te olvidas de con quien estás hablando."

"Por supuesto. Bueno, aquí," dijo Tezzeret y entonces metió el pulgar en la esquina de su ojo de eterium y se lo sacó. Tembló, sólo un poco, cuando este se desprendió. "Maldita sea, esa picardía. Aquí. Este es mi regalo para ti."

Tezzeret arrojó su globo ocular a un atónito Nicol Bolas, a quien se le resbaló por un segundo o dos antes de conseguir agarrarlo bien. Luego el dragón lo sostuvo en alto para inspeccionarlo.

Eterium sólido. Puro. E indescriptiblemente valioso, no en dinero sino en poder. "Impresionante."

Para cuando volvió la mirada a Tezzeret, el artífice ya tenía un ojo de carne en su zócalo de eterium que coincidía con el que estaba en el lado opuesto de su nariz. Guiñó el ojo nuevo al dragón y dijo: "Este es mi cuerpo, quebrado para ti. Más o menos."

"Así que eres tú," dijo Nicol Bolas un poco sin aliento. "Tú eres el carmot..."

"Como te lo acabo de decir."

"Me perdonarás por haberme sorprendido." ¿Un Caminante de Planos que puede crear eterium? Aquello era exactamente por lo qué él había estado tras Crucius desde un principio. Poder. Poder ilimitado. Era sólo una cuestión de guardar a Tezzeret en algún lugar de donde no pudiera salir y sus problemas quedarían más que medio resueltos. "De verdad que te he subestimado," murmuró él con aprecio. Ahora era sólo una cuestión de encontrar una solución para ese maldito aparato en su cabeza y…

"Eso es todo por ahora," dijo Tezzeret. "Volveré en un día o dos. Sólo para ver cómo estás. Asegúrate de que todo esté bien."

"Hablas como si yo me fuera a quedar aquí. Yo me marcho ahora mismo."

"No. No lo harás." Y él sonó inquietantemente cierto.

"¿Qué quieres decir?"

"Este lugar es, en un aspecto crucial, muy parecido al Portal del Acertijo. No te puedes llevar eterium de aquí."

"Muy bien." Bolas arrojó el ojo a un lado sin vacilar (después de todo él tenía una oferta ilimitada) y se extendió mentalmente para adentrarse en las Eternidades Ciegas.

Pero no lo logró.

Lo intentó de nuevo, incrédulo, y una vez más por la desesperación, y luego se giró, mirando con horror al artífice, que extendió las manos y se encogió de hombros como disculpándose.

"No debes haber estado prestando mucha atención a mi problema en el Portal del Acertijo," dijo. "Para seres tales como ti mismo, tales como yo fui una vez, irse de aquí es... difícil. Pero te voy

a dar esta pista de forma gratuita: el metal es fácil de descartar. Descartar tu deseo por él es una operación mucho más difícil."

"¡Te estás inventando todo esto!" gritó Bolas odiando el tono de desesperación que escuchó en su propia voz.

"Es curioso cómo la gente sigue diciéndome eso."

"¡Esta es otra de tus estúpidas bromas! ¡Tiene que serlo!"

"Los cumplidos por el humor de la situación debe ser dirigidos a Crucius pero, dadas las circunstancias, yo me siento feliz de aceptarlas en su lugar." El se dio la vuelta y comenzó a alejarse por la playa.

"¡Espera! ¡No puedes solo dejarme aquí!"

"Por supuesto que puedo." Tezzeret se detuvo y en ese instante miró al dragón por encima del hombro. "De hecho, tengo que hacerlo. Lejos de este lugar mis poderes son tan limitados como siempre lo han sido. No pasaría ni un latido de corazón que tú me habrías encadenado y metido en tu mazmorra más profunda. Algo qué preferiría evitar. Y como he dicho, estaré de vuelta en un día o dos. Entonces podremos empezar a trabajar en tu problema. Juntos."

"¿Y dónde es posible que estés yendo que sea tan remotamente igual de importante que sacarme de aquí?"

"Iré a pasar un tiempo con mi padre," dijo él y con un solo paso se marchó más allá de los límites del universo.

# La Isla de Metal
## Donde aparece el leviatán

Nicol Bolas se acomodó en la arena de eterium. Por fin podría empezar a extirpar los molestos pequeños trucos del artífice y sacarse a si mismo de allí. "Maldita sea, pensé que nunca se iría."

"Tú y yo, hermano."

Bolas se puso en pie de un salto. La voz había sido increíblemente profunda, increíblemente oscura, y sobre todo, increíblemente cercana.

Detrás de él hubo un desgarrón en el tejido del universo que se mantuvo abierto por unas impresionantes garras de tamaño considerable. Bolas se recompuso en cuclillas; era normal que garras como esas pertenecieran a dragones y, por sus dimensiones, no era imposible que este nuevo dragón Caminante de Planos, quienquiera que fuese, pudiera ser incluso más grande que el mismo Bolas. "Tómalo con calma, amigo," dijo el nuevo dragón. "No estoy aquí para pelear."

"Es una buena cosa que no lo hagas," gruñó Bolas, "porque no tienes idea de a quién estás a punto de…"

"Es más bien al revés," dijo el nuevo dragón mientras se abrió paso en el mundo. Se detuvo, se estiró y abrió su gran boca llena de colmillos con un amplio bostezo.

Nicol Bolas miró con asombro e incomprensión. "¡Tú… tú te pareces a mi!"

"Eso también es más bien al revés." El dragón le sonrió y Bolas se dio cuenta de que a pesar de la semejanza este dragón era mucho más grande que él, y más joven, y que poseía una magnitud asombrosa de poder que Bolas apenas podía vislumbrar. Todos sus sentidos, mágicos así como físicos, le dijeron que este dragón era tan poderoso que no debería ser capaz siquiera de existir….

Nada en sus veinticinco mil años de vida lo había preparado para hacer frente a un ser así. "¿Tú… eres tú… quién… quiero decir, qué? ¿Qué está pasando? Es como si tú fueras yo."

"Yo soy tú," dijo el nuevo dragón con una enorme y brillante sonrisa llena de colmillos. "Tú eres el que no eres tú."

"¿Qué?"

"Por cierto, buen trabajo con Tezzeret. Se aprende mucho acerca de alguien por la forma en que te trata cuando no tiene nada que temer. Y ahora nosotros lo tenemos trabajando para nosotros de buena gana. Con entusiasmo. Por los infiernos, él piensa que nos está haciendo un favor."

Bolas siguió sin poder entender que era lo que estaba sucediendo aunque un terrible pavor había empezado a cuajar en sus entrañas. "¿Nosotros? ¿Qué quieres decir con nosotros?"

"Oh, bueno, supongo que ahí está eso." El dragón agitó una garra en un lánguido despido. "Por nosotros tú deberías haber entendido que me refería a mi. No hay ningún tú. De verdad que no."

"¿Qué?"

"Sí, lo sé, estás teniendo un momento difícil con esto," dijo el otro dragón con simpatía. "Hay un par de razones por ello. Una de ellas es que los constructos como tú tienen una vida útil muy limitada. Comienzas a descomponerte sólo uno o dos días después de que has sido creado. Seguramente debes haber notado cómo se te ha vuelto más y más difícil pensar."

"¿Constructos? ¿Cómo yo?" Bolas sacudió la cabeza violentamente, como si quisiera despertar de esa terrible pesadilla. "¿Estás diciendo que yo soy... que siempre he sido...?"

"No te lo tomes tan a pecho," dijo el otro dragón. "En realidad es una prueba de fallos. De lo contrario cada vez que yo te ensamble tendría que perseguirte y matarte en persona sólo para evitar que jodieras mis negocios."

"¿Tus negocios? Sigo sin entender..."

"Por supuesto que no. Además de ese asunto del constructo que te he dicho también tuve que hacerte bastante estúpido."

"¿Qué?"

"Si tú hubieras sido un décimo de lo inteligente que soy yo hubieras sido diez veces demasiado inteligente como para caer en la trampa de Tezzeret. Así las cosas tú estarás muerto en unas horas a partir de ahora y tu cadáver se evaporará. Si yo hubiera querido que Tezzeret encontrara a un Nicol Bolas aquí cuando el vuelva tendría que hacer creado a otro de ustedes. Tal vez incluso varios más."

"¿Estás diciendo… estás diciendo que tú…?"

"Maldita sea, sí que eres estúpido," dijo el dragón más grande. "Bueno, supongo que Tezzeret no puede estar equivocado en todo, ¿verdad?"

El enorme e inimaginablemente poderoso dragón contempló al pálido y moribundo simulacro que había creado y suspiró.

"Sí, idiota. Yo soy el verdadero Nicol Bolas," dijo él. "Y no alcancé mi edad extremadamente avanzada siendo tan estúpido como para hacer mi trabajo sucio en persona."

"¿No?" Dijo el simulacro tosiendo débilmente y después de un momento el verdadero Nicol Bolas se dio cuenta de que su creación se estaba riendo. De él. "¿Ahora lo estás haciendo bien, verdad?"

El verdadero Nicol Bolas frunció el ceño y no respondió.

"Tal vez esa es la verdadera lección," dijo el simulacro. "Deberías tomar nota de la misma para no olvidarla. Porque cuando lo piensas bien ninguno de nosotros es tan inteligente como creemos que somos."

# Las Eternidades Ciegas
# Quien ríe último...

Tezzeret, situado en el furioso huracán de caos que eran las Eternidades Ciegas, rompió el vínculo de la conciencia que había mantenido con el dispositivo de eterium en la cabeza del Bolas falso y se permitió una pequeña sonrisa tensa.

¿*Ninguno de nosotros es tan inteligente como creemos que somos*? pensó. *Si tan solo supieras.*

Sería difícil imaginar seriamente una operación más exitosa. Sí, si de algún modo él hubiera podido neutralizar efectivamente al Bolas real eso hubiera sido maravilloso, pero Tezzeret nunca había sido tan vanidoso como para pensar que al gran dragón se lo hubiera podido engañar tan fácilmente. O engañarlo en absoluto.

Aún así la segunda mejor opción a controlar a un enemigo es controlar lo que ellos creen y en eso, reflexionó Tezzeret en lo que él

consideró fue un justificado orgullo, él había tenido un éxito excepcional.

El verdadero Nicol Bolas pensó que el artífice no sólo era demasiado lerdo como para penetrar el engaño del simulacro sino que también se esforzaría sinceramente en ayudar a los planes del dragón. Esto le compraría a Tezzeret por lo menos varios días de ventaja. El consideró brevemente regresar a la Isla de Metal exactamente como había prometido. Después de todo si Bolas realmente se tomaba la molestia de crear un nuevo simulacro sería una medida instructiva de cuán bien engañado había quedado el dragón...

Decidió no hacerlo. No existía tal cosa como ser más inteligente que uno mismo. Mostrarse en algún lugar donde el dragón lo esperara sería aún más tonto que hacerlo con Renn haciendo lo mismo. Será mejor que corras. Toma tu ventaja inicial, entiérrate en algún lugar fuera del alcance del dragón y comienza los preparativos para tu próximo encuentro.

Porque habrá un próximo encuentro y él tenía la intención de sobrevivir.

Ya sea que el dragón lo hiciera o no.

"Ravnica," murmuró para sus adentros. Si uno quería perderse en algún lugar no había mejor plano que Ravnica. Mientras él estuviera allí podría vigilar a Baltrice. Y asegurarse de que Jace Beleren siguiera adecuadamente aterrorizado. "Será Ravnica, entonces."

"Claro, Ravnica es agradable," zumbó una listilla voz familiar en su oreja izquierda. "Sólo hagamos un alto en el camino, ¿eh?"

Tezzeret se congeló. "¿Doc?"

"No, Cerebrote, yo soy la Voz de tu enfurecido Dios."

"¿Cómo…? Quiero decir, pensé que tú estabas…"

"Yo estaba. Pero ahora ya estoy mejor. Bolas tiene esta misión para nosotros. En Mirrodin. Será divertido. Como unas vacaciones."

"Esto no es posible…"

"Tú no estás exactamente haciéndome sentir bienvenido, amigo. ¿Supongo que no necesitamos tener otra pequeña charla sobre quién es el que manda de verdad por aquí, verdad?"

"Tú te habías ido," gruñó Tezzeret. "Ido completamente… ¿cómo volviste dentro de mi cabeza?"

"Vamos, Cerebrote. Ahora te estás avergonzando a ti mismo. De verdad." La voz de Doc llevó una nota de sarcástica piedad que hizo que el artífice quisiera apuñalarse a sí mismo en el oído. "En todos los lugares que ha estado Bolas, todo lo que él ha hecho… quiero decir, en serio. Tú acabas de tener una unión mental con ese artilugio de eterium. ¿Acaso pensaste honestamente que él no se daría cuenta?"

El puso la palma de una mano en su rostro. "Mátame. Por favor, sólo mátame ahora."

"¡Ah, no te lo tomes tan a la tremenda, Tezz! El equipo se ha vuelto a formar y está en camino. ¡Será como en los viejos tiempos!"

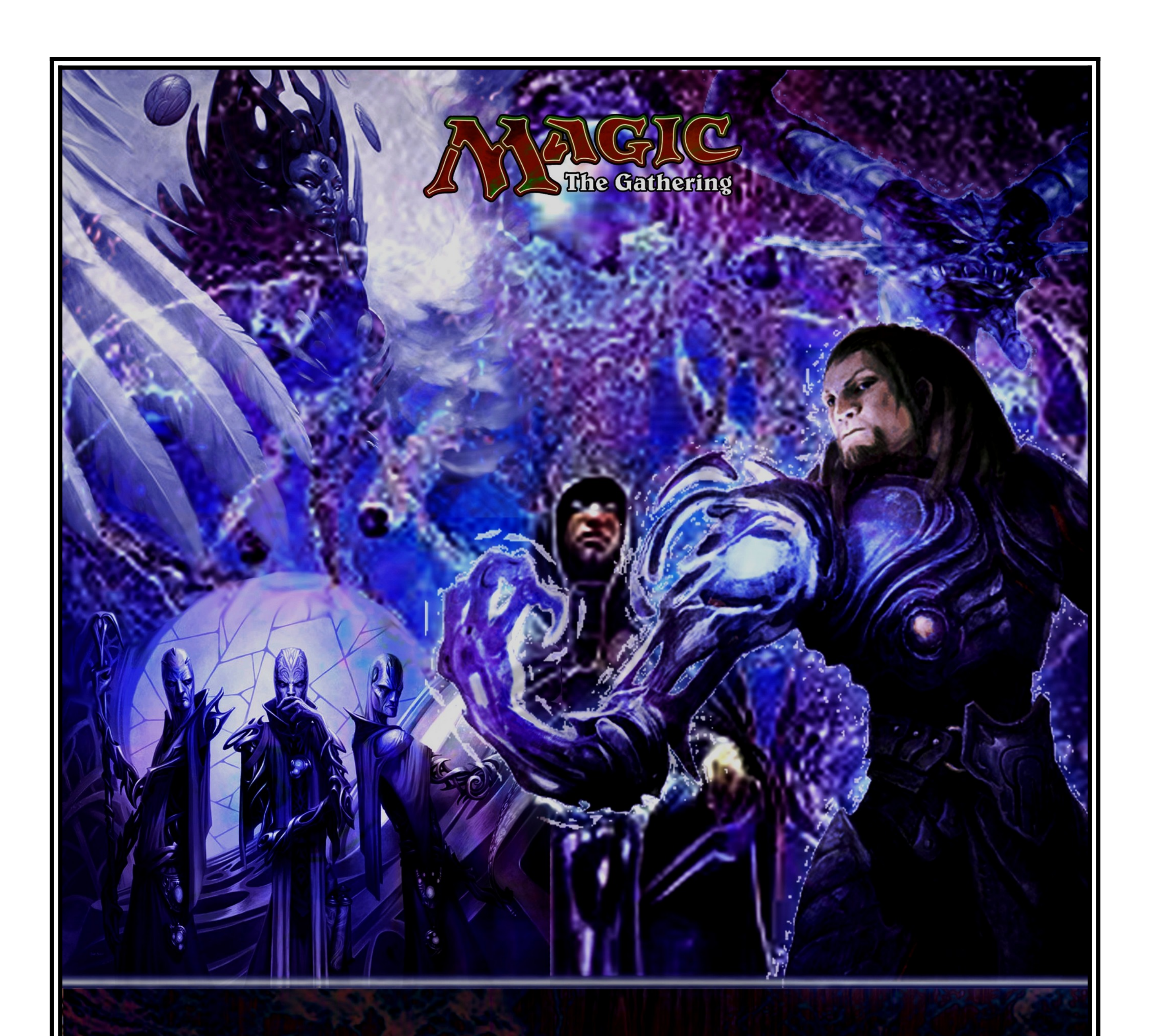
"Ahora, ¿cuál es la buena noticia?"

"Ah... "

"Dime una cosa, Doc," dijo Tezzeret. "¿Crees que Nicol Bolas sabe el viejo dicho acerca de ‘el que ríe último’?"

"¿Cómo voy a saberlo?"

"Espero que no lo haga," dijo el artífice con dientes apretados. "Espero que no lo haga porque un día de estos seré yo quien se lo vaya a enseñar."




Tezzeret, dado por muerto por el hechicero psíquico Jace Beleren,
resurge de las cenizas de su derrota.

Ahora él debe recurrir a un antiguo enemigo en busca de ayuda: el dragón Nicol Bolas,
tal vez el único caminante de planos en el Multiverso
lo suficientemente poderoso como para ponerlo de vuelta en acción.

Bolas, sin embargo, tiene sus reservas. ¿Qué puede darle Tezzeret que él ya no posea?

Así comienza la búsqueda de Tezzeret por los secretos del eterium,
una aleación mágica infundida con todo el poder de las Eternidades Ciegas
que se cree se ha perdido con la desaparición de la gran esfinge, Crucius el Loco.

La búsqueda de Tezzeret es clara, pero su sed de venganza nubla sus decisiones.
¿Logrará su objetivo o se verá superado por su propia ambición?